



PEARL S. BUCK  
**BRILLANTE  
DESFILE**



Obra muy distinta del resto de la producción de Pearl S. Buck. Es la historia de la evolución de una personalidad. Stephen, hijo de un pastor protestante, se enriquece con el brillante ejercicio de su profesión (relaciones públicas) y a través de su matrimonio con una mujer bella y egoísta. A la muerte de su mujer, que le deja dos gemelos, uno de ellos deforme, el protagonista debe enfrentarse con el oficio de padre, y ello es punto de partida de una nueva visión del mundo y germen de un proyecto noble, altruista y ambicioso al que dedicará todo su esfuerzo.

- [Pearl S. Buck](#)
  - 
  - [CAPÍTULO PRIMERO](#)
  - [CAPÍTULO II](#)
  - [CAPÍTULO III](#)
  - [CAPÍTULO IV](#)
  - [CAPÍTULO V](#)

## Pearl S. Buck

### Brillante Desfile

Título original: «Brighi Processione»  
Traducción de Francisco Baldiz  
© 1958 by Luis de Caralt Editor, S.A.  
1978, Edición especial de la Editorial Mundo Actual de Ediciones, S.A.

## CAPÍTULO PRIMERO

Stephen Worth volvía a casa a pasar las Navidades, No quería volver, y todos los proyectos que había hecho excluían aquella posibilidad, ya que estaba convencido de haberse ganado el derecho a la independencia. A las nueve en punto de la mañana, dos días antes de Navidad, se despertó en su piso de la parte alta de Nueva York, bostezó aparatosamente, miró hacia la ventana y se dio cuenta de que nevaba. Emitió un gruñido. ¿Por qué no había tenido el valor de enviar un telegrama, ya que no lo había tenido para escribir semanas antes alegando que los negocios lo retenían en la ciudad?

—Maldito estúpido sentimental —murmuró, saltando a regañadientes de la cama, mullida y enorme, en la que hubiera querido seguir durmiendo años enteros. Era muy alto y todas las camas de tamaño natural le resultaban cortas. Por eso, el primer lujo que se había permitido había sido la adquisición de aquella gigantesca obra de arte, con su grueso colchón, sus blancas sábanas, sus mantas y su edredón de color pardo. Aquella misma noche se vería obligado a acostarse en la vieja cama que lo había acogido cuando era un muchacho, en su dormitorio de la buhardilla, desde donde se oían claramente las conversaciones de sus padres. Hubiese querido tener el coraje suficiente para no volver. Le horrorizaba tener que conducir cuando nevaba, y algún día se decidiría a contratar un chófer. No le faltaba el dinero y podía permitirse semejantes extravagancias.

Se limpió los dientes, pasó a la ducha encristalada y reguló el agua a una temperatura un poco superior a la que su epidermis podía soportar. Se enjabonó a conciencia y luego fue enfriando el agua gradualmente hasta que recibió un chorro de agua helada. Inmediatamente abandonó la ducha y se envolvió en una toalla gigantesca. Si algún día llegaba a casarse con Jane, esperaba que a ella no se le ocurriese pretender cambiar aquella rutina diaria que le resultaba imprescindible. Le complacía poder gozar de aquellos lujos paganos, después de haber vivido tanto tiempo en pobreza cristiana. Nunca se cansaría de la riqueza, nunca tendría bastante abundancia, nunca renunciaría a los placeres y al bienestar material.

Con verdadero alarde de vanidad, que él habría sido el primero en reconocer si algún testigo pudiera echarse en cara, se envolvió en un batín de seda azul y se observó atentamente en el espejo, antes de afeitarse. Ya no había bolsas bajo sus ojos, aunque las había habido a las dos de la madrugada cuando llegó al piso y despidió al criado japonés, y por la noche, cuando llegase a casa, no quedaría en él ninguna huella de la alegre fiestecita de la noche anterior. Le encantaba ser guapo, como le confirmaba el espejo, con un rostro atrevido, de ojos oscuros, cabello espeso, y una boca que atraía las miradas de todas las mujeres. Aquellas miradas, puestas en sus labios, eran como besos, y sonrió involuntariamente al recordarlo. Tenía los pómulos salientes como su madre, pero poseía la firme barbilla de su padre. Ambos rasgos casaban bien, y el éxito alcanzado en los negocios le había dado un aire de arrogancia que contribuía a hacerlo atractivo. Tenía una buena figura, con anchos hombros, muy rectos, cintura estrecha y piernas alargadas. Eran dones muy apreciables que podía agradecer al Dios de sus padres, en quien, sin embargo, él no creía.

Había otra dificultad relacionada con el regreso navideño al hogar de la familia. No podía de ningún modo confesar a sus padres que se había librado de las ataduras morales y que ya no experimentaba necesidad alguna de religión.

—¿Qué estarás haciendo mañana por la noche a estas horas? —le había preguntado Jane a medianoche.

—Estaré cantando villancicos en una vieja casa de campo —le había contestado él.

—¿Qué enternecedor! —dijo ella.

—Tú me enterneces más —se había apresurado él a responder.

Ella lo había mirado con aire burlón.

—Vamos, Stephen, no es ése el tipo de cumplido a que me tienes acostumbrada.

—Bueno, por lo menos diré que me entusiasman los lóbulos de tus orejitas.

—¿Y nada más? —había preguntado Jane.

—Eso para empezar.

Aquella estúpida conversación se había prolongado durante mucho tiempo, mientras comían, bebían, bailaban y se divertían en el jolgorio de la fiesta. Jane era una compañera deliciosa, pero, ¿lo sería tanto si la tuviera consigo día y noche y año tras año? No lo sabía. Uña vez afeitado, se puso un traje deportivo de grueso cheviot.

Shigo, su servidor japonés, entró murmurando los buenos días y empezó a preparar las maletas. Shigo llevaba a su servicio más de tres años y sabía exactamente lo que tenía que poner en el equipaje. Nada de trajes de etiqueta, sino simplemente una chaqueta oscura y una camisa blanca para ir a la iglesia, zapatos y calcetines negros, una corbata azul, un chaleco de punto, unos pantalones sencillos para pasear por el campo, y unos zapatos de suela gruesa.

—Te vas al Barrio Chino, ¿no es verdad, Shigo? —preguntó Stephen.

—No, señor Worth —contestó Shigo—. Voy a Casa Internacional ver mi novia.

Stephen manifestó su sorpresa.

—¿Prometido, Shigo?

—Sólo desde noche pasada —replicó el japonés—. Mientras usted en fiesta, yo también en fiesta.

—¿Quién es ella?

—Señorita Tenyo Matsui, estudia literatura en Columbia.

—¿Es posible?

La vida privada de Shigo era un secreto, pero aquel día, como podía observar Stephen, el hombrecillo amarillento se mostraba alegre y comunicativo.

—Es tan difícil casar bien... —fue la siguiente confidencia de Shigo, mientras guardaba cuidadosamente varios pares de calcetines.

—Cierto —convino Stephen—. Yo también lo encuentro difícil.

Shigo le miró con sorpresa.

—¿Usted, señor? Creo que muchas señoritas aman a usted.

—Me adulas —contestó Stephen.

Escogió una corbata de color rojo oscuro, el color que tendrían las hojas invernales de las encinas en contraste con la nieve.

—No coma demasiado pastel, señor —dijo Shigo con voz autoritaria—. Recuerdo última Navidad cuando usted comió demasiado.

—De acuerdo —dijo Stephen.

—Hora su desayuno —dijo Shigo mirando el reloj.

Cerró las maletas y se dirigió a la cocina, donde dejó de ser ayuda de cámara para convertirse en cocinero. Con unos huevos y unos pedazos de jamón hizo una tortilla, sirvió el café, y se mantuvo inmóvil mientras su señor comía, con una mirada afectuosa en sus ojos rasgados.

—Yo tener todo listo para usted día después de Navidad —prometió—. ¿Quiere invitar alguien a cenar?

—No se me ocurre nadie en esté momento —dijo Stephen.

Se levantó satisfecho.

—Adiós, Shigo, y aquí tienes tu aguinaldo de Navidad. —Sacó la cartera y extrajo de ella un billete de veinte dólares—. Cómprale algo a tu pequeña señorita Tenyo.

Shigo hizo una profunda reverencia.

—Usted ser muy amable, señor Worth. Dé mis recuerdos a sus padres. Tengo pequeño regalo para usted, señor.

De su bolsillo sacó dos paquetitos, envueltos en papel rojo.

—Ahora eres tú el que es muy amable —contestó Stephen, guardándolos en uno de sus bolsillos.

Bajaron juntos en el ascensor y Shigo esperó respetuosamente a que su señor hubiera tomado asiento en el coche.

—Envuélvase bien en manta, señor —aconsejó.

Stephen asintió, se echó a reír, cerró la portezuela con violencia y dio principio a su solitario viaje.

En realidad, no le importaba estar a solas durante un día entero, mientras conducía por un paisaje nevado. La nieve caía lentamente, en copos grandes y silenciosos. Cuando era niño había viajado en coche con su padre bajo la nieve, no en el interior cómodo y acogedor de su moderno automóvil, sino en un viejo vehículo abierto a todos los vientos, cuya única defensa contra el frío que congelaba sus dedos era el parabrisas de mica. Ahora los coches eran como salones caldeados, con butacones de cuero, amplios y blandos. Estaba agradecido a la vida que le había hecho conocer las penalidades de ser hijo de un humilde predicador. Así podía apreciar en su justo valor los goces de su nueva vida de riqueza.

Hacía mucho tiempo que había comprendido que su padre no era un predicador muy notable. Con Jane había ido alguna que otra vez a las iglesias de Nueva York, a escuchar los sermones de algún orador famoso, e inmediatamente había comprendido que su padre no podía compararse con ninguno de aquéllos. Además, ni siquiera lo deseaba. Un sacerdote no debe ser rico, decía su padre; un ministro del Evangelio debe escoger siempre la pobreza. La cruz ha de ser de hierro, no de oro, y las manos que bendicen al hombre en nombre de Dios no han de adornarse con joyas. Pocas veces recordaba los preceptos que su padre repetía con tanta frecuencia, pero cuando los recordaba, cosa que generalmente le sucedía al estar solo, podía repetirlos íntegramente, mientras su recuerdo reproducía la imagen exacta de aquel hombre alto y delgado de rostro curtido y expresión melancólica.

Los suburbios de la capital habían sido substituidos por las poblaciones vecinas, y éstas por el campo. Había trepado por las colinas siguiendo la ancha cinta de asfalto que las atravesaba, y hacía mediodía tenía la sensación inconfundible que le invadía cada vez que regresaba al hogar. Era una sensación que la olvidaba de un año para otro, y a la que ofrecía cuanta resistencia le era posible, diciéndose que ya no se trataba de su verdadero hogar, que su juventud había quedado atrás y que su vida había tomado otros derroteros, pero todo era inútil contra el extraño hechizo. Suspirando, se dejó dominar por sus emociones. No podía negarse a hacer felices a sus padres durante dos o tres días cada año. Pero sabía que se mentía a sí mismo. En realidad, nada le agradaba tanto como aquel «hacer felices a sus padres». Hasta en sus pensamientos era un cínico incorregible, un cínico que comprendía claramente sus propias debilidades y pretendía burlarse de ellas, negándose a ser sentimental. Aquella tendencia, que más de una vez había discutido con Jane, era el último remanente de su educación anticuada como hijo de pastor.

Una vez fuera de la ciudad y avanzando velozmente por un paisaje de primitiva belleza, suspiró complacido relajando la tensión en que vivía. Durante cuarenta y ocho horas podría olvidar las rivalidades, las rencillas, los temores, todo cuanto le rodeaba de ordinario. No obstante, le agradaba vivir en reñida lucha constante, ser implacable en su oficina, cínico como el que más en su profesión, llamada según él «relaciones humanas», pero que en realidad se limitaba a ser «relaciones públicas». Aunque se había reído de la idea, su orgullo no había conocido límites cuando se filmó una película dedicada a los cuatro hombres más famosos en aquella actividad. Él era uno de los cuatro, y hoy se había situado a la cabeza del grupo. Controlaba las relaciones públicas de cinco de los hombres más ricos de América, y de sus respectivas empresas. La lista de sus clientes era impresionante por su longitud y selección. Con frecuencia decía que él era un hombre honrado dedicado a una profesión engañosa. Era honrado hasta con sus clientes.

—Siendo honrado —había dicho al heredero de un multimillonario— se puede alcanzar el triunfo con más facilidad. La honradez sigue gozando del favor del público.

A las dos hizo alto para tomar una taza de café en el mostrador de una taberna diminuta adornada con motivos navideños hechos de papel. Le sirvió una mujer joven, de cuyas faldas no quería despegarse un niño muy pequeño.

—Quiere que Papá Noel le traiga un tren, pero ya le he dicho que no habrá tren si no se porta como es debido.

Haciendo un guiño, la mujer habló en tono más confidencial.

—Su papá acaba de salir en busca del dinero para comprarlo. Me parece que este año no van bien las cosas para nadie.

Stephen sonrió bebiéndose el café, caliente y muy cargado. Cuando pagó, lo hizo con un billete de diez dólares.

—Quédese el cambio para el tren del pequeño —le dijo.

Rechazó sus frases de gratitud y volvió a meterse en el coche. No le gustaban los niños, ni los comprendía, porque él había sido toda su vida un niño solitario. Su generosidad no había sido provocada por el espectáculo del niño, ni había pretendido hacer un favor a la mujer, o a su marido. Lo que le sucedía era que odiaba la miseria de modo instintivo. Por otra parte, estaba siempre demasiado atareado para pretender cambiar el mundo y darse a la filantropía, aunque contaba con más de un filósofo entre sus clientes.

La nieve caía ahora en torbellinos y el cielo era invisible. Se concentró en la tarea de conducir. La obscuridad cayó pronto sobre el campo. Llegaría a su destino con varias horas de retraso. Había sido una estupidez por su parte no haber tomado el tren, y se debía a que le desagradaba encontrarse en casa sin el coche, sabiendo que no podía escapar en él cuando se le antojara. En cambio, sabiendo que el vehículo le esperaba en el cobertizo del jardín, sus nervios se mantenían más tranquilos mientras duraba su estancia en la casa. A medida que la nieve se hacía más espesa, resultaba más absorbente el esfuerzo de conducir, pero si la tormenta no arreciaba, alcanzaría sin percances su meta.

A las cinco en punto distinguió las luces de la pequeña población sobre la ladera.

—Oh, pueblecito de Bethlehem —decía con cariño su madre las noches de invierno en que habían salido a hacer alguna visita y regresaban a casa al anoecer.

La moderna Bethlehem, ciudad industrial llena de altos homos, se levantaba a varias millas de distancia, y era visible desde el coche gracias a la gigantesca estrella de acero que habían construido los ingenieros de la fundición, con tal habilidad que bastaba cambiar unos tornillos para que se convirtiera en una cruz, aprovechable durante la Cuaresma. A Stephen esto le parecía simbólico, ya que las estrellas acostumbra a convertirse en cruces con el tiempo, tanto en el siglo presente como en la vieja época, cuando una estrella había señalado el camino del pesebre. Él pensaba pocas veces en los relatos tradicionales, pero convenía en que, en noches como aquélla, atravesando valles nevados, era mucho más fácil creerlos.

Llegó al pueblo, con una sola calle importante, y vio, como todos los años, el pequeño triángulo central formado por el almacén, la oficina de correos y el garaje, y en mitad del triángulo el abeto adornado y resplandeciente de luces. El señor Kraut, el tendero, se encargaba cada año de su decoración. Stephen pasó junto al árbol lentamente, porque sabía que el señor Kraut no toleraba que nadie fuese a gran velocidad, por mucha prisa que tuviera, a fin de que no corriera peligro ningún niño o anciano. Luego Stephen vio la pequeña iglesia de piedra donde su padre había sido ministro durante treinta años. Se veía luz en todas las ventanas. Él sabía la causa. Las mujeres estaban terminando de instalar las guirnaldas para la función religiosa del día siguiente. Su padre siempre había dado mucha importancia a la Navidad y a sus mágicas horas en que los corazones de las gentes se enternecían. No era cosa frecuente que las personas se dejaran enternecer y valía la pena aprovechar la ocasión insólita.

Mary estaría sin duda entre las mujeres que trabajaban en la iglesia. Y al pensar en Mary, Stephen volvió a sentirse incómodo. Se trataba de uno de los episodios de su vida que permanecían incompletos, inacabados. Hacía mucho tiempo, es decir, años atrás, él había creído que acabaría casándose con Mary. Ella había sido su primer amor, y temía (esto contribuía de modo especialísimo a su incomodidad) seguir siendo para ella el único amor posible. Sin embargo, para consolarle se decía que nunca le había declarado abiertamente sus sentimientos, ya que antes de que pudiera hacerlo, su sentido práctico le había hecho comprender la importancia que el matrimonio podía tener en su futuro profesional. Era una locura injustificable la de casarse pronto y sin analizar detenidamente el problema. El matrimonio debía abordarse mucho después de haber triunfado en la vida, y así constituiría una especie de sello de garantía del éxito personal. Ni siquiera estaba completamente seguro de desear casarse con Jane.

Había llegado al rastrillo del jardín y a través de las espirales de nieve podía ver la luz que colgaba sobre la puerta de la casa. Todas las persianas estaban levantadas, porque su madre nunca quería cerrar de noche las ventanas, y las luces del interior de la casa se veían a través de los cristales y de la nieve como unas manchas indefinidas. Saliendo del coche, corrió hasta la puerta subiéndose el cuello del abrigo. Empujó la puerta, que se abrió a la presión, y entró en el vestíbulo. Su padre estaba en la salita, acercando una cerilla a los leños de la chimenea. Se volvió al oír que la puerta se abría y notar la ráfaga helada que entró por ella.

—¡Ya ha llegado Stephen! —gritó.

La puerta de la cocina se abrió violentamente y su madre salió corriendo, cubierta con un delantal su figura diminuta y regordeta.

—¡Stephen!

—He llegado tan tarde por culpa de la nieve.

—Hemos estado preocupados por ti.

Los brazos de la madre rodeaban su cintura mientras su padre le sostenía una mano.

—Preocupados no es la palabra exacta...

—Sí lo es —insistió ella—. ¡Oh, Stevie, cuánto me alegro de verte! Ahora es cuando verdaderamente empieza Navidad. Acabo de cocer el último pastelillo. Déjale quitarse el abrigo, papá.

—¿Quién se lo impide? —exclamó el padre.

El mundo está siempre de ningún lado y nunca. Todo está constantemente en camino. Dios. Stevie, un hombre de...

—Tu cuarto ya esta preparado —sigue hablando su madre—. Todo esta exactamente igual que entonces. Dime, Stevie, ¿no has adelgazado?

Lo miró atentamente con sus ojos azules y penetrantes.

—Eso quisiera —contestó Stephen dejando el abrigo en el perchero—. Últimamente había ganado demasiado peso.

—Pareces cansado.

—Demasiadas fiestas esta última semana.

Esta observación la recibieron en silencio, esperando que dijera algo más. No tenían una idea muy clara de cuál podía ser la vida que llevaba su hijo, aunque a veces la discutían por las noches, preguntándose cuáles serían las tentaciones a que se vería sometido y si sabría resistirlas. Generalmente, aquellas conversaciones daban por resultado que los dos viejos saltaran de la cama y fueran a arrodillarse en el suelo, a rezar.

—Espero que no bebas durante esas fiestas, Stephen —dijo su madre en tono vacilante.

El se inclinó a besar sus mejillas enrojecidas por el calor de la cocina.

—Siempre procuro salir de ellas borracho como una cuba —dijo bromeando.

—¡Oh, Stephen, no puedo creerlo!

—Pues no lo creas, mamá. ¿Por qué habías de creerlo? Lo cierto es que sé cuidarme.

Se daba cuenta de las dudas secretas y sospechaba que sus padres rezaban por él, pero no estaba dispuesto a hacerles promesas firmes de ninguna clase. No quería sentirse atado en ningún momento.

—Se está apagando el fuego, papá —dijo—. Dame los fósforos.

Cogió las cerillas que le daba su padre, notando en aquella mano un ligero temblor que antes no había observado. Se inclinó a encender los leños y permaneció ante la chimenea, calentándose, hasta que la radiación de las llamas fue tan intensa que le obligó a distanciarse un poco.

—Es agradable volver a casa —dijo—. Siempre lo es. Y eso que por lo general luego lo olvido.

—Trabajas demasiado —dijo la madre con cariño.

Los dos ancianos se mostraban solícitos en torno al hijo pródigo, pensaba él. Aquel año habían envejecido notablemente, y sintió que se le hacía un nudo en la garganta. Desde luego, sabía que no podían vivir eternamente. No todas las Navidades podría seguir volviendo al hogar. Aquella necesidad se extinguiría, como se extinguían tantas otras cosas, y entonces sería completamente libre.

—¿Te has fijado en la guirnalda sobre la puerta principal? La ha hecho Mary.

Era su madre la que le hablaba. En cuanto podía, traía a Mary a colación.

—Nevaba demasiado —contestó Stephen—. Ya me fijaré mañana.

—Tiene bayas y moras entrelazadas con las hojas —siguió diciendo su madre—. Tardó un día entero en disponerla.

Entonces él hizo la pregunta que su madre esperaba... ¿era preferible acabar cuanto antes!

—¿Cómo está Mary?

—Tan adorable como siempre —se apresuró ella a decir—. Cada día es más hermosa, ¿no te parece, papá?

El padre contestó con cautela. Opinaba que a los jóvenes no había que empujarlos hacia el altar.

—Creo que, efectivamente, tiene muy buen aspecto.

—Tengo que verla mañana mismo —dijo Stephen simulando gran entusiasmo—. Y ahora, mamá, ¿qué hay para cenar? Sólo he tomado una taza de café en todo el día, esperando a ver lo que tú me guardabas.

—¡Oh! —exclamó la madre con voz ahogada y echando a correr hacia la cocina.

Los dos hombres se miraron sonriendo.

—Sigue siendo igual que una chiquilla —dijo el padre con ternura.

—Y siempre lo será —aseguró Stephen.

Se puso en pie, aspirando con fuerza la atmósfera de la vieja casona, reviviendo los lejanos tiempos de su infancia.

—Aquí nada cambia, papá.

El padre se sentó en el lugar que él había dejado.

—Parece que nada cambia, pero, sin embargo, se producen cambios profundos en los jóvenes.

—¿No acude la juventud a la iglesia?

—No como en otros tiempos.

Stephen se puso en guardia.

—Pero mañana estoy seguro de que no faltará nadie.

—Quisiera poder estar tan seguro como tú —dijo su padre con tristeza.

—Son tiempos muy duros —le recordó Stephen—. ¿Y la depresión no empuja al pueblo a buscar consuelo en las iglesias?

—No —replicó su padre—. Saben que de las iglesias nada pueden esperar, porque son tan pobres como ellos.

Había algo oculto tras la reserva de su padre. Stephen se mantuvo ojo avizor durante toda la noche, en espera de que el secreto se le revelara. Por todas partes veía huellas de la pobreza que él casi había olvidado. La comida era abundante pero sencilla. En otros tiempos su madre había hecho mayor derroche de mantequilla y otros ingredientes costosos.

—Gracias a Dios que este año tenemos manzanas por lo menos —exclamó su madre.

En el huerto había tres manzanos. Unas veces daban fruto, pero otras no.

—¿Por qué dices «por lo menos»? —preguntó Stephen.

—Porque hay que dar gracias por todo —contestó ella.

—¿Notas mucho la crisis, Stephen? —preguntó el padre.

—No; mis clientes son gente de muy buena posición.

Hubiese querido añadir: «Decidme si necesitáis algo», pero sabía que nunca se lo dirían, a no ser que les obligara.

—¿Te han reducido el sueldo? —preguntó con voz dura.

—No; no me lo han reducido —contestó su padre—. He sido yo quien ha pedido la disminución. La gente está pasando muchos apuros y hay que dar ejemplo.

—Si no recuerdo mal, había poco que reducir —observó Stephen.

—Tenemos lo suficiente para vivir —dijo su padre con dulzura.

Su madre guardaba silencio, con los labios apretados. Aquella pareja estaba unida firmemente, por lazos de amor y de comprensión. Representaban el escollo simbólico en que naufragaba su propia vida amorosa, se decía Stephen. El ejemplo de aquel amor hogareño e invencible, que le había perseguido desde muy pequeño, le hacía imposible tomarse el amor en broma, a la ligera, a pesar de sus fuertes tentaciones.

Se llevó la mano al bolsillo de modo automático y palpó dos minúsculos paquetes. Los sacó, satisfecho de poder alterar el curso de sus pensamientos.

—Shigo me dio esto esta mañana. Empecemos a celebrar la Navidad abriéndolos.

Desató cuidadosamente las cintas y extendió sobre el mantel el papel rojo recortado artísticamente, con calados de flores, por las tijeras de cocina de Shigo.

—¡Qué bonito! —murmuró su madre—. Parece extraño que los infieles, sin ser cristianos, sepan hacer cosas tan delicadas.

—Shigo no es ningún infiel —protestó Stephen sonriendo—. Es un cocinero demasiado bueno para llamarle así.

Abrió el paquete y bajo unos copos de algodón descubrió un Buda de marfil, figurilla diminuta y de apacible aspecto. Sostuvo el pequeño ídolo entre el índice y el pulgar y lo dejó sobre la cajita como sobre un pedestal.

—¿Es eso lo que adoran? —preguntó su madre.

—No creo que Shigo adore nada —contestó Stephen— Es solamente el símbolo de algo.

Abrió el otro paquete y en su interior apareció una cruz de marfil, sencilla y sin adornos. Observó la súbita emoción en el rostro de su padre.

—¡Qué acierto, Stephen; parece providencial!

—No opino igual —dijo la madre—. ¿Qué tiene que ver la cruz con ese horrible idollito?

Los hombres no contestaron. No la habían oído. Stephen vio que su padre cogía el Buda y la cruz, colocándolos sobre la palma de su mano derecha y contemplándolos con atención.

¿Qué pensamientos cruzaban por aquella mente mística? Su padre nunca había viajado mucho, pasando toda su vida en aquella pequeña población americana, llena de prejuicios y de estrechez de ideas.

¿Por qué virtud la mente de su padre, sumergida en aquel ambiente, había podido conservar su capacidad de asombro, sus ansias de aprender, su maravillosa humildad?

—Quédate los —dijo Stephen—. Puedes quedarte los dos. Significarán para ti mucho más que para mí.

Su padre cerró la mano reteniendo las dos piezas de marfil.

—Me los quedo. Stephen, pero no por el motivo que imaginas. Me los quedo porque comprendo que Shigo te conoce bien. No te hubiera hecho estos regalos si no hubiese visto en ti lo que siempre

he esperado que hubiera. Y ahora sé que existe, hijo mío.

A la mañana siguiente tuvo la sensación de que una nube se había apartado del espíritu de su padre. Fue a sentarse en el viejo banco junto a su madre, como se había sentado desde muy pequeño. Juntos miraban hacia el púlpito donde su padre, convertido en sacerdote, leía en voz alta las palabras de todos conocidas. Allí estaba toda la pureza de su personalidad, cuyo secreto radicaba en que su mujer y su hijo podían ver en él, no sólo al cabeza de familia, sino también al ministro del Señor. Si le hubiesen notado la más mínima debilidad, la más ligera muestra de hipocresía, lo habrían despreciado. El mismo Stephen, que había renunciado tiempo atrás al credo de su padre, y había olvidado incluso sus formas externas, seguía creyendo en el hombre mientras respetaba al sacerdote. La fe que sentía por su padre le forzaba a escuchar con atención las palabras dogmáticas, y por ser él quien hablaba, procuraba entender.

La iglesia estaba tranquila, y el aire olía a pinos. Había mucha gente, a pesar de lo que su padre había dicho, pero casi todos los presentes eran viejos. Mary, él lo sabía, estaba sentada al órgano. Había empezado a tocarlo cuando cumplió los diecisiete años y él, locamente enamorado en aquel entonces, había procurado siempre acudir temprano a la iglesia para encontrarse con ella. Aquel año tuvo que irse a la Universidad, y fue un domingo, en el recinto del órgano, cuando se despidió de ella. Se habían dado un beso y él había prometido no cambiar, aunque ya entonces vacilaba antes de hacer una promesa. Luego aprendió que nunca debía prometerse nada.

—Quede bien sentados —acostumbraba a decir a sus clientes—, que son ustedes los que lo arriesgan todo. Yo no puedo prometerles nada. Tratándose de la naturaleza humana, hay que contar siempre con los imponderables.

Había comprendido con el tiempo que también él podía cambiar, que de un año a otro era imposible predecir qué le gustaría y qué le desagradaría, salvo una cosa invariable: el éxito.

Mary tocaba villancicos, melodías tan arraigadas en él que experimentaba al oírlas profundas emociones incontrolables, sentimientos ya extintos pero cuyas huellas no habían podido borrarse. Ella tocaba con energía y dulzura, y al conjuro de la música, los fieles se pusieron en pie y empezaron a cantar. Permaneció callado, aunque oyó la voz de su madre que le pedía que cantase también. No, no podía cantar. Podía estar allí, entre todos, pero no podía pedirle nada más.

Se sintió aliviado cuando terminó la ceremonia. La intensa fe de su padre daba realidad a lo que le parecía intrínsecamente falso. El viejo relato, repetido año tras año, avivaba en la imaginación las escenas del Nacimiento, del pobre carpintero acosado, que no era padre ni esposo, pero que se mantenía fiel a algo que no comprendía ni sabía explicar. La magia, se decía Stephen, se hallaba en el símbolo, la alegoría del renacimiento eterno, de la Madre y el Niño, sin que el Hombre comprendiera nunca el misterio. La vieja fe pugnaba por llenar de nuevo su corazón y él se esforzaba en ahogarla. Todo era simple atavismo, se decía.

Pero si podía evitar el encuentro con las viejas creencias, no podía evitar el encuentro con Mary. Al salir de la iglesia se preparó para ello, viéndola acercarse por el pasillo, con su cabello castaño y rizado, sus ojos azules y tranquilos, cuya calma no se alteró al verlo. Sonrió con afecto y le alargó la mano. ¡Qué bien conocía él aquella mano firme, y cómo había deseado no recordarla!

—¿Cómo estás, Stephen?

—Muy bien, gracias, Mary. ¿Y tú?

—Yo siempre estoy bien.

Ella no rehuía su mirada, sin esperar nada al parecer, y al mismo tiempo sin ironía. Era simplemente como había sido siempre, con la única diferencia de que su primera juventud había pasado. Ya era una mujer. En adelante los cambios serían invisibles.

—Mary, ¿quieres venir a cenar con nosotros? —preguntó la madre.

—Me gustaría mucho —contestó la joven, con absoluta franqueza.

—Nos ayudarás a adomar el árbol.

Stephen oía aquellas palabras familiares, aquellas frases ligeras, pero sabía que tras ellas se ocultaba el secreto deseo de su madre de conseguir que Mary se convirtiera algún día en su hija, cosa posible, debía repetirse, mientras Stephen no se casara.

—Ahora he de irme a casa —dijo Mary—. Papá estará esperándome. —Se volvió a Stephen—. Sufrí un ataque el verano pasado, después de la muerte de mamá. Pero puede moverse por la casa.

—Ya me enteré... me alegro de que esté mejor —dijo Stephen, avergonzado de haberse olvidado completamente de aquello.

En silencio regresó a la casa con su madre. Su padre no les acompañaba nunca. Después de hablar a los fieles pasaba a la sacristía y se ponía a rezar a solas a fin de que lo que había predicado fuese semilla que cayese en buena tierra. En la acera la nieve se había endurecido, y el sol arrancaba destellos azulados al nevado pavimento.

—Una Navidad perfecta —dijo de pronto su madre.

—Sí —convino Stephen distraídamente.

Estaba preguntándose si no debería aprovechar aquella ocasión para comunicar a su madre que acariciaba el proyecto de pedir a Jane Haverhill que se casara con él. Así le impediría empujarle insistentemente hacia Mary aquella noche, mientras se adornaba el abeto. Realmente, no debería invitarse a Mary año tras año a aquella fiesta puramente familiar. Su presencia le obligaba a estar constantemente en guardia. Cuando eran niños podía aceptarse que todo era simple amistad, pero ahora Mary no podía ser únicamente «una amiga». El amor era imposible para ellos y la amistad excluía toda posibilidad de amor. Estaban obligados a no significar nada el uno para el otro, a rechazar hasta los mismos recuerdos.

El sol fundía los carámbanos de hielo en las ramas de los árboles, que goteaban sobre la acera.

—Madre —empezó—, quiero que sepas antes que nadie que tengo la intención de casarme.

Vio una súbita iluminación interior en los ojos de su madre, y se apresuró a destruir sus esperanzas.

—Con una chica de Nueva York —añadió—. No la conoces, pero creo que te gustará... se llama Jane Haverhill.

—¡Oh, Stephen! —gimió su madre.

Estaban ante la casa, y se habían detenido el uno frente al otro.

—Lo sé todo, madre. No puedes ocultarme nada. Pero es imposible, madre. Ya no me interesa Mary.

No esperaba despertar con aquellas palabras la ira de su madre.

—¡No seas estúpido! —exclamó ella con una energía que nunca hubiera sospechado en su carácter—. ¡Dices que ya no te interesa Mary! ¡Lo que sucede es que ella vale demasiado para interesarse por ti!

Tras decir esto, su madre echó a andar delante de él con gran dignidad, y al abrir la puerta, la atravesó sin mirar atrás y se dirigió al piso de arriba. Cuando llegó a su cuarto, cerró la puerta con violencia. Pero el paso decisivo estaba dado: había hablado, y con ello había conseguido la libertad que deseaba.

\*\*\*

Se abrió la puerta principal y oyó la voz de su madre saludando con cariño a Mary. El día había transcurrido con lentitud, y él había dormido largas horas en la tranquilidad que invadía la casa. Su padre había tenido que salir para ir a ver a un feligrés que estaba enfermo, y su madre, todavía enfadada, no le había dirigido la palabra en todo el día.

—¡Stephen! —Su voz llegaba ahora desde el pie de la escalera—. ¿No vas a bajar? Todo está preparado.

Ayer le hubiera gritado: «¡Ya está aquí Mary!», pero hoy había hablado y era innecesario proseguir la farsa.

—¡Ya voy! —contestó.

Se levantó, bostezando, satisfecho de haber podido almacenar horas de sueño, que inevitablemente volvería a perder cuando llegara Fin de Año. Aquella vieja casa estaba hecha para dormir, como la pequeña ciudad, reposada y moribunda. En un sitio así era posible dormir una vida entera.

Se puso los pantalones oscuros, el jersey rojo y las zapatillas, y bajó lentamente la escalera, con un cigarrillo en los labios. En cuanto vio a Mary comprendió que su madre le había hablado. La joven lo miraba sin temor ni falsa alegría, de un modo dulce y tranquilo, aceptándolo tal como era.

—Hola, Mary —dijo, dándole la mano.

Ella le abandonó la suya.

—Stephen, aún estás dormido.

—Me olvidé de todas mis preocupaciones en cuanto entro en esta casa.

—Esto te conviene.

Él se fijó en los ojos de su madre, muy brillantes, y apartó la mirada, sintiéndose inquieto.

—¿Dónde está papá?

—En el cobertizo, clavando la base del abeto a una peana.

—Iré a ayudarlo.

Dejó la habitación y salió a la noche helada. Vio a su padre en el cobertizo, a la luz de una linterna. Su padre era muy hábil con el martillo, y sus golpes se descargaban certeros sobre la cabeza de cada clavo. El árbol temblaba. Era un abeto pequeño, regalado, como todos los años, por el señor Kraut, el tendero.

—¿Puedo ayudarte? —preguntó Stephen.

—Puedes llevarlo adentro —contesto su padre—. Es lo que has hecho siempre.

No había manera de escapar a las costumbres y tradiciones. Stephen se echó el árbol al hombro y se encaminó con él a la salita, dejándolo en el lugar exacto en que se había colocado siempre, entre las dos ventanas, frente a la chimenea. Luego, con un gesto infantil de protesta, se sentó a fumar un cigarrillo tras otro, mientras los demás adornaban el árbol. Su padre se movía con lentitud, sosteniendo con gran cuidado los adornos de frágil cristal coloreado.

—Stephen, ¿cómo puedes estarte ahí sin hacer nada? —le reprochó su madre.

Él sonrió sin contestar. Mary apenas hablaba. Él la veía dar vueltas en torno al árbol, leve y graciosa, rodeada de la dulzura profunda que era su atmósfera natural. Su cabello era muy oscuro y sus ojos muy claros, y su voz era acariciadora. Sus labios tenían una expresión dulcísima. Su rostro en conjunto habría carecido de carácter de no ser por la firmeza de la barbilla. En sus mejillas había hoyuelos infantiles, que se acentuaban al sonreír, cosa que hacía con frecuencia. Stephen se decía que era una mujer muy agradable, fácil de amar pero incapaz de despertar una gran pasión, como la que sentía por Jane, su diosa rubia, toda temperamento, toda llena de fuego, exigente, dominadora, impaciente e inquieta.

Pronto estuvo listo el árbol navideño.

—Tengo que irme ya —dijo Mary—. Papá no estaba muy bien esta noche.

—¿No vas a quedarte a cenar? —preguntó la madre. Mary se había quedado siempre a cenar en Nochebuena.

—Esta noche no, lo siento —contestó.

Se sacudió el polvo de plata de las manos. Su cabello oscuro estaba espolvoreado de plata.

—Stephen, ¿podrías al menos colgar la estrella grande? —dijo la madre.

Él se levantó de la butaca y cogió la estrella.

—¿No queréis cantar? —preguntó el padre, empezando la canción que entonaban siempre en aquel momento.

*Estrella maravillosa, estrella de luz,  
estrella esplendente digna de un rey...*

Stephen, ocupado con el árbol, no cantó. Pero aunque no lo hizo, las estrofas llenaban su recuerdo. Eran ineludibles, algo que permanecía siempre. Dondequiera que estuviese oyéndolas, se vería retrotraído a aquella habitación, aquella hora, aquellas personas. De pronto sintió un miedo inexplicable, una extraña soledad, como si en realidad no se encontrase allí, como si hubiese muerto en alguna parte y sólo quedara su espectro, ocupado en colgar la estrella del árbol. Se volvió, sobresaltado. Su padre y su madre estaban allí, con él. Sólo Mary se iba.

—Te acompañaré a casa, Mary.

Ella lo miró sorprendida.

—No hace falta, Stephen. Sabes que sólo hay que andar unas pocas manzanas.

—Es de noche.

—Nunca he tenido miedo de la obscuridad —replicó ella, acentuándose los hoyuelos de sus mejillas.

Él no contestó, pero se dirigió al guardarropa y cogió su abrigo. Un momento después estaban los dos en la calle, solitaria salvo por la presencia de una máquina limpiadora de nieve, que avanzaba jadeante con un hombre sentado al volante, como un dios de las tormentas. No parecía verlos; tal vez ni siquiera era capaz de pensar en ellos.

Stephen habló evocando su juventud en Bethlehem.

—Recuerdo cuando esta calle era tan tranquila como nuestra propia casa.

Tomó su brazo, notando su forma redondeada y suave dentro de la manga del abrigo.

—Todo cambia —dijo ella con su plácida voz.

—¿Tú también, Mary?

Se mordió la lengua. ¡No era la pregunta más adecuada aquella noche!

—¡Oh, no; yo no!

Él guardó silencio, y ella, adivinando su confusión, prosiguió con voz tranquila:

—Tu madre me ha dicho que vas a casarte, Stephen. Me alegro mucho por ti.

—Bueno, la verdad... todavía no me he declarado. Pero lo haré en cuanto regrese. Hace mucho tiempo que estoy pensándolo. Una esposa es muy importante para un negocio como el mío.

—Para cualquier negocio, me parece a mí —dijo ella.

—Claro, claro —convino él—. Pero en el mío más que en otros. «Relaciones humanas», ya sabes.

—Nunca he comprendido del todo tu negocio, Stephen.

—Es algo difícil de explicar —admitió él—. Viene a ser algo así como enseñar a hombres importantes cómo presentarse al público de modo que causen favorable impresión.

—¿Y te pagan por eso? —preguntó ella, admirada.

Stephen se mostró complacido por su asombro.

—¡Y muy bien!

—¿Es que no pueden mostrarse tal como son?

—No; claro que no —dijo él—. En muchos casos los resultados serían desastrosos. No siempre resultan simpáticos. Yo tengo que hacer que lo sean.

—Difícil tarea, me parece a mí.

—Le da a uno una curiosa sensación de poder —dijo él—. Un multimillonario mostrándose humilde es un juguete interesantísimo.

Notó que ella retiraba el brazo. Las luces de la calle jugueteaban en su rostro.

—Yo no podría hacerlo nunca —dijo por fin—. No podría creer en ello.

—¿Es que hay que creer en todo lo que se hace? —preguntó él en tono burlón.

—Sí.

Su voz sonaba apagada y débil.

—Ya estamos en tu casa —dijo él bruscamente—. No voy a entrar. —Detuvo así la invitación que adivinaba en sus labios—. Dale recuerdos de mi parte a tu padre. Mañana por la tarde me voy otra vez a la ciudad. Adiós, Mary.

Vació un momento; luego se inclinó y la besó en la frente, notándola muy fría bajo sus labios.

La casa, la tarde del día de Navidad, le parecía triste en el momento de partir. El árbol continuaba en el saloncito, ya sin regalos en sus ramas, y el aroma de los dulces navideños llenaba el aire. La mañana la habían pasado en tranquila paz hogareña. Stephen se daba cuenta de la decepción de sus padres, aunque ninguno de ellos lo manifestaba en voz alta. Pero había decidido adquirir a toda costa la libertad. Había intentado mostrarse alegre y optimista y se sentía cansado del esfuerzo. Después de cenar, hizo sus maletas y declaró que tenía que regresar a la ciudad para estar en la oficina por la mañana, como de costumbre. Llegaría a su piso a hora muy avanzada de la noche.

Sus padres no habían protestado, nunca protestaban, y él se despidió con la mano desde el coche. Se quedaron en el umbral, cogidos de la mano, dirigiéndole sus últimas sonrisas. Se daba cuenta de que pensaban que lo habían perdido, y en cierto modo no se equivocaban, porque todos los padres pierden a sus hijos un día u otro. Por un momento deseó volver a ser uno de ellos otra vez, o al menos ahorrarse parte de su pena, aunque sabía muy bien que no había regreso posible al pasado. La felicidad de ellos ya no podía ser la suya, su fe ya no podía cobijarlo, ni su esperanza guiarlo. Se había adentrado en sus propios senderos, acompañado de los de su misma generación, y el mundo lo empujaba hacia un futuro que sus padres no comprenderían nunca. Su corazón se helaba a medida que avanzaba el coche hacia la ciudad.

Cuando llegó a la rutilante Nueva York, estaba muy cansado, y de pronto se sintió sediento de alegría y de voces, deseoso de sumirse en el bullicio de su vida cotidiana. El árbol de Navidad a la entrada del edificio en que vivía le pareció ridículamente inadecuado, y Jimmy, el botones del ascensor, lo saludó alegremente.

—¡Es usted la primera persona serena que veo en toda la noche!

—Pues tengo muchas ganas de emborracharme yo también —contestó Stephen.

Dio al muchacho un billete de diez dólares como aguinaldo, rechazó sus frases de agradecimiento, y entró en su piso solitario. Shigo no estaba, pero encontró una nota cuidadosamente caligráfica y apoyada en el receptor del teléfono.

*Vuelvo hacer desayuno. Puesto otra manta en cama contra el frío.  
Shigo.*

Hizo una bola con el papel y levantando el receptor marcó el número de Jane. Le contestó una sirvienta.

—¿Diga? Oh, sí, señor. Está aquí, señor. Un momento.

Poco después la voz de Jane sonaba incisiva en su oído.

—¿Dónde estás, Stephen?... Bueno, ¿por qué no vienes? Hay aquí mucha gente, desde luego, pero es muy divertido. ¡Ven!

—Tomo el metro y estoy ahí en seguida —exclamó él.

Su corazón empezaba a latir al ritmo habitual. Aquél era su mundo. Aquélla era su tiempo, aquélla era su generación. Aquella misma noche pediría a Jane que se casara con él.

Todos estaban cansados, desesperadamente cansados y alegres, y llenos de entusiasmo sin objeto. Todos estaban borrachos, unos más, otros menos, incluso Jane. Pero a ella le sentaba bien estar un poco bebida. Stephen, borracho de algo más que de alcohol y excitado por un sentido de posesión que abrazaba sus venas, esperaba el momento de decir a Jane las palabras decisivas. Ya había vivido momentos llenos de miradas ardientes, gestos significativos, llenos de provocación, de deseo, de malicia, y esperaba el instante propicio. Contemplaba a Jane, con su cabeza erguida, su rostro luminoso, sus ojos verdes semiocultos bajo unas largas pestañas. Jane era sincera y sin disimulo. Audazmente, se pintaba los ojos, las mejillas y los labios en formas extravagantes y siempre nuevas. Nunca podía saber de antemano cómo serían sus labios.

Llevaba un vestido de satén verde, y sus hombros desnudos eran impecables, como incansables eran sus diminutos pies enfundados en unos zapatos dorados. Cuando era más joven le hubiera tenido miedo, hubiera huido de ella por ser tan distinta de Mary. Pero aquel temor había desaparecido y se sentía fuerte. Necesitaba una mujer así. Podía entenderse con ella, podía dominarla, amarla con fiereza, ser implacable, porque también ella era cruel. Podría emplearla para sus propios fines, en cuerpo y alma, obligarla a ayudarlo, a representar el símbolo de su triunfo personal en la vida.

Ella lo vio inmóvil, contemplándola, y se acercó a él.

Sus movimientos parecían impremeditados, pero Stephen sabía que nunca había impremeditación en los actos de Jane, que tenía estudiado hasta el más leve gesto de su mano, el más mínimo movimiento de su sinuoso cuerpo. Se había acercado a él, inclinándose ligeramente sobre el butacón en que estaba sentado, y con una mano arrastraba a un arrogante caballero de mediana edad, Mitchell Crothers.

—Todo el mundo se va —se lamentó.

—Yo no —dijo él.

Ella se encogió de hombros y se alejó de nuevo, abandonándose en los brazos de Mitchell al empezar el último baile. Era un *potpourri* de temas navideños, cuya melodía había sido arreglada a ritmo de jazz. Incluso podía escucharse un lejano tañido de campanas. Stephen no se había acordado de pedir a ninguna chica que le reservara el último baile, y al ver que Jane lo tenía comprometido con Mitchell, prefirió continuar sentado, escuchando la música, en la que podía reconocer, confusas y destrozadas, las canciones de su niñez, que en su recuerdo sonaban completas y claras.

Disgustado, se levantó y salió a la terraza. Allí, a dieciocho pisos sobre el nivel de la calle, el frío era intenso y las estrellas brillaban solitarias. La ciudad era una masa de luces, más luminosas que las estrellas. Sería fácil imaginar que detrás de aquellas luces no existían seres humanos, sino únicamente máquinas productoras de luz, de una luz sin significado. Pero sabía muy bien que en todas aquellas luces lejanas había hombres y mujeres, abrazados, bailando, bebiendo. Una inexplicable nostalgia le invadía. ¿Qué quería, que no tuviera? ¿Cómo podía encontrarlo, si ni siquiera sabía lo que era? La noche, que le había parecido tan alegre, tan llena de fácil regocijo, le pareció de pronto vacía de sentido. Se había abandonado al torbellino de una existencia sin objeto.

«Soy hijo de un pastor rural —pensó—. Adondequiera que vaya, siempre me acompañará esa personalidad inextinguible.»

Se abrió la puerta de la terraza y apareció Jane. El viento alborotó sus rubios cabellos y apretó su vestido contra su cuerpo de estatua.

—¡Stephen! —exclamó—. ¿Qué haces aquí fuera, tan solo? Hace mucho frío.

—Mucho —dijo él.

—Entonces entra dentro a calentarte, tonto —dijo ella.

Extendió una mano hacia él, y Stephen, batido por el viento helado, no pudo resistir más tiempo la tentación. La tomó en sus brazos, rodeándola por la cintura, y acariciando sus cabellos la obligó a echar la cabeza atrás hasta que tuvo sus labios bajo los suyos, cálidos, entreabiertos e incitantes.

Después de aquel largo beso se dirigieron a la puerta, que por efecto del viento batía incesantemente. Él la cerró con cuidado.

—¿No estás borracho? —preguntó Jane.

—Un poco —confesó él—. Pero estoy bastante sereno para saber lo que quiero.

—¿Y es?

—A ti como esposa.

Ella lo miró con sus ojos verdes y claros.

—Eres un valiente —dijo.

—No te burles, Jane —ordenó él.

—¿Se me ha corrido la pintura de los labios? —preguntó ella.

—¡Oh, Jane! —protestó él.

—¿Es impropio mi pregunta?

—Del todo.

—Pero, ¿se me ha corrido? —insistió.

—Sí —contestó Stephen—, pero más vale que no intentes arreglarlo. Voy a besarte otras muchas veces.

—En tal caso... —dijo ella, y con un diminuto pañuelo que sacó del monedero de malla de plata que pendía de su cintura, se quitó la pintura de los labios.

La boca que apareció era pequeña, sensual y de color naturalmente encendido.

—¿Por qué tienes que disimular esa boca tan bonita? —preguntó él.

—Instinto femenino.

—Pero no quiero que me la ocultes a mí —protestó.

Se inclinó a besarla de nuevo, esta vez con calor y con plena conciencia de lo que hacía. Ella no opuso resistencia. Stephen sabía que no lo haría. Le devolvió el beso con calor y experiencia, complaciendo a Stephen, a quien no gustaba hallar timidez en las mujeres. Y una mujer tan hermosa como Jane no podía carecer de experiencia.

Cuando finalizó el beso, él se retiró un poco.

—Ha llegado el momento de ser formales —dijo—. ¿Quieres casarte conmigo, Jane?

—Si es verdad que hemos de ser formales... sí, quiero.

—¿Cuándo?

Ella echó la cabeza atrás, mirándole atentamente.

—Eso habrá que pensarlo con calma.

—No me digas que estás sorprendida —dijo él.

—Nada puede sorprenderme —contestó ella.

—Es decir, que ya habías pensado...

—¿En la fecha de nuestra boda? No.

Stephen sentía la insaciable curiosidad del hombre prometido.

—Dime todo lo que pensabas de mí.

Ella pareció reflexionar antes de contestar.

—Empecé pensando en ti como en cualquiera de los otros hombres que he conocido desde los dieciséis años. En si serías tú con el que acabaría... —se interrumpió súbitamente.

El la acució.

—¿Cuándo empezaste a pensar que sería yo?

—Hace cosa de un mes, aproximadamente, después de haber eliminado a los demás... por el momento.

—¿Sólo por el momento?

—Una mujer inteligente no se desprende de todo el contenido de su cesta.

—¿Aun cuando haya encontrado al único que quiere?

—¿No serás un romántico, verdad, Stephen, uno que cree todavía en esas cosas del amor eterno, la mujer única, etcétera?

—No deja de ser agradable pensar así.

—Más vale que no te dejes arrastrar por tu imaginación, Stephen.

Él dejó que transcurrieran unos segundos de silencio. Luego preguntó con dulzura:

—¿Puedo decirte que te amo, Jane?

Le sorprendió su rápida respuesta.

—¿Por qué no?

Aquella criatura adorable y versátil se estremecía de ardor entre sus brazos. Stephen estaba emocionado y ya no pretendía averiguar el porqué de las cosas. Se limitaba a retenerla junto a él. Sus labios besaban su graciosa oreja, adornada con limpidos diamantes.

—No puedo decirte cuánto te quiero porque ni yo mismo lo sé —le dijo—. Nunca he querido a nadie como te quiero a ti. Tal vez seas demasiado maravillosa para mí, pero creo que sabré adaptarme. Incluso creo ser más fuerte que tú. Si no lo creyese, no me atrevería nunca a casarme contigo.

Ella le escuchaba con una sonrisa en los labios y con sus verdes ojos semicerrados.

—Ésa es la fe que tengo en mí —terminó él.

—¿Y cuál es la fe que tienes en mí? —preguntó ella.

—La de que eres lista, inteligente, superior, preciosa mía... la de que me ayudarás a triunfar... en tu propio provecho.

Ella levantó la cabeza.

—¡Vaya modo raro de declararse a una mujer!

—¿Qué hay que decir para que una mujer te dé el «sí»? —preguntó Stephen.

Se sentía extrañamente eufórico. La alegría era el mejor modo de enfrentarse con una nueva vida que en modo alguno había de ser fácil.

Ella suspiró, apoyando suavemente la cabeza en un hombro de él.

—Acepto porque estoy de acuerdo contigo, Stephen. Eres más fuerte que yo.

—¿Es eso amor? —preguntó él.

—Eso es amor —contestó ella—. Nunca podría querer a un hombre que fuese más débil que yo. Y hasta ahora no había podido encontrar a uno más fuerte.

—Me parece muy bien —dijo Stephen—. Creo que ya es hora de que nos besemos de nuevo.

Se besaron con entusiasmo, dispuesto cada uno de ellos a no dejarse dominar por el otro.

\* \* \*

Sus amigos dijeron que hacían una estupenda pareja, y que, desde luego, la noticia no les sorprendía porque la esperaban. Sólo la habían creído cuestión de tiempo, y ahora se alegraban de que Stephen y Jane se hubieran decidido por fin, porque así todo el mundo sabría a qué atenerse respecto a ellos. Los que ya estaban casados les decían que el matrimonio era el mejor de los estados posibles, y que Jane sabría cómo convertir un hogar en algo maravilloso. Su casa sería un paraíso gracias al gusto exquisito de ella, y sería magnífico poder contar con un refugio de tal clase entre las amistades del grupo.

Stephen se llevó a Jane aparte y le dijo:

—Mira, pequeña, espero que nuestra vida no se dedicará por entero a las nimiedades que hemos conocido hasta ahora, ¿no es cierto?

Ella levantó sus cejas cuidadosamente depiladas.

—¿Qué quieres decir exactamente?

—Que teniendo en cuenta cuánto me duele tener que renunciar a las amistades, espero que en adelante no contraeremos nuevas relaciones de ese tipo.

Las hermosas cejas continuaron arqueadas.

—Nuestra vida privada debe anteponerse a todo, querida. Tengo que pensar en mis clientes y tú te deberás hacer cargo de sus esposas.

Las cejas descendieron por fin.

—Puedes dejar ese asunto en mis manos, Stephen.

Él sintió un inmenso alivio.

—Eres una chica estupenda.

Se unió en un prolongado silencio motivado por la imperiosa necesidad de volver a tomar a Jane entre sus brazos. Le agradaba comprobar que existía entre ellos una fuerte pasión de tipo carnal, algo tan simple y tangible como una copa de vino.

Cuando, por fin, pudo respirar libremente, preguntó:

—¿Has tenido tiempo de pensar en la fecha más adecuada para la boda, querida?

Estaban en la biblioteca, en la que nadie entraba nunca. Jane se volvió al escritorio, un mueble chino procedente de Pekín, donde había alcanzado muchos siglos de antigüedad, pero que había sido barnizado en color claro para adaptarlo al gusto neoyorquino. Sobre el escritorio había un calendario que ella empujó hacia Stephen, de cuyo abrazo aún no se había soltado.

—He marcado en rojo unas cuantas fechas para que tú escojas.

Había pensado en todo. La fecha más próxima estaba tan sólo cinco semanas.

—Ésta, desde luego —decidió él—. Nos iremos a pasar la luna de miel a algún lugar soleado. Volveré a estudiar geografía para decidir mejor.

—Pues será ese día —convino Jane.

Soltó una mano de Stephen para abrir uno de los cajones de la mesa china y sacó un frasco de pintura dorada y un pequeño pincel. Mientras él la observaba, introdujo el pincel en la tinta metálica y rodeó la fecha escogida, el dos de febrero, con un halo de oro brillante. Indudablemente había preparado aquel instante, el frasco y el pincel, con cierta antelación, revelando con ello cierta tendencia sentimental oculta bajo su apariencia externa de banalidad y frívola alegría.

—Creo que seremos una pareja feliz —exclamó él.

—¿Es que lo has dudado alguna vez? —preguntó ella.

—Más vale no contar con nada de antemano —replicó él—. Siempre estaré preparado para lo peor.

Ella aparentó no oír sus palabras. Estaba mirando los labios de Stephen.

—Me gustaría saber qué aspecto tendría tu boca pintada de oro —murmuró—. Nunca he visto a nadie con labios dorados. Déjame pintarte la boca de oro, Stephen.

—¿Qué tontería! —musitó él, riendo.

Pero permaneció inmóvil mientras ella empapaba en pintura el pequeño pincel y luego, con el mayor cuidado, mordiéndose la lengua, recubría de tinta dorada sus labios. Era una sensación extraña, fría y metálica, pero continuó quieto, procurando no sonreír.

Cuando hubo terminado, Jane dio unos pasos atrás para contemplar su obra de arte. Su expresión se alteró.

—¡Oh! —exclamó—. ¡Qué horrible! Pareces un muerto... una imagen en una iglesia...

El horror que se leía en sus ojos era tan espontáneo y genuino que Stephen se apresuró a sacar un pañuelo y limpiarse la boca.

—Ya está —le dijo—. No olvides que has sido tú misma quien ha tenido el capricho. A mí no se me habría ocurrido nunca una cosa tan absurda.

Tuvo que arrebatarle el frasco y el pincel de las manos y guardarlos en el escritorio, y luego sacudirla con impaciencia, pues ella parecía paralizada e incapaz de hablar.

—No seas tonta, mujer; te has impresionado por nada —le dijo—. Ven a beber algo.

La tomó del brazo y la obligó a ir con él hasta el comedor, donde le sirvió un poco de whisky, bebiendo él después y aprovechando el resto del líquido para librarse de las últimas trazas de la pintura dorada.

—Vámonos a ver —dijo después—. Tienes que prometerme que no volverás a jugar con mi cara. Tienes que aceptarla tal como es. Y no olvides que vamos a casarnos el dos de febrero, para irnos inmediatamente con rumbo desconocido.

La firmeza de su tono se vio recompensada con un abrazo más fuerte que los anteriores. Sí, era superior a ella y le complacía la idea.

\* \* \*

Le agradaba pensar que había nacido en un mundo y había sabido crearse otro completamente distinto para su uso personal. Su negocio le obligaba a bucear en las mentalidades de sus clientes, para lo cual leía mucho y buscaba la conversación de Philip Eustis, el psiquiatra. Se habían hecho amigos poco después de su llegada a Nueva York, durante el tiempo en que había trabajado con otra empresa. Cuando se independizó y creó su propio negocio, pidió a Eustis que fuera su socio, y la nueva empresa se llamó Worth, Eustis y Maxham. Maxham era su abogado.

Eustis acudía pocas veces al despacho, pero siempre estaba «disponible», como acostumbraba a decir. Stephen solía pasar en su compañía un par de noches por semana, pasando revista a los clientes, analizando sus características humanas como si los sometieran a implacable disección.

También quiso analizarse a sí mismo en presencia de Philip, antes de contraer matrimonio.

—A veces pienso que Jane es una extraña para mí —confesó a Philip una noche, cuando sólo faltaba una semana para el dos de febrero. Se hallaban en su piso de soltero, contiguo a una lujosa oficina,



en la calle Setenta y Una—. Me pregunto cómo puedo atreverme a casarme con alguien a quien no conozco y que tampoco me conoce a mí.

Philip era un hombre pequeño y robusto, unos diez años mayor que Stephen.

—Esperaba que me dijeras eso —contestó, encendiendo su pipa.

Le agradaba tener ocasión de charlar confidencialmente con su joven socio. Tenía la convicción de estar modelando una notable personalidad en Stephen. Todo hombre importante necesitaba, en su opinión, una especie de amigo y confesor. Los hombres importantes se proyectaban más allá de su generación, de su tiempo. Era preciso explicarles con frecuencia quiénes eran y cuál era su misión. Desde que conocía a Stephen se había dedicado a releer las vidas de Lincoln y de Napoleón, porque constituían una combinación de caracteres que adivinaba implícita en él.

—Tu nacimiento ha dividido tu personalidad —prosiguió con su calma acostumbrada, ahogando su voz bajo la espesa cortina de su bigote despeinado—. Naciste en un sencillo mundo imbuido de espíritu evangélico, cuyos valores eran fácilmente comprensibles. Creciste al amparo de una sólida fe. Luego, tus dotes naturales te llevaron mucho más allá de aquel mundo elemental, pero parte de tu ser continúa todavía allí. Aún no has completado tu integración. Sin embargo, el proceso es enteramente natural y hasta saludable.

Le gustaba hablar así a Stephen. El joven aceptaba sus observaciones con espíritu crítico y sin egoísmo, dando pruebas de una interesante mezcla de los elementos introvertido y extrovertido. Si Stephen hubiera nacido en el seno de una familia opulenta, habría conservado únicamente los factores introvertidos. Pero, habiendo nacido pobre, había estudiado los medios prácticos de alcanzar la riqueza, y había llegado a la conclusión de que sólo los extrovertidos pueden hacerse ricos.

—Cuanto antes te libres del vago idealismo que te rodeaba en tu niñez —prosiguió Eustis—, antes podrás colocar en su lugar los valores sólidos de tu idealismo práctico, basado en lo que esperas de la vida, y tanto más aprisa se integrará tu personalidad de un modo definitivo. Para tí, mucho más que para la mayoría de los hombres, el matrimonio es de importancia primordial.

Stephen suspiró levemente. Comprendía muy bien que a Philip Eustis le agradaba dogmatizar. No obstante, en sus palabras había sentido común.

—¿Qué crees que Jane hará conmigo? —preguntó en tono de buen humor.

—Te ayudará en ese proceso de integración —replicó Eustis—. Ella es una mujer de una pieza. Su infancia transcurrió en el mismo ambiente en que aún vive. En ella no existe el problema de la división de personalidad que hemos observado en tí. Es un carácter entero, y por tanto, de absoluta confianza. Es la división la que resulta peligrosa.

—¿Quieres decir —exclamó Stephen— que un niño de instintos criminales, educado en un ambiente de vicio y sin conocer otra cosa, es una personalidad equilibrada?

—Siempre y cuando no lo lleven a la confusión los principios morales de una sociedad que se vuelve contra él —declaró solemnemente Eustis.

Stephen meditó aquellas palabras.

—Entonces, lo que tengo que hacer es lo que hace el que no encuentra de su gusto el mundo en que nació. Dejarlo.

—Exacto —convino Eustis—. Y con tu inteligencia ese paso no ha de resultarte demasiado difícil.

—¿Crees en la conciencia? —preguntó Stephen de improviso.

—Es una prueba más de la división de que te hablaba —dijo Eustis—. La conciencia no es más que la voz de aquel pasado de que estás intentando librarte.

—¿Y qué me dices de los principios de integridad, de honor y todo eso?

—Todo es cuestión de sentido común —dijo Eustis, sentándose en una butaca de cuero, con rostro impasible, como un moderno Buda—. Los principios personales de mayor valor son los principios del éxito en los negocios. La integridad es necesaria para lograr ese mismo éxito. El honor es cuestión de buen gusto estético. Y en nuestra sociedad la aplicación de estos principios paga dividendos muy aceptables.

—Me gustaría saber por qué —murmuró Stephen.

—Porque somos personas divididas. Todos padecemos de tu mismo mal, nos hallamos en fase de transición entre el pasado y el futuro. Somos incapaces de comprender el presente. Nos vemos obligados a pasar por él con la mayor rapidez posible.

—Entonces pudiera ser que hombres como Mussolini tuvieran razón al crear ambientes sociales en los que los principios antiguos ya no resultan aplicables.

—Es posible —convino Eustis—. Los principios son alterables. No existe nada estable en los conceptos de la ética. Hoy haces cosas que ayer, en casa de tu padre, hubieras considerado pecaminosas y que él, probablemente, sigue considerando como tales. Pero al menos tú has dejado atrás la fase del «pecado». Probablemente es una palabra que no has empleado desde hace tiempo. Ya ha pasado de moda. Pronto será una pieza de arqueología. Y más adelante, el término habrá quedado completamente olvidado.

—¿Quiere decir eso que das tu aprobación a mi matrimonio con Jane? —preguntó Stephen.

No quería animar a Philip a seguir con aquellas disquisiciones filosóficas que podían ser acertadas, pero que en el fondo le desagradaban.

—Completamente —dijo Philip—. Es el paso más acertado que podías dar en el camino de la consolidación de tu personalidad.

—¡Gracias! —se echó a reír Stephen—. ¿Y no temes que me consolide demasiado?

—Eso —contestó Philip—, sería imposible. Lo único que conseguirás por fin será convertirte en un hombre completo y estable.

Después de aquella conversación, Stephen se sintió más tranquilo y más satisfecho de sí mismo. Era la ventaja de tener amigos como Philip Eustis. Había sabido desvanecer las dudas que sentía sobre Jane y sobre sí mismo, y recibía con agrado la posibilidad de sonreír feliz sin complicaciones ni inquietudes. La recuperada confianza en sí mismo hizo que supiera envolver a sus clientes en una atmósfera de optimismo a la que no podían resistirse. Eran hombres riquísimos y poderosos pero incapaces de tener aquella seguridad personal que él poseía, y que se sentían obligados a defenderse de sus inquietudes adoptando un aire arrogante y despótico completamente inadecuado. En sus inmensos y lujosos despachos intentaban refugiarse detrás de sus grandes escritorios, pero ante él, a solas, abrían sus corazones amargados y hablaban con humildad de sí mismos, de sus problemas familiares, de sus esposas egoístas y de sus hijos indolentes. Eran hombres de corazones sencillos, mentes desprovistas de complicación, y sentimientos fáciles de herir. Querían ser amados por sus propios méritos, pero no sabían cómo lograr el amor de los demás. Nunca habían podido humillarse lo suficiente para alcanzarlo. Stephen se daba cuenta de que en esto radicaba su tragedia. Pronto aprendió a ser amable con todos ellos, a conducirlos con delicadeza, nunca más allá de donde ellos querían llegar, pero modelando sus espíritus poco a poco, de día en día, imperceptiblemente, a fin de que acabaran presentando al público, a las personas que tanto despreciaban pero cuyo afecto pretendían conquistar, una falsa imagen que pudiera inspirar amor. Stephen jugaba con ventaja la carta de su juventud, porque sus clientes, al verlo joven, confiaban en que sabría enseñarles cómo ganarse el aprecio de sus hijos, de sus hijas, de todos los jóvenes que algún día se relacionarían con ellos en el mundo de los negocios.

Tuvo una agradable sorpresa al descubrir que Jane comprendía con claridad y desde el primer momento la verdadera naturaleza de su negocio. Entre breves arrebatos de amor, hablaban con frecuencia de su futura vida en común y de su trabajo profesional. Ella poseía un cerebro lógico y frío, como el de él, y Stephen llegó a decirse que hasta el amor de Jane era materialista y frío. Le parecía imposible que ella pudiera experimentar lo que podría llamarse «un amor a la antigua», aquella emoción perenne e indefinible que mantenía unidos a sus padres. Jane era moderna, tan «funcional» como podía serlo un mueble, y al mismo tiempo decorativa.

Tenía sus propios principios, claramente definidos, inexorables y egoístas. Lo había aceptado para sí y Stephen sabía que le sería fiel. También sabía que de haber sido pobre o desconocido, nunca hubiera consentido en unirse a él. Pero era importante y rico, y eso bastaba.

A Stephen le complacía en extremo aquel amor desprovisto de romanticismo. No tenían nada que ocultarse mutuamente. Se repetía qué la próxima Navidad no la pasaría en casa de sus padres. Para entonces el proceso de integración de su personalidad habría llegado a su fin. Jane le habría ayudado a encontrarse a sí mismo.

Se aproximaba la fecha de su boda. Tenía que ser una ceremonia de alto rango. Había invitado a sus clientes y a todos sus amigos. Era una buena inversión y a la vez algo muy divertido, casarse con gran lujo y riqueza. Después de la luna de miel proyectaba ampliar sus oficinas y tal vez aceptar unos cuantos clientes más.

El tiempo era espléndido, con cielo despejado, sin viento, y bastante frío. Stephen nunca se había sentido mejor. Incluso se veía en el espejo más guapo que otras veces. Sus padres estaban portándose maravillosamente, aceptando sus breves misivas sin protestas. Ya habían empezado a remitirle las piezas más antiguas del ajuar doméstico como regalo de boda, entre ellas un juego de té labrado en plata que la tatarabuela de su madre había traído consigo de Inglaterra, y un secreter de caoba hecho personalmente por el abuelo de su padre. Enseñó a Jane las fotografías de sus padres y la besó alegremente cuando ella insistió en que debían hallarse presentes en la ceremonia. Jane estaba muy hermosa aquellos días. Stephen escribió a sus padres y les dijo que Jane contaba con ellos para la fiesta, y que podían acudir sin temor, porque Shigo se encargaría de alojarlos cómodamente e incluso podría enseñarles Nueva York. Sus padres no conocían aún la gran ciudad. Stephen podía imaginarse los preparativos en la vieja casa, el nerviosismo de su madre antes de decidir qué vestidos se pondría, y la timidez de su padre.

Pero cuando llegaron, la mañana del día de la boda, le sorprendió no ver en ellos muestra alguna de nerviosismo o timidez. Su padre aparecía muy tranquilo y dulce, y su madre estaba guapísima con un vestido nuevo.

—¡Pero qué bien estás, mamá! —exclamó, abrazándola.

—Este vestido lo ha hecho Mary —dijo su madre con orgullo—. Cose muy bien. Y me ayudó a encontrar un abrigo que hiciera juego.

—Mary es muy buena —dijo él, añadiendo inmediatamente—: Bueno, papá y mamá, me gustaría que vierais a Jane ahora mismo, pero nos está prohibido. Ya la veréis esta tarde en la ceremonia... ¡por primera vez, a punto de convertirse en vuestra hija!

Shigo permanecía inmóvil, sonriendo. También él pensaba en casarse pronto, durante la ausencia de su amo, pero sería una fiesta tranquila, en algún restaurante japonés, con dos o tres amigos, muy distinta de la ceremonia ostentosa que se preparaba aquel día. Se sintió inmediatamente atraído hacia los padres de su joven señor. Creía ver en ellos el símbolo de lo más perfecto de la especie humana: vejez, prudencia, bondad. Comprendía los motivos de que Stephen le hubiera parecido siempre tan bueno.

—No te preocupes por nosotros, hijo —decía el padre—. Queremos que hagas tus cosas tal como las habías proyectado.

—Descansaremos un poco ahora —dijo la madre—. Y usted, señor...

—Lámeme Shigo, por favor —rogó el criado japonés.

—Usted cuidará de nosotros —terminó la anciana sonriendo—. Estaremos perfectamente atendidos, Stephen.

—Quería hablar con usted —dijo el padre dirigiéndose a Shigo—. ¿Se acuerda del Buda y de la cruz que regaló a nuestro hijo?

Me acordaba muy bien, contestó Shigo.

—Me acuerdo muy bien —contestó Shigo.

—Fue un bonito regalo —dijo el padre con calor—. He pensado en ello muchas veces. Ya le habrá dicho que nos lo dejó. Espero que no le habrá molestado. Pero, ¿por qué la cruz? ¿No es algo extraño a su raza?

—Mi raza conoce ya la cruz. Hace mucho tiempo que está con nosotros. Pero conservamos a Buda también. Nos hace falta todo lo bueno.

—Ah —oyó Stephen que murmuraba su padre—. ¡Qué acertado! Y dígame...

Stephen no quiso oír más y se alejó. Le quedaban menos de dos horas para llegar a la iglesia. Philip actuaba de padrino y tenía que encontrarse allí con él. Todo estaba preparado.

\* \* \*

Había temido ponerse nervioso, pero no fue así. El proceso de integración, como decía Eustis, había avanzado indudablemente más de lo que él mismo suponía. O tal vez debía agradecer a Jane aquella perfección de detalles que contribuía en gran manera a su tranquilidad y sosiego. Los padres de ella, formando una pareja remota para él, ya que apenas los conocía, habían ido a situarse en los puestos que les estaban asignados. El señor Haverhill esperaba en la puerta la llegada de Jane. La señora Haverhill, después que la iglesia se hubo llenado de invitados, avanzó sola por el pasillo, destacándose su alta silueta vestida de gris plata y adornada con violetas. Fue a sentarse en el banco destinado a la familia de la novia y se arrodilló como si se hallara en un oficio dominical. Inmediatamente antes de volver a sentarse, levantó ligeramente la cabeza, y a su señal el órgano empezó a tocar, despertando los ecos de la amplia nave. Stephen, que esperaba en la puerta de la sacristía, fue a colocarse en su puesto frente al altar, lleno de flores. Eustis se había colocado junto a él, y los dos aguardaron así largos minutos.

Pudo ver que sus padres se colocaban al otro lado de la iglesia, y con sorpresa descubrió a Shigo con ellos. Pero, ¿por qué no? Sin duda alguna, su padre lo había invitado. Shigo tenía un aspecto absolutamente respetable con su traje oscuro y su impoluta camisa blanca. Llevaba gafas para acentuar así la solemnidad de la ocasión.

El volumen de la música se acentuó mientras Stephen aspiraba el aire de la iglesia fuertemente cargado de aroma de lirios y lilas. Empezaba a marearse. Su padre estaba rezando; podía asegurarlo por la actitud inclinada de su cabeza cana. Su madre lloraba en silencio. ¿Por qué los viejos se tomaban tan en serio las cosas más normales de esta vida? ¡Rezós y llantos!

La música se hizo más viva, y volviéndose, vio a Jane en la puerta, alta la cabeza adornada con un velo blanco de encaje, y un ramo de rosas escarlatas en su mano. A pesar de la resistencia de su madre, ella había insistido en aquel detalle de las rosas escarlatas. Stephen volvió a sentirse bien. Jane avanzaba por el pasillo con paso firme, aunque estaba pálida. Su padre la llevaba del brazo; era un hombre alto y delgado, que ocultaba sus ojos diminutos tras los gruesos cristales de unos quevedos sujetos a la solapa con una cinta negra.

Todos los presentes se levantaron mientras el sacerdote se adelantaba sonriendo. El día antes había dicho a Stephen que consideraba aquel matrimonio como ideal, por su juventud y su simpatía. Contaba, pues, con la aprobación eclesial. Jane llegó ante los escalones, dos pajes diminutos levantaron su larga cola de seda y segundos después Stephen la tuvo a su lado. Entonces le estrechó la mano brevemente, y acto seguido dio comienzo la ceremonia.

Stephen había leído el texto tradicional dos o tres veces la noche antes, sonriendo al encontrar aquellas palabras sencillas y arcaicas, destinadas a santificar la unión del hombre y la mujer y a sancionar con su aprobación la procreación de los hijos. Pero él y Jane no querían tener hijos. Eso ya lo habían decidido. Querían disfrutar de la vida con libertad y con egoísmo.

—Me encanta ser egoísta —decía Jane—. ¡Lo soy tanto, querido!

—Yo también —había contestado él.

—Apuesto cualquier cosa a que soy más egoísta que tú —se había apresurado a decir ella—. Por ejemplo: de seo que me regales unos pendientes de brillantes como obsequio de Navidad.

—Hecho.

Así su matrimonio había quedado pactado con risas y en forma de una competición de egoísmos, abierta y sin disimulos. A Stephen le gustaba aquella franqueza, que consideraba guerra limpia y abierta. Nunca había dudado que él y Jane lucharían constantemente. Ganaría cuantas veces pudiera, pero cuando perdiera estaba dispuesto a saber aceptarlo con deportividad.

—¿Aceptas a esta mujer, Jane...? —empezaba ya el sacerdote.

—Sí, acepto —dijo él—. Con todo mi corazón —añadió luego.

Jane lo miró y se echó a reír en voz baja.

\* \* \*

Aquella noche, en el camarote de lujo del gran transatlántico, todavía atestado de flores, muletas, abrigos, regalos, libros y revistas, todo lo cual habría que ordenar y recoger para el largo viaje a Sudamérica, Stephen esperaba a que Jane se preparase para acostarse, mientras fumaba un cigarrillo, tumbado en la cama, ya en pijama. Por fin la vio salir del cuarto de baño, envuelta en una gran toalla rosa. Atravesó rápidamente el camarote hasta llegar a uno de los baúles, del que extrajo un blanco camisón, que parecía una arrugada nubecilla vaporosa. Dejó caer la toalla al suelo y el camisón se deslizó a lo largo de su cuerpo. Era muy transparente, como pudo apreciar Stephen con complacencia. Ella volvió levemente la cabeza para mirarlo con ojos brillantes.

Luego pareció detenerse un segundo, como si buscara algo sobre el tocador.

Por fin dijo, con tono que quería ser ligero:

—Supongo que debo decírtelo. No es la primera vez... si eso puede tener importancia.

Él trató de hablar, pero halló gran dificultad en nunciar las palabras que quería.

—No tiene importancia —dijo por fin—. Hoy día tiene ninguna importancia, ¿no crees?

—Para mí no, desde luego —convino ella.

## CAPÍTULO II

—Gemelos —se limitó a decir Jane.

Llevaban casados tres años y medio cuando se dieron cuenta consternados de que había quedado embarazada.

Era una mañana de septiembre. En el despacho del doctor, Jane se detuvo ante Stephen y le hizo aquella sorprendente declaración.

—¡Oh, es magnífico! —exclamó una mujer desconocida para ellos, sentada en la sala de espera y a todas luces también en espera de descendencia.

No le hicieron caso. Stephen se levantó presentando el abrigo a Jane. Ella se lo puso con presteza, se ajustó el cinturón, y Stephen se caló el sombrero hasta los ojos. Salieron rápidamente y descendieron la escalera del edificio. Ante la acera les esperaba su pequeño automóvil deportivo, de color gris, con tapicería de cuero rojo. Una vez dentro, Stephen se volvió a mirar a Jane.

—No podemos hacer nada, ¿verdad?

—Muchas cosas —contestó ella en tono incisivo—. No más volar, en primer lugar. No más montar a caballo. Suprimir la bebida...

—No me mires de ese modo —protestó Stephen.

Ella le sacó la lengua y él se echó a reír.

Stephen puso, el motor en marcha y avanzaron lentamente calle abajo. Una luz roja regulando el tráfico les obligó a detenerse de nuevo.

—Puede que esto te dé un nuevo interés por la vida —dijo él.

—No creo que pueda haber algo menos interesante —dijo Jane.

La luz cambió y por unos momentos no hubo necesidad de hablar. Stephen pensaba que ya debía estar entrevistándose con Adolph Mendel. Hubiera podido negarse a acompañar a Jane al médico si se hubiera atrevido. Ella estaba sumida en una terrible depresión desde que se dio cuenta de que iba a tener un niño. ¡Y ahora resultaba que serían dos!

—No podré soportarlo —dijo Jane de pronto—. Pero el doctor ha dicho que no está dispuesto a hacer nada por ayudarme. ¡Maldito sea!

Stephen escuchó con agrado aquella airada expresión. Tal vez Jane empezaba a recuperar su sentido del humor. Esperaba que así fuera, porque iba a hacerles falta. Aquellos años de matrimonio habían sido en términos generales muy agradables, pero, como ella decía, todo el barniz había desaparecido ya, y sólo quedaba la madera desnuda. No había nada que no supieran el uno del otro. Les gustaba la vida que llevaban y así marchaban perfectamente al unísono. Durante la semana él trabajaba como un loco, y los domingos, para acabar de agotar sus energías, despegaban en su pequeña avioneta, acompañados de otros aparatos análogos, pertenecientes todos a parejas sin hijos, como ellos. Hacían carreras y acrobacias arriesgadas sobre un páramo de Nueva Jersey. Los domingos por la noche, Stephen estaba materialmente derrengado, pero en su cansancio no intervenía ningún factor intelectual o emocional. Era un agotamiento puramente físico y él estaba convencido de que eso era lo que le convenía. Mientras pilotaba la avioneta se olvidaba de todo. Jane se acurrucaba a su lado, muy pálida, con los ojos más verdes que nunca. Ya no podrían repetirlo. Él no tendría el mal corazón de salir a

volar sin su compañía.

—Me parece que tendría que irme directamente a la ciudad, a no ser que me necesites en casa —dijo cuando llegaron al semáforo siguiente.

—No me haces ninguna falta —contestó ella.

Él volvió a reír esperando que cambiara la luz. En silencio, fueron hasta la puerta delantera de su casa, un pequeño y elegante edificio medio escondido entre dos rascacielos. Lo había comprado la primavera anterior. Ganaba tanto dinero que se veía obligado a rechazar nuevos clientes.

—Imagínate esta casa con gemelos —exclamó Jane.

—Más vale no pensarlo —dijo él en tono ligero.

Detuvo el coche.

—No voy a entrar —dijo, pero salió del coche, abrió con sus llaves la puerta de la casa y rozó la mejilla de su mujer con un beso lleno de ternura—. Anímate, pequeña. No es la primera vez que sucede una cosa así.

—Pero a mí sí —protestó ella—, y te aseguro que será la primera y la última.

Él volvió a reír, echándose el sombrero atrás, mientras miraba cómo se cerraba la puerta de la casa. Luego volvió a entrar en el coche y lo dirigió al distrito comercial. Con un poco de suerte podría hacer honor a su cita con Mendel.

Las oficinas de Mendel Brothers Inc. eran una auténtica exposición de mobiliario costoso. Adolph Mendel, el abuelo de la familia y fundador de la empresa, había nacido en Alemania, y tenía ese amor a la decoración costosa, a los cortinajes y a las tapicerías de terciopelo que sienten todos los alemanes. El nieto era un joven de ojos de aguilucho y melancólica expresión. Su figura esbelta se parapetaba tras la enorme mesa de despacho que presidía la oficina.

—Adelante —dijo brevemente al ver aparecer a Stephen.

—Gracias —contestó éste.

Llegaba con retraso, pero en tales ocasiones prefería no mencionar el hecho. El tiempo perdía su importancia cuando de todos modos podía cobrarse en factura. Su sistema de cobro era sencillo y admirable. Los honorarios básicos que cobraba a sus clientes por cualquier trabajo que hiciera para ellos cubrían con creces toda posible pérdida de tiempo que le ocasionaran sus entrevistas con ellos. También cargaba en factura el tiempo perdido por sus empleados dedicados al caso en cuestión, amén de los gastos menores que pudieran presentarse.

Nunca aceptaba un cliente que hubiera opuesto alguna objeción a su tarifa.

Se sentó, sin dejarse impresionar por el tamaño gigantesco del escritorio, tal vez porque su infancia en la casa rectoral lo había habituado a los púlpitos, a los que aquella mesa se parecía mucho. Hizo retroceder su butaca hacia un lado, de tal modo que quedó sentado más cerca del joven Adolph. Éste, entonces, se vio obligado a volver su propio asiento, eliminándose así la barrera que levantaba entre ellos la gran mesa.

—¿Qué puedo hacer por usted? —preguntó Stephen con amabilidad.

Había estado esperando aquella llamada desde que el viejo Adolph murió, un mes antes. Mendel Brothers era una empresa importante pero anticuada, dedicada a la fabricación de maquinaria, y estrechamente relacionada con otras empresas siderúrgicas más importantes aún. El actual Adolph, que había sucedido al difunto en la dirección de la casa, era un hombre inteligente pero de una educación irregular, poco refinado. Era voluntarioso, despótico, generoso y violento, como Stephen había tenido ocasión de averiguar.

Hizo un gesto nervioso con las manos al oír la pregunta de su visitante.

—Si pudiera contestar a eso, ya no lo habría llamado —declaró. Su voz era aguda y su actitud tensa—. No sé qué es lo que puede hacer por mí. Ya conoce nuestra firma. Está tan anticuada como el mismísimo infierno. Dígame qué es lo que puede hacer. Le escucho.

—Sería de gran ayuda poder saber cuáles son los puntos sobre los que no está satisfecho —sugirió Stephen.

Las nerviosas manos volvieron a gesticular.

—Pues verá: el público se ha vuelto contra nosotros. Los productos Mendel son buenos, pero no se venden. Con los rumores de guerra y la aparición de ese Hitler, se han acentuado los prejuicios contra todo lo que es alemán. Quiero evitar eso organizando mejor nuestras relaciones públicas. Aunque le confieso que a mí personalmente me importa muy poco. Por la masa no siento más que desprecio.

Detrás del joven empresario se abría una ventana adornada con cortinas de terciopelo rojo. Más allá de sus cristales se extendía la ciudad y el mundo entero. Stephen había aprendido ya a tener en cuenta la existencia de aquel mundo antes de hablar al hombre que pedía su consejo.

Al principio de su carrera había pensado en el hombre ante todo. Ahora había perfeccionado su técnica. Sabía que el poder no estaba en el hombre, sino en la humanidad. Cómo había llegado a aprender aquel principio fundamental, no lo sabía. Simplemente, lo había descubierto, y lentamente había ido asimilándolo. Ahora estaba seguro de que era cierto.

—¿Podría explicarle una cosa? —preguntó.

Había aprendido también a hablar sin prisas, sin forzar al interlocutor.

—Pruebe —contestó Adolph—. No tengo la obligación de creer todo lo que me diga.

Stephen sonrió.

Los hombres de aquel tipo insistían siempre en su derecho a la incredulidad.

—Probaré —contestó—. No tiene ninguna importancia qué opinión pueda usted tener de la gente. Sus gustos personales y sus sentimientos hacia la masa carecen de trascendencia. Salvo en un aspecto: el desprecio actúa siempre como un freno sobre todo cuanto pretenda hacer. Si pudiera sentir respeto por las personas que desea conquistar, avanzaría más de prisa. Así no tendría que hacerse tanta violencia.

El hombre parapetado tras el escritorio no dijo nada. Su fina boca hizo una ligera mueca.

—No es corriente poseer tan gran dominio de uno mismo —siguió diciendo Stephen. Miró de frente aquellos ojos grises—. Pero he de hacerle una pregunta. ¿Le sería posible cambiar sus sentimientos hacia la masa? De esa forma le resultaría más fácil venderles sus productos.

Las manos huesudas volvieron a agitarse, acompañadas esta vez de un encogimiento de hombros.

—No se preocupe por mí; hablemos del negocio.

—Estoy habiéndole del negocio —dijo Stephen—. Las relaciones humanas forman parte del negocio, e influyen en que sea próspero o ruinoso. Mi misión es precisamente la de proporcionar a su firma la atmósfera propicia a hacer buenos negocios. Y esa atmósfera empieza por usted mismo.

La boca cruel y delgada intentó esbozar una sonrisa.

—Está bien. Siendo así, aceptemos lo que usted dice. ¡Empiece por mí!

Había ocasiones, y aquella era una, en que Stephen creía ver en sí mismo la reproducción de su padre. Muchas veces, siendo pequeño, lo había oído hablando acaloradamente con alguien en el pequeño estudio contiguo a la salita. ¿Qué podía decir su padre a aquellas solitarias figuras que acudían de vez en cuando a la puerta lateral de la casa? Algunas veces había creído oír llorar a alguien.

—¿Qué hace papá ahí dentro? —preguntó una vez a su madre.

—De doctor de almas —fue la respuesta.

Recordaba la frase cada vez que veía ante sus ojos rostros enfadados o rebeldes. Un hombre no podía triunfar en el mundo si no empezaba por vencerse a sí mismo. Pero, ¿cómo podía imbuirse a nadie esta convicción? Su padre hubiera empezado habiéndole del alma y de sus relaciones con Dios. Adolph Mendel se habría reído, aunque su antepasado, el difunto Adolph, probablemente lo hubiera entendido y habría sentido miedo. En su generación, ya extinta, los ricos seguían temiendo a Dios, y para aplacar sus conciencias regalaban dinero a manos llenas. Pero, ¿cómo hacer que la verdad fuera escuchada por los oídos más duros de la generación nueva? Era difícil porque él mismo, Stephen Wörth, se hallaba en la misma situación que sus clientes. Durante aquellos años de éxito creciente había acabado por comprender que lo que su padre enseñaba era un conjunto de verdades indiscutibles. Pero él no estaba dispuesto a envolver aquellas verdades en el ropaje de palabras, imágenes y frases que con tanta naturalidad afluían a los labios de su progenitor. «Nadie puede burlarse de Dios —exclamaba su padre—. Lo que el hombre siempre es lo que recogerá.» También Adolph se habría reído de eso, negándose a creer en todo lo que había contribuido a la intranquilidad crónica de su padre y de su abuelo, forzándolos a sembrar hospitales e instituciones benéficas por doquier, «a fin de dar integridad a sus personalidades», como habría dicho Philip Eustis.

—¿Y bien? —dijo con impaciencia Adolph.

—Vámonos a ver —dijo Stephen—. No puede usted engañar a la gente, porque ya no se deja engañar por nadie. Hoy en día, más que nunca, existe en la masa popular un germen inexorable, todopoderoso, por decirlo así. Yo he tenido ocasión de darme cuenta paulatinamente de que el pueblo es soberano, y esto es así en el mundo entero, no importa bajo qué dictaduras o tiranías pueda hallarse aplastado. Hasta los dictadores caen si su pueblo se rebela abiertamente. Ninguna tiranía puede sostenerse contra la voluntad del pueblo. La masa es esclava sólo mientras quiere serlo. Pero en un momento determinado, cuando esta voluntad cambia, la masa se levanta y rompe todas las cadenas que la aherrujan. Y la voluntad cambia en cuanto el pueblo comprende que vive en esclavitud.

—No veo qué tiene que ver eso conmigo —dijo Adolph con inquietud.

Abrió un cajón y sacó un grueso cigarro, que ofreció a Stephen.

—No, gracias —dijo éste—. Lo que quiero decir es que tiene que conseguir que la masa crea en usted si pretende que crea en sus productos.

—Nadie me conoce —murmuró Adolph.

—En cierto modo, todo el mundo lo conoce —contestó Stephen—. Al menos conocen algo, una imagen, en la que creen está representado usted.

—Necesito un agente publicitario —exclamó Adolph mordisqueando el cigarro.

Stephen movió la cabeza.

—Eso ya pasó —dijo con voz apaciguadora—. La gente ya no se fia de los agentes publicitarios. «Todo es mentira», dicen. No, tiene usted que hacer algo que les haga creer que es uno de ellos, que pertenece a su misma época. Ése es el primer paso.

—¡Qué diablos! —protestó Adolph—. No tengo tiempo para mimar al público. ¿Y cómo sé yo que es lo que quieren?

—Tendrá que averiguarlo —contestó Stephen—. Para eso estoy yo aquí.

Abrió su cartera y sacó un montón de papeles.

\* \* \*

Pasó casi todo el día en compañía de Adolph Mendel, sondeando implacablemente en aquel espíritu egoísta y ambicioso, en busca de su verdadera personalidad, hasta que, al anochecer, Adolph, arrojando el resto del cigarro a la papelería, rompió a sollozar.

—Está bien, está bien —gimoteó—. Me ha cazado. Dígame qué es lo que debo hacer y le obedeceré.

—Las pruebas que hemos hecho hasta ahora me han indicado qué es lo que le hace falta —dijo Stephen—. Necesita usted interesarse por algo más que por usted mismo y por sus negocios. Debe hallar algo en cuanto le rodea que le proporcione ese interés nuevo. No puede usted seguir funcionando como una dinamo incansable, porque, al igual que cualquiera de sus máquinas, acabaría destruyéndose a sí mismo. Necesita una válvula de escape. Piense en alguna cosa, por su propio bien... en alguien, en algo, pero que no esté directamente relacionado con usted.

Dijo esto en tono grave mientras aquel hombre famoso sollozaba ocultándose el rostro con las manos. Stephen no quería consolarlo. Adolph no lloraba porque se compadeciera a sí mismo, sino por cansancio, aturdimiento y rabia. La máquina había dado marcha atrás, en busca del respiro que se le había recomendado.

—Ya está bien por hoy —dijo Stephen—. Piense en todo lo que le he dicho. Volverá a verme pronto.

Llegó cansado y silencioso a su oficina, y Maxham, que le esperaba, le sirvió una bebida al verlo entrar.

—Ya has estado otra vez redimiendo almas —le dijo en tono de reproche—. ¿Por qué te tomas tu oficio tan a pecho, Steve?

—Estoy empezando a comprender el verdadero significado de nuestro trabajo —contestó—. Es algo tan grande que me asusta. Ya no me atrevo a enfrentarme más que con hombres buenos. Si no lo son, hay que conseguir que lo sean, y la responsabilidad es excesiva para mis fuerzas.

—Es una lástima que seas hijo de un predicador —dijo George.

—Ya comprendo lo que quieres decir —replicó Stephen.

Sabían muy bien a qué se referían, porque los dos se habían forjado juntos. Stephen había llegado a pensar en cierta ocasión que con hablar era suficiente. Bastaba con repetir las mismas frases muchas veces para que la gente las creyera, al estilo con que se estaban haciendo estas cosas en Alemania. Pero el sistema era erróneo y acabaría fracasando; él no sabía aún cómo ni cuándo, pero fracasaría. El pueblo descubriría el error algún día. Llegaría un momento en que querrían comparar los hechos con las palabras. Ya no daba resultado alguno intentar ocultar la verdad, porque la verdad salía siempre a la luz. La verdad era lo único duradero.

—Antes no eras tan serio —dijo Maxham.

Era un hombre de agradable aspecto, que no destacaría en una muchedumbre, pero Stephen estaba convencido de que bajo su apariencia vulgar se ocultaba el abogado más inteligente de toda la ciudad. Además, era honrado y poseía un acentuado sentido común. Stephen no había dudado nunca de él. «En mi negocio no puedo perder tiempo en desconfianzas», repetía. «Tengo que estar seguro de que todos los que me rodean son honrados, a fin de poder seguir adelante sin vacilaciones.»

—Esta noche estoy cansado, eso es todo —dijo—. Me voy a casa a dormir. Adolph Mendel es capaz de agotar a cualquiera. Es un verdadero campo de batalla, y el enemigo es él mismo. Mi tarea primordial es hacerle comprender eso.

Volvió a encasquetarse el sombrero, sonrió y apuró el vaso de «whisky».

—Eres un buen chico, Maxham —dijo con afecto—. Un abogado decente y una joya de persona.

El pálido rostro de Maxham respondió con una sonrisa. Cuando Stephen hablaba en aquel tono era fácil creer en su sinceridad. Seguramente se debía a que había aprendido de su padre.

—Vete a casa —le dijo con sequedad—. Y acuéstate en cuanto llegues. No dejes que tu guapísima mujer te arrastre consigo a algún club nocturno donde pueda exhibirte como su obra maestra.

—Soy yo quien la exhibe a ella —corrigió Stephen.

—Más vale que no os exhibáis tanto —dijo Maxham—. Buenas noches. Yo me iré a mi casa en cuanto acabe de trabajar en el caso Lanham.

Pero Stephen no se dirigió inmediatamente a su casa. Una vez se vio en la calle, se dio cuenta de lo mucho que temía el encuentro con Jane. Adolph había agotado sus energías y necesitaría un buen acopio de fuerzas para enfrentarse con ella. Aquella mañana la había dejado enfurecida contra la vida, y el fuego de su ira habría mantenido los rescoldos en espera de su regreso. Se sentía como un médico antiguo, capaz de curar las enfermedades de los demás, pero no las suyas o las de las personas queridas. Suspiró aspirando el aire fragante de la calle. Una hora más no significaría gran cosa para el mal humor de Jane. Iría a ver a Philip Eustis y haría lo que todavía no había hecho: discutir con Philip el problema de su matrimonio.

Philip Eustis no se había casado. A edad muy temprana había aprendido la necesidad de imponer limitaciones, según su propia expresión, a un hombre cuya energía debía dedicarse constantemente a socorrer a otras personas que tenían en él su único consuelo y motor vital. Un psiquiatra, decía él, debía conocerse a sí mismo. Pasaba los días en compañía de hombres y mujeres que carecían de confianza en sus propias fuerzas, y al llegar la noche necesitaba verse libre de todos ellos, solo, dispuesto a dormir sin que nada turbara su reposo. Se sentía feliz cuando, al llegar a aquel pisito reducido y cómodo que llamaba «su hogar», lo encontraba desierto. Empleaba a una mujer de limpieza, pero le exigía que no estuviera nunca en el piso cuando él lo ocupaba. Así, no la había visto desde hacía unos diez años. Los viernes por la mañana le dejaba su estipendio encima de la mesa de la cocina. En cuanto a la comida, por las noches comía muy poco, le gustaba guisar y nunca tenía invitados. Sus invitados, decía él, eran sus pacientes, en cuya compañía pasaba el día entero.

Por eso, al sonar el timbre, se quedó asombrado y un tanto molesto. Estaba haciéndose una tortilla, y no podía soltar la sartén. Dejó que el timbre continuara sonando hasta que hubo terminado su delicada tarea. Luego, con el plato en la mano, fue hasta la puerta, quedando sorprendido al ver a Stephen. Al principio no pudo articular palabra alguna.

—Sé que hago muy mal, Eustis —empezó Stephen, sonriendo al ver el plato con la tortilla—. Ya sé que sólo me diste la dirección de tu casa para que supiera dónde vives, en caso de que te sucediera algo.

Hacia años que Philip le había dicho:

—Voy a darte el número de donde vivo por si acaso me muero una noche antes de despertarme. Toda la familia de mi padre padece del corazón y no tengo por qué ser una excepción a la regla.

—Entra —dijo, recuperando su alegría habitual—. Siempre que oigo el timbre me sobresalto, pero prefiero que seas tú que cualquier otra persona.

Llevaba puestas sus viejas zapatillas, y en silencio se encaminó al cuarto donde cenaba y descansaba.

—Nos repartiremos esta tortilla, aunque la verdad es que tengo hambre.

—No debería aceptar —dijo Stephen—. Sin embargo, lo haré porque también yo tengo hambre. Pero no lo he sabido hasta ver la tortilla. Más vale que hagas otra.

—Tengo ensalada, un poco de pan, y café —dijo Philip.

Tomaron asiento y durante unos minutos comieron ávidamente y en silencio. Philip era un maestro en guardar silencio. Por fin Stephen apartó el plato.

—No hubiese venido a verte si no fuera por algo muy personal —dijo de pronto.

—¿Te sucede algo malo? —preguntó Philip.

Con un pedacito de pan estaba limpiando el plato.

—Jane —contestó Stephen—. Va a tener gemelos... y nunca ha querido hijos. Me da la sensación de que no podrá resistirlo.

—¿Es absolutamente preciso? —dijo Philip en voz baja.

—A no ser que se expusiera demasiado... sí.

—Creía que erais felices —dijo Philip.

Podía hablar a Stephen con absoluta claridad, renunciando a la jerga de su profesión.

—Somos felices... —le interrumpió Stephen.

—¿Pero...?

—No hay pero que valga, salvo que de un modo especial intuyo que Jane no es completamente feliz. Lo es cuando los días transcurren llenos de acontecimientos agradables y no le queda tiempo para pensar. Pero ahora tiene que pensar. No puede rehuirlo. No sé qué va a suceder... —Stephen se interrumpió arqueando las cejas—. La verdad es que no sé cómo ayudar a una mujer que espera gemelos... ¡aunque sean mis hijos! Tal vez tú tampoco puedas.

Philip apiló los platos en una esquina de la mesa.

—Tomaremos el café junto a la estufa. Todas las noches la enciendo. El asunto de los gemelos es lo de menos, estoy seguro. El problema es lo que dices de que Jane le tiene miedo a pensar. En fin, hablemos.

Stephen empezó a hablar. Conocía muy bien a Jane, creía él, sobre todo después de aquellos años de matrimonio. Si lo amaba por entero o no, era algo que no podía asegurar. En cierto modo le importaba muy poco, porque él había aprendido a amarla a su manera. La quería tanto y de modo tan profundo, que había sabido adivinar la existencia en el fondo de su espíritu de aquella segunda

personalidad misteriosa que ella intentaba rehuir.

—Es feliz conmigo —concluyó—, pero no lo es consigo misma.

Philip escuchaba atentamente, hundido en su butacón de cuero, mirando a Stephen con sus ojos ambarinos y saltones. Eran unos ojos extraños, impersonales, pálidos, que daban la sensación de que eran capaces de ver a través de los cráneos de los demás. Unos ojos de aumento, como alguien había dicho en cierta ocasión.

—¿Recuerdas que una vez te dije que Jane te ayudaría en tu proceso de integración? —preguntó cuando Stephen se detuvo.

—Sí —contestó Stephen—. Muchas veces lo he pensado.

—Ya has terminado el proceso —dijo Philip—. Ahora estás convirtiéndote en un hombre nuevo, parte de cuyas características yo no había podido prever. Yo había llegado a la conclusión de que eras una especie de Lincoln-Napoleón en una pieza. Pero ahora renuncio al elemento napoleónico.

—¿De veras? —dijo Stephen—. ¿Qué tiene que ver Lincoln con Jane?

—Llévala a la casa rectoral de tu padre —le aconsejó Philip—. Haz que vea por sus propios ojos en qué ambiente naciste. —Se detuvo vacilante, para decir luego—: Buenas noches, Stephen. Has acabado con mis energías por hoy.

\* \* \*

¿No había sido siempre sincero con Jane? Seguiría siéndolo. Se sentó en el gran sillón frente a la ventana del saloncito, y la tomó en sus brazos, silenciosa, rígida, ocultando el rostro en el hombro de él, y acariciando su mejilla con sus rubios cabellos despeinados.

—¿Qué se oculta detrás de todo esto, Jane? —preguntó acariciándole la cabeza—. Es cosa normal tener hijos. ¿Por qué reaccionas de ese modo?

—No quiero sentirme atada —se apresuró ella a responder.

—Podemos tomar una buena enfermera —sugirió él.

Ella se agitó, incorporándose.

—Naturalmente. Pero es que dentro de mí me remuerde la conciencia, ¡maldita sea! No debería tener crios si soy incapaz de tener sentimientos de madre.

—Supongo que a muchas mujeres les pasará lo mismo —dijo él—. Creo haber leído en alguna parte que el instinto maternal no empieza a tenerse hasta que se ve patear a la criatura. Tampoco yo me siento padre, si he de decirte la verdad. Pero supongo que sabré adaptarme a la situación cuando los tengamos aquí delante.

—Berreando —agregó Jane.

—También nosotros berreemos —le recordó él.

—Eso es lo que me irrita. Una generación deja paso a la siguiente... ¿y para qué?

Él meditó aquella observación. No tenía nada que objetar.

—Tengamos confianza —dijo por fin.

—La confianza es un falso sentimiento —arguyó ella—. Todas las personas son iguales. No serás tan ingenuo como para creer que tus hijos han de ser distintos a todos, ¿verdad? Y además, gemelos. Es decir, idénticos.

Se levantó y empezó a silbar entre dientes. Sabía silbar muy bien, redondeando aquella boca tentadora. Silbaba una absurda melodía, de moda en aquel momento. «Tú me has traído aquí, pero yo no puedo quedarme. No; yo no...», canturreó.

Él se echó a reír sin dejarse engañar por su falsa alegría. Leyó la desesperación en sus hermosos ojos y dejó de reír.

—Voy a llevarte conmigo a ver a mis padres —le dijo.

Ella dejó de silbar y lo miró.

—¡Bien! —exclamó—. ¿Y para qué? ¿No te parece un poco tarde?

—Quiero que conozcas el ambiente en que nací —dijo

él— Quiero que veas dónde vi la luz por vez primera.

—¡Y yo que creía que no eras un sentimental!

—¡Quién sabe! —contestó Stephen.

Ella no volvió a protestar y al día siguiente, enviando un telegrama a sus padres, él se dispuso a poner en práctica su proyecto. Era preferible hacerlo cuanto antes. En cuanto a Adolph, le haría bien una breve temporada de soledad. Cuando regresara podría comprobar los progresos realizados por su cliente para convertirse en personalidad popular.

Shigo lo despidió con una sonrisa de aprobación. Más de una vez en aquellos últimos años había reprochado a Stephen y a Jane por separado que no hubiesen ido a visitar la casa paterna. Invitar a los padres de vez en cuando a Nueva York, llevándolos a conciertos y museos, decía Shigo, era algo muy distinto a visitarlos en el campo. Un hombre debe volver de vez en cuando a la casa donde nació y presentar sus respetos a los padres que le dieron el ser, si no quiere perder su personalidad.

—El hombre bueno debe ante todo ser hijo bueno —añadía con energía.

—Adiós, señor y señora —decía ahora—. No vuelvan a casa demasiado pronto. Tengo que pintar la cocina y no podría hacer otro trabajo al mismo tiempo.

Stephen se echó a reír mientras cerraba la portezuela del coche.

—¡El muy pillito! La cocina no necesita pintura, me parece a mí, ¿no crees?

—Claro que no —dijo Jane—. Pero se pondrá de muy mal humor si nos ve volver antes de dos semanas. Tiene un concepto de las cosas ridículamente anticuado.

—Prescindiendo de las antigüedades, querida —observó Stephen—, ¿sabes cuánto tiempo hace que no estamos juntos y a solas antes de medianoche?

Notó cierta reacción hostil en ella ante aquel comentario. Jane no había criticado jamás su forma de vida, que le parecía absolutamente lógica y normal. Aquella tarde

Stephen la veía muy bella y elegante, aunque su silueta empezaba a revelar los primeros indicios de la amenaza que pendía sobre ella. De pronto sintió pena por todas las mujeres. Estaban condenadas por la naturaleza. Jane se rebelaba contra aquel absurdo destino y él no podía echarse en cara. Tenía derecho a vivir a su manera, como una persona independiente, no como un engranaje de la continuación de la especie. Ya había bastante población en el mundo y además el futuro aparecía tenebroso con la amenaza de guerra.

En silencio condujo el coche hacia la carretera del Sur, mientras pensaba en Adolph Mendel. De vez en cuando contemplaba el perfil de Jane, que parecía sumida en negros pensamientos. Él conocía bien aquel gesto de la boca y el nervioso parpadear de sus largas pestañas. Sus manos, tan elegantes y aristocráticas, estaban entrelazadas convulsivamente sobre su regazo. Stephen sospechaba que aquel viaje le desagradaba, pero no había querido confesarlo. Tal vez estaba cometiendo un gran error. Tal vez ella le guardaría rencor por aquello y no comprendería su verdadera intención. Probablemente pensaba que la estaba obligando a sumergirse en su corriente familiar, y obligarla a algo era una locura tratándose de Jane. Para olvidar sus temores se apresuró a hablar de Adolph Mendel.

—Hace días que no te hablo del joven Adolph —dijo—. Siempre estoy pensando en él. En cierto modo es la piedra de toque de mi nueva teoría sobre los deberes del profesional de las relaciones humanas.

Jane era inteligente y se podía hablar con ella de cualquier cosa. Sabía perfectamente de qué le hablaban en cada caso, y a Stephen le gustaba hacerle confesiones íntimas relacionadas con su trabajo. Habían sido muy felices salvo en los momentos en que ella se dejaba dominar por aquel lúgubre estado de ánimo que la invadía inesperada e inexplicablemente de vez en cuando. Entonces se ponía a decir que no servía para nada y que no sabía para qué vivía en el mundo.

—Tal vez para ser bonita —había contestado él en una ocasión—. Bonita como una orquídea.

—Como una flor parásita —había contestado ella en tono de desprecio.

Inmediatamente, Stephen se había dado cuenta de su error.

—Quiero que recuerdes siempre que no me sería posible vivir sin ti. Y tiene cierta utilidad el conseguir que siga viviendo.

—Me molesta pensar que Adolph Mendel te sirve de ayuda —decía ella ahora—, porque es un hombre que me desagrada en extremo.

—No es agradable —convino Stephen—, especialmente en un club nocturno. No tiene el buen fondo de su padre o de su abuelo. Adolph Segundo creía que la vida valía la pena de ser vivida, pero Adolph Tercero no comparte esta opinión. Lo único que quiere es ir tirando. Tengo que enseñarle que desgraciadamente eso no es posible sin un mínimo de interés, y que necesita presentarse a los ojos del mundo como un bienhechor de la humanidad. Su padre comprendía esta necesidad, pero nuestro Adolph siente desprecio por el público. ¿Sabes qué fue lo que me dijo el otro día? «No puedo imaginarme a mí mismo acariciando a un niño... ¡sin embargo, podría acariciar a una máquina cuando no hubiera testigos!»

—Lo comprendo muy bien —dijo Jane—. Nunca hubiera supuesto que Adolph tuviera facilidad de palabra.

«De nuevo un error», pensó Stephen. Debía abstenerse de mencionar la palabra «niños». ¿Qué podía hacer la vieja casa, rectoral en favor de su hermosa y neurasténica esposa?

—Me agobia de un modo terrible esta atmósfera de ciudad provinciana —murmuró Jane en tono de reproche.

Estaban avanzando lentamente por la calle principal. Era la hora del crepúsculo. El asfalto de la carretera se interrumpía bruscamente al alcanzar los límites de la población. El almacén del señor Kraut, emplazado en el centro de la ciudad, llevaba en el mismo sitio desde hacía más de doscientos años. Una de sus esquinas formaba un saliente, y la calle describía una curva para esquivarlo. Los ingenieros de obras públicas habían pretendido replantear el trazado cuando pusieran a punto la carretera, pero el señor Kraut se negó a sus evidencias. «Mi padre va coetáneo esta misma discusión la primera vez que se

hizo una carretera por aquí, y se salió con la suya —declaró—. Yo no pienso ser menos.»

—Espera a que estemos en casa —dijo Stephen.

Cuando se detuvo ante la cerca de madera blanca se abrió la puerta principal y salió su madre, con un delantal sujeto a la cintura.

—Sed bienvenidos —gritó saludándolos—. ¡Cuánto me alegro de que os hayáis decidido a venir!

Su padre aguardaba en la puerta, algo vacilante, como si su nuera le hiciera sentirse tímido.

—Entra, Stephen —dijo por fin—. Hemos estado esperándoos todo el día, aunque ya dije a tu madre que no podríais llegar hasta la noche.

La casa olía a virillos recientemente almidonados y a pulimento para muebles. Todas las lámparas estaban encendidas.

—Ven, Jane —dijo Stephen—. Voy a tomarte en brazos antes de atravesar el umbral.

De buen humor, la levantó del suelo, mientras su madre reía y su padre sonreía, frotándose las manos.

—Id arriba —ordenó su madre con cariñosa autoridad—. Os he preparado el cuarto de huéspedes y el tuyo, Stephen. Ya sé que dormís en habitaciones separadas. Instaloos a gusto. Estáis en vuestra casa. Yo voy a poner la carne en el horno. He pedido a George Wentz que me guardara el mejor pedazo que tuviera.

Subieron. Jane iba detrás, y él le enseñó su cuarto, de techo bajo y con una ancha cama de madera de haya, las estanterías para libros hechas por él mismo y en las que se alineaban aún sus lecturas preferidas de otro tiempo. Ella lo miraba todo en silencio, con aire perdido y vacilante.

—Puedes utilizar el cuarto de huéspedes, si te gusta más que éste —dijo él.

La puerta que los separaba estaba abierta, y por ella podía verse la habitación empapelada en tono rosa, la cama con dosel y el tocador de madera clara.

Se echó a reír de pronto.

—Los predicadores que venían a visitar a mi padre, siempre dormían ahí. ¡Y cómo roncaban algunos!

Ella simuló echarse a temblar.

—¡No invoques sus espíritus! —Pero entró en el cuarto y lo examinó meticulosamente. Luego se acercó a la ventana—. ¿Qué hay ahí abajo? ¿Un cementerio?

Stephen se acercó.

—Me había olvidado completamente. Sí, cada iglesia tiene su propio cementerio.

—¿Y tú has jugado ahí?

—Nunca me detenía a pensarlo. Ninguno de nosotros le prestábamos mucha atención. Formaba parte de la ciudad y de todo esto. Es posible que alguien le dedique un pensamiento alguna vez durante la noche, pero no será con mucha frecuencia, me parece a mí.

—Es horrible —dijo ella en voz baja.

—Correremos la persiana —contestó él con dulzura.

Luego la ayudó a deshacer las maletas y la contempló mientras colgaba en el armario sus faldas, sus trajes, sus blusas. Era muy caprichosa en el vestir y nunca llevaba la misma ropa todo un día, y mucho menos dos días seguidos. Pero a él no le importaba; estaba orgulloso de la elegancia de su mujer, y podía pagarlo. Lo único que quería era que fuese feliz.

Ella se acercó al espejo y se cepilló el pelo, retocándose de nuevo el maquillaje.

—Supongo que no tendré tiempo de bañarme antes de cenar.

—Aquí no se baña nadie antes de cenar —dijo él.

—Por lo menos, me cambiaré de ropa.

Se quitó el vestido y se puso una falda azul y una blusa, volviendo a peinarse después. Luego oyeron la voz de la madre, que los llamaba desde abajo. Stephen salió al hueco de la escalera.

—¿Qué, mamá?

—Me olvidé de decirte que Mary estará con nosotros. Me preguntó si podía venir a conocer a tu mujer. Me parece que ya llega.

—¡Estupendo! —gritó él por encima de la barandilla.

La voz de su madre sonaba firme y clara, resonando por toda la casa como en los días lejanos en que él había sido niño. Oyó que se abría la puerta principal y que la voz de su madre se mezclaba con la de Mary, argentina y risueña. Volvió a entrar en el dormitorio. Jane seguía peinándose. Stephen había olvidado momentáneamente el significado de aquel prolongado peinarse. Por las noches, cuando algo desagradable había sucedido y se sentía molesta u ofendida, Jane era capaz de estar más de una hora peinándose.

—¿Quién es Mary? —preguntó sin volverse.

—Una amiga de mi infancia —contestó él, procurando usar un tono ligero—. Fuimos juntos a la escuela. Toca el órgano en la iglesia. Vive con su padre, que está inválido... o vivía, no lo sé seguro.

Jane dejó el cepillo en el tocador. Sus ojos centelleaban de malicia.

—¿Más color local?

—Muy local —confirmó él.

La miró complacido.

—¿Qué magnífica eres! Ni siquiera me has preguntado por qué nunca te había hablado de ella.

—¿Por qué tenías que hacerlo? —dijo ella con gran calma.

—Por nada, claro —dijo Stephen—. Hace mucho tiempo que la olvidé.

Súbitamente se sintió lleno de dicha, y rodeando su cintura con un brazo, la besó con fruición. Era agradable besar a Jane; nunca había dejado de serlo. Era una mujer comprensiva e inteligente, desprovista de prejuicios y curiosidad malsana. Deseaba presentársela a Mary para que ésta comprendiese por qué se había casado con Jane.

Volvió a oírse la voz de su madre.

—¿Stephen, la cena está lista!

Tomó la mano de Jane y bajaron rápidamente para pasar al comedor. Su padre, su madre y Mary esperaban de pie detrás de sus sillas. Sus ojos, aquellos ojos de tres personas que amaban a Stephen más que a nada en el mundo, se fijaron intensamente en la pareja que acababa de entrar, de la mano. Mary vio inmediatamente lo que deseaba saber. Stephen era feliz con su mujer. Esta pregunta era para ella la más importante, y la respuesta le satisfacía. Había preguntado a la madre de Stephen: «¿Cree usted que es feliz?» Estaba tan íntimamente ligada a la anciana, que no tenía necesidad de disimular sus sentimientos.

—Eso espero y pido constantemente a Dios —había sido la respuesta de la señora Worth.

Pero esperar no era lo mismo que saber. Ahora sabía y un gran peso desaparecía de su corazón.

—Mary, ésta es Jane; Jane, ésta es Mary, en el mismo orden en que os conocí —dijo Stephen—. Me es imposible recordar una época en que no conociera a Mary.

—Sentaos —ordenó la madre.

Se sentaron y Jane miró de frente a Mary, fijándose en sus ojos grandes y expresivos. Mary a su vez veía en Jane una mujer hermosa que parecía muy desgraciada por algún motivo secreto. Pero indudablemente no se trataba de Stephen. ¿Quién podía sentirse desgraciado en su compañía?

Jane adivinaba en Mary a una mujer agradable, dulce, "tranquila y bondadosa, poseedora de una intuición penetrante.

«Hubiera sido mejor para Stephen —pensaba— casarse con Mary, y que ella fuese la madre de los gemelos que estaban en camino.» Pero la carga que llevaba en su interior no podía transferirse. No sentía celos. Era imposible sentir celos de una mujer cuyo rostro era sencillo y dulce como una flor. ¿Por qué no se había enamorado Stephen de Mary?

—Puedes bendecir la mesa, papá —dijo la madre—. No quiero que se enfríe la carne. No he puesto cebollas porque temía que a Jane no le gustaran.

El padre inclinó la cabeza y adoptó el aire solemne del hombre que cree en Dios. Stephen inclinó también su cabeza, pero no cerró los ojos. Jane se mantuvo rígida en su asiento.

—Padre Nuestro que estás en los Cielos —dijo el anciano—. Bendice estos alimentos y haz que estemos siempre a Tu Servicio. Amén.

—Amén —murmuró Mary, levantando la cabeza y abriendo los ojos.

—¿Habéis tenido buen viaje? —preguntó el padre de Stephen, cortando la carne con cuidado y distribuyendo los pedazos, el mayor para Stephen y los restantes para Jane, Mary, su esposa y él mismo.

Siempre comía muy poco. Hubiese querido ser como Gandhi y negarse a probar la carne, pero su mujer no se lo habría permitido.

—No quiero que mi marido se parezca a Gandhi —decía con enfado.

—Muy bueno —declaró Jane, respondiendo a la pregunta—. Stephen es un buen conductor. Siempre me siento segura, por de prisa que vayamos.

—Stephen, no correrás mucho, ¿verdad? —exclamó la madre, alarmada.

—Claro que sí —contestó él—. ¿Cómo podría, si no, llegar a tiempo a todas partes? Hoy en día todo el mundo corre, hasta la policía.

Tenía hambre y la carne estaba deliciosa, acompañada de patatas fritas, guisantes y lechuga. Su olfato no le engañaba, en la cocina esperaba un pastel de manzana. Su madre recordaba bien cuáles eran sus platos favoritos.

Como si fuera la hija de la casa, Mary sirvió las patatas, los guisantes y la lechuga. Entretanto, la madre escanciaba el café en grandes tazas.

—Este café huele muy bien —murmuró Jane.

—Uno de mis feligreses insiste en regalármelo siempre.—dijo el padre como si pidiera disculpas.

—Y así cree tranquilizar su conciencia —intervino la madre con energía.

—Querida —protestó el pastor—, creo que eres injusta con él.

—No lo soy; sabes muy bien que nunca paga sus deudas.

El padre miró a Jane como pidiéndole perdón con la sonrisa.

—No le hagas caso —dijo—. Hasta ahora sólo la habías visto en Nueva York. Aquí, en su pueblo, es avara como una urraca.

—Tengo que serlo para proteger tus intereses.

—No se fía de mí —dijo el padre dirigiéndose a Jane.

—Lo que ocurre es que está enamorada de usted —dijo Jane—. Creo que ustedes dos se quieren todavía como una pareja de recién casados.

Su expresión era extrañamente dulce, con una mirada que Stephen no había visto hasta entonces en sus ojos. La magia de aquel hogar empezaba a hacer mella en su espíritu, la magia del amor y de la fe. El mismo Stephen no acababa de averiguar si aquello era algo real o simplemente producto de la fantasía, pero se daba cuenta de que sus padres tenían algo que a él le faltaba.

La velada transcurrió tranquila y pacífica. Mary se movía por la casa en silencio y con naturalidad, como si efectivamente perteneciera a la familia. Stephen se acostó temprano, alegando un gran cansancio.

Durante la noche algo lo despertó. Jane se había metido en su cama y se abrazaba a él temblando. Casi inmediatamente la oyó llorar desconsoladamente.

No pudo tranquilizarla, aunque lo intentó por todos los medios. Encendió la luz y ella continuó abrazada a él, sollozando y oprimiéndose la boca contra un hombro, para que nadie la oyera.

Stephen exclamó:

—Jane, basta ya; dime qué te pasa.

Pero ella no dejaba de llorar y parecía incapaz de articular palabra. Cuando por fin se tranquilizó algo, quedó inmóvil y tan pálida que él se asustó. A punto de llorar también, se inclinó sobre ella.

—¿No puedes decírmelo, querida? Por favor, dime qué te pasa.

—No lo sé —la oyó suspirar—. No lo sé. Quisiera que tuvieran razón, que estuvieran en lo cierto, pero sé que están equivocados.

—¿A quién te refieres, querida?

—A tu padre y a tu madre... y a Mary.

—¿Qué quieres decir, Jane?

—Son como personajes de un cuento de hadas... demasiado hermoso... aunque sabes que sólo es un cuento. No me es posible creer en ellos. Conozco demasiado bien a las personas de carne y hueso.

—¿No te es posible olvidar a las demás personas sólo por unos días? ¿No te es posible creer que también hay gente como ésta?

—Nunca podría dejar de creer que todo es pura imaginación. No sería una creencia auténtica. ¡Oh, Stephen, qué desgraciada soy! Me odio. Soy una inútil.

—No eres una inútil. Eres mi mujer. Puedes hacer lo que quieras... puedes ser como te plazca.

—No, no puedo... porque no quiero. Sólo esta noche he querido ser distinta, pero no con bastante intensidad para lograrlo.

—Puede que sólo sea a causa de los hijos que esperas, que te debilitan y te hacen creerte más débil de lo que eres.

Ella negó esta afirmación sacudiendo con energía su rubia cabellera.

—No, sabes muy bien que no soy débil. Y tampoco me siento diferente a otras ocasiones, excepto que...

—¿Excepto qué, vida mía?

—Que sigo sin querer ser madre. No sabré serlo. ¿Qué voy a decirles?

—¿Decirles? —repetió él sin comprender.

Ella mostró impaciencia en la voz.

—¡Sí, decirles! A los hijos hay que decirles algo. Tu padre y tu madre te dijeron algo, ¿no es cierto? Te hablaron de Dios y de ser bueno y todo eso.

—Pero no les he hecho mucho caso, como tú sabes bien, Jane.

Ella se incorporó en el lecho, abrazándose las rodillas.

—Les has hecho mucho más caso del que tú mismo crees. Actúas en la vida como si creyeses en Dios, Stephen, aunque digas que no es cierto. Pero yo no puedo hablar a mis hijos de algo que desconozco por completo. Lo único que sabría decirles sería... que la vida no vale la pena de ser vivida... que lamento haberles dado el ser. Tendré que disculparme con ellos. Si son niños les diré que probablemente tendrán que ir a la guerra y matar a otras personas para evitar que los maten a ellos. No sabré engañarlos. Nunca podré decirles que hay que ser honrado, bueno y decente. Si quiero jugar limpio, Stephen, tendré que decirles desde el primer momento que deben ser forzosamente crueles, duros y malvados.

Aquel arrebato salvaje le había cogido por sorpresa. Intentó apresarla en sus brazos, pero ella escapó al otro extremo del cuarto. Él se mantuvo callado unos momentos y dijo por fin.

—Estoy intentando demostrar a Adolph que da buenos resultados... hasta en el mundo del comercio... ser honrado, «bueno y decente», como acabas de decir. Nadie comprará sus artículos si primero no se hace querer.

Ella volvió a sacudir la cabeza.

—Eso no podrá comprenderlo nunca... porque no es cierto.

—¿Ni aunque lo diga yo?

Se volvió a mirarlo de modo extraño.

—También hay algo de cuento de hadas en ti, Stephen. Por ejemplo, el haberme traído hoy aquí. Crees en algo, no sé exactamente en qué, pero ese algo está en esta casa, en este pueblo. Yo, en cambio, no creo en nada. No puedo...pero quisiera poder creer en algo, porque voy a tener hijos y no me es posible impedir que nazcan.

Él empezaba a perder la paciencia.

—Jane, cualquier otra mujer se alegraría al saber que iba a tener hijos. Es una cosa normal. Es algo natural... es la culminación de tu feminidad.

—¡Eso que acabas de decir es el colmo del egoísmo! —gritó ella—. ¿Qué mérito tiene traer dos hijos al mundo? Lo que dices es una solemne tontería. Forma parte del mismo cuento de hadas de que te hablaba. No todas las mujeres somos iguales. Es posible que algunas deseen tener hijos. Yo no.

Stephen se enfadó. Entonces dijo lo que no debía haber dicho nunca.

—Me gustaría que hablases con Mary —sugirió—. Ella tiene más sentido común que tú.

Inmediatamente se llamó a sí mismo loco y estúpido, por haber encendido un fuego que antes no ardía, ya que amaba de veras a Jane y en su corazón no había sitio para ningún otro amor. Ella apoyó la frente en sus rodillas y guardó silencio tanto rato que él se asustó.

—Me parece que no me has entendido bien —dijo por fin con voz temblorosa.

Alzó la vista y clavándola en él continuó:

—¿Qué sabes tú de lo que pasa por mi cabeza? Precisamente estaba pensando que Mary sería demasiado buena para ti, y me alegro de que no llegara a casarse contigo, porque la hubieses hecho desgraciada, y ella se habría culpado a sí misma y no a ti.

Aquello era demasiado sorprendente.

—¿De qué me culpas, vamos a ver? —exigió.

Ella volvió a apoyar la cabeza en sus rodillas.

—No lo sé —murmuró—. Pero, sí; lo sé... de no ser bastante bueno. Tu bondad sólo existe a medias. Yo necesitaría alguien que fuera bueno del todo, como yo soy mala del todo. Eso es lo que aún no sabes, Stephen... ¡lo mala que soy! No lo sabes.

Levantó las manos en un gesto de desesperación y echó atrás la cabeza.

—Y me odio —gimió entre dientes.

Luego se arrojó sobre la cama y empezó a llorar desconsoladamente, sin permitir que él la tocara. Era casi de día cuando por fin se quedaron dormidos, exhaustos.

\*\*\*

Al día siguiente era domingo. Lo despertaron las manos de ella, que le acariciaban las mejillas.

—¡Despierta, Stephen, despierta! Quiero ir a la iglesia.

Él se despertó y al ver su rostro no pudo creer que perteneciera a la misma persona de la noche anterior. Se había puesto un vestido verde claro, de manga larga, y se había peinado cuidadosamente.

—Todos hemos desayunado ya menos tú, y tu padre se va ahora mismo a la capilla. He ayudado a tu madre a fregar los platos. Todo esto forma parte del cuento de hadas; ¿no te parece? ¡Pero

levántate va, hola zán!

¿Qué le había sucedido?

—Eres una mujer incomprensible —murmuró, saltando de la cama y desprecizándose—. Anoche creí que estabas a punto de arrojarte por la ventana, y esta mañana parece que hayas vuelto a los quince años.

Ella lo miró con ojos brillantes y enigmáticos.

—La noche es la noche y el día es el día —sentenció.

—Está bien, pero me gustaría saber cuál es la personalidad definitiva que piensas adoptar —siguió gruñendo él—. Has de saber que no siento vocación de bigamo. Estoy casado con una mujer que se llama Jane, si no me equivoco... una sola mujer, no lo olvides.

Ella seguía mirándole con ojos luminosos y una sonrisa en los labios.

—Quiero ir a la iglesia —repitió.

Fueron, pues, a la iglesia. Ella se puso un sombrero blanco con una cinta verde, y se sentó entre él y su madre, entrelazadas sus manos enguantadas que reposaban en su regazo. Escuchó el prelude de Chopin que Mary interpretó al órgano, y Stephen, al darse cuenta de que estaba temblando, se inclinó hacia ella para preguntarle:

—¿Tienes frío?

Ella movió la cabeza sin mirarle, y él examinó sus mejillas. Estaba más pálida que de ordinario, pero en cierto modo era natural. Era posible que la escena de la noche anterior fuese el resultado de su embarazo. Tendría que consultar algunos libros, hablar con el médico y averiguar qué podía hacerse por ella.

Apareció su padre en la puerta de la sacristía y empezó la función religiosa. Jane no dejaba de temblar. Stephen dejó su mano sobre las de ella en una ocasión, y halló sus dedos rígidos y tensos.

El primer cántico no halló eco en los labios de Jane. El segundo pareció conmovérla más, y levantando la cabeza, cantó con todos, con voz débil y temblorosa. Entonces Stephen se dio cuenta de que desde que la conocía, era la primera vez que la oía cantar. Escuchó atentamente su voz, con curiosidad y con temor. Era una voz casi infantil, y sin poder evitarlo, las lágrimas acudieron a sus ojos.

Su padre empezó uno de sus acostumbrados sermones, sencillos y apaciguadores, prosaicos pero llenos de profunda significación. Todos los fieles allí congregados parecían dominados por el ambiente de fervor y recogimiento que reinaba en la iglesia. Stephen creía aspirar una fragancia especial en la atmósfera. Eso debía ser: la fragancia del alma de su padre. No escuchaba lo que el sacerdote decía acerca de un milagro realizado para alimentar a una muchedumbre en una montaña de Judea. Sin embargo, la fe que vibraba en la voz de su padre le llenaba de ternura y emoción. —Creo en mi padre —murmuró. Aquella frase resonó en su cerebro, llenándole de luz. Ésa era su fe. Allí estaba la verdad. Durante muchos años se había preguntado qué lazos existían entre su padre y él. Ahora se daba cuenta de que la única fe que conservaba viva era la fe en su padre, en la pureza, en la incorruptibilidad, en la bondad, en el espíritu de sacrificio de aquel hombre que ocupaba el púlpito y que estaba convencido de la realidad del milagro que estaba relatando.

En aquel momento el alma de Stephen despertó de un largo sueño.

\*\*\*

Necesitaba algo en que creer. El mundo que había supuesto tan agradable y firme empezaba a dar vueltas y a desmoronarse en torno suyo. Aún vivía en paz y la rutina de sus días parecía no haberse alterado en absoluto, pero adivinaba un cambio sutil, un aire nuevo que podía convertirse inesperadamente en huracán.

Las fábricas de los Mendel estaban sumidas en una oleada de huelgas, y Stephen tenía un trabajo abrumador. Comía cuando podía y algunas noches no volvía a su casa.

—Jane —decía por teléfono.

—¿Qué, Stephen?

—Mira, preciosa: esta noche no iré a casa. ¿Cómo te encuentras?

—Muy cansada, Stephen.

Siempre estaba cansada.

—Quédate mañana en la cama, ¿me harás ese favor?

—No puedo, Stephen; estoy muy nerviosa.

¡Siempre aquel nerviosismo! Lamentaba no disponer de tiempo para hacerle compañía.

—No tomes muchas pastillas para dormir, Jane.

Silencio y luego la voz de ella, muy lejana.

—Procuraré.

Otra vez silencio, que él interrumpió con ansiedad.

—Mañana iré a casa sin falta. Podríamos ir al teatro, ¿no te parece, Jane? —gritó al no recibir respuesta.

—Sí, Stephen. Me parece muy bien.

—Buenas noche, querida.

—Buenas noches.

Colgó el aparato y se mordió las uñas. ¿Debía ir inmediatamente a su casa, olvidándose de Adolph? Jane era más importante que ninguna otra cosa. El teléfono empezó a sonar y lo arrancó con violencia del soporte. La voz de Adolph taladró su oído.

—Ya voy —contestó, volviendo a colgar con energía.

Pasó el resto de la noche discutiendo con Adolph, que se mostraba arrogante e inflexible, gracias a unos contratos del Gobierno que acababa de conseguir, y un tal Frank Baxter, jefe sindical no menos arrogante e inflexible en el ejercicio de sus derechos. Stephen se sentaba entre los dos, procurando que la discusión se mantuviera dentro de límites razonables, siempre en busca del juego limpio y del beneficio mutuo.

—Ustedes dos se necesitan el uno al otro; ¿me harán el favor de meter esa idea en sus cabezas?

Adolph rió con desprecio.

—Yo no le necesito para nada. Ni a él ni a ninguno de sus malditos compinches. Puedo cerrar todas mis fábricas y retirarme a descansar en las Bermudas mientras ellos se arrastran muertos de hambre por las calles.

—A cada uno de los obreros que usted despida le esperan a la vuelta de la esquina dos empleos nuevos, por lo menos —contestó su enemigo—. ¿Acaso cree que le necesitamos, condenado judío?

—Vamos, vamos —intervino Stephen—. Eso ha sido un golpe bajo. No me gusta su juego, Baxter.

El aludido volvió la cabeza, avergonzado. Pero Adolph Mendel guardó silencio.

El golpe había hecho mella. Sus hundidas mejillas estaban pálidas. Golpeó la mesa con el puño cerrado, pero siguió sin hablar.

—Ha empleado usted el mismo argumento que Hitler —dijo Stephen con calma a Baxter—. En esta lucha entre ustedes dos prefiero lavarme las manos y no intervenir más hasta que estén dispuestos a jugar limpio.

—Está bien —dijo el jefe laboral con torva expresión.

Era un hombre grueso, de cabellos alborotados, con una profunda cicatriz a lo largo del rostro. Levantó su gigantesca cabeza leonina y miró a Stephen a los ojos—. No conoce usted a los Mendel. Yo sí. Mi padre trabajó para ellos antes que yo. Son dos generaciones amamantadas en el odio. Por eso me he hecho sindicalista.

—Hay que luchar con limpieza —insistió Stephen, testarudo—. El que juega limpio gana con más facilidad.

—Está bien, está bien —repitió Baxter, levantando las manos. Le faltaba un dedo índice.

—Es más de medianoche —dijo Stephen—. Váyase a su casa, Baxter, y deje que sea yo quien hable con Mendel. Le veré a las nueve de la mañana y le comunicaré el resultado de las negociaciones. Si no es de su agrado, romperemos los documentos y nos pondremos usted y yo a esbozar otro plan, que traeremos al señor Mendel. Estoy seguro que es posible llegar a un acuerdo. Es asunto mío encontrar el punto de coincidencia.

Baxter se levantó. Fue en silencio hasta la puerta y la cerró violentamente tras de sí.

—Y ahora veamos, Mendel —dijo Stephen—. Volvamos a analizarlo a usted. Veo que ha vuelto a las andadas.

\*\*\*



LA ANA ASOMABA SOBRE LAS CASAS CUANDO SALIÓ A LA CALLE. INTENTÓ TENER UNOS DORMITORIOS EN LA OUBRA Y LE HUBO QUELO.

—Será mejor que se quede a dormir aquí.

—Tengo que irme a casa —había contestado Stephen.

Estaba tan cansado que se hubiera dejado caer en cualquier parte, y la idea de que tenía allí mismo una cama era una irresistible tentación. Pero el miedo cerval que sentía por Jane le impulsaba a dirigirse a su casa sin tardanza.

Las calles estaban desiertas. No vio ningún taxi y por eso echó a andar, aspirando profundamente el aire salino del amanecer. Soplabla la brisa del mar, y los primeros rayos del sol los velaba una niebla espesa y baja. De pronto vio un taxi y lo llamó. Pero el chófer estaba soñoliento y no quería aceptar pasajeros.

—Le pagaré doble —dijo Stephen.

—El dinero no es todo —gruñó el conductor, pero puso el motor en marcha.

Al llegar a su casa, Stephen abrió la puerta con su llavín. La luz del vestíbulo estaba encendida y daba acentuado relieve a la moderna decoración. También había luces encendidas en el piso de arriba, y oyó pasos. Jane estaba levantada, paseando incansable envuelta en una blanca *negligée*. Stephen subió la escalera corriendo.

—Jane, ¿por qué estás levantada?

Ella lo miró con ojos inexpresivos.

—No lo sé,

—¿Estás enferma?

—No, pero soy muy desgraciada.

—¿Por qué, Jane?

Sus grandes ojos parecieron dilatarse aún más.

—Ese incendio forestal es algo espantoso, Stephen. ¿No has escuchado la radio? Estados enteros están ardiendo.

Él la cogió por los hombros.

—Pero eso es muy lejos de aquí, en la costa del Pacífico.

No pareció haberle oído.

—Las llamas arrasan montañas enteras, saltan sobre los ríos... ¿No te has enterado?

Stephen estaba completamente agotado. Le temblaban las rodillas.

—He estado muy ocupado todo el día. No me he enterado de nada.

—¿Va a estallar la guerra, Stephen?

—¿Quién sabe!

—Y caerán bombas en esta casa.

—¡Jane! —gritó—. ¡Basta! ¿Por qué te torturas de ese modo? Si pasa algo nos pasará a todos.

—¿Quieres decir que no tenemos salvación?

—No creo que haya guerra.

—Podríamos escapar de aquí e irnos a vivir a las Bermudas. Allí siempre hace sol. No creo que nadie tire bombas contra las Bermudas.

—Hablas igual que Adolph —dijo él con triste ironía—. Vamos, acuéstate. Nunca has sido cobarde. ¿Qué te pasa ahora?

Ella rompió a llorar de un modo incontrolable.

—No debería permitirse que bombardearan a los niños antes de que nazcan —gimió.

Stephen procuró hacer acopio de paciencia. La llevó hasta la cama y se sentó a su lado.

—No habrá bombas mientras no entremos en guerra, y me parece que tardaremos mucho tiempo en hacerlo.

Pero tampoco él estaba muy seguro. Ya había dicho aquello en otra ocasión, estando Jane y él en la playa contemplando el mar intensamente azul y la silueta de los barcos que pasaban por el horizonte.

—¿Me prometes que no caerán bombas? —preguntó Jane, abrazándose a él como una niña asustada.

—Estoy tan cansado que te prometo todo lo que quieras —contestó.

Pero estaba aterrado. Aquella criatura histérica no era la Jane que él conocía, siempre tan fría, tan dueña de sí misma, tan valerosa. Ahora llevaba muchos días sin salir de casa y no había manera de convencerla de que fuese a visitar a sus amistades. Sus padres estaban de viaje por Europa, aprovechando aquella ocasión, posiblemente la única antes de que el mundo diera un estallido final.

Jane se dio cuenta de pronto de que él estaba temblando y se incorporó a mirarlo.

—¡Pobre Stephen! —dijo con una voz completamente distinta—. ¡Qué cruel soy contigo! No sé qué es lo que me pasa.

Sonrió tristemente.

—Me ha dolido la cabeza de un modo espantoso todo el día y toda la noche. Me pasa con mucha frecuencia. Luego, de pronto, se me alivia. Voy a hacerte un bocadillo. Tienes que acostarte ahora; yo te llevaré la comida a la cama.

Estaba demasiado cansado para intentar averiguar a qué obedecía el súbito cambio en su actitud; demasiado cansado para sentir otra cosa que gratitud. Murmurando «gracias», empezó a desnudarse para ducharse. Después se puso un pijama limpio y se metió en la cama. Ella entró con una bandeja, cuyo contenido devoró él como si estuviera muerto de hambre.

—Eres un encanto —murmuró.

Ella protestó.

—No, nada de eso. Soy muy mala contigo. Sólo de vez en cuando reacciono sensatamente. Tendrías que divorciarte.

Él hizo un gran esfuerzo para incorporarse.

—Imposible... sabes que te quiero.

Pero no pudo mantener los ojos abiertos ni siquiera para demostrar a Jane con la mirada cuánto la quería.

\*\*\*

Dos noches después, Stephen, que se había dormido muy tarde, creyó oír lejanos lamentos. Estaba muy cansado y lo que oía llegaba hasta él desde otro mundo. Era un sonido escuchado en sueños y se resistía a prestarle atención, como rechazaba estando despierto la idea de que había desgracia y miseria en todo el mundo. Si se ponía a pensar en los hambrientos de la India, se repetía, las hordas nómadas de China, los pueblos tiranizados de Rusia, perdería su aplomo y su seguridad. Era conveniente para la humanidad, pensaba todas las mañanas mientras desayunaba y leía los periódicos, que quedaran en el mundo personas como él, cuya vida transcurría normalmente, de un modo razonable, sano y bien organizado. La paz interior de un solo país era una garantía para el restablecimiento del equilibrio general.

Pero los gemidos no cesaban, eran cada vez más intensos, y acabó por despertarse del todo.

Inmediatamente se dio cuenta de que se trataba de Jane.

Saltó de la cama y atravesó la puerta abierta que servía de comunicación entre los dos dormitorios. Jane estaba levantada y se paseaba por el cuarto con expresión de dolor en el rostro.

—Ya ha empezado —le dijo—. Tengo los primeros dolores.

—Me parece muy bien —dijo él—. Siendo domingo, podré estar contigo.

Se acercó para besarla, pero ella lo separó con energía.

—No me toques —gritó con enfado—. Me duele todo. No soporto que me toquen.

Era natural, pensó él, e inmediatamente se dirigió al teléfono.

La voz soñolienta del médico contestó a su llamada.

—Jane tiene ya los primeros dolores —gritó Stephen.

—¿Sí? —La voz del doctor sonaba indiferente e incluso incrédula—. ¿Cuándo sintió el primero?

—¡Jane! —gritó él a través de la puerta abierta—. ¿Cuándo sentiste el primer dolor?

Escuchó su respuesta.

—A medianoche —repetió, hablando por el aparato.

—Aún hay para rato —dijo el médico, deseoso sin duda de volver a acostarse—. Dígame que se acueste. Probablemente se trata de una falsa alarma. Generalmente sucede así en el primer parto.

—Nada de falsa alarma —protestó Stephen—. Jane no es de esa clase de mujeres. Cuando dice que algo le sucede, es que es verdad.

—Está bien, lévela al hospital. Dígale a la enfermera que lo ponga todo. Yo iré por allí entre ocho y nueve.

—¿Pero es posible que se lo tome con esa calma? —exclamó Stephen—. ¿Para qué cree que le pago?

El doctor se echó a reír.

—Hoy tengo un par de partos además del de su mujer, y ustedes los padres van a acabar con mi paciencia.

La comunicación se interrumpió. Stephen estuvo a punto de llamarlo de nuevo. Pero se dijo que el viejo doctor sabía sin duda lo que se hacía. Era el tocólogo más famoso de la ciudad, y sus honorarios eran fabulosos.

Regresó junto a Jane. Se había acostado y tenía los ojos cerrados. Se inclinó sobre ella, alarmado. Se la veía acongojada y triste. Stephen estaba excitado, y la idea de su próxima paternidad empezaba a acelerar el pulso de sus sienas. Sin embargo, en aquella figura yacente no había excitación alguna. Se había envuelto en una bata de color salmón, y temblaba como si tuviera mucho frío, aunque la habitación estaba bien caldeada. No hacía frío ni siquiera en la calle.

¿Si pudiera inspirarle de algún modo un sentimiento de alegría! ¿A qué podía deberse aquella profunda melancolía en que había permanecido sumida durante todos aquellos meses? «Es completamente natural —había dicho el médico—. Están produciéndose en ella tremendos cambios... su organismo está adaptándose a una nueva función. Estas mujeres modernas, aunque parecen muy frágiles, resisten perfectamente la maternidad.»

—Jane insiste en que no quiere tener hijos —confesó Stephen.

Pero el doctor no quiso renunciar a su tono ligero.

—La maternidad no empieza en realidad hasta después del parto. Sólo los tipos muy maternos desean de veras el hijo antes de haberlo tenido. Lo normal es no reaccionar sentimentalmente hasta verlo a su lado.

Stephen recordaba esta conversación mientras se inclinaba sobre el pálido rostro de Jane.

—¿Se te calman algo los dolores? —preguntó.

—Volverán en seguida —contestó ella, abriendo los ojos, que habían perdido toda luminosidad—. No puedo soportarlo —murmuró—. ¡Ayúdame, Stephen!

—Bien quisiera poder ayudarte, pequeña. Daría cualquier cosa.

—Es que yo no quiero —protestó ella con voz débil.

—Lo sé, querida, lo sé, pero pensarás de otro modo cuando todo haya pasado. Cuando veas sus caritas...

—No querré verlas.

Cerró los ojos y se volvió hacia otro lado. Él no intentó besarla de nuevo. Momentáneamente, ella parecía sentir aversión hacia él. Pero Stephen estaba convencido de que después todo cambiaría, y que serían felices como nunca lo habían sido hasta entonces. Empezarían una vida nueva, y todo sería distinto.

—¿Quieres que me quede contigo, o prefieres que me vaya?

—Quiero que te vayas.

—Si te preparo un poco de café y unas tostadas, ¿te lo tomarás?

Ella no contestó y al cabo de un momento él bajó a la cocina. Shigo ya no vivía con ellos. Llegaba a la casa por la mañana, muy temprano, y se iba a media tarde. Por la noche quería estar con su familia. En cuanto a las doncellas, que se alojaban en el tercer piso, estaban durmiendo. Stephen se preguntaba en aquellos momentos si la mujer de Shigo sería capaz de odiar a sus futuros hijos, como Jane odiaba a los suyos. No le parecía posible. La señora Shigo no iba a un hospital para dar a luz, sino que esperaba a sus hijos en casa, rodeada de toda la familia, activa y solícita. Ellos no creían en los hospitales. Era mejor para una criatura nacer en un ambiente hogareño, donde se recibía con cariño al recién llegado; no se le trataba como a un paciente.

—Los niños, aunque sean pequeños, se dan cuenta de esas cosas —decía Shigo—. Mala cosa que los niños no noten calor familiar al nacer.

Mientras vigilaba la cafetera y preparaba la bandeja, Stephen pensaba en la curiosa fe de Shigo en su propia sabiduría popular, impermeable al razonamiento científico. Tal vez había algo de cierto en aquella teoría del calor de hogar, que podía penetrar en el cerebro diminuto del recién nacido. Él se encargaría de que sus hijos encontraran el cariño que necesitaban. Y empezaría a proporcionárselo en el mismo hospital, aunque para ello tuviera que cubrirse el rostro con una mascarilla y enfundarse en una bata blanca.

Una vez lista la bandeja, la subió al piso. Jane volvía a recorrer el cuarto con impaciencia, y al verlo lo rechazó con un gesto.

—Vete —gimió—. Déjame sola.

Dejó la bandeja y pasó a su dormitorio. Se vistió apresuradamente y telefonó al hospital, pidiendo después un taxi. Luego volvió junto a Jane, que había vuelto a acostarse. El café estaba frío y la comida intacta. Cogió una manta de la cama y envolvió con ella a Jane.

—Nos vamos al hospital —le dijo.

Ella no protestó. Al sentirse en sus brazos se cogió a él con fuerza, y Stephen la llevó como a una niña hasta abajo.

\*\*\*

—La señora Worth no quiere que usted se quede, señor —dijo la enfermera una hora más tarde—. Está soportándolo con gran valor.

Stephen hizo un esfuerzo por sonreír.

—Bueno; supongo que es mejor para ustedes no tener alrededor padres nerviosos.

La enfermera se permitió una sonrisa.

—Sin embargo, a mí me gustaría estar presente cuando nazcan los pequeños —insistió Stephen—. ¿No puede darme una idea de cuándo será?

La enfermera respondió:

—El doctor no me lo ha dicho, señor.

—¿Hará el favor de llamarme por teléfono? —preguntó Stephen empezando a enfadarse.

—Deje su número al conserje —contestó la enfermera, dando fin a la conversación y alejándose rápidamente, con gran revuelo de sus almidonadas faldas.

Stephen se encolerizó. Había pocas probabilidades al parecer de que sus hijos llegasen a este mundo en una atmósfera de cariño, teniendo en cuenta la actitud especial de Jane y la esterilizada frialdad de las enfermeras profesionales. Estuvo tentado de reclamar sus derechos de ciudadano y de padre. ¿Y si dijera sencillamente que tenía intención de quedarse, a pesar de la oposición de su mujer? ¿Por qué no podían sus hijos conocer sus brazos amorosos antes que los de otra persona ajena? \*

¡Pero Jane no quería verle! Era natural, había dicho el médico, un instinto completamente femenino. «¿Se ha fijado alguna vez en los perros cuando la perra tiene cachorros? El macho no se acerca a ella en varios días.»

¡Instintos atávicos, aplicables también a la especie humana! «Qué poco sabemos —pensaba Stephen—, y qué aterradora es nuestra ignorancia.» En realidad, no conocía ni siquiera a Jane, su esposa adorada, que se había convertido en una extraña para él y se negaba a aceptar su presencia y su cariño.

Tomó el sombrero y se fue a su casa. Ya había llegado Shigo, que al no encontrarlos se ellos había supuesto el motivo. Le abrió la puerta, sonriendo.

—¿Es día de parto?

—Eso parece —contestó Stephen.

Era imposible devolverle aquella franca sonrisa, y más imposible aún explicar a Shigo que Jane no deseaba dar a luz.

Shigo le tomó el abrigo y el sombrero.

—Ahora a desayunar —le dijo—. He preparado huevos especiales. Muy cansado tener hijos.

Muy cansado, ciertamente. Desayunó abundantemente bajo la estrecha vigilancia de Shigo, que le obligó a comerse otra tortilla. Luego, sintiéndose muy cansado, pasó a la biblioteca, lujosa habitación que utilizaba como despacho y estudio. Tenía que preparar unas cuentas que Adolph Mendel la había encargado el día antes. Mendel decía que la guerra podía estallar de un momento a otro. Stephen no acababa de creerlo.

—Todos se preparan para la guerra; así no es posible impedir que estalle —había dicho Mendel, mirando con malicia a Stephen—. Entonces ya no necesitaré más sus servicios. Nadie se preocupa de ser bueno cuando hay guerra.

Todos, buenos y malos, nos convertimos en indispensables.

—No se precipite —había contestado Stephen—. No perderé mi trabajo para Mendel Brothers. Hasta las guerras terminan algún día, y usted necesitará mantener en pie la buena impresión que hemos conseguido causar durante todos estos años.

—Una empresa con corazón —dijo Mendel, repitiendo burlón el *slogan* inventado por Stephen—. Es posible que la guerra nos vuelva muy duros a todos y los corazones dejen de ser necesarios en el mundo de los negocios.

Era imposible prestar atención a los números. Se daba cuenta de que en aquellos instantes, Jane, rodeada de aséptica blancura, estaría debatiéndose en agudos dolores para dar la vida a dos seres que eran carne de su carne y sangre de su sangre. Tenía que luchar, aun contra su voluntad, aunque sólo fuera para librarse de su pesada carga. Stephen se apoyó de codos en el escritorio, sujetándose la cabeza

con las dos manos. Para librarse de su pesada carga... ¡no se le había ocurrido hasta entonces aquella idea, y era espantosa!

\*\*\*

—Felicidades, señora Worth —dijo la enfermera—. Tiene usted un hijo muy hermoso.

—Dos —corrigió Jane, sin abrir los ojos.

—Dos —dijo la enfermera—. ¿Le gustaría verlos?

—No —contestó Jane—. Todavía no. Estoy muy cansada.

La enfermera asintió.

—Está bien.

La enfermera miró un momento a su paciente. Véía algo extraño en aquella madre. Sabía que las mujeres eran extrañas, y que no se encontraban dos iguales. Aquella había resistido el dolor durante todo el día, obediente al doctor y guardando silencio. El segundo niño había venido al mundo con grandes dificultades, y era una lástima que no hubiese muerto. El primero era hermosísimo.

—Váyase —pidió Jane, todavía sin abrir los ojos—. No puedo dormir si sigue aquí.

La enfermera titubeó.

—No debería dejarla sola.

—Necesito dormir —insistió Jane, y la enfermera cedió a regañadientes.

—Me sentaré en el pasillo, junto a la puerta —le dijo—. Si me necesita toque el timbre y vendré en seguida.

—No la necesitaré —dijo Jane con obstinación.

Esperó, sin levantar los párpados, a que la enfermera hubiese salido. Estaba completamente sola. Stephen no se encontraba allí, y era mucho mejor. También era mucho mejor que sucediera entonces, antes de que sus hijos supieran quién era su madre.

El mareo la invadió, una somnolencia que iba venciendo poco a poco su cuerpo exhausto. No sentía dolor, ni miedo, solamente una profunda sensación de alivio, la seguridad de que sus tribulaciones llegaban a su fin.

## CAPÍTULO III

El *Adriatic*, gigantesco transatlántico inglés, navegaba sobre un océano cubierto de neblina. El aire estaba cálido con efluvios primaverales, pero el agua conservaba la frialdad del invierno, que provocaba la creación de nieblas y chubascos. Pero el sol ganaba la batalla cuando, a media mañana, Stephen salió a cubierta. Rayos de oro habían perforado la niebla y el agua tenía reflejos verdosos como el jade. Seguramente llegarían a puerto con tiempo despejado.

Estaba cansado. Cinco años en una Europa cada vez más desquiciada lo habían fatigado y deprimido. Adolph Mendel había previsto el peligro con mucha antelación, pero Stephen se había negado a creerlo inminente durante dos años por lo menos. Tuvó que llegar 1938 para que, contra su voluntad, reconociera que Adolph tenía razón al decir que en Europa estaba forjándose la más monstruosa tiranía que habían presenciado los siglos. Fue en Dinamarca donde comprendió el peligro por primera vez. Allí todo el mundo se daba cuenta y nadie estaba dispuesto a sacrificarse en aras de una resistencia inútil. En Copenhague los comerciantes se preparaban como para un asedio prolongado. En Suecia la neutralidad era como un escudo protector. Peterssen, el rey del papel, al invitar a Stephen a una cena de gala, le dijo con aire lúgubre:

—Tenemos que ser neutrales. ¿Qué otra cosa podemos ser? En otros tiempos, Suecia era el terror de Europa. Recorriamos todo el continente con nuestros ejércitos y todas las naciones nos temían. Pero las guerras acaban con la vitalidad de los pueblos... ¿Me comprende usted? Logramos muchas victorias fuera de nuestras fronteras, pero arruinamos nuestro propio país con levas e impuestos. Ya no tenía oídos trabajadores. Todos eran soldados, dedicados a comer, a beber, a jugar y a combatir por todos los campos de batalla de Europa. Ellos lo pasaban muy bien, pero, ¿quién pagaba los gastos? La gente ya no tenía dinero. Necesitábamos la paz a toda costa si no queríamos morir de inanición. Ya estaban vacías las arcas. Por eso optamos por la paz. Todos los pueblos han de decidirse por la paz cuando ya no les queda otra alternativa. Nosotros aprendimos la lección, pero Alemania aún tiene que aprenderla. La guerra es todavía maravillosa para ellos.

Tres años habían pasado desde que el viejo Peterssen había pronunciado estas palabras ante una fuente de *smógasbord*. Stephen había continuado en Europa, agradeciendo a Adolph que hubiese tenido la idea de aquel viaje.

Cuando Jane murió porque no deseaba seguir viviendo, Stephen creyó que su vida había sido un fracaso colosal, y que tampoco él podría continuar con vida. Él, que tanto éxito había tenido siempre en hacer creer a los demás cuanto les decía, no había podido conseguir que su esposa quisiera vivir. Sólo Adolph comprendía por qué la reconocida capacidad de Stephen era cada vez menor y su energía cada vez más débil. Un día, charlando con Philip Eustis, se enteró del nombre clínico de la alteración espiritual que padecía Stephen y su posible remedio.

—Stephen tiene que salir cuanto antes de este ambiente en que ha ocurrido la tragedia que le obsesiona —dijo Eustis—. Tiene que alejarse de todo cuanto pueda recordarle a Jane. Está más obsesionado por ella ahora que cuando vivía, si es posible. Es uno de esos hombres excepcionales capaces de amar de verdad. Hay muy pocos hoy en día. Es como el genio... pocos hombres lo tienen, pero si se tiene, es una fuente de energía inigualable.

—He estado buscando un hombre de confianza que pudiera encargarse de los negocios Mendel en Europa durante una temporada —dijo Adolph—. Algo muy feo está organizándose allí.

También los hijos de Stephen contribuyeron en parte a la decisión. Aquellos dos pequeñuelos, encogidos como crisálidas en sus cunitas gemelas, representaban para él una visión insoportable. Su vida estaba relacionada con la muerte de Jane. Fue Mary, naturalmente, la que se presentó un día en el hospital a recogerlos y llevarlos a la casa rectoral.

—Entre tu madre y yo podemos atenderlos muy bien —dijo a Stephen con su voz tranquila y apaciguadora—. Siempre me han gustado las criaturas. Hoy puede acompañarme una enfermera. Tu madre lo tiene todo preparado;

Sentía gran tristeza al ver el rostro demacrado de él, y su amor renacía con nuevo impulso, pero supo ocultarlo tras sus tranquilos ojos azules.

—Me gustaría que estuvieran en la casa rectoral —había dicho él—. Dile a mi madre que los instale en el que fue mi cuarto. Tal vez me acostumbre a la idea de que están allí... y son mis hijos.

Sabía ya, desde luego, que Steve era jorobado. El pequeño había nacido con un tumor en la columna vertebral. Cuando cumplió los tres años se hizo una operación para eliminar el tumor, pero la inclinación de las vértebras era ya incurable.

Durante aquellos tres años, Stephen había mantenido contacto con sus hijos sólo a través de la correspondencia sostenida con su padre, su madre y Mary... cada uno de los cuales le daba una idea distinta de los dos niños, que seguían siendo unos extraños para él. De vez en cuando, en las cartas iban fotografías, en las que se procuraba que Steve fuera escasamente visible. Ahora volvía junto a ellos y a un mundo que casi había olvidado. Tal vez ni siquiera existía. Tenía que edificarlo de nuevo.

Cuando pensaba en sus hijos pensaba invariablemente en Jane. La comprendía ahora como nunca había podido comprenderla. Había aprendido a conocerla a través de otras personas, los desesperados y los moribundos, los que daban sus vidas porque no les quedaba ninguna razón para seguir viviendo. Jane, al igual que ellos, no había encontrado por qué vivir, ni amor ni hijos siquiera. Pero, ¿por qué? Él había hablado largas horas con Eustis, intentando encontrar el motivo oculto. Jane, su bienamada, una mujer a la que nada faltó nunca, querida de todos, protegida, rodeada de lujos y comodidades, ¿qué podía tener en común con los desgraciados habitantes de la destruida Europa, que morían entrelazando las manos con desesperación al ver cómo se derrumbaba su viejo mundo? ¿Qué le faltaba a Jane que otros tenían?

El aire tranquilo del mes de mayo mantenía el mar en calma y cubría con lechosos celajes de niebla la silueta de la ciudad cuando el barco se aproximaba al muelle. Stephen se había levantado temprano para ver los rascacielos en el horizonte, y ahora los contemplaba con cariño y con pena. Allí estaban sus altas torres, orgullosas como el primer día, taladrando el cielo con sus agujas metálicas. Si Jane viviera estaría esperándole en el muelle. Pero yacía bajo la hierba del pequeño cementerio parroquial. Stephen recordaba con absoluta claridad aquella noche en que ella se asomó a la ventana del cuarto de huéspedes de la rectoría y contempló el tranquilo rincón sembrado de tumbas. Había tenido miedo y él había bajado la persiana. Si creyese en tales cosas, podría decir que se trataba de una premonición. La había hecho enterrar allí sólo porque sus padres cuidarían mejor de la sepultura.

Nadie estaría esperándolo en el muelle, ni siquiera su buen amigo Maxham, porque era demasiado temprano. Eustis no saldría del camarote hasta el último momento. Pero Stephen se había levantado muy temprano, porque no podía dejar de pensar en la nueva vida que empezaba para él en compañía de sus hijos.

El barco penetró en la dársena y Stephen se asomó a la borda, estudiando todos los rostros vueltos hacia arriba. Había conseguido acostumbrarse a no pensar constantemente en Jane y a encerrar su recuerdo en los pliegues más recónditos de su mente, pero en aquel momento su imagen ocupaba sus pensamientos por entero, con la sensación de un imperdonable fracaso. Porque no había sabido tratar a su mujer. No había sabido investigar las causas de su manera de ser, las razones de su tristeza constante. No había sabido ayudarla a enderezar su vida.

—No te tortures de ese modo —le había dicho Eustis una vez—. Ella padecía una enfermedad mental, es indudable. Nada de cuanto tú pudieras haber hecho la habría salvado. En estos tiempos su enfermedad es bastante corriente.

Pero Eustis se equivocaba. Algo podía haberla salvado. La enfermedad de la mente, o del alma, como habría dicho su padre, podía curarse si se encontraba un motivo inspirador y vivificante. Las almas

enfierman porque han perdido el sentido de la vida. Pero, ¿en qué consiste tal sentido? Stephen no lo sabía... aún no.

Sus pensamientos, que huían hacia el triste pasado, se fijaron de pronto en algo actual, agradable y familiar. Vio a su padre, y junto a él, a Shigo. ¡Habían acudido a esperarlo!

—Benditos sean —murmuró para sí.

Era muy natural en ellos, pero él lo había olvidado. Shigo se había negado a trabajar en ninguna otra casa que no fuera la suya, y había optado por asociarse con el propietario de un restaurante japonés. Aquella mañana se había levantado muy temprano para poder ir a recibirle. Pero su padre sin duda había tenido que salir de casa el día antes y pasar la noche en algún hotel para poder estar en el muelle a la hora de la arribada del barco, todo lo cual era pedir demasiado a un anciano como él, tan apegado a su vieja casa rectoral.

Lo vieron y agitaron los brazos. Shigo hizo una reverencia y se quitó respetuosamente el sombrero. Stephen podía verlos con gran claridad.

Se inclinó sobre la barandilla y les gritó:

—Estaré con vosotros en seguida. ¡Ya tengo hechas las maletas!

—¡Le esperamos! —contestó Shigo con voz aguda.

Muy animado después de haberlos visto, volvió a su camarote. Aún tardaría unos minutos en abandonar el barco, y le parecía imposible esperar. Sus hijos, en los que apenas había pensado hasta entonces, se convertían de pronto en algo muy real, en una parte de él mismo. Quería verlos, tenerlos en sus brazos, oír sus voces. ¿Y si se parecían a Jane? ¿Podría soportarlo?

—¡Oh, Jane, querida Jane! —murmuró.

Intentó recordarla como la había visto cuando eran recién casados. Sin duda, ella había sido feliz en aquel entonces. Pero no podía estar seguro ni siquiera de eso. Cuando era más joven no tenía la suficiente sensibilidad para apreciar la felicidad o la desgracia de los demás. Entonces no conocía el sufrimiento ni la desdicha. Ahora sí.

Se dijo que por lo menos conseguiría que sus hijos fueran dichosos. Sería para ellos el mejor de los padres. Pero primero tendría que aprender, y su único profesor debería ser él mismo, porque, ¿quién podría enseñarle a tratar a sus propios hijos? ¿No habría cometido un error abandonándolos, dejando que crecieran lejos de él? Hasta entonces no había intervenido para nada en su educación. Pensativo, se sentó en el diván del camarote, mirando la alfombra con fijeza, pero sin ver nada. No, no había tenido más remedio que escapar. De otro modo hubiera sido peor.

Como si su corazón hubiera permanecido congelado, y ahora se calentara de nuevo, volvía a sentir el viejo dolor. No podía escapar de sí mismo. Tenía que enfrentarse con la realidad, tenía que apurar el sufrimiento que aún no había terminado.

Le pareció oír que muchas pisadas recorrían la cubierta sobre su cabeza. El barco había atracado y la gente descendía a tierra. Su padre y Shigo se preguntarían dónde estaba. Se levantó y atravesó el estrecho corredor, llamando a la puerta de enfrente.

—¡Eustis! —gritó.

—Adelante —contestó éste.

Entró y lo vio recostado en la litera, leyendo.

—Me voy —dijo.

—Yo estaré listo dentro de una hora, aproximadamente —dijo con indolencia su amigo.

Había enflaquecido al envejecer y era ahora un hombre casi insignificante que vivía a ritmo amortiguado.

—Pienso irme directamente a casa —dijo Stephen—. Es posible que no aparezca por la oficina en cosa de una semana.

—Se lo diré a Maxham —dijo Eustis—. Lo prepararemos todo. No te des prisa. Yo no pienso correr en el resto de mi vida.

—Buen chico —dijo Stephen, volviendo a cerrar la puerta.

¿Para qué o por qué vivía un hombre como Eustis, viendo cómo las horas se convertían en días y éstos en años, sin variación alguna? Eustis había sido testigo del holocausto de Europa, de la muerte de tantos niños y tantas mujeres, de la destrucción de ciudades y hogares, el éxodo dramático a lo largo de los caminos, las explosiones de las bombas, y sus ojos pálidos no se habían alterado, recogiendo todo como cámaras fotográficas. ¿Cómo reaccionaría el día en que comprendiera del todo la terrible realidad de la existencia humana?

Pero no era aquél el momento más apropiado para hacerse aquella clase de preguntas. Stephen se dirigió rápidamente hacia la pasarela y vio que Shigo intentaba abrirse paso hacia él, seguido de su padre. Inmediatamente estuvieron a su lado, tocándolo y besándolo, y Stephen se sintió violento, debido a que hacía demasiado tiempo que no establecía contacto con el cariño auténtico entre seres humanos.

—¡Stephen, hijo mío! —repitió sin cesar su padre con voz ahogada.

—Mejor será que vayamos todos a mi casa y comer algo —se apresuró a decir Shigo.

Caían lágrimas por sus mejillas, pero se apresuraba a enjugarlas con un pañuelo amarillo.

Stephen sostuvo la mano de su padre entre las suyas y se esforzó por sonreír a Shigo.

—Vaya, vaya, parecen un millonario.

—Nada de eso —protestó Shigo con modestia—. Déme sus llaves, por favor, que recogeré maletas de Aduana. Ustedes van a taxi que espera, porque su honorable padre debe sentarse ya. Demasiado tiempo en pie.

Cogió las llaves que Stephen sacó de su bolsillo y se alejó rápidamente mientras Stephen rodeaba con un brazo los hombros de su padre. Los dos eran altos, y se parecían mucho. La gente se paraba a mirarlos, sonriendo. Hacía mucho tiempo que Stephen no veía rostros tranquilos y sonrientes como aquéllos.

—El taxi está allí detrás —dijo el padre—. El señor Shigo ha querido que nos esperase. A mí me ha parecido un lujo excesivo.

—A Shigo le gusta el lujo de vez en cuando —dijo Stephen.

—Me temo que la tarifa será muy alta —dijo su padre con voz preocupada.

—Shigo tiene una técnica especial para pasar la Aduana rápidamente —contestó Stephen—. Nosotros siempre lo enviábamos por delante.

«Nosotros» quería decir él y Jane. Tenía que habituarse a no mencionarla, ni siquiera implícitamente, con tanta frecuencia. Tenía también que aprender a vivir sin ella en aquel país, como lo había hecho al otro lado del océano.

—¿Cómo están mis pequeños? —preguntó.

—Muy bien —contestó su padre—. Todos estamos bien. —Vácilo, y luego prosiguió, con voz dulce—. Mamá dijo que me tocaba a mí venir a esperarte. Opina que debo ir preparándote para que sepas lo de Stevie. La operación fue considerada satisfactoria, pero la verdad es que nunca podrá andar erguido. Te lo habíamos ocultado hasta ahora.

—Pero, ¿lo ha visto el médico con regularidad? —exclamó Stephen.

—Sí, claro; Mary lo trae cada mes a Nueva York. Pero lo cierto es que no es posible hacer nada por él. Tendrá que aprender a vivir tal como es. Ésa es nuestra misión, Stephen, enseñarle a liberrar su alma, impidiendo que la forma anormal de su cuerpo dé la pauta a su espíritu.

—Me pregunto si Jane lo sabía —murmuró Stephen— Quisiera saber si es por eso por lo que...

—No, te equivocas —le atajó su padre, sin alterarse— Mary me dijo que seguramente te gustaría saber que habló con la enfermera que cuidaba a Jane, y que ésta dijo que tu mujer no llegó a ver a los pequeños. Jane estaba muy cansada y sólo quería dormir. Es posible que fuera cierto. No tenía deseos de despertar. Eso fue todo.

—¿Por qué... por qué? —gimió Stephen.

—Hay quien teme a la vida —contestó su padre.

Shigo apareció entonces con aire de triunfo, cargado con todas las maletas. Dio una propina al mozo y ordenó:

—Ahora a comer. Después de comer vendrá su coche a buscarlo, señor, y podrá usted ir a casa a ver niños.

El taxi se había metido en el bullicioso torbellino del tráfico. No era necesario hablar. Podía pensar detenidamente en lo que su padre le había dicho. Debía haber algo que sirviera de ayuda a Stevie, su pequeño. Si en el mundo existía una cura para su hijo, él la encontraría.

\*\*\*

La pequeña población ocupaba el mismo lugar de siempre. Durante aquellos últimos años había pensado tan pocas veces en ella, que le parecía ahora una ciudad desconocida, extraña. ¿Era posible que hubiera olvidado tan pronto? Tal vez el que había cambiado era él mismo.

«Creo que tendré que volver a recuperar mi antigua personalidad», pensó al disminuir la marcha, entrando ya en la población.

La carretera era tan vieja como siempre y la tienda del señor Kraut seguía en su sitio. Más allá de la curva se levantaban la iglesia, la casa rectoral y el pequeño cementerio en que yacían los restos de Jane. Su viejo dolor volvía a despertarse, pero se dijo que allí, entre aquellas realidades inalterables, se hallaba el centro de su existencia, de la que no podía escapar aunque lo pretendiera.

La noche era tranquila y oscura. En muy pocas casas se veían luces. Hasta la de Mary estaba en tinieblas. Su padre miró por la ventanilla del coche.

—Creo que Mary está en casa con tu madre. Casi todas las noches viene a ayudarla a acostar a los chicos. Siempre es ella la que baña a Steve.

—¿Vive sola ahora? —preguntó Stephen.

—Completamente sola —contestó el anciano—. Su madre murió el año pasado, como recordarás. Estuvo enfermo mucho tiempo, y Marv aprendió la útilísima lección de la naciencia. Ahora se dedica

por completo a Steve.

—Aún no me has dicho nada de Jan—exclamó Stephen.

Había reducido considerablemente la velocidad, temeroso del encuentro que se avecinaba.

Su padre se echó a reír.

—No hay nada que decir de Jan. Es un chico completamente sano y normal. Ya lo verás.

Había llegado al rastrillo.

—Supongo que dormirán los dos—dijo Stephen.

Se decía que era absurdo temer de aquel *modo* a sus propios hijos.

—Seguro que se despiertan—replicó su padre.

Juntos recorrieron el estrecho sendero que atravesaba el jardín. La puerta estaba abierta y se veía luz en la salita.

—¿Mamá?—preguntó Stephen en voz alta.

—¡Ya están aquí!—la oyó gritar.

Inmediatamente salió al vestíbulo, un poco más delgada que años atrás y con el cabello completamente blanco, pero su vivacidad era la misma de siempre. Él la besó en la arrugada mejilla.

—¡Stephen!—De pronto se echó a llorar—. ¡Oh, Stephen, Stephen!

—Estoy aquí, mujer—intentó consolarla—. Dije que volvería, y aquí me tienes. No llores.

—Qué tonta soy—exclamó ella, sonriendo entre lágrimas—. Mary, ¿por qué no vienes al recibidor?

Entonces apareció Mary, en silencio. Su mano firme rozó la de Stephen, y sus ojos azules lo miraron.

—Los pequeños no podían dormir—dijo—. También ellos te esperan.

—Sube a verlos, Stephen—ordenó su madre—. Ve con él, Mary.

—Preferiría ir solo—protestó ésta.

Apenas hubo pronunciado Mary estas palabras, se dio cuenta él de que había adivinado su pensamiento. Quería entrar solo en la habitación y ver a sus hijos sin testigos. Le dirigió una mirada de gratitud. ¿Cómo podía comprenderlo tan bien?

—¿Dónde están?—preguntó.

—En tu cuarto—dijo su madre—. Los dos. Tuvimos que poner otra cama para Jan. ¿Por qué no vas tú también, Mary?

Mary movió la cabeza.

—No hace falta. Stephen conoce el camino.

Él ya subía la escalera, como tantas otras veces en su vida, pero nunca con tanta emoción. Su cuarto siempre había estado vacío, tal y como lo había dejado. Ahora sus hijos ocupaban su puesto y el dormitorio les pertenecía. Llegó a la puerta y la abrió con cuidado. Una lámpara estaba encendida, como la que su madre le dejaba por las noches cuando era niño, porque tenía a la obscuridad. Vio dos camas juntas. En una de ellas estaba sentado un chiquillo, recogiendo la luz de la lámpara con sus cabellos rubios. En la otra cama yacía un niño sobre un montón de blandas almohadas. Unos rizos castaños orlaban su pequeño rostro de grandes ojos negros.

¡Sus hijos! Guardó silencio, sonriendo, mientras ellos le miraban con interés.

Jan habló primero.

—¿Eres tú nuestro papá?

—Sí—contestó.

—Entonces nuestra mamá está muerta de verdad—dijo Steve.

Sus voces eran completamente distintas. La de Jan era fuerte y aguda, la de Steve dulce y apagada.

Se acercó a ellos, sentándose a los pies de la cama de Steve.

—¿La esperabas, Steve?

—Pensaba que a lo mejor venía contigo esta noche—dijo el pequeño.

—Pero los dos sabemos que siempre ha estado muerta—aclaró Jan.

—Yo esperaba que viniese—insistió Steve.

—Me tenéis a mí—dijo Stephen.

Ansiaba tomarlos en sus brazos y sentir sus cuerpecitos junto a él, pero no quería forzarlos. Primero tenían que aceptarlo como padre. Continuó sentado, sonriendo y procurando no pensar en Jane. Steve había intentado evocarla, pero Jane había muerto y nunca volvería. Él tenía que impedir que su recuerdo lo persiguiera a todas horas, porque una nueva vida debía comenzar en aquella casa.

Su mirada se detuvo en Steve, que continuaba recostado sobre las almohadas. Steve tendría que hablarle de su espalda. Era algo que no debía mencionarse hasta que él mismo lo hiciera. De pronto, mientras contemplaba con cariño incontrolable a su pobre hijo enfermo, sintió que un cuerpecito impetuoso se echaba sobre él y unos brazos rodeaban su cuello. Era Jan.

—Quiéreme mucho, papá—gritó Jan—. ¡Tienes que quererme mucho!

—Te quiero, hijo mío—murmuró él, emocionado—. Mucho.

Retuvo a su hijo junto a sí, experimentando una extraña alegría interior. También aquello era amor, un amor distinto, profundo como su propia alma.

Miró por encima del hombro de Jan y vio a Steve, su otro hijo, mirándolos con una sonrisa fija y triste. ¡Él conocía bien el significado de aquellas sonrisas melancólicas! Las había visto primero en Jane, sin comprender su significado, y luego, muchísimas veces, en Europa, en los rostros de aquellas personas que habían visto destruidas todas las ilusiones. Ahora volvía a encontrarlas en el rostro de su propio hijo.

Adelantó el brazo izquierdo, sin soltar a Jan, al que abrazaba con el derecho.

—Ven, Steve—dijo—. Este lado te pertenece. Los tres hemos de estar siempre unidos, muy unidos.

Vio que el pobre lisiado se movía lentamente, abandonando las almohadas para acercarse a él, y lo ayudó a subirse a sus rodillas. Dulcemente, acarició la espalda del pequeño, estudiando amorosamente su visible deformidad. Steve había sepultado su carita en el hombro de su padre.

—Mis hijos—murmuró Stephen—. ¡Queridos míos!

\* \* \*

—Quédate a dormir con nosotros—pidió Jan.

Era un niño de temperamento enérgico, de ojos irisados en verde, azul y gris, como los de Jane en otro tiempo. Habían sido precisamente aquellos ojos de cambiante mirada los que le habían llevado a fijarse en la que luego sería su mujer. Pero los ojos de Jan eran claros e inocentes, orlados de doradas pestañas.

Stephen se echó a reír.

—¿En esa cama tan pequeña?

—Puedes acostarte en el cuarto de al lado y dejar la puerta abierta—sugirió Steve.

Entonces Stephen se bañó y se puso un pijama, mientras sus hijos lo miraban por la puerta abierta. Luego volvió junto a ellos, los besó y los arrojó como tantas veces había sido arrojado él mismo en aquella camita que ahora ocupaba Steve.

—Deja encendida la lámpara—pidió éste.

—Y la tuya también—ordenó Jan—. Así podremos verte toda la noche.

—Pero si no vais a despertarnos—protestó.

—Yo me despierto muchas veces—dijo Steve.

Dejó encendidas las dos lámparas y se acostó en la cama en que, años atrás, Jane había dormido para despertarse alegre y desconocida después de una noche de llanto.

Los niños se quedaron dormidos muy pronto, pero él no pudo conciliar el sueño, dejando que los recuerdos le invadieran, torturándole con el paso de las horas.

Siempre había tenido la certeza de que alguna vez, en aquella casa, tendría que enfrentarse con la realidad de la muerte de Jane. Los años transcurridos pertenecían a una vida distinta, era una experiencia que sólo había servido para enseñarle a conocer el dolor. Llegó la medianoche y oyó cómo el reloj del abuelo daba las doce con lentitud, como si le costara un gran esfuerzo cada campanada. Era un viejo reloj que había marcado más horas de cuantas cabían en la vida de Stephen. Se levantó y se asomó a la ventana.

La luz de la luna caía sobre el campo y la pequeña población. Al pie de la ventana se hallaba el pequeño cementerio y la sombra del campanario con su cruz se recortaba sobre las tumbas, incluyendo la de Jane. Stephen volvió a mirar a los niños que dormían en la cama. Se acordó del último día de su vida con Jane, cuando ella le había dicho que quería que él se quedara con los niños. Él había aceptado, pero ahora se acordaba de que ella había querido que él se quedara con los niños.

de Jane. Stephen sabía cual era la suya y la de vez padres, reservados con mucha atención de la ventana y permanencia del paisaje mientras las sombras se alargaban para palidecer después. Poco antes del alba, luego que el reloj hubo dado las cuatro, sintió frío, y sin fijarse en la hora que era, se metió en la cama y se cubrió bien con el embozo, quedándose dormido al instante.

A pesar de su tensión y de su nerviosismo por ser para sus hijos lo que ellos habían esperado de él, el día siguiente le pareció vulgar y ordinario. Naturalmente, fue Jan quien lo despertó, convencido de que una vez llegado su padre a la casa, las rígidas reglas impuestas por la abuela habían perdido validez.

—No tengo que limpiarme los dientes, ¿verdad? Ni tampoco la cara.

—Vamos, vamos —protestó Stephen—. No puedo creerlo. Cuando tenía tu edad me limpiaba los dientes y me lavaba la cara cada día.

—¿Te obligaba la abuelita?

—Sí —contestó, interrumpiéndose. Iba a añadir: «porque era mi madre», pero era preferible no hablar de madres a aquellos niños sin cariño materno.

Jan se vistió, lleno de energía y vitalidad, mientras Steve seguía en su cama, tranquilo y callado, con los ojos llenos de luz.

—¿Qué me dices, tú, jovencito? —preguntó Stephen.

—Tengo aquí el desayuno —contestó Steve—. A las diez vendrá Mary a vestirme.

—¿No puedo hacerlo yo?

—Mary sabe cómo tiene que hacerse —contestó Steve, evasivamente.

Stephen vaciló, viendo cómo parpadeaban aquellos ojos negros.

—Esta mañana tengo que desayunar abajo, pero mañana, ¿querréis que tome el desayuno con vosotros? —preguntó.

—Sí —contestó Steve, enrojándose.

Su piel era como la de Jane, fina y delicada.

Stephen se inclinó a besarlo y notó el aroma dulzón que había aprendido a conocer en Europa, el olor de los niños enfermos, de los niños resignados y frágiles, el olor de la fiebre.

—¿Tienes décimas? —preguntó alarmado.

—Siempre tengo algunas décimas por las mañanas —contestó Steve—. Luego baja.

—Habrá que hacer algo por ti —exclamó Stephen con ansiedad—. Tengo que encontrar la manera de que te cures del todo.

No hubo más respuesta que una delicada sonrisa. La fuerte mano de Jan tomó la suya y juntos descendieron al comedor.

Era una soleada mañana de primavera y todas las ventanas estaban abiertas. El aire anunciador del verano penetraba desde el jardín, en el que todas las hojas parecían más verdes a la luz del sol. Ocupó su asiento habitual a un extremo de la mesa, pero fue destronado inmediatamente por Jan.

—¡Ése es mi sitio!

—Le dejamos sentarse ahí —explicó su madre— porque nos recuerda mucho a ti cuando eras pequeño.

—Me sentaré al otro lado —dijo él, yendo a colocarse, en vez de frente a la ventana, frente a su hijo. Así se había sentado él, pero sus ojos y sus cabellos habían sido oscuros, no rubios y luminosos.

Los ojos de Jan aquella mañana se veían de un azul limpiísimo, reflejando tal vez el cielo.

—¿Era yo también una mezcla de mercurio y dinamita? —preguntó a su madre.

Su padre se adelantó a contestar.

—Te parecías más a Steve.

—¡No se parecía en absoluto a Steve! —protestó la madre—. Probablemente no era tan diablo como Jan, pero sí bastante parecido. Lo que pasa es que tú no te dabas cuenta.

—Eso creo —asintió el padre con dulzura. Luego unió las manos y bajó la cabeza para bendecir la mesa—. Bendice estos alimentos, Señor, y haz que continuemos siempre a Tu servicio.

Stephen pensó una vez más en lo extraño de aquel ritual, de aquella profunda fe en medio de la realidad del mundo. No era una fe basada en palabras, sino en la existencia misma, en los manjares de aquella mesa, en la leche y el pan de los niños, la paz y la tranquilidad familiares. Era una mesa que se mantenía inaltable en medio del hambre que asolaba buena parte del globo. «Tú me preparaste una mesa en presencia de mis enemigos.»

Se fijó en que su padre no probaba los huevos ni el tocino, y que no se untaba las tostadas con mantequilla.

—¿No comes, papá?

Su madre aprovechó aquella oportunidad para intervenir.

—Sí, hijo, tienes que reñirle. No quiere hacerme caso porque está convencido de que si él no come, alguien que esté muy hambriento en la India o en Alemania, recibirá más.

El padre sonrió levemente dejando en el plato la taza de café sin azucar que se había llevado a los labios. No hizo ningún esfuerzo por justificarse ante su hijo.

Jan no hacía ningún caso de la conversación. Estaba llenándose la boca de harina de avena azucarada.

—No niego que en esos países hay mucha gente que pasa hambre —dijo Stephen.

Estaba acostumbrado a actuar de puente entre aquellas dos personas tan distintas, pero que tanto se amaban.

—Pero lo peor —continuó su madre—, es que está convenciendo a Steve de que no hay que comer.

Su padre pareció alarmarse.

—He dicho a Steve que necesita comer. Me ha prometido que se tomará un huevo todas las mañanas.

—¿A qué se debe todo esto? —preguntó Stephen.

Su padre lo miró con ojos lastimeros.

—Me siento más feliz cuando comparto los sufrimientos de otros seres —explicó.

—¡Siempre serás el mismo! —exclamó la madre—. ¡Como si esos otros se enterasen!

—Pero yo sí —contestó el anciano.

Ella suspiró. Stephen levantó las cejas, como hacía siempre que se dirigía por señas a su madre. Con ello quería decir: «Déjalo. Deja que sea feliz a su manera».

—Quiero más tocino —exclamó de repente Jan con voz fuerte.

\*\*\*

A media mañana Mary llegó a la casa e inmediatamente se dirigió a la escalera. Stephen se soltó de Jan, que lo tenía sujeto en el suelo en una llave de grecorromana. El chiquillo no le había dejado un momento de tranquilidad en toda la mañana. Era natural, pero no podía dejar de ver a Jane en la actitud imperiosa y un tanto egoísta de su hijo.

—Tengo que subir a ver a Steve —dijo.

Inmediatamente se enfrió la mirada de Jan, como tantas veces había visto enfriarse la de Jane.

—Está bien; no importa —dijo el pequeño—. De todos modos iba a salir.

—¿Tienes algunos amigos? —preguntó Stephen.

—Puede que juegue con Sandy Smith, el que vive al otro lado de la iglesia. Aunque no me es muy simpático.

—¿Por qué?

—No quiere jugar como a mí me gusta.

—Lo siento, pero tengo que ir a ver a Steve.

Estrechó cariñosamente el hombro de su hijo y empezó a subir la escalera, sin volverse.

—¡Me parece que no vas a gustarme! —gritó Jan a sus espaldas.

—¿No? —contestó Stephen—. Tú a mí, sí. Volveré.

La puerta del dormitorio estaba cerrada y vaciló ante ella.

—¿Se puede? —preguntó.

Oyó un murmullo de voces. Mary estaba discutiendo con el niño.

—Adelante —le oyó decir al cabo de un momento.

Entró.

—Steve está bañándose —dijo Mary—. Se baña por la mañana, cuando está más descansado. Ahora está jugando con sus barquitos. Ven a verlos.

Pasó al cuarto de baño y vio desnudo a su hijito. La joroba en la espalda de Steve era horrible, una carga monstruosa que debería llevar a cuestas toda su vida. Stephen tuvo que hacer un esfuerzo por dominar las lágrimas.

—Bonitos barcos —dijo, procurando disimular el temblor de su voz.

Steve no levantó la mirada. Estaba muy interesado en el juego.

—Éste es el más rápido. Pero me gusta más este otro. No puede ir tan de prisa, pero me gusta.

—A mí también —dijo Stephen.

—Ya es hora de salir del agua —dijo Mary—. Aquí tienes la toalla.

La sostuvo como pantalla y envolvió en ella el cuerpo mojado y deforme del chiquillo. Luego le puso una camiseta limpia antes de retirar la toalla. Estaba procurando proteger al niño de la curiosidad dolorida de su propio padre.

—Tendré que aprender a hacer todo esto —dijo Stephen.

Vio que el pequeño le miraba con ojos sorprendidos.

—Sólo Mary sabe hacerlo.

—Hace una mañana preciosa —dijo ésta—. Conventrá que juegues un poco al aire libre, Steve.

Por encima de la cabeza de Steve, sus ojos buscaron la de Stephen. Eran unos ojos azules, inalterados en su limpidez por el paso de los años.

—Tenemos que hablar —murmuró él.

Ella asintió en silencio.

\* \* \*

Fuera, en el jardín, Steve montaba su triciclo. A Jan no se le veía por ninguna parte.

—¿No juegan juntos? —preguntó Stephen.

Estaban en la salita y habían dejado la puerta abierta. Quería hablar con Mary y hacerle todas las preguntas que no había formulado hasta entonces. Pero no quería que su madre, siempre optimista, imaginara algo más.

—Nunca han jugado juntos —contestó Mary, sentándose en una butaca forrada de cretona—. Son completamente distintos. Steve es muchísimo más inteligente que Jan. Ya sabe leer. Jan, en cambio, no es capaz de prestar atención ni cuando se le explican cuentos.

Había adelgazado en todos aquellos años. Aquella mañana llevaba un vestido blanco con topos verdes, que acentuaba la estrechez de su cintura. Su cara no había cambiado en absoluto, visibles los pómulos bajo la piel atirantada. Se peinaba hacia atrás como siempre, y no llevaba pendientes. Sus manos eran fuertes, algo estropeadas por el trabajo doméstico, carentes de la elegante belleza de las de Jane.

—Quiero darte las gracias por todo... y no sé cómo empezar —dijo él, mirándole las manos.

—No me des las gracias —replicó ella—. Necesitaba algo en que entretenerme después de la muerte de mi padre.

—Pero, ¿es posible que esto te haga feliz?

—Claro que sí.

—¿Es posible que te guste vivir aquí?

—La vida aquí es interesante. Si saliera al mundo, como dicen muchos, estoy segura de que encontraría las mismas cosas, los mismos tipos de personas que aquí, sólo que en mayor abundancia.

Stephen vio por un momento la cabeza de Steve pasando al otro lado de la ventana.

—Creo que lo mejor que puedo hacer es dejar a los chicos aquí, hasta que sepa exactamente la norma que debo seguir, siempre y cuando no opines tú que eso sería exigir demasiado de mi madre.

—No; no lo es —le aseguró ella.

—Lo sería si tú no estuvieras aquí.

—Pero estoy aquí —atajó Mary.

El meditó aquellas palabras un momento.

—¿Y más adelante? ¿Quién sabe? No estoy seguro de si me decidiré a montar un nuevo hogar. De momento, creo que no. Alquilaré algunas habitaciones en un hotel o en un club. Primero tengo que levantar de nuevo mi negocio.

—¿No has encontrado ninguna otra ocupación a la que te gustaría dedicarte? —preguntó Mary.

El encendió su pipa, mirándola a través de las bocanadas de humo.

—¿Por qué me haces esa pregunta?

—Porque tengo la sensación de que el trabajo que haces actualmente no es el que te conviene.

—¿Qué quieres decir con eso?

Ella movió la cabeza.

—No lo sé... Creo que deberías hacer algo más importante que ayudar a unos cuantos millonarios a hacerse aún más ricos.

—Es una fuente de poder —arguyó él—. Pero no para ti, Stephen. No creo que hayas usado nunca esa fuente.

El fósforo que sostenía entre sus dedos se consumió de pronto y tuvo que soltarlo con un gesto brusco. Ella pareció divertida y se inclinó a observar sus yemas chamuscadas.

—Debió haberme fijado en que ibas a quemarte —murmuró.

—No sé por qué —protestó él—. Si no soy capaz de proteger mis propios dedos, deja que me quemé como un niño estúpido.

—Hablemos de Steve —le interrumpió ella—. Me gustaría que pudieras llevártelo pronto contigo, Stephen. Aquí recibe demasiados mimos y no le conviene.

—Yo diría que sí le conviene.

—No, a Jan sí, pero no a Steve. Tiene que aprender todavía muchas cosas de la vida que no conoce. Tiene que aprender a superarse a sí mismo. Tú tienes que ser su maestro, Stephen.

—No sabría —balució Stephen—. Sólo tú puedes hacerlo —insistió ella—. ¿Por qué lo dices?

—Porque para él eres como un dios —contestó Mary. Por un momento, Stephen no supo qué decir. —Me parece que ese papel no sabría interpretarlo —dijo por fin.

—Pero tienes que hacerlo —dijo ella con energía—. No puedes evitarlo.

Se levantó, sin esperar respuesta. —Tengo que irme. He prometido visitar a una vecina que espera un bebé.

Sonrió con dulzura y salió de la sala. Stephen permaneció sentado largo rato sin que nadie entrara a molestarle. Fuera, el sol era muy fuerte y Steve, montado aún en el triciclo, permanecía inmóvil. Stephen vio que el pequeño apoyaba la cabeza en los brazos que sujetaban el manillar.

—¿Steve! —llamó desde la ventana—. ¿Te pasa algo?

—Quiero estar a la sombra —contestó el pequeño.

—Iremos a sentarnos juntos a la sombra —contestó su padre.

\* \* \*

Durante todo el día estuvo pensando en lo que Mary le había dicho. Tenía que aprender a ser padre de dos maneras distintas, compañero de juegos para Jan y algo infinitamente superior para Steve.

¿Qué podía esperar un niño de un dios? Haría falta mucha experiencia y habilidad para averiguarlo. Cuando llegó la noche se sentía cansado y estaba preocupado. Tenía que rehacer su vida y además aprender a ser padre. El hecho incontestable era que sus hijos necesitaban una madre. Mary, naturalmente... era capaz de pensar en ella con la misma facilidad con que recordaba a Jane. Conocía a Mary de toda la vida. Jane había sido su pasión, pero Mary sería algo más que una madre para sus hijos, mucho más de cuanto Jane, si viviera, habría podido ser para ellos. No le costaba mucho acostumbrarse a la idea de casarse con Mary, pero se decía que con ella debía ser franco desde el primer instante. Tendría que confesarle que lo hacía porque sus hijos la necesitaban, y que por tanto...

—Enciende las luces —ordenó Jan.

—Ah, sí; me olvidaba —dijo Stephen, preguntándose si sería posible acostumbrarse a vivir en compañía de Jan, con su carácter imperioso y despótico.

Se acostó, cansado de todo un día de sentirse padre. Se decía que le bastaría con uno solo de sus hijos, ya que él nunca había tenido a nadie, ni siquiera un hermano o una hermana. Y si debían ser dos, ¿por qué no eran los dos como Jan y no como Steve, el pobre enfermo? Steve era el problema que le atormentaba. A Jan no costaría mucho enviarlo a la escuela en cuanto creciera un poco, pero a Steve habría que retenerlo en casa toda la vida.

En la semioscuridad permanecía acostado, sin conciliar el sueño, con el ceño fruncido, pensando en Mary y en que sólo ella podría cuidar a Steve.

«No te importaría, ¿verdad, querida?», preguntó mentalmente a Jane, su difunta esposa, viendo su rostro adorable en la penumbra de la habitación. Desde luego, sabía que a Jane no le importaría. Siempre había sabido comprender las necesidades elementales y urgentes de la vida. Nunca le habría reprochado nada que tendiese a hacerle la vida más cómoda y agradable. «Nada importa demasiado», era la frase favorita de Jane. Nada tenía bastante importancia como para originar una disputa, nada merecía un esfuerzo, nada valía la pena. Indudablemente, Jane no tendría nada que objetar a su proyecto.

Pero cuando hubo rechazado la visión de su rostro amado, le fue imposible pensar en Mary. Le era imposible intentar convencerse a sí mismo de que la amaba, y le daba vergüenza pedirle que se casara con él sólo por el gran servicio que podía prestarle. No; no podía hacerlo. Era preferible intentar resolver el problema por sí solo.

Al cabo de una semana, cuyos días se repetían idénticamente, pasó una velada en compañía de su padre. Había acostado a los niños y los había dejado solos. Su madre y Mary se habían ido a una reunión femenina, y su padre estaba fregando los platos. Más tarde, se reunieron los dos en la salita.

—¿Qué tal te ha ido? —le preguntó su padre.

—Estaban bastante limpios —explicó Stephen—. He hecho que se cepillaran los dientes y rezaran sus oraciones. Jan insistió en variar la suya porque se le había ocurrido recitarla al revés, y entonces la idea resultó atrayente para Steve y supo hacerlo muchísimo más de prisa que su hermano.

—Espero que Dios este acostumbrado a escuchar oraciones al revés —dijo su padre.

Los dos sonrieron y fueron a sentarse uno frente al otro, junto a la ventana.

—Dios concede a las mujeres una fuerza especial que no ha dado a los hombres —empezó el anciano.

—Así parece —contestó Stephen, sin prestar mucha atención.

Aquella semana pasada en su casa sólo había servido para confundir sus ideas. La tarea de asumir de nuevo el control de su negocio le parecía una empresa de titanes.

—¿No quieres decirme qué te preocupa? —le preguntó su padre, que estaba sentado, con sus largas y pálidas manos descansando sobre sus rodillas.

—Ni yo mismo lo sé —repuso Stephen—. No sé por dónde empezar.

Su padre aguardó en silencio a que continuara.

—Supongo —dijo Stephen, frunciendo el ceño—, mejor dicho, sé que no debo dejar a los niños aquí indefinidamente. Mamá y tú cuidasteis de mí, y no es justo que tengáis que cuidaros igualmente de la segunda generación, sobre todo teniendo en cuenta las condiciones en que está Steve.

—Por lo que a nosotros se refiere —dijo su padre—, somos muy felices teniéndolos aquí. Tu madre difícilmente podría arreglárselas ella sola, pero cuenta con Mary. Yo hago lo que puedo por entretener a los chicos y de vez en cuando enseñarles algo, principalmente la máxima fundamental de que bondad y buen sentido son una misma cosa. Ésa es una lección que la especie humana aún no ha acabado de aprender.

—Es sorprendente tu fe —dijo Stephen—. Me has enseñado ese principio durante toda tu vida, y no has logrado nada conmigo. Diré incluso que aún no he comprendido del todo el significado de tu axioma.

—Yo no diría que no he logrado nada contigo —contestó su padre, sin alterarse—. Y tal vez lo entiendes mejor de lo que quieres dar a entender. Yo no soy más que un eslabón de la larga cadena de cuantos han predicado el mismo principio. Mi fe me lleva a creer, y me consta que hay otros muchos como yo, que enseñan la verdad sin esperar aplauso.

—¿Cuándo empezó la cadena? —preguntó Stephen, seducido por la voz tranquila y las palabras poéticas de su padre.

—¿Quién sabe? Mucho antes del Nacimiento de Cristo, Confucio predicaba en China y Gautama en la India. Sus enseñanzas, como emanaciones radiativas de los hornos de sus espíritus, fueron a caer por todo el mundo. Sin embargo, Confucio decía que él no era más que un intermediario, y que había habido otros antes que él. En cuanto a Gautama, era un rebelde, por lo cual hemos de suponer que también debió haber otros que le precedieron y le enseñaron a rebelarse.

Stephen sentía los efectos de largas horas transcurridas en el pasado en aquella pequeña iglesia rural. Su padre no se había rendido nunca a la pequeñez del lugar. Todos los domingos, año tras año, había predicado al pueblo la grandeza de Dios, la vastedad de la historia y la majestad de los hombres. Bajo su dirección, los habitantes habían aprendido a desenvolverse en la vida con cierta confianza instintiva. No eran simples gorriones a los que Dios acogía en las palmas de sus manos, sino hombres y mujeres creados por Él. Aunque no comprendían todo lo que su viejo pastor les decía, sentían respeto por él, comprendiendo cuánto amaba sus almas, porque creía en ellos considerándolos como auténticos hijos de Dios.

Stephen sacó la pipa del bolsillo y llenó la cazoleta. Por encima de la vacilante llamita del fósforo miró a su padre con expresión divertida en sus oscuros ojos.

—Me temo que yo he sido uno de tus fracasos —murmuró.

—Año tras año vas acercándote a tu madurez definitiva, hijo mío —contestó el anciano.

Stephen se inclinó hacia delante con interés.

—Estos últimos cinco años han sido cinco años perdidos lastimosamente.

—Eso no puede decirse —arguyó su padre—. Día llegará en que comprenderás la utilidad de cada año de tu vida.

—Está bien —dijo Stephen—. Veo que sigues siendo un optimista.

—Sigo creyendo en Dios.

Esto lo dijo con gran calma, y Stephen comprendió que en Dios hay que creer o no creer. Los términos medios son imposibles. Por vez primera en su vida envidió la fe inmovible de su padre. Pero, ¿podía franquearse de algún modo el abismo entre la duda y la fe?

Tal vez era un abismo entre dos generaciones, y la ciencia había contribuido a demoler el puente. Los que no podían vivir sin fe tenían que cerrar los ojos y dar el salto. Él era incapaz de saltar. Si alguna vez se hallaba al lado de su padre, en la otra orilla del abismo, tendría que ser gracias a un puente sólidamente construido por él mismo, un puente en el que pudiera tener absoluta confianza. Pero no podía decirse así a su padre.

Volvió a reclinarse en la butaca y aspiró el humo de su pipa.

—Haz lo que puedas por mis hijos —dijo por fin—. Si puedes transmitirles tus convicciones, me sentiré satisfecho.

A la mañana siguiente se despidió de ellos, obligando a Jan a añorar el fuerte abrazo con que rodeaba su cuello, y tomando a Steve en brazos. Ninguno de los dos había sugerido que los llevara consigo. Era una persona que durante mucho tiempo había estado ausente, y que ahora había aparecido para esfumarse al poco rato.

—Volveré —contestó a la pregunta de Jan.

—¿Cuándo? —susurró Steve—. ¿Qué día?

—No puedo deciros el día, pero en cuanto lo sepa os escribiré. Lo que haré será telefonaros cada noche para saber cómo estáis. ¿Os parece una buena idea?

—Buenísima —dijo Steve.

—Yo querré hablar primero —gritó Jan.

—Hay que aprender a ceder los primeros puestos —le amonestó Stephen.

Atravesó la puerta y se precipitó al interior del coche. Jan corría tras él. Una vez hubo arrancado, se dijo que era

imposible dejarlos atrás toda la vida, que algo tendría que hacer, el año próximo, cuanto antes. Un par de años sería tiempo suficiente —para organizar una nueva vida. Era su tarea fundamental: reemprender la vida normal.

\* \* \*

Las dos habitaciones que le habían asignado en el club eran cómodas, estaban bien amuebladas y resultaban tan impersonales como un alojamiento cuartelero. Este detalle le complacía. Mientras no supiera qué clase de compañía precisaba para seguir viviendo, lo mejor era carecer de ella. Además, era agradable sentirse solo. Después de bañarse, se acostó y durmió como no había dormido desde la muerte de Jane. Era extraño cuánto le había atormentado su recuerdo mientras estuvo en Europa... y ahora empezaba a sentirla muy lejana. Por fin, su vieja pasión se apagaba, derrotada momentáneamente por la enormidad de los problemas inmediatos. Sabía que el recuerdo volvería, pero de momento sus nervios se habían apaciguado. Así, podía dedicar todas las energías a enfrentarse con el mundo nuevo que le aguardaba.

La primera noche se olvidó de telefonar a sus hijos, y no se acordó hasta la mañana siguiente, hacia las ocho. Se apresuró a coger el teléfono y no tardó en oír la voz de Jan.

—He estado esperando toda la noche.

—Soy un padre desmemoriado —confesó Stephen—. Anoche me acosté muy cansado.

—Ni Stevie ni yo hemos podido dormir —dijo Jan—. Stevie ha llorado mucho.

—Lo siento de veras. ¿Está Stevie ahí? Quiero decirle que lo siento en el alma.

—Sí, está aquí, pero yo no he acabado todavía. ¿Sabes una cosa? Mary va a comprarme un traje de vaquero.

—Me parece muy bien. ¿También está Mary ahí?

—Está arriba. ¿Sabes otra cosa? Sandy Smith y yo estamos construyendo un fuerte detrás de la iglesia.

Stephen sonrió unos minutos más de esta clase de información y luego midió que se pusiera Steve al aparato. No tardó en oír su dulce vozcita



—¿Papá?

—Sí... ¡perdóname! Todavía estoy en la cama. Anoche tenía mucho sueño.

—¿Papá?

—¿Qué, Steve?

—Quiero lápices de colores, papá, muchos en una sola caja, no muchas cajas con unos cuantos en cada una.

—Te enviaré una caja que pese tres kilos.

—Eso es todo, papá. Adiós y gracias.

—Adiós, Steve.

Las voces de sus hijos levantaron su espíritu y la luz del sol que penetraba por los intersticios de la ventana le hizo sentirse casi alegre. Nada iba a ser tan difícil como había imaginado. Se puso a silbar una tonadilla que había oído alguna vez en Francia y bajó antes de las nueve al comedor a desayunar. Tras su segunda taza de café abrió el periódico matutino. Los titulares de la primera página le sobresaltaron.

Adolph Mendel había recibido un tiro de manos de una jovencita, en el piso de ésta. En una fotografía se la veía sujeta por dos sonrientes policías.

Leyó el reportaje. Una muchacha de diecinueve años, secretaria de Adolph, se había enamorado inexplicablemente de él. Si no hubiese estado enamorada, no habría intentado matarlo. Pero no era el relato usual. La muchacha alegaba una extraña razón para su acto. «Se rió de mí cuando le dije que creía en Dios —había explicado entre sollozos—. Y creo en Dios... ¡sí, creo!»

A Stephen le pareció que el café perdía en su boca todo sabor. Dobló el periódico y lo introdujo en su bolsillo. Tendría que hablar primero con Eustis. Adolph, el muy imbécil, había actuado del modo más estúpido imaginable. En secreto, había instalado a la muchacha en un piso fabulosamente lujoso, le había regalado diamantes y pieles, un coche y muchísimo dinero, mientras negaba públicamente los enormes beneficios que la guerra le había proporcionado. Su esposa no había querido hacer declaraciones a la prensa. Un asunto verdaderamente feo, lo consideraba Stephen con amargura, suficiente para arruinar de modo definitivo la reputación de Mendel Incorporated. La masa reacciona siempre condenando enérgicamente la inmoralidad. Esto era algo que Adolph no había sabido o no había querido comprender nunca.

Eustis se hallaba ya en su domicilio cuando llegó Stephen. Lo encontró leyendo el periódico mientras devoraba unos huevos fritos.

—¿A qué conclusión has llegado? —preguntó Stephen, tomando asiento en el borde de la mesa.

—Adolph tiene una naturaleza muy complicada —contestó Eustis—. Muy complicada, verdaderamente.

—Yo tenía pensado pasar la mañana con Rackham y Rudlow —dijo Stephen.

Rackham y Rudlow eran sus clientes británicos, fabricantes de famosos automóviles utilitarios. Ahora que la producción americana de automóviles no bastaba a satisfacer las demandas del mercado, los coches pequeños podían venderse con más facilidad. Rudlow era el más inteligente de los dos y había acudido a Nueva York a sondear las posibilidades. Había alquilado unas habitaciones en un hotel anticuado donde le era posible desayunar tortillas de patatas, no había aparatos de radio en las habitaciones y donde la calefacción central era tan antigua que por lo menos la atmósfera no tenía la sequedad de un desierto sahariano.

—Será mejor que vayas a ver a la muchacha —dijo Eustis—. Es posible que te oriente sobre Adolph. Me gustaría saber si insiste en repetir que cree en Dios. Yo opino que debe ser una esquizofrénica. Con la mente dividida... pero, ¿quién no tiene en estos tiempos la mente dividida? La cuestión es: ¿quién provoca la escisión? ¡Grandiosa pregunta, con millares de respuestas posibles! A mí me parece que el subconsciente comprende que estamos acercándonos a la Edad Sombria.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Stephen.

—Adolph es una prueba.

Media hora más tarde, Stephen se hallaba frente a una muchacha pelirroja en un locutorio de una comisaría de policía. Sus ojos airados eran grises, pero parecían negros porque sus pupilas estaban muy dilatadas. Llevaba un traje muy arrugado y de estrafalario corte, que se adaptaba mal a su esbelto cuerpo.

—Soy Stella McIntosh —declaró—. ¿Qué desea usted?

—Yo soy Stephen Worth —contestó él—. El consejero de relaciones públicas del señor Mendel. Antes de verle a él, me gustaría hacerle a usted algunas preguntas.

—No debería hablar —dijo ella—. Pero la verdad es que no me importa. No tengo nada que ocultar. Ya se lo he dicho así al abogado. ¿Quién imagina que me ha enviado un abogado? La señora Mendel. Debe ser una buena mujer. Mejor dicho, estoy segura de que lo es, porque Adolph ya me dijo desde el primer momento que no creía en el divorcio. No tuve nada que objetar, porque nunca fue mi intención destrozarse el hogar de nadie. Lo que usted no podría siquiera soñar es el motivo del arrebato que me dio anoche.

—Creo que el periódico habla de eso...

—No he leído el periódico. —Se sentó en una silla de madera y se recostó contra el respaldo—. Tengo mis principios religiosos —declaró en tono desafiante—. Adolph quiso burlarse de ellos. Me dijo que él no podía creer que yo tuviera fe en Dios. Pues la tengo, y así se lo dije. Entonces intentó convencerme de que Dios no existe. Eso no lo pude soportar, porque sé que hay Dios. Él me preguntó entonces cómo lo sabía. Le contesté que tenía que haberlo, que tiene que haber algo, alguien... ¿no es cierto? No todo puede ser pura casualidad. Yo iba a misa todos los días hasta que conocí a Adolph. Que yo haya dejado de ir a misa no quiere decir que Dios no exista.

—¿Qué dijo Adolph? —preguntó Stephen.

—Se echó a reír. Por eso le pegué un tiro.

—¿Cómo es que tenía usted una pistola?

—La compré hace mucho tiempo, cuando vine aquí a vivir. Me habían dicho que Nueva York es un sitio peligroso para una mujer sola. La guardaba en la cómoda, debajo de mis camiones.

—¿No ha hablado con ningún sacerdote? —inquirió Stephen.

—No; no estoy preparada para eso. Primero tengo que meditar.

Estaba loca, pensó Stephen; loca o a punto de estarlo, y sintió piedad por ella, a pesar de verla tan absolutamente distinta de Jane. Jane había sido capaz de enfrentarse con el universo prescindiendo de la existencia de la divinidad, pero no lo había sido de vivir en él. Stephen había visto en el campo de batalla a jóvenes soldados en actitud semejante, esperando la lucha y sin importarles si vivirían al día siguiente.

—¿Qué vio usted en Adolph Mendel? —preguntó de pronto.

Ella volvió hacia él sus oscuros ojos.

—Parecía un hombre de firmes convicciones. Era lo que yo necesitaba... Alguien que tuviera seguridad de todo. Pero ahora sé que su seguridad era falsa. Sólo está seguro de una cosa... de sí mismo.

—Si no muere —preguntó Stephen—, ¿qué piensa usted hacer?

Ella apoyó la frente en las dos manos.

—No lo sé —murmuró—. Espero que muera.

Se acercó un guardia y anunció:

—Ya es la hora.

Adolph Mendel no tenía intención de morir, como Stephen pudo comprobar inmediatamente. Yacía, envuelto en vendas, en la cama de un hospital. Stella le había disparado al corazón, pero esta víscera, ligeramente desplazada de su sitio habitual por grasas recientemente adquiridas, había podido salvarse del proyectil homicida. Sonrió al ver a Stephen, y le explicó lo sucedido.

—Tuve suerte de no haber empezado todavía el régimen de adelgazamiento —exclamó de buen humor—. Stella se equivocó en muy pocos centímetros.

—Suena muy raro —dijo Stephen— eso de la discusión religiosa.

—Discutíamos de todo —contestó Adolph—. ¿Cómo iba yo a adivinar que iba a excitarse tanto por ese tema? Ni siquiera soy ateo. Lo único que me sucede es que no tengo tiempo para pensar en cuestiones religiosas. Discutía por el gusto de discutir. Stella es terrible cuando se enfada. Una cosa sigue a la otra, y ya no sabe uno cómo puede acabar la discusión.

Sonrió guiñando un ojo a Stephen.

Éste se manifestó disconforme con el tono superficial empleado por Adolph.

—La situación es muy fea, con esas huelgas de por medio. La muchacha habla demasiado. Tu mujer le ha enviado un abogado, y eso se sabrá pronto también.

Adolph continuó sin alterarse.

—Adela envía siempre sus abogados a todas las mujeres a las que cree que he hecho daño. ¡Así cree hacer penitencia por mí, la pobrecilla! Además, me perdona siempre. Eso es lo que se llama un alma cristiana.

Stephen recordó a la señora Mendel, una mujer diminuta de cabellos grises, mayor que Adolph, y riquísima, por ser la única heredera de un millonario cosechero de algodón. Adolph la quería mucho y la trataba correctamente, aunque exagerando sus atenciones.

—Veo que en tu cuerpo no existe el órgano del arrepentimiento —le dijo Stephen.

—Soy un hombre práctico.

Se echó a reír y cerró los ojos, palideciendo de pronto. La enfermera se acercó al lecho y tocó a Stephen en un hombro.

—Debe irse, señor. Su estado es grave todavía.

Una vez en la calle se le ocurrió ir a visitar a Adela Mendel. Sólo ella podía darle la llave de la extraña personalidad de Adolph, algo que aclarase lo sucedido.

Un taxi lo llevó hasta el antiguo y gigantesco edificio en que la señora Mendel había nacido y había vivido toda su existencia. Allí, en una vasta habitación, la encontró trabajando en sus labores. Se

levantó al ver a Stephen y le adelantó una mano cubierta de valiosísimas sortijas.

—¿Qué amable ha sido usted! —exclamó—. Estaba aquí sentada sin saber exactamente qué hacer. ¿Cree usted que debería ir a visitar a la pobre Stella McIntosh? El señor Radnod, mi abogado, dice que a la infeliz todo le da igual. Al parecer, no tiene interés en seguir viviendo. Así es casi imposible hacer nada por ella. Pero lo comprendo... sólo que espero que acabe cambiando de actitud. Siempre se cambia, cuando ha pasado algún tiempo. Hay tantas cosas en esta vida que exigen nuestra atención y nuestro interés... Por ejemplo, coser y bordar es un gran entretenimiento para mí.

Era imposible dejar de sentir afecto por aquella mujer— cita vestida de gris y adornada con diamantes, sola en su casa. Stephen la había visto otras veces, cuando había sido invitado a cenar y siempre la había encontrado con el mismo aspecto, tranquilo e insignificante.

—Pero siéntese, señor Worth—rogó ella con calor.

—He venido a hablarle de Adolph—dijo él, sentándose en un butacón de anticuado diseño.

—¡Pobre Dolly! —exclamó ella, entrelazando las manos.

Mientras Adela hablaba, Stephen se enteró de que Adolph no había guardado nada en secreto, confesándolo todo a aquella esposa inocente y virginal. De este modo, tal vez había salvado su alma confesando sus pecados.

Aquella misma noche, ya muy tarde, se le ocurrió a Stephen que podía exponer a su padre la historia de Adolph, dejando que sobre ella cayese la luz espiritual del lúcido pensamiento del párroco rural. Además, se sentía muy solo, creyendo escuchar a lo lejos las voces infantiles de sus hijos.

Ansiaba estar de regreso en su casa, junto a ellos.

\* \* \*

—Yo no era bueno en mi juventud —observó su padre.

Bajo el sicómoro retorcido y viejísimo que en su infancia le había servido de refugio, Stephen veía jugar retozones a sus hijos. Era por la tarde y en la cocina su madre preparaba unos pastelillos.

—No puedo imaginar siquiera que alguna vez no fueras bueno —dijo en respuesta.

—No me conociste antes de nacer —contestó el anciano—. Era un joven alocado y tu madre lo sabe. Por eso comprendo a tu amigo Adolph Mendel, aunque mis pecados no eran los suyos. Yo no amaba el dinero como él, si bien me agradaba gastarlo. Pero me gustaban otras muchas cosas, vanas la mayoría, si no recuerdo mal.

—Me extraña que el abuelo te permitiera esos excesos —dijo Stephen con sorna.

Recordaba a su abuelo, un duro y enérgico médico rural, de potente voz y carácter violento.

—No me los permitía —contestó su padre—. Cuando se enteró de que no había podido pasar los exámenes y estaba dedicándome a apostar en las carreras de caballos, me llamó a casa y me puso a limpiar frascos en su dispensario y a cuidar del caballo y el carricoche. Tuve que hacerle de cochero en muchas de sus salidas, y así fue como conocí a tu madre. Era la hija de un predicador que un domingo tuvo un ataque de apendicitis mientras hablaba del infierno a sus fieles. Por eso no me has oído hablar nunca del infierno desde el púlpito.

Stephen vio en los ojos claros y empañados de su padre un agudo sentido del humor que no había sospechado hasta entonces.

—¿Cómo se te ocurrió hacerte sacerdote? —le preguntó.

—Cuando me regeneré —contestó su padre—, quise hacer algo útil. Pregunté a mi padre si, en caso de tener que volver a empezar, escogería la carrera de médico o la de sacerdote. Me contestó que la última, porque si las almas están limpias, los cuerpos acostumbran a estarlo también. Así fue como escogí esta profesión. Ahora no sé si volvería a hacer lo mismo. Sin embargo, reconozco que mi vida ha sido agradable.

—¿Nunca has dudado de Dios? —preguntó Stephen.

Era una pregunta que siempre había deseado hacerle, pero que hasta aquel instante jamás se había atrevido a plantear. La tarde era tranquila, y la presencia de los dos niños, entregados a sus juegos, le hacía sentirse más cerca de su padre. Además, estaba seguro de que el anciano se hacía más abordable a medida que transcurrían los años.

—Efectivamente, he dudado de Dios, y aún dudo a veces —fue la respuesta.

El pastor estaba muy erguido en su silla de mimbre. Cierta elegancia espiritual, llena de dignidad, revestía su cuerpo frágil y huesudo.

—Constantemente tengo que fortalecer mi fe —prosiguió—. Mis feligreses son, como sabes, gente sencilla y sin educación. Comprenden en seguida dónde está lo falso. Es esencial en el trato con ellos que mi fe sea auténtica, tangible y positiva. Necesitan estar convencidos de que yo creo, porque así también ellos pueden creer. Es la misma necesidad que has observado en esa pobre mujer de que me hablas, Stella McIntosh. No tiene nada que ver que sea pecadora. De lo que no cabe duda es de que está descarriada. Y cuanto más perdida se halla, más preciso le es tener la certeza de que existe Dios. De lo contrario carecería de esperanza. Nuestras mentes humanas, Stephen, aunque se sepan condenadas al infierno, necesitan saber que existe el cielo. Por eso, a su manera, Adolph Mendel muestra ternura y respeto hacia su mujer. Le es necesario creer en su bondad. Y ella, a su vez, necesita ser buena por él, y perdonarle todas sus faltas, que para cualquier otra mujer serían imperdonables. Eso es lo sorprendente de esta vida, que las almas aspiren siempre a una existencia mejor, a un lugar donde reina la paz eterna. Para mí, en esto radica la prueba definitiva de la existencia de Dios. Este sueño que todos tenemos, hijo mío, y del que nadie puede librarse, tiene que ser forzosamente una realidad. Cuando comprendí esta verdad fundamental, experimenté la necesidad de convertirla en mi creencia firme.

Bajo el sicómoro, el pequeño Steve se sintió súbitamente cansado. Apartó los juguetes y se acurrucó entre las gigantescas raíces del árbol. Su espalda deformada se adaptaba perfectamente en un hueco, y allí quedó, semiculto, con rostro de gnomo dolorido. Jan lo miró un momento sin decir nada. Luego se levantó y fue a buscar otros compañeros de juegos.

Stephen sintió profunda pena en su corazón. ¿Cómo podría hacer que su desdichado hijo se adaptara a la vida? ¿Cómo podía hacerle amar la existencia? Ante todo, debía rechazar la piedad al tratar con él.

—¿Qué te impulsó a predicar tu fe? —preguntó a su padre.

Esperaba que éste le hablaría de Dios, de la llamada divina, del mandato del Altísimo. Pero no fue así, pues al hablarle, su padre empleó otras palabras.

—No me llevó a ello una visión, Stephen, sino las necesidades de la gente, incluso de mí mismo; primero necesidad de consuelo, y segundo de inspiración. Tal vez el conocimiento de estas necesidades era en sí mismo una visión divina y revelada, aunque no comprendo por qué la revelación hubo de ser hecha a un hombre que, como yo, carecía de dotes especiales.

—Salvo, tal vez, el don de discernir esas mismas necesidades —arguyó Stephen.

—Es posible —convino su padre.

Guardaron silencio, adormecidos por el ambiente de la tarde calurosa. Sobre el patio de la iglesia, un pájaro, tal vez una alondra, describía arabescos en el aire inmóvil, repitiendo una y otra vez tres notas agudas, siempre las mismas.

—El pequeño se ha dormido —dijo su padre, mirando hacia Steve—. Me he fijado en que siempre busca refugio en ese hueco del sicómoro. Encontró el sitio cuando era muy pequeño, y vuelve a él todas las primaveras. Aunque está creciendo, siempre parece caber en él, o tal vez sucede que el árbol crece al mismo tiempo. La gigantesca raíz parece liberarle del peso de su espalda.

Del pájaro que cantaba en las alturas, Stephen descendió la mirada hasta su hijo dormido.

—Aún no he podido acostumbrarme a esa carga. Pero tendré que hacerlo, procurando pasarla de los hombros de Steve a los míos.

—No podrás —dijo su padre—. Y no debes hacerlo aunque puedas. Sólo debes buscar un consuelo para él, | fin de que esa carga se convierta en su inspiración. Dos palabras, Stephen, que vienen a querer decir lo mismo.

—Por lo menos en estos momentos goza de consuelo —observó Stephen—. Se ha dormido.

—El sueño no es más que una tregua —replicó el padre—, a no ser que se trate del de la muerte.

La palabra «muerte» abrasó con dolorosa quemadura el corazón de Stephen. Inmediatamente se dio cuenta de que hacía largo rato que pensaba en Jane, cuyo cuerpo grácil y adorable yacía en aquel diminuto cementerio sobre el que revoloteaba la alondra.

Se volvió a su padre.

—¿Por qué, por qué no supe consolar a Jane?

Su voz sonaba ahogada por la angustia. ¡Oh, el eterno por qué!

—Hijo mío —murmuró su padre con ternura.

Le alargó una mano, que Stephen tomó. Estaban muy unidos ahora, por" una corriente amorosa que iba de corazón a corazón. La energía vital de su padre fluía libremente hasta su propio espíritu, como en una transfusión. Suspiró profundamente, y su padre soltó su mano, dejándola en una rodilla.

—Mucho antes de que Jane entregara su cuerpo a la muerte —dijo el anciano—, mucho antes, Stephen, ya había muerto. El día que la trajiste a esta casa, ¿te acuerdas?

—Me acuerdo —dijo Stephen con voz débil.

—Tení... mejor dicho, supe... que nada podía consolarla. Temí que no hubiera salvación para ella. No obstante, lo intenté. Aquella noche no dormí. Me quedé en mi estudio y me pasé la noche dedicado a esa ocupación que se llama rezo, ofreciendo todo mi corazón por aquella pobre criatura atribulada. Hacia el amanecer me sentí extrañamente aliviado.

—Al día siguiente se levantó en un estado de ánimo sorprendentemente alegre —explicó Stephen—. No podía imaginar a qué era debido. Se fue a la iglesia, cosa que nunca le había visto hacer.

—Aquella misma tarde —continuó su padre— dijo a Mary que cuando llegó aquí, el día antes, había tomado la determinación de no dejar nacer a sus hijos. Deseaba que murieran con ella. Pero también le dió que acababa de cambiar de idea

—¿Papá! —exclamó Stephen—. ¿Por qué no me lo dijiste? ¡Oh, papá, si yo lo hubiese sabido!

—Tampoco yo lo sabía —dijo con dulzura su padre—. Mary no me lo dijo hasta que recibimos la noticia de la muerte de Jane.

—Pero, ¿por qué? —gimió Stephen.

—Jane obligó a Mary a prometerle que guardaría el secreto, que no se lo diría a nadie, y a ti menos que a nadie. Y Mary, creyendo sincero el cambio de actitud de aquella mañana, quiso creer a Jane. Por eso, Stephen, Mary se siente ahora obligada a cuidar de tus hijos por encima de todo. Ha querido decírtelo, pero la palabra empeñada a Jane se lo impide. Me preguntó, a tu regreso, si yo creía que serías más feliz ignorándolo. Hablamos, y le dije que, por lo menos, sabía que no serías más feliz sabiéndolo. Por eso ha continuado guardando silencio. Ahora he sido yo quien te lo ha revelado, sin consultarla a ella primero. El hecho de que seas mi hijo tal vez me da derecho a ello. Deseo que encuentres consuelo, hijo mío, porque no encontrarás tu inspiración hasta que tengas consuelo.

La débil voz de su padre parecía llegar hasta Stephen desde muy lejos.

—No puedo hallar consuelo —contestó, transido de dolor—. Éramos felices los dos juntos. Jane me quería y yo la adoraba. Nuestra casa era un agradable refugio. No nos faltaba nada... a mí, por lo menos, no me faltaba nada, salvo la satisfacción de verla siempre feliz. Pero imaginaba que su temperamento le provocaba extrañas crisis de nervios.

Su padre pareció meditar.

—Algo debió sucederle alguna vez, cuando aún era muy joven. ¿Nunca te dijo nada?

—Nunca —se apresuró a responder Stephen.

Luego recordó que la noche de bodas Jane le había dicho: «No es ésta la primera vez, si eso puede tener importancia».

«No la tiene», había contestado él.

No podía decir aquello a su padre. Nunca podría decirlo a nadie. Pero «sí tenía importancia». Se había equivocado. De algún modo secreto, sin casi darse cuenta, «aquello» había tenido importancia suficiente para herir su corazón y destrozarse su vida para siempre.

Era imposible explicárselo a su padre. Se levantó bruscamente y se acercó al sicómoro. Agachándose, tomó en sus brazos el cuerpecito deforme de su hijo dormido.

\* \* \*

Por la noche, mientras secaba a Jan después de haberlo bañado, se dijo que para hallar tranquilidad de espíritu le era preciso descender de una vez la cortina que Jane había colocado entre los dos. Sólo Mary sabía lo que se ocultaba tras la cortina. Sin que él hubiera podido sospecharlo, Jane había confiado en Mary, adivinando por instinto que sabría guardar su secreto. En cambio, Jane no había confiado en él, a pesar de su amor. ¿O acaso Jane había adivinado en Mary un profundo amor hacia él?

—Póngase ahora mismo el pijama, jovencito —ordenó a Jan, que corría por el cuarto completamente desnudo.

—Quiero dormir sin pijama —gritó Jan—. Quiero dormir desnudo como los indios. Me gustaría estar desnudo día y noche.

Hubiera sido cruel castigar aquella exuberante alegría de vivir. Recordaba que también él, en aquella misma habitación, había sentido aquella satisfacción del propio cuerpo.

De pronto Jan tropezó con una silla y cayó al suelo llorando.

—Ven aquí, guerrero —le dijo Stephen—. Ponte la ropa. Tu piel es muy tierna todavía.

—Quiero ser duro —protestó Jan, gimoteando.

Pero se sometió al pijama. Luego, arrodillándose junto a la cama, empezó a rezar.

*Antes de irme a dormir*

*pido al Señor que guarde mi alma,*

*y si muero antes de despertar...*

Se detuvo para volverse a mirar a Stephen.

—¿Por qué tengo que decir «si muero antes de despertar»? Nunca me he muerto.

—No lo digas, pues —contestó Stephen.

—Es que tengo que decir algo —insistió Jan—. Tengo que acabar, ¿no?

—¿Qué te parece así?

*Te agradezco, Señor, toda mi vida,*

*y te ruego que me libres de toda lucha.*

—¿Qué es «lucha»? —preguntó Jan.

—Guerra —contestó Stephen.

Mirando a su hijo, arrodillado junto a la cama, recordó a todos los niños que había visto en Europa, niños a los que nunca podría olvidar, enfermos, ciegos, hambrientos. Aunque no quería pensar en ellos, siempre estarían a su lado, en el cuerpo sano y fuerte de Jan, y en el cuerpecito enfermo de Steve, cuyos débiles hombros soportaban la cruz.

—Bang-bang —hizo Jan, todavía de rodillas.

—Cállate —ordenó Stephen—. Termina de rezar.

Jan terminó su oración, pero ateniéndose a la fórmula habitual: «Si muero antes de despertar...».

—Dios está más acostumbrado a esto —explicó, cuando Stephen le arreglaba el embozo.

Steve estaba cansado. Mary entró con él minutos más tarde, cuando Jan ya dormía.

—Este niño se cansa con mucha frecuencia —explicó. Sosteniéndolo en sus rodillas, lo secó cuidadosamente con una toalla—. Quisiera conocer la manera de hacer que descansara a gusto.

Steve no hablaba. Tenía apoyada su carita contra el pecho de Mary, con los ojos cerrados, mientras ella le ponía el pijama.

—Reza aquí mismo —sugirió Mary.

El pequeño ocultó el rostro en el cuello de ella y murmuró algo que nadie pudo oír.

—Ahora a dormir —dijo Mary—. Ya basta por hoy. Es muy tarde.

Lo dejó en la cama y lo cubrió con la sábana.

—Stevie tiene una oración personal —explicó a Stephen—. No le gusta el «Antes de irme a dormir». Prefiere decir: «Jesús, dulce Pastor, escúchame».

—«Escucha esta noche a tu ovejita» —murmuró Stevie, todavía con los ojos cerrados.

Mary se inclinó sobre él.

—Ya está dormido.

—Me parece que nunca podrá descansar como Jan —dijo Stephen.

—Chist —dijo Mary—. Lo oye todo aunque esté dormido. Al menos, eso creo. Nunca he conocido oídos tan agudos.

Encendió la lamparita de la mesilla de noche y abrió de par en par la ventana. Luego salió de puntillas del cuarto.

—Tengo que irme a casa —dijo—. Esta noche necesito escribir unas cartas.

—Renuncia a ellas, Mary —dijo Stephen—. Quiero hablar contigo.

Ella lo miró con sorpresa en sus ojos azules, bajo sus largas y negras pestañas, que constituían su principal atractivo.

—Quiero que hablemos de Jane —añadió él.

Las pestañas descendieron un poco.

—Está bien. Podemos ir andando juntos y cuando llegemos a mi casa seguiremos hablando si hace falta. Lucy Hulme vive conmigo ahora, pero no tendrá ningún inconveniente.

Él echó a andar a su lado.

—¿Quién es Lucy Hulme?

—Una de las maestras del pueblo. Somos amigas desde hace muchísimos años. La conoces, pero veo que la has olvidado.

—Entonces espero que también ella me habrá olvidado —dijo él en broma.

Mary sonrió vagamente, sin contestar.

Aún no había caído del todo la noche. La gente permanecía sentada en los porches de las casas, saludando cordialmente a los paseantes. Stephen pensó en la inevitable curiosidad provinciana y en los comentarios que se harían al día siguiente por haberlo visto pasear en compañía de Mary. Ella, en cambio, no parecía pensar en ello y contestaba a todos los saludos con su habitual movimiento de cabeza y su fugaz y casi involuntaria sonrisa. Pronto llegaron a casa de Mary, un edificio de reducidas dimensiones, de dos pisos. La puerta estaba cerrada y había un mensaje sujeto al pomo. Mary lo tomó y lo desdobló para leerlo. Luego abrió la puerta, invitando a Stephen a entrar.

—Lucy estará fuera toda la noche. La corteja un muchacho, y los dos me dan mucha pena. Él está casado con una demente y no puede vivir en su casa. Tiene cuatro hijos y no sabe cómo solucionar su vida. Debería casarse con Lucy, pero las leyes de este Estado no le permiten divorciarse.

—Es injusto —dijo él con indignación.

—Inhumano —observó ella—. Aunque supongo que esa ley impide otras muchas injusticias posibles. Lo siento por los pequeños. Lucy los trae aquí con mucha frecuencia. Los sábados los baña, y les compra ropa, en invierno y en verano. Hal le da el dinero, desde luego. Es patético ver cuánto se parecen a un auténtico matrimonio. Sin embargo, han de mantenerse distanciados el uno del otro.

Estaban dentro de la casa, y mientras hablaba, ella lo condujo hacia la salita de estar. Hacía muchos años que Stephen no entraba allí, desde que era estudiante. En aquella sala había esperado con impaciencia juvenil a que ella estuviera arreglada y bajara a acompañarlo al baile, al cine o al teatro. Debía haberse parecido mucho a Jan en aquellos tiempos, lleno de vitalidad y energía. Mary había frenado siempre sus impulsos, y él, despechado, no había querido esperar y había huido de su lado, para casarse con Jane.

Tomó asiento en el sofá y Mary fue a ocupar la butaca cercana a la ventana. Lo miraba interrogadoramente, sonriendo y con la mirada tranquila.

—Quiero saber qué fue lo que te dijo Jane —dijo él bruscamente—. Quiero saber qué fue lo que nunca me confesó a mí.

Ella le devolvió la mirada. La casa estaba en silencio.

—Muchas veces me he preguntado si debería revelártelo —contestó—. Prometí a Jane guardarle el secreto, pero me he preguntado repetidamente si la muerte quebranta las promesas y creo que sí. El no quiso interrumpirla. Mary había decidido siempre por sí misma, llegando sin ayuda de nadie a las conclusiones más justas.

Durante largo rato permaneció silenciosa y pensativa. Luego alzó la cabeza y lo miró de lleno.

—Lo que Jane no te dijo nunca, lo que me hizo prometer que nunca te revelaría, fue esto. Que tenía una hija, una pequeña.

Stephen miró a Mary con sorpresa e incredulidad, negándose a aceptar la realidad de lo que oía.

—Pero, ¿qué... cómo... por qué...? —murmuró con esfuerzo.

—No lo sé —contestó Mary—. No me dio más detalles. Sólo me dijo dónde se hallaba la niña y me pidió que cuidase de ella a su muerte, después de nacer sus hijos.

—¿Y no me lo dijo nunca! —murmuró Stephen, con labios resecos.

—Quisiera saber por qué, Stephen. Quisiera saberlo, y consolarte de algún modo. He estado cuidando a la pequeña y me gustaría poder hacer lo mismo contigo.

Se inclinó hacia él, llena de ternura.

—Hablé de ti a Jane, pidiéndole que te lo dijese todo antes de nacer vuestros hijos. Le aseguré que sabrías comprenderla, por encima de todo. ¡Te aseguro, Stephen, que hasta este momento estaba convencida de que había seguido mi consejo y te lo había confesado!

El movió negativamente la cabeza, incapaz de hablar.

—¡Oh, Stephen! —exclamó Mary—. No te pongas así, querido. Ella te quería mucho... mucho... estoy segura.

—Pero no lo bastante como para confiar en mí.

—Stephen... ella no sabía confiar en nadie.

—Sin embargo, confió en ti —consiguió articular Stephen.

—No, querido, tampoco en mí. No me dijo nada más que los hechos escuetos, porque necesitaba ayuda. Ésa era su tragedia, ¿no crees? No se fiaba de nadie. De nadie en absoluto.

Él seputió la cabeza entre las manos.

—Ni siquiera de mí.

—No —murmuró ella, con voz triste.

\*\*\*

Dejando a Mary, volvió a casa de sus padres. Le sorprendió el nuevo día sin haber podido conciliar el sueño.

No le apetecía regresar a sus solitarias habitaciones ni ver a Eustis, el filósofo. Se encontraba enfrentado con algo que no podía explicarse en términos científicos. La hija de Jane, a la que nunca había visto, cuya existencia jamás había podido sospechar, era un secreto que había permanecido oculto a su conocimiento, a pesar de su amor. Jane acababa de distanciarse de él mucho más de lo que la muerte había podido lograr. La muerte se había limitado a arrebatarle su cuerpo, pero el secreto, una vez revelado, se clavaba como una aguda espina en su corazón. Por encima de su amor, por encima de la vida que habían vivido juntos, se hallaba el hecho de la hija inconfesada.

¿Tenía él o no tenía el derecho a ir en busca de aquella niña y hacerla suya? Porque después de aquella larga noche de vigilia, sólo sentía una emoción, sólo tenía un pensamiento... el de encontrar a la hija de Jane. La sangre y la carne de Jane, unidas a otra sangre y otra carne desconocidas, habían creado aquel ser, pero Jane le había pertenecido, y por lo tanto podía considerarla a la niña como suya.

Éstos eran los pensamientos que ocupaban su mente todo aquel día, mientras vendaba una rodilla de Jan, que se había caído de un árbol, o daba masajes a Steve en la espalda, que le dolía constantemente. Al principio el chiquillo se había negado a confesar aquel dolor, pero poco a poco su confianza y su franqueza iban en aumento.

Durante todo el día, entre sus hijos auténticos, Stephen creía ver el fantasma de aquella niña desconocida, la hija de Jane. ¿Debería traerla a aquella casa y ofrecerle un puesto junto a los restantes hijos de la misma madre? Si se decidía a hacerlo, debería, ante todo, renunciar a todo sentimiento de celos. Era mejor abandonar a la criatura a su suerte que establecer diferencia alguna entre ella y los hijos que él había procreado. Era algo que requería cuidadosa reflexión. ¿Eran inevitables los celos? Y si lo eran, ¿sería posible conservarlos cuidadosamente guardados, sin que nunca afloraran a la superficie? ¿Podría arrancar la maleza de su propio corazón?

Al final de aquel día de tribulación, se le ocurrió que no era él la única persona a quien podía afectar aquella situación. Sus padres deberían aceptar también a la nueva criatura. Por último se le ocurrió pensar en los padres de

Jane. ¿Conocían su existencia? Y si no la conocían, ¿debía él revelársela? No los había visto desde la muerte de Jane. Ellos no habían hecho nada por establecer contacto con él, y probablemente se debía a que no lo deseaban.

A su regreso de Europa les había escrito una breve carta, que no tuvo respuesta. Ni siquiera sabía si se encontraban en el país o de viaje.

Se decidió por último a consultar a sus padres, y aquella noche dejó que Mary acostara a los niños.

—He estado pensando todo el día —le dijo cuando salieron al exterior, a la luz crepuscular—. Si te encargas tú de los niños, tendré ocasión de hablar con mis padres. Luego bajas, una vez acostados, y hablamos todos juntos en la sala.

—Confórme —convino ella.

Así, llevó a sus padres a la tranquila salita, y cuando se hubieron sentado les explicó con palabras sencillas lo que acababa de averiguar. No mencionó la tortura de aquellas últimas veinticuatro horas ni su asombro por el comportamiento de su mujer. Se abstuvo de justificar o culpar a Jane. Simplemente, dijo:

—Creo que es mi deber ir en busca de esa niña, porque Jane fue su madre. Quiero introducirla en mi familia, si vosotros no os oponéis. Mi única duda se refiere a mí mismo. ¿Tendré la fortaleza suficiente para quererla tanto como quiero a los chicos? Me da miedo la posible injusticia que pueda llegar a cometer.

Había temido de modo especial el juicio agudo de su madre. Hubiese querido tener que decirselo sólo a su padre, pero era preciso hacer la revelación a los dos. Y sin embargo, fue su madre la que permaneció callada. Su rostro rubicundo y redondeado enrojeció mientras apretaba los labios y entrelazaba sus manos en su regazo.

Su padre le escuchó sumido en profunda meditación. La luz de la lámpara incidía sobre sus manos pálidas y las hacía parecer casi transparentes. Se mantenía con los ojos semicerrados.

Al hacerles Stephen su pregunta, contestó casi inmediatamente\* como si no tuviera duda alguna:

—Creo que estás más capacitado de lo que tú mismo crees, hijo mío. Es cierto que hay muchos hombres que serían incapaces de actuar como padres para un niño que no fuera de su misma sangre, pero yo he adivinado siempre en ti algo muy grande y muy noble. Creces, hijo mío. Steve te ayudará a seguir creciendo. Me parece que no has de tener miedo de ti mismo.

—Gracias, papá —dijo Stephen.

La fe infinita que su padre demostraba tener en él, estaba a punto de hacerle llorar. Tuvo que hacer un esfuerzo por contener las lágrimas.

Su padre siguió hablando.

—No debes esperar inmediatamente hallarte en posesión de la perfección. La mejor prueba de tu capacidad está en el hecho de que seas capaz de saber cómo debes ser y actuar. ¡Hay tantos que son incapaces de ver! Lo más difícil, lo que a veces resulta poco menos que imposible, es enseñar a los hombres a verse a sí mismos. Y sin embargo, sólo crecerá aquel que sepa descubrir la luz que le enseña el camino.

Su madre interrumpió la conversación inesperadamente.

—¿Cómo se lo dirás a la pequeña, Stephen?

—No lo sé —confesó éste.

Las palabras de su padre habían servido para aclarar sus confusas ideas. Ahora veía claramente qué era lo que debía hacer. Sencillamente, ir en busca de la niña y tomarla consigo. Tenía que traerla a aquella casa, con sus hijos, y hacerla suya. Eso era lo primero; luego, lentamente, iría sabiendo lo que tenía que hacer, según fueran las circunstancias de cada día. Comprendía por vez primera cómo había ido edificándose la fe de su padre. Era solamente cuestión de ver la razón y la verdad, dar el primer paso hacia ella, luego el segundo y así sucesivamente. En eso consistía la fe.

—Si me autorizáis a traerla aquí, ya veremos lo que hay que hacer con ella, mamá —contestó—. Ya sé que tengo que preparar un hogar para mis hijos, donde sea. Ese hogar también puede ser el suyo.

—Siempre podrás dejar a los chicos aquí, bien lo sabes —exclamó su madre.

—Tienen que estar conmigo —dijo Stephen con firmeza.

—Ve a buscar a la pequeña —dició el padre—. En esta casa siempre habrá sitio para ella.

Se volvió a su esposa.

—Ésta no es nuestra casa, Marta. Pertenece, como la capilla, a Dios únicamente. Nosotros no somos más que sus guardianes.

—Ya lo sé —contestó ella—. Me lo has repetido mil veces. ¿Has creído acaso que iba a negarme a aceptar a una criatura? ¡Oh, Stephen, no pensaba en eso, ni en nosotros! Pensaba únicamente en que los niños necesitan una madre con ellos.

Adivinó la segunda intención en sus palabras. No, no se dejaría convencer tan fácilmente.

—No hables de eso, mamá —protestó—. ¡No sigas!

En aquel momento apareció Mary en la puerta. Se detuvo en el umbral, esperando.

—Entra —dijo él—. Ya está decidido. Traeremos a la pequeña a esta casa. ¿Querrás llevarme junto a ella mañana, Mary?

—Sí —fue la respuesta—. Sabía que querrías ir cuanto antes. Te conozco muy bien, Stephen. Siempre he tenido fe en ti.

¡Fe una vez más!

\* \* \*

A la mañana siguiente partieron juntos en automóvil, dirigiéndose al Noroeste. La mañana era calurosa, pero a medida que se adentraban en terreno montañoso, el ambiente iba refrescando.

—¿Vino Jane alguna vez por aquí? —preguntó a Mary.

—Sí —contestó Mary—. No lo hacía con frecuencia, pero sí algunas veces. Kristin la recuerda algo, o cree recordarla, mejor dicho.

Era la primera vez que oía el nombre de la niña. Kristin... ¿de dónde habría sacado Jane aquel nombre y qué significado podía tener? Pero no, a Jane nunca le habían importado los nombres. Probablemente lo había escogido al azar, precisamente por el hecho de que carecía de significado, de que no traía nada a su memoria. A Jane le había gustado siempre cortar toda clase de ataduras. Nunca quiso echar raíces en parte alguna.

—Ya no está lejos —dijo Mary. Estaban ascendiendo la ladera septentrional de los Alleghenies—. Verás una granja al doblar el primer recodo. Es a la izquierda.

Se dio cuenta de que empezaba a temblar ligeramente, extrañamente excitado, como si fuera a enfrentarse de nuevo con Jane.

—Creo que debo prepararme ya. ¿Qué aspecto tiene Kristin?

—No se parece a Jane en absoluto —dijo Mary—. Nadie podría relacionarla con ella.

¿Era de agradecer o de lamentar? Ni siquiera lo sabía.

—Es morena —siguió diciendo Mary—. Tan morena como tú, Stephen. Su pelo es negro y algo rizado. Tiene grandes ojos oscuros y piel bronceada. No es tímida, pero es posible que lo parezca al principio de conocerte. Su personalidad es poderosa. Está muy crecida para su edad y tiene manos y pies bastante grandes. Procuramos tenerla siempre muy limpia y arreglada, pero todos los vestidos se le quedan pequeños en seguida. Habla como los montañeses, que han sido muy buenos con ella. No creo que se haya sentido nunca desgraciada.

Toda la mañana había guardado silencio. Si había hablado alguna vez había sido tan sólo para comentar un paisaje o referirse a un árbol o a un valle distante visible desde un recodo del camino. Había permanecido sentada lejos de él, procurando que sus cuerpos no establecieran contacto en ningún momento.

A Stephen no le importaba. Tenía ya demasiadas preocupaciones. ¡Tres niños, y uno de ellos Kristin! A pesar de todo, no estaba dispuesto a pedir a Mary que se casara con él.

—Allí está la casa —anunció Mary de pronto.

Era un edificio ancho y bajo, de una sola planta, que ocupaba la cima de un cerro. Detuvo el coche ante la verja medio rota y se apearon. La primera estancia tras la puerta era la cocina, y ante la fregadera se veía una mujer gruesa, vestida con un sucio traje de algodón. Mary entró primero.

—¿Cómo está usted, señora Simpson? ¿Está Kristin por aquí?

La señora Simpson se secó las manos en la falda y se volvió apresuradamente.

—¡Buenos días! Estaba esperando verla aparecer por aquí de un momento a otro. Kristy está en el prado, jugando con los niños. Se divierten mucho arrancando maleza, y así me facilitan el trabajo. Lo malo en este país de montaña es que lo único que crece bien es la mala hierba.

—Le presento al señor Worth —dijo Mary.

—¿Cómo está usted? —dijo la señora Simpson, mirando fijamente a Stephen.

—He venido a llevarme a Kristin, señora Simpson —dijo Stephen con decisión.

La hija de Jane no debía continuar allí por más tiempo. Era preciso llevársela de aquellos parajes, inmediatamente, sin demora.

—Vaya, vaya —dijo la señora Simpson, poniéndose en jarras.

—Vengo por Kristin —insistió Stephen.

La señora Simpson giró sobre sus talones.

—¡Kristin! —gritó, asomándose a la puerta—. ¡Kristy, ven aquí!

—¡Ya voy! —contestó una voz aguda desde el exterior.

Pasaron unos minutos. La señora Simpson seguía dándoles la espalda. Stephen se esforzaba por mirar sobre sus anchos hombros de campesina.

—Aquí estoy, mamá —canturreó la vocecilla infantil, muy cerca ya.

Cuando la señora Simpson se echó a un lado, la pequeña entró corriendo en la cocina, deteniéndose de pronto al descubrir al desconocido que aguardaba. Stephen tenía ante sí a una niña morena, de ojos inocentes y rosadas mejillas, descalza, mal vestida, con una cascada de pelo negro cayéndole sobre los hombros.

—¡Hola, señorita Mary! —exclamó la niña tras una pausa—. Hace mucho tiempo que no viene por aquí.

Mary le alargó una mano y la niña, olvidando a Stephen, sonrió complacida.

Era la sonrisa de Jane.

—¿Quieres venir conmigo a mi casa, Kristin? —preguntó Mary.

—¿Yo, señorita Mary? ¿Me lo pregunta a mí?

El rostro de la pequeña aparecía radiante de alegría.

—Sí, Kristin.

—¿Puedo, mamá? —preguntó ansiosa, volviéndose a la campesina.

Su rostro era tan cambiante y expresivo como el de Jane.

—No tengo inconveniente, Kristy, siempre que me prometas volver por aquí de vez en cuando y me mandes alguna postal.

—Siempre deseé bajar de la montaña...

—Voy a buscar sus ropas, a no ser que quieran primero comer algo —dijo la señora Simpson.

—No, tenemos que irnos ahora mismo —contestó Stephen.

Poco después se hallaban de vuelta. En el coche, la niña se sentaba al otro lado de Mary, obligando a ésta a aproximarse más a Stephen. Mary y Kristin se habían cogido las manos, y Stephen pudo observar que las de la niña eran fuertes, rojas, y estaban bastante sucias. No había demostrado pena alguna al despedirse de la mujer, sino únicamente la alegría de empezar un viaje desconocido. Nadie más había aparecido por la granja mientras estuvieron en ella.

Se había limitado a entrar en una casa y apoderarse de una niña. La hija de Jane era ya suya para siempre.

De pronto, algo inexplicable interrumpió sus pensamientos. Sobresaltado, detuvo el coche y se volvió a mirar a Mary. Con asombro, descubrió lágrimas en sus ojos.

—¿Qué te pasa? —murmuró, intrigado.

Toda la mañana estuvo intentando pedirle una cosa, una vez estuvo... Habló así ella.

—Toda la mañana estoy intentando pedirte una cosa, y no me acuerdo —baldaco ella.

—¡Por Dios, mujer! ¿Es que acaso tienes miedo de mí?

—Es que me parece que sería pedirte demasiado —dijo ella con voz débil.

Él detuvo el coche junto a un pinar y se apeó con presteza.

—Descansemos un rato. Kristin, baja tú también. Puedes jugar un rato y luego seguiremos. Pero no te alejes mucho.

La niña, descalza, bajó de un salto, obedeciéndole. Parecía tenerle un poco de miedo, pero no le importaba de momento. Tenía tiempo sobrado para conseguir que se acostunbrara a su compañía.

—Bueno —dijo, volviéndose a Mary—. Veamos de qué se trata.

Estaba bajo un viejo pino encorvado. A sus pies, las montañas descendían en pronunciada vertiente hasta perderse en sombríos valles.

—Quiero a Kristin —dijo Mary—. Déjame que me quede con ella, Stephen. Tú ya tienes a los chicos, ¿no te parece? En cambio, yo no tengo a nadie. ¡Oh, Stephen, es la primera cosa que te pido!

No pido... no pido nada más.

Volvió la cabeza para mirar hacia los valles. Él se fijó en que le temblaba el labio inferior y se lo mordía para controlar su temblor.

—No puedo dártela —contestó con rudeza—. No me pertenece. Es de Jane.

Ella levantó la cabeza y lo miró implorante, haciendo que su duro corazón se ablandara momentáneamente.

—Quisiera poder darte cuanto tengo —murmuró sin saber lo que decía—. Quisiera haberme casado contigo hace mucho tiempo, Mary... cuando éramos unos chiquillos y nos queríamos. Quisiera haber podido dividirme en muchos pedazos para poder entregarte alguno.

Ella rompió el silencio al cabo de un instante.

—¡Oh, qué egoísta eres! —exclamó—. ¡Siempre pensando en ti mismo y en lo que puedes ofrecer! ¿Es que no te es posible pensar por un momento en mí y en lo que yo tengo que ofrecer, Stephen?

¿No puedes pensar en que a mí me bastaría con dar cuanto poseo?

Le ardían las mejillas y tenía los ojos encendidos, convertida momentáneamente en la Mary de otros tiempos. Stephen se echó a reír con amargura.

—¡Y has sido capaz de guardar el secreto todo este tiempo! —exclamó.

Luego le alargó los brazos.

—Ven aquí —dijo, asombrado de la facilidad con que lo hacía—. En adelante lo único que te pediré será que te entregues a mí por entero. ¡Oh, Mary, mi Mary querida...!

Por encima de la cabeza de ella, reclinada en su pecho, paseó unos momentos la mirada sobre el valle... Luego sintió un roce en su brazo. Era Kristin.

—¿No nos vamos? —preguntó, abriendo unos ojos negros y enormes.

—Sí —contestó Stephen—. Ya nos vamos.

## CAPÍTULO IV

—Todos estamos en la misma prisión —dijo el señor Rudlow—. Somos distintos unos de otros, pero coincidimos en una cosa: en que no tenemos escapatoria. Nos encontramos aquí, confinados en este estrecho recinto que llamamos «nuestro mundo». No podemos escapar a parte alguna, y nos vemos obligados a permanecer aquí, aun contra nuestra voluntad. Podríamos renunciar a la vida, pero en el fondo de nuestros espíritus persiste el deseo, la curiosidad de averiguar algo más. No nos atrae la muerte, aunque viviendo tengamos que sufrir. Sólo nos quedan dos alternativas: portarnos honradamente para poder seguir viviendo en paz, o portarnos bestialmente abusando de los demás. Así es como yo veo la vida.

—Una opinión muy acertada —dijo Stephen—. Me parece que no me necesita usted, señor Rudlow.

El señor Rudlow se quedó pensativo. Era un hombre alto y delgado, de anable expresión y enrojecida nariz. Era un gris día de diciembre, y la gente empezaba a comprender que el fin de la guerra no había traído la paz. Las oficinas, situadas en la parte baja de Nueva York y decoradas a la usanza británica, tenían un ambiente sombrío y cargado de tradición. El señor Rudlow vivía muy a gusto en aquella atmósfera creada por él mismo. Tenía muy buen concepto de Stephen Worth y no deseaba renunciar a su consejo, ya que estaba convencido de que en el carácter americano había muchas cosas que él, como inglés, no llegaría nunca a comprender.

Los americanos, creía, eran volubles y sorprendentes. Era imposible crearse una reputación entre ellos. Por bueno que fuera un producto, si no se les presentaba de forma que llamara especialmente la atención, se olvidaba rápidamente. Era preciso cambiar constantemente.

Stephen era el único americano en quien confiaba, porque tenía la rara habilidad de compenetrarse con sus clientes.

—Yo procuro salvar mi conciencia —decía Stephen— afirmando que no existen empresas buenas o malas. No son más que agrupaciones humanas, con todos sus defectos y virtudes. Mi profesión consiste en hacer que lo bueno destaque sobre lo malo, en forma lo bastante teatral para que la gente se fije y se emocione, a ser posible. Nada perdura, según he podido comprobar, sino aquello que sabe echar raíces en las emociones públicas o privadas.

—Suena muy extraño oír decir que la venta de automóviles ingleses pueda tener algo que ver con las emociones —dijo el señor Rudlow con aire de duda.

—Los automóviles son un detalle puramente accesorio, por lo que a mí se refiere —le aseguró Stephen—. No soy yo quien tiene que vender sus coches. Lo que yo tengo que hacer es averiguar cuanto pueda acerca de Inglaterra, los ingleses, la firma Rackham y Rudlow, y principalmente, el señor Rudlow, de forma tal que consiga hacer que la gente diga: «me gustan». Luego es asunto suyo organizar la venta de sus coches.

—Me parece —dijo el señor Rudlow— que va usted a complicar mi trabajo extraordinariamente.

—Eso espero —dijo Stephen—. Ése es exactamente mi propósito.

—¿Quiere decir que no confunde usted su misión con la de un sacerdote o algo parecido?

—En absoluto —replicó Stephen—. Aunque añadiré que tengo algo en común con ellos.

Se levantó. Su silueta era alta y esbelta. Había encanecido considerablemente, pero resultaba tan atrayente como en su primera juventud. Tenía tanto éxito en su negocio que no le representaba ningún esfuerzo atraerse clientes. Su lista de espera era muy larga. Pero seguía prefiriendo tener pocos. Sabía que trabajando con calma podían aprenderse muchas más cosas de un hombre. Hacía mucho tiempo que había averiguado que cuanto más encumbrado estaba un personaje, más fácilmente se alarmaba. Los más duros externamente, eran los más débiles, por regla general. Adolph Mendel seguía siendo su principal problema.

—Bueno, si hemos de filosofar, diré que hemos terminado por hoy, señor Rudlow —dijo—. Tengo que irme. Mi mujer y mis hijos me esperan en una tienda de juguetes. Tenemos intención de celebrar muy bien estas Navidades.

—Me parece magnífico —dijo el señor Rudlow—. Me gustaría tener hijos pequeños. Los míos son ya demasiado mayores. El mayor de todos murió en la guerra, como usted sabe. Se llamaba Christopher. Las dos chicas están casadas y no tienen hijos. Hoy en día las mujeres no quieren hijos.

La sombra de Jane pasó un momento por el espíritu de Stephen.

—No se les ofrecen muchos incentivos, en realidad —contestó, tomando su cartera—. Una medalla de oro no creo que sea suficiente compensación por un hijo muerto.

Ya no se culpaba a sí mismo de la muerte de Jane. Mary le había enseñado a pensar de otro modo.

—Desde luego —convino el señor Rudlow—. Hasta mi mujer dice que se alegra de que no tengamos más hijos. Asegura que no vale la pena.

Stephen no contestó. Sonrió despidiéndose y salió. Mary le esperaba. Mary, la que quería hijos y más hijos. Su casa estaba llena de niños. Kristin, Jan y Steve, y ahora Mary esperaba su primer vástago. Probablemente habría otros, como ya Mary había advertido sonriendo. Era una mujer que tenía un agudo sentido del humor. En el desván guardaba un arcón lleno de ropas infantiles, al que llamaba «el arca de las sorpresas familiares».

Era sorprendente cuánto le había cambiado aquel matrimonio. Con Jane había pensado siempre en sí mismo. Con Mary no podía sentirse arrastrado hacia el mundo exterior.

Ella tenía sus raíces extendidas en todas direcciones, aspirando la savia de toda la humanidad. Jane había vivido siempre concentrada en su propia personalidad, y así, no había podido hacer otra cosa que marchitarse y morir. En cambio, era evidente que Mary carecía del más mínimo interés por sí misma. Estaba entregada por entero a los demás, sin distinciones.

¿A qué se debía aquella diferencia? ¿Por qué unas personas se replegaban sobre ellas mismas, destruyéndose lentamente, y otras se lanzaban al torrente de la vida, ofreciéndose al prójimo? ¿Dónde comenzaba la diferencia, en qué momento se iniciaba, qué circunstancia accidental podía originarla? Mientras no se supiera esto, ¿quién podría salvar a la humanidad?

Caminó a lo largo de las estrechas callejuelas, más aprisa de lo que podría avanzar un taxi en el intenso tráfico, hasta que llegó al almacén de juguetes, donde encontró a los niños en torno a Mary y revolviéndolo todo. En cierto modo, seguía siendo fiel a Jane, porque al ver a Mary su pulso no se aceleraba. La presencia de Mary únicamente le producía una sensación de bienestar y de reposo. Si algo le había parecido difícil y embrollado, estando junto a ella le parecía fácil y sencillo. Era una agradable sensación. Todos podían ver que ella esperaba un niño, y podían ver también que lo esperaba con intensa alegría, con verdadero interés y amor a la vida.

Se acercó sin que ella lo viera, hasta que estuvo a su lado.

—¿Has encontrado algo? —preguntó.

—¡Hola! —exclamó ella—. ¿Qué te parece la máquina de escribir de juguete para Steve?

Vio que sus hijos corrían de un extremo a otro de la tienda. También Steve había salido aquel día. Era un acontecimiento extraordinario, ya que, por lo general, prefería quedarse en casa.

Ni siquiera se acordaba de haber dicho Stephen la semana anterior cuando le hablaban de niños de juguete. Destacó rápidamente sus ojos encendidos, como si estuviera pensando en algo.

—No te estuerces —le había dicho Steve la semana anterior, cuando hablaron de salir de compras—. Pretendeis simular que no soy jorobado, pero lo soy y no podéis impedirlo.

—Tienes razón, Steve —había contestado él—. Comprendo perfectamente lo que quieres decir. Es cierto que he intentado olvidarlo muchas veces, y comprendo que te haya dolido. Déjame que te examine un momento. —Colocó a su hijo ante él y lentamente recorrió con las manos su cuerpo, haciéndole describir una vuelta completa—. Ni mejora ni empeora —dijo—. Crece contigo.

Procuró pronunciar las palabras con gran caridad, aunque eran como cuchillos que penetraban en su propia carne.

—Ya lo sé —dijo Steve.

Era suficiente y no hablaron más. La expresión de Steve era amarga pero tranquila. Inmediatamente reanudó la lectura que había interrumpido.

Mary, aquella noche, había oído el relato del incidente de labios de Stephen.

—Quiere saber a qué atenerse —observó—. Es buena señal. Creo que ha escogido el mejor camino. Necesita acostumbrarse a la realidad tal como es, y así sabrá vivir y aceptar su destino.

La gran virtud de Mary era su falta de inquietudes, su aceptación de todo, que le permitía vivir siempre en paz consigo misma y con el resto del mundo. Por ejemplo, nunca esperaba que *Rack*, el zafio perro pastor inglés, llegara a hacer las mismas monerías que *Migi*, el perrito de lanas, animal inteligente y avisado en extremo. Trataba a los dos perros con tal delicadeza y comprensión que muchas veces Stephen creía suponer que *Rack* se sentía orgulloso de ser más torpe y más estúpido que su gracioso compañero.

Terminaron las compras y salieron a la calle en busca de un taxi. Pronto estuvieron en su casa, un edificio que Mary le había hecho comprar, cerca del río. Ella lo había escogido por estar próximo a una estación, lo que le facilitaría a él los viajes a la ciudad; ofrecía suficiente espacio para acomodar a todos los niños, y quedaba a corta distancia de una buena escuela. Mary tenía mucha confianza en las escuelas nacionales. Stephen no tardó en descubrir en ella una fe ilimitada en las cosas más sencillas y tradicionales. Jane, en cambio, había vivido en perpetua desconfianza de todo, despreciando cuanto no era extraordinario y sorprendente.

Caía la noche cuando entraban en la casa. En cuanto Mary abrió la puerta, todo el edificio se iluminó. Era una idea de Stephen la de hacer que el interruptor del vestíbulo bastara para encender todas las luces de la casa. Así, al llegar a ella por la noche, nunca le parecía un hogar desierto y sombrío.

La casa era todavía nueva, como su misma familia, aún en fase de creación. Poco a poco iba aprendiendo a conocer a fondo a todos los que la componían. Mary revelaba una agudeza mental que no había sospechado en ella. Kristin era como un ave salvaje de los montes. Jan crecía violento como un huracán. En cuanto a Steve, seguía siendo el favorito de su corazón. Tenía un cerebro despierto y un corazón muy sensible. Le hacía recordar que la mitad de la humanidad seguía padeciendo hambre, que había millones de niños liadosos en el mundo, de niños huérfanos y de niños esclavos. Continuamente los ojos de Stephen buscaban con afecto la figura contrahecha de su hijo, y si por alguna razón su espíritu se había endurecido durante el día, al llegar a su casa por la noche, la sola presencia de Steve bastaba para dulcificarle.

—Te llaman al teléfono, Stephen —le dijo Mary cuando entró en la casa, después de guardar el coche en el garaje.

Ella descendía la escalera, después de haberse cambiado el vestido por una bata roja de terciopelo. Estaba tan atractiva que no pudo resistir la tentación de estrecharla entre sus brazos.

—Eres un encanto —murmuró a su oído—. ¿No sabes quién es el que llama?

—No. ¿Quieres que se lo pregunte?

—Hazme ese favor, Mary. No quisiera tener que atender ahora a otro cliente.

Ella fue al teléfono y preguntó quién llamaba. Luego lo llamó con un gesto.

—Tienes que contestar, Stephen. Es el señor Haverhill.

¡El padre de Jane! Tomó el auricular, dando a Mary por la cintura con el otro brazo.

—¿Señor Haverhill? Aquí Stephen.

Oyó la voz del anciano.

—¿Está Kristin contigo?

—Sí —contestó—. Aquí está.

—Deseamos verte —continuó la voz lejana e imperiosa—. Quisiéramos ir a tu casa esta misma noche. Acabamos de recibir tu carta. Nos ha seguido en todos nuestros viajes y ha vuelto a casa poco después que nosotros.

—¿Qué le parece dentro de una hora? —sugirió Stephen.

El señor Haverhill vaciló un momento. Luego tosió.

—De acuerdo.

Stephen colgó el aparato.

—Los padres de Jane, Mary. ¿Te acuerdas de que ni siquiera se dignaron contestar a nuestra participación de boda? Ahora dicen que acaban de recibir mi carta sobre Kristin, y quieren vernos esta misma noche. Más vale que cenemos primero.

—Voy a decírselo a Hattie —contestó.

Era muy propio de ella recibir las noticias más sorprendentes con tanta naturalidad. Nunca renunciaría a Kristin, porque había sabido hacerla suya.

La cena transcurrió como de costumbre. Steve ocupaba la derecha del padre, y era preciso insistirle continuamente para que comiera. A Jan, en cambio, había que frenarle su desmedida glotonería. Kristin se mostraba radiante y alegre, como siempre, lo cual llenaba a Stephen de alegría, pues no descubría en ella la menor traza del difícil temperamento de Jane. Probablemente se debía a su educación recibida al aire libre, entre las montañas.

Antes de que acabasen el pastel de manzana preparado por Hattie, sonó el timbre de la puerta.

—¿Son diferentes? —preguntó Jan.

—Muy diferentes —contestó Mary.

—¿Buenos? —preguntó Steve.

—¿Por qué no han de serlo? —quiso saber ella.

—Niños, quedaos donde estáis —ordenó Stephen—. Cuando hayáis terminado con el postre podréis entrar un momento.

—A darles la mano —canturreó Jan.

—Y hacerles una reverencia —añadió Kristin.

—Ya lo sabemos —dijo Steve.

—Luego saldréis inmediatamente —dijo Stephen—. Han venido a vernos para decimos algo que no deben escuchar los niños.

Prefirió mantener distancias entre mayores y pequeños, y quería que éstos comprendieran claramente que había temas que les estaban vedados. Era preciso que existiera un orden en el universo, y que cada cosa se desarrollara a su tiempo. La flor debía ser capullo primero, y más adelante sería fruto.

Cuando oyó el timbre fue a abrir personalmente, apareciendo en el umbral la delicada y elegante pareja, que acababa de salir de su lujoso *Rolls-Royce* comprado en Inglaterra. Un chófer esperaba en la acera.

—Entren —rogó Stephen—. Entren y siéntense.

Entonces apareció Hattie, que se apresuró a recoger sus abrigos y el bastón de puño de oro del señor Haverhill. Juntos, pasaron al saloncito, donde esperaron a que Stephen les indicara las butacas que debían ocupar. Mientras Hattie encendía la chimenea, y corría las cortinas, se produjo un largo y embarazoso silencio.

—Hoy hemos cenado tarde —explicó Stephen— porque hemos estado haciendo compras.

—Ah —exclamó el señor Haverhill—. Tienes que decimos qué regalos quieren los pequeños. Nos gustaría comprar algo para cada uno de los hijos de Jane.

Al oír el nombre de Jane, la expresión de Stephen se hizo más dura.

—¿Recibieron nuestra participación de boda? —preguntó.

El señor Haverhill miró hacia el fuego que crepitaba en la chimenea. Su esposa se llevó a los labios un delicado pañuelo de encaje que sacó de su bolso.

—Sí, Stephen —dijo ella—. Nos alegramos por ti, naturalmente.

Mary, que había esperado a que se acomodasen, entró entonces en la sala.

—Mi esposa —dijo Stephen, recalcando las palabras.

La miraron con gran interés, como si la midieran y la pesaran. Sus ojos eran fríos, igual que sus corazones. El señor Haverhill se levantó con gesto forzado, alargando una mano blanca y sin vida.

—¿Cómo está usted? Tengo mucho gusto en conocerla.

—¿Cómo está usted? —murmuró débilmente la señora Haverhill.

Mary tomó sus manos unos momentos, y luego fue a sentarse al otro extremo.

El señor Haverhill continuó mirándola. Luego se volvió a Stephen.

—Es muy guapa, ciertamente. Aunque no se parece a Jane.

—Herbert —le amonestó su esposa con severidad.

Se volvió hacia Mary.

—No le haga caso. Es muy raro con las mujeres. Habla delante de todas como si fueran sordas.

—Mentira —protestó el señor Haverhill.

—Verdad —insistió su mujer.

Mary se echó a reír, divertida.

—Le aseguro que no me importa —dijo.

En cuanto Mary hubo reído cambió la atmósfera de la salita. El aire se dulcificó y los dos viejos corearon su risa. La señora Haverhill volvió a llevarse el pañuelo a los labios.

—Pareces muy feliz —dijo a Stephen—. Me alegro, porque tenía miedo de que estuvieras muy triste. Por eso no habíamos venido a verte. A nuestra edad no podemos soportar la tristeza. Lo primero que dije cuando me enteré de lo de la pobrecita Jane, fue: «No debemos entristecernos». ¿No es cierto, Herbert?

—Cierto —aseguró el aludido—. Y estoy de acuerdo contigo. Recuerdo que estábamos en Londres, y decidí huir de la lluvia inmediatamente. Al día siguiente nos fuimos a Nápoles.

—¿Quieren ver ya a los niños? —preguntó Mary.

Todos estaban esperando a la puerta, Steve el último y medio escondido entre los demás. Al oír la voz de Mary, Jan entró el primero, impetuoso, adelantando una mano, con la rubia cabeza bien erguida.

—¿Cómo están, abuelitos?

Lo miraron sorprendidos.

—Éste es Jan —anunció Stephen.

El señor Haverhill le tendió el índice de la mano derecha.

—Guapo muchacho —murmuró—. Muy guapo.

—Es el vivo retrato de Jane —aseguró la señora Haverhill.

En la puerta aguardaba Kristin, rodeando con un brazo los hombros de Steve. Avanzó unos pasos, penetrando en la habitación y dedicó una reverencia a las visitas, sin soltar a Steve.

—Kristin —dijo Stephen. Luego hizo un gesto con el brazo—. Ven, Steve, hijo mío, acércate.

—Kristin —murmuró la señora Haverhill—. Recuerdo que así quería bautizarla Jane. Es un nombre un poco raro, pero dadas las circunstancias...

«¿Qué circunstancias?», hubiese querido Stephen gritar. Si estaban ocultas, enterradas para siempre en la tumba de Jane, ¿por qué mencionarlas?

—Éste es Steve —anunció solemnemente, acariciando a su hijo.

Ya les había escrito habiéndoles de Steve.

Lo observaron con atención.

—Tendrías que llevarlo a Londres —dijo el señor Haverhill—. Allí tienen cirujanos mucho mejores que aquí.

Stephen notó que el pequeño se estremecía ligeramente.

—Steve está creciendo —dijo—. Por ahora se hace con él todo lo humanamente posible. Sin embargo, si él quiere, iríamos a Londres, ¿eh, Steve?

—No quiero hablar de eso ahora —contestó el niño.

—Sí; hay otras cosas de que hablar —convino Stephen.

—Yo me llevaré a los niños arriba —se ofreció Mary.

—No —protestó Stephen—. Quédate, Mary. ¿Por qué dejamos?

—Por favor —pidió ella, enrojeciendo y sin volver a sentarse.

—Creo que será mejor que estemos solos —intervino el señor Haverhill.

Stephen comprendió que no debía insistir más. Vio cómo el grupo familiar abandonaba la habitación conducido por Mary, y pasando Kristin de nuevo su brazo por encima de los hombros de Steve.

—Parece que ha de ser una buena madre para todos ellos —observó la señora Haverhill.

—No hay muchas mujeres que estén dispuestas a aceptar los hijos de otra mujer —dijo su esposo.

—Y bien —les interrumpió Stephen—. ¿Puede saberse el motivo de su visita?

En el momento en que los tres se quedaron solos en la sala, el espíritu de Jane penetró en la habitación, pálido su rostro y largos sus rubios cabellos. Stephen sintió una terrible opresión en el pecho, dándose cuenta de lo mucho que la había querido y de su incapacidad para hacerla feliz.

—Kristin no se parece en absoluto a Jane —decía la señora Haverhill.

—No; en cambio, se parece mucho a...

—¡Esperen! —gritó Stephen de pronto—. ¿De qué servirá que me revelen lo que Jane no quiso confiarme?

Los dos viejos se miraron.

—Es un hombre muy rico —dijo el señor Haverhill con voz solemne—. No comprendo por qué no quiso Jane casarse con él.

—No quiero dinero para Kristin —dijo Stephen.

Estaba cansado de las largas horas que había pasado pensando en la posible identidad del padre de Kristin, deseando conocerla y a la vez negándose a ello. Ahora que la revelación estaba a punto de serle hecha, la rechazaba.

—Pero él tendría que pagar algo —insistió la señora Haverhill.

—Ya pagó bastante la propia Jane —dijo Stephen—. Un precio muy alto.

—¿Nunca te habló de nadie? —preguntó con curiosidad el señor Haverhill.

—No —casi gritó Stephen—. Nunca. Habló de la niña a Mary... pero no a mí.

—Ah —dijo la señora Haverhill—. Quisimos que Jane renunciara a la pequeña en cuanto nació. Hay casas...

—Pero ella insistió en cuidarla personalmente —dijo el señor Haverhill con enfado, como si aún le doliera no haber sabido imponer su voluntad en aquel punto—. Ella sabía lo peligroso que resultaba para la reputación de todos nosotros, pero se negó a escucharnos.

—No me digan nada —rogó Stephen—. Lo que ella no quiso decirme, no deben decírmelo ustedes.

Su corazón renunciaba a Jane para siempre. Nunca la había poseído. Había pertenecido a otro antes que a él, a un hombre desconocido cuyo nombre no deseaba saber, un hombre que seguía viviendo después de haber muerto Jane.

—Kristin es mía —dijo con decisión, y al conjuro de aquellas palabras el espectro de Jane se esfumó.

\* \* \*

Durante la noche se volvió hacia Mary, su mujer. Dormían juntos en un inmenso lecho, en el dormitorio que daba al Sound. Subía la marea y había estado oyendo el rumor de las olas sobre la playa. Creía que Mary dormía, pero de pronto la oyó suspirar.

—He estado procurando no moverme porque creía que dormías.

—Yo también —dijo ella.

Se abrazaron con fuerza, besándose.

—Lo sé muy bien ahora —murmuró él—. Sé que tú eres mi mujer, la única que he querido; ayer, hoy, siempre.

—Oh, Stephen —susurró ella en su oído—. Oh, Stephen, Stephen...

Y empezó a llorar desesperadamente, ocultando su rostro en el pecho desnudo de él.

—Cállate —le rogó—. ¿Por qué lloras ahora, querida?

—Por tantos años —sollozó Mary—, ¡por tantos años interminables!

Eran años que habían pasado ya, años de espera que ya no volverían.

—Piensa en los años que aún hemos de vivir —le dijo—.

Piensa en los años luminosos del porvenir.

\* \* \*



El hijo de Mary nació en la casa rectoral el día de Año Nuevo. Mary había organizado las cosas de modo que el nacimiento tuviera lugar donde había nacido Stephen. Tenía el valor de ser sentimental. Era imposible hacerla avergonzarse de sus convicciones. Lo que para ella era bueno, lo era siempre, pese a la opinión de los demás.

Stephen había ofrecido cierta resistencia, ya que no se fiaba del médico del pueblo, el joven doctor que ocupaba el consultorio desde el final de la guerra.

—Está acostumbrado a cortar piernas y a extraer balas —objetó—, pero no ha asistido nunca a un parto. Y me da miedo, vida mía, que no vayas a un hospital.

—A mí no —dijo ella con calma.

Así, cuando llegó el momento, todos se trasladaron al viejo hogar de la familia. La gigantesca estrella que se elevaba sobre la colina de Bethlehem no había brillado nunca como en aquellas Navidades.

El día de Año Nuevo, cuando Mary hubo de refugiarse en la vieja cama de Stephen, los niños fueron enviados fuera de la casa con Lucy Hulme, y el joven médico, acompañado de una enfermera, se dispuso a ayudar al pequeño John a venir a este mundo. Stephen dejó que su padre y su madre se agitaran inquietos en la cocina, llenando ollas de agua y poniéndolas a hervir, y cuando llegó el momento crucial se situó a la cabecera de Mary, sosteniéndole las manos. Por extraña telepatía, creyó sentir dolores físicos él mismo. Así nació John, lanzando un profundo suspiro, y rompiendo a llorar inmediatamente. En cuanto Stephen vio su carita enrojecida y llorosa, exclamó:

—Tenemos un hermanito digno de Jan; un boxeador, si no me equivoco.

—Un parto completamente normal —anunció el médico—. Raro para una mujer que se acerca a los cuarenta. Si se hubiera casado antes, señora Worth, a estas horas podría tener una docena de hijos.

Mary sonrió mirando a Stephen, y él adivinó cierta tristeza en su sonrisa.

—Aún tenemos tiempo —dijo bromeando—. Mucho tiempo. No hemos hecho más que empezar a vivir.

\* \* \*

Tuvo que abandonar el pueblo precipitadamente cuando recibió un telegrama de Adolph Mendel que decía:

VEN EN SEGUIDA. MI MUJER SE MUERE.

Enseñó el telegrama a Mary. El pequeño John tenía cuatro días y estaba succionando ávidamente la leche del pecho de Mary.

—Nacimiento y muerte —dijo Stephen—. Tengo que ir. Adolph no puede contar con nadie. Además, necesito averiguar qué desea la señora Mendel que se haga con su marido. Sin duda no puede imaginárselo sin ella a su cuidado.

—Pobre Stella —dijo Mary.

—¿Stella? —se extrañó Stephen—. ¿Por qué precisamente Stella?

Mary movió la cabeza.

—Ya lo verás...

Cuando llegó a la casa de los Mendel encontró a Stella en ella. Adolph lo recibió en el vestíbulo y le dijo que era la propia señora Mendel quien la había mandado llamar.

—Es un ángel. Ha llamado a Stella, y ha estado cuidándose de ella desde que se celebró el juicio, pagándole además los gastos de residencia en el sanatorio mental... ¡una suma fabulosa! ¿Sabes que Stella no ha querido verme ni una sola vez? ¡Ni una! Pero cuando Adela la mandó llamar esta mañana, vino como un corderito sumiso. Me ha sonreído, pero no ha permitido que la tocase.

Adolph hablaba y lloraba a la vez, excitado y nervioso. Su rostro parecía fundido bajo las lágrimas.

\*-El médico dice que no hay esperanza más que para unos días. Pero a veces ocurren milagros, ¿no crees? Sólo que no sé dónde puedo ir a encontrarlos. No soy religioso. ¿Lo eres tú, Stephen?

—No de la forma que piensas —dijo Stephen.

—¿Lo eres de alguna forma? —se apresuró Adolph a preguntar—. Quiero decir —añadió—, ¿tienes idea de cómo se logran los milagros? Hay gente que parece experta en eso... ya sabes, Lourdes y otros sitios así, pero no podríamos llevar a Adela hasta allí. Oye, ¿no es predicador tu padre? El médico no quiere darme esperanza, pero tiene que haberla en algún sitio.

¿Cómo decir a aquel hombre desesperado que la esperanza no se compra como una mercancía?

—Tranquilízate —rogó Stephen.

Hubiese querido decir, pero por piedad se abstuvo, que había leyes que gobernaban el comportamiento de los hombres, leyes que debían obedecerse si se aspiraba a una recompensa. Lo que Adolph pedía en su desesperación era la magia de los hechiceros de tribu y del poste del tótem indígena. La fe no era una superstición vulgar, como bien sabía

Stephen; por lo menos, no era así la fe de su padre. Su padre, de estar allí, hubiese rezado pidiendo fuerza de voluntad y paz interior; paz para la mujer que agonizaba y fuerza para el hombre que tenía que seguir viviendo. Las palabras de la oración de su padre casi asomaron a sus labios, pero no llegaron a ser articuladas.

—Sube —le dijo Adolph, volviendo a arrasarse de lágrimas los ojos—. Adela espera. No queda mucho tiempo.

Subieron las escaleras hasta llegar al salón superior y Adolph abrió una pesada puerta de caoba que daba acceso al dormitorio. Allí yacía, entre encajes y sábanas blanquísimas, la mujercita que iba a morir. Tenía el rostro muy pálido y sus manos tan blancas parecían pétalos deshojados de un lirio. A un lado del lecho se hallaba una enfermera, y al otro Stella, vestida de negro, con sus rubios cabellos en desorden.

—Entrad —dijo la señora Mendel con voz débil—. Adolph, querido, hazme el favor de salir.

—Oh, no, Adela...

—Sólo un momento, querido —rogó ella—. Y la enfermera también. Enfermera, acompaña a mi marido y déle algo de beber. Quiero hablar con Stella y con Stephen. ¿Le importa que le llame Stephen? Acérquese, por favor.

La enfermera se llevó consigo a Adolph, y Stephen ocupó su puesto a un lado de la cama. El rostro diminuto de la señora Mendel tenía una expresión decidida y enérgica.

—Stella —murmuró—, por —favor, antes de que me muera, ¡prométeme que te casarás con mi pobre marido!

La muchacha inclinó la cabeza, ocultando su rostro en su masa de cabello rubio.

—¡Obliguela usted, Stephen! Dígale lo grande que será mi gratitud... por haber amado a mi pobre Adolph... de una forma que me estaba vedada. Aunque ignoro la razón.

—Mi querida señora Mendel... —protestó Stephen.

Ella no quiso oír sus protestas. Levantó una de sus manos.

—Háblele... hable a Stella. Quiero oír su promesa.

La muchacha sacudió con energía la cabeza, negándose.

La señora Mendel parecía a punto de llorar. Emitió el ruido de un sollozo, pero en sus ojos no había lágrimas.

—¿Cómo puedo dejar tan solo a mi pobre Adolph? —gimió, volviéndose suplicante a Stephen.

—Haré cuanto esté en mi mano —prometió éste—. Además, encontrará amigos. Mi querida señora Mendel, ya sabe usted que...

—Pero, ¿encontrará alguien que lo quiera de veras? —insistió la anciana.

Stella levantó la cabeza.

—Yo no puedo —dijo con voz tensa—. Ya es demasiado tarde. La semana que viene empieza mi noviciado en el Convento del Sagrado Corazón.

Por encima del lecho miró a Stephen, como desafiándole, desafiando la última voluntad de la moribunda.

—Tengo que pensar en mi propia alma —añadió.

Las dos manos de la señora Mendel se unieron en su cuello. Su rostro adquirió de pronto expresión agónica.

—Mi pobre Adolph —exclamó con gran claridad.

Luego sus manos se aflojaron y su corazón dejó de latir. Sus ojos azules, tan suaves siempre, continuaron mirando el vacío.

Pasó toda la noche en vela, acompañando a Adolph, que lloraba sin cesar mientras bebía incansablemente, culpándose de todo.

—No puedo entrar en ese cuarto —balbucía—. No quiero verla muerta, ¡la mejor esposa, la mujer más dulce y más buena del mundo! Stephen, he sido yo quien le ha causado la muerte con mis vicios. He estado hiriéndola siempre hasta que la he matado.

—Tranquilízate —dijo Stephen—. A ella no le gustaría oírte hablar así. Te comprendía perfectamente.

—Rezaba —continuó murmurando Adolph—. Rezaba por mí todas las noches. Anoche también, cuando entré, me dijo que lo había arreglado todo con Dios. Había dispuesto las cosas maravillosamente, me aseguró. Yo iba a ser feliz. «Cúrate —le contesté—, y así seré feliz.» «Oh, no», contestó ella, y añadió que mi felicidad no tenía nada que ver con ella. Por eso mandó llamar a Stella. ¿Qué fue lo que Stella le dijo que la mató, Stephen? ¡Le dijo algo, maldita sea! Me lo confesó al pasar por mi lado en el recibidor. Añadió que su intención no había sido matarla.

—Sabes tan bien como yo que no la mató Stella —dijo Stephen con paciencia.

—Intentó matarme —insistió Adolph—. Está loca de remate, te lo aseguro.

—Es posible —convino Stephen—. Pero tu mujer no querría oírte decir eso. Piensa siempre en ella, Adolph.

—La mujer más santa del mundo —gimió—. Stephen, es preciso que se lo confiese a alguien. Me casé con ella por su dinero. ¿Crees que ella lo sabía? Nunca estuve enamorado de ella. Dime, ¿crees que lo sabía?

—Me parece que sí —contestó Stephen.

Aquel hombre poderoso y débil ocultó la cara entre las manos y sollozó desconsoladamente.

—Ahora nadie puede quererme —se lamentó—. Lo sé muy bien. ¡Mujeres, vampiresas... basura! Maldita sea Stella.

Stephen guardó silencio. El alma humana es algo muy extraño, pero más extraño todavía es el corazón. Cuando el corazón arroja el amor al fango, le es imposible después inclinarse a recogerlo.

\* \* \*

Se fue a su casa al día siguiente, después de haber enviado a Adolph al Sur, a descansar en las playas del Caribe. La señora Mendel había rechazado la idea de entierros y funerales ceremoniosos. Encontraron en su escritorio un sobre que, una vez abierto por el abogado, contenía una misiva en la que declaraba que no quería que Adolph sufriese inútilmente, y que, por tanto, debería dirigirse cuanto antes a Miami. Entretanto, su cuerpo sería incinerado y guardado en una arqueta, la cual, a ser posible, sería de color rosa. Dicha arqueta la depositarían en el panteón de sus padres, en Greenwood.

—Una mujer valiente y extraña —comentó Stephen aquella noche, de nuevo junto a Mary. Su bondad, dijo a ésta, sólo se atrevía a compararla con la de su propio padre.

Aquella noche había abierto la puerta, cuando llegó, y vio a su padre en la salita, sosteniendo en brazos al pequeño John. Los demás niños habían ido a acostarse, y su madre estaba arriba con Mary. El pastor había encendido la chimenea y había aproximado su mecedora. Su mujer había bajado con el pequeño envuelto en una toalla, y él lo había cogido en brazos.

—¿Qué efecto te hace? —le había preguntado Stephen al descubrirlo en aquella actitud.

—Me parece asistir a un milagro —había sido la respuesta.

Para él el milagro de la vida era el del nacimiento. La muerte no podía vencer mientras se repitiera aquel maravilloso milagro.

Stephen subió al piso alto para describir a su madre y a Mary la escena que había presenciado abajo. La expresión de Mary se iluminó de ternura, y su madre contestó:

—Así se sentaba contigo en brazos, Stephen, pensando en silencio. Nunca me decía en qué pensaba, pero luego se adivinaba en los sermones. Siempre ha extraído su agua de un pozo muy profundo.

—Hay algo maravilloso en esa bondad —dijo Stephen a Mary cuando se quedaron solos—. No sabría decirte cuánto me impresiona. Daría cualquier cosa por poseerla yo mismo.

—¿De veras? —preguntó Mary—. ¿Estás seguro?

Él se detuvo para mirarla. Su negro cabello estaba extendido sobre la blanca almohada y sus ojos azules tenían una limpia mirada. Cuidado, pensó, hay algo oculto detrás de sus palabras, detrás de su penetrante mirada.

—Creo que sí —contestó con lentitud—. Estoy casi completamente seguro.

El concepto de la bondad como algo genial, un don especial que se halla en unas personas y en otras no, como el genio de la música se encuentra en algunos y no en todos, se presentaba para la mente de Stephen como el mejor camino conducente a la fe. Veía un ejemplo en sus dos hijos. Jan carecía completamente del espíritu bondadoso, a diferencia de Steve. Era absolutamente imposible, o así le parecía, que Jan no actuara con egoísmo. Sus instintos naturales eran tan claros como los de Adolph. No tenía la más ligera idea de la bondad. Había que ir educándolo con dureza, a fin de impedir que maltratara a los demás niños dejándose llevar de su temperamento dominante. Steve, por el contrario, rehuía toda posibilidad de dañar a otros, ya que conocía demasiado bien lo que era el sufrimiento.

Kristin era una chiquilla tranquila, siendo difícil aún discernir si predominaba en ella la bondad o la maldad. Era imaginativa y amaba las cosas prácticas, pero su espíritu aún estaba formándose. La vida era todavía para ella como un divertido juego. Seguía aferrada a su dialecto montaños, y sus canciones hablaban de grandes espacios y libertad salvaje.

Stephen regresó con su familia a la casa en el Sound, cuando John cumplió dos semanas. Estaba muy atareado. Maxham había sido reemplazado por un muchacho acabado de salir de la Facultad de Derecho de la Universidad de Harvard, y Stephen había admitido dos o tres clientes nuevos. El país se elevaba rápidamente hacia una prosperidad desconocida hasta entonces a pesar de la amenaza siempre presente de una tercera guerra. Muy preocupado por sus hijos, Stephen estudiaba atentamente el horizonte del futuro, y se decía que no hacía cuanto estaba en sus manos por contribuir al fomento del sentido común en el mundo.

Una mañana de domingo, a finales de verano, dijo a Mary:

—No estoy satisfecho de mi trabajo.

La escena que le rodeaba sería suficiente para satisfacer al hombre más exigente. Sobre la playa arenosa jugaban los niños, separados unos de otros y dedicado cada uno a su entretenimiento favorito. Jan estaba pescando desde el borde del embarcadero que Stephen había construido la primavera anterior. Kristin nadaba plácidamente, lejos de la orilla. Steve estaba tumbado boca arriba sobre las olas, dejándose mecer. Bajo un parasol el pequeño John, completamente desnudo, se removía inquieto. Era un niño robusto, capaz de levantar la cabeza por sí solo y otear el mundo a su alrededor.

Mary, con un bañador azul y blanco, estaba sentada junto a él, haciendo calceta.

—¿Por qué dices que no estás satisfecho, Stephen? —preguntó.

El esperó antes de contestar, repasando mentalmente sus pensamientos.

—Tengo la sensación de que mi trabajo no es bastante grandioso —dijo por fin—. Me parece que debería estar haciendo alguna otra cosa... Extraña idea para un hombre que gana tanto dinero como yo.

Mary no levantó la mirada de las agujas.

—¿Llega la claridad de tus ideas hasta el punto de indicarte qué es lo que deberías estar haciendo?

—No —confesó él—. Ahí está lo malo.

—¿Qué dice a eso Philip Éustis? —preguntó Mary.

—No me he atrevido a discutir ese punto con Eustis —replicó Stephen.

—¿Atrevido? —repetió ella, levantando sus negras pestañas para mirarlo un instante. Pero sus veloces dedos no se detuvieron. John, súbitamente cansado, acababa de dormirse.

—Eustis descubriría mis motivos secretos —contestó Stephen—. Me daría la explicación científica de todo lo que me atormenta. Hace años que viene diciéndome que soy como un motor demasiado potente para el trabajo que normalmente realizo.

Ella sonrió sin contestar.

«Dejémosle solo consigo mismo —pensaba—, y acabará por descubrir qué es lo que quiere exactamente.»

—Mira a Jan —dijo Stephen de pronto.

Jan se había echado al agua, y con la caña de pescar y el anzuelo estaba molestando a Steve.

Stephen se puso en pie de un salto.

—¡Jan! —gritó.

Jan aparentó no haberle oído, mientras Steve se protegía el rostro con las manos.

—¡Jan, ven aquí! —volvió a gritar Stephen.

El muchacho se acercó arrastrando los pies, enrollando el sedal en torno a la caña mientras caminaba.

Stephen salió a su encuentro.

—Dime, Jan, ¿por qué incomodas a Steve?

—No he pescado nada —respondió malhumorado.

—¿Acaso tiene Steve la culpa? —le preguntó su padre.

Jan se negó a contestar.

—Vamos a ver —insistió Stephen—. ¿Hay que ser cruel con los demás porque se haya tenido mala suerte en la pesca?

Steve, oyendo hablar a su padre con voz dura, salió del agua y se acercó a ellos.

—Jan no pretendía hacerme daño —explicó.

—A mí me parece que sí —dijo Stephen—. Lo que quiere es hacer daño a alguien para vengarse de no haber conseguido lo que buscaba. Pero Jan no puede lograr siempre cuanto quiera. Tiene que aprender a aceptar los contratiempos sin descargar su mal humor sobre los demás.

—A mí no me importa —declaró Steve.

—Jan tiene que aprender a ser más bueno —insistió su padre.

Jan, entretanto, permanecía inmóvil, enrollando y desenrollando distraídamente el sedal de pescar. Stephen le miró fijamente.

—¿Te gustaría que alguien te acercara un anzuelo a los ojos? Es muy peligroso. ¿Te gustaría, Jan?

Jan siguió callado.

—Contéstame —ordenó Stephen.

—No lo sé —dijo Jan, abriendo mucho los ojos.

—Estoy seguro de que no lo sabe —intervino Steve.

Stephen miró a sus dos hijos. Había en ellos tanta diferencia como en el mundo de los mayores.

—Creo que estás en lo cierto, Steve. Me parece que Jan no lo sabe. Tendremos que enseñarle, si podemos, a tener en cuenta los deseos y las necesidades de los demás. Así es como se aprende a ser bueno.

Luego volvió la espalda a los dos. Inmediatamente, Jan echó a correr hacia el agua, mientras Steve se encaminaba lentamente hacia la casa.

—Ya lo ves —dijo Stephen a Mary—. Uno de los dos lo sabe y el otro no. Es lo que te decía el otro día. La bondad es algo innato. Unos la tienen y otros no. Jan podría ser un criminal. El problema es si podremos enseñarle. A Steve no tenemos que enseñarle nada. Ya lo sabe.

—Si la bondad es innata —dijo Mary—, ¿te has preguntado alguna vez si la tienes tú mismo, Stephen?

—No —contestó él, sorprendido de la pregunta.

No era vanidoso, mas se daba cuenta de poseer un poder interno que nunca había empleado. Pero en el mundo en que vivía no había ocasión de aplicar aquel poder. Él estaba utilizando, para servir a unos cuantos hombres, una fuerza que mejor aplicada podría poner en movimiento a muchos miles. En el mundo desquiciado y loco en que vivía, ¿tenía derecho a renunciar a utilizar todo su poder?

—Bonita pregunta para un hombre que está descansando un domingo en casa —exclamó.

John, despertándose al oír su voz, empezó a llorar, y Stephen lo tomó en brazos. El niño calló inmediatamente, contemplando el rostro de su padre.

Mary dejó la labor para mirarlos.

—Tienes el don de la paternidad, Stephen. Es posible que ésa sea la respuesta a mi pregunta.

Aquella conversación llevó a Mary, durante la semana siguiente, a hacer algo que no había hecho hasta entonces. Decidió ir sola a hablar con Philip Eustis. Se daba cuenta de la extraña inquietud que dominaba a Stephen y opinaba que era preciso descubrir la causa antes de que fuese demasiado tarde. Si lo que le convenía era cambiar de actividad, sería preferible saberlo cuanto antes.

Así, el miércoles por la mañana se puso su traje azul y empuñó el volante del pequeño automóvil descapotable que Stephen le había regalado por su cumpleaños. Dejando a los niños con Hattie, se dirigió a la ciudad. Stephen había salido de la oficina con uno de sus nuevos clientes, lo que significaba que podría hablar a solas con Eustis.

—Adelante, señora Worth —dijo el psiquiatra cuando vio aparecer a Mary en el umbral—. Está usted guapísima, si me está permitido decirselo.

Tenía mucho afecto a Mary y le agradecía que hubiese ayudado a Stephen a reconstruir su vida. Él nunca había pensado en el matrimonio, y no lamentaba la soledad en que vivía, pero se decía que si fuera un hombre normal, le gustaría tener una esposa como Mary.

Ella ocupó la butaca que le ofrecían.

Eustis preguntó:

—¿Qué puedo hacer por usted?

—Le parecerá muy raro, pero vengo a hablar de Stephen —contestó ella.

—¿Acaso es raro que usted hable de Stephen?

Mary sonrió, añadiendo:

—Lo conoce usted tan bien, que creo que en muchos aspectos sabe más de él que yo misma.

—Es posible —dijo él.

—¿Se ha dado cuenta de que Stephen está insatisfecho? —preguntó Mary.

—Stephen nunca ha estado satisfecho de sí mismo —replicó Eustis.

Ella apartó la mirada, huyendo de sus ojos inquisitivos.

—Hay muchos modos de conducir hombres;

—Naturalmente —convino Eustis—. Un general conduce hombres. ¿Se imagina usted a Stephen ordenando a unos hombres que vayan a matar y a dejarse matar?

—No —dijo ella en voz baja.

—O presidente de los Estados Unidos —siguió Eustis—. ¿Se imagina usted a Stephen metiéndose en el lodo para llegar hasta la Casa Blanca?

—No —repitió ella con la misma voz.

—Digamos, pues, directivo de una gran empresa industrial, abriéndose paso entre dura competencia, escalando la cumbre sobre los cuerpos de los demás, aplastando siempre al más débil. ¿Se imagina a Stephen en esa situación?

—No —dijo Mary por tercera vez.

—Entonces —terminó Eustis en tono de triunfo—, ¿qué más queda? ¿Ha oído usted hablar a Stephen? ¡Yo sí! Es capaz de hacer que Adolph Mendel caiga de rodillas y confiese todos sus pecados. Ya sé que Mendel siempre será Mendel, pero hubiera sido mucho peor de lo que es si no fuera por Stephen. A estas horas estaría entre rejas. Le aseguro, señora Worth, que Stephen posee el genio de la bondad. Es capaz de conseguir que los hombres amen el bien. No quedan muchos como él en el mundo. El viejo Dr. Schweitzer, en África, y tal vez dos o tres más. Es el tesoro más valioso.

—En los pulpitos se ven hombres muy pequeños —arguyó Mary.

—Él no tiene por qué preocuparse de ellos —dijo Eustis con energía—. Hombres pequeños los hay en todas partes, y aparentan ser grandes. Pero Stephen no tendría que aparentarlo.

Ella se levantó, iluminado el rostro.

—Tiene razón —dijo—. Pero ¿cómo llegará él mismo a darse cuenta?

—Usted tiene que hacérselo comprender —contestó Eustis—. Yo le ayudaré, diciéndole que usted tiene razón.

Se miraron como conspiradores, y se separaron de acuerdo.

—Su insatisfacción se agudizó a raíz de la muerte de Jane. No, no tema, porque ahora ya no tiene nada que ver con ella. La muerte de Jane fue para él como un despertar. Toda persona inteligente que vive sin hacer uso completo de su capacidad, ha de temer, más pronto o más tarde, una experiencia de ese tipo. Los que poseen convicciones religiosas llaman a eso conversión y renacimiento, pero el nombre no hace al caso. También puede calificarse de *shock*, tras el cual el *ego* emerge a una nueva fase de su evolución. Stephen ha terminado una de esas fases. Ahora está maduro para otra etapa distinta.

—¿Otro *shock*? —preguntó Mary.

Eustis negó con la cabeza. Sus grises cabellos, tal vez demasiado largos, cayeron sobre sus ojos. Los apartó.

- *No, no* hay necesidad de que experimente otro *shock*. Stephen, de un modo subconsciente, ha tomado una decisión, pero no se atreve a trasladarla al plano de lo consciente.

—¿De manera que también usted lo sabe! —exclamó Mary.

—¿Usted sí? —preguntó él.

—Sí. Por mil indicios que él mismo ignora. Pero, ¿qué decisión es ésa? Eso es lo que falta averiguar. Philip Eustis la miró muy serio.

—Me duele decirselo, casi tanto como a Stephen le irrita reconocerlo. Stephen debería ser sacerdote... o predicador.

—¿Oh, no! —exclamó ella involuntariamente—. No le cuadra.

—Lo sé —convino él—. Por eso se siente tan desgraciado. Pero es para lo que ha nacido, señora Worth. Si pudiera encontrar fe, su poder sería ilimitado. Se miraron unos segundos en silencio. —Le advertiré —añadió Eustis—, que yo no tengo nada de religioso. En realidad no soy nada. ¿A quién le importa lo que yo sea? Soy como un gusano, que vive bajo tierra. En cambio, Stephen es un conductor de hombres.

\*\*\*

—Lo que nos hace falta es publicidad —dijo el señor Rummel.

Miller y Rummel, fabricantes de tejidos, se contaban ahora entre los pocos clientes de Worth y Eustis. Stephen había seleccionado aquella firma entre todas las que aguardaban.

—Tendríamos que organizar un concurso de bellezas en traje de baño, o algo parecido —añadió el señor Rummel.

Stephen escuchaba las palabras de su cliente, sin interrumpirle. Arthur Rummel era un hombre fuerte, de poderosa voz, que había acumulado muchos millones de dólares tejiendo algodón egipcio en ciento cinco productos textiles diversos. Sentado tras de su mesa, fumaba un cigarro de pálido tabaco, importado de las Indias Occidentales holandesas.

—¿Un intento desesperado? —dijo Stephen sonriendo.

—Cualquier cosa para que el público se entere de que los géneros «rummelizados» duran más que cualquier otro tejido de algodón.

—El mejor modo de conseguirlo —dijo Stephen—, es el de asegurarse de que, en efecto, duran más que todos los géneros de algodón.

—Le hemos contratado para que nos ayude a vender, señor Worth —protestó el señor Rummel, dando una chupada al cigarro.

—No. Esa misión corresponde a su departamento de ventas —dijo Stephen.

—¿Para qué le pagamos a usted entonces? —quiso saber el señor Rummel.

—Desde luego, no para hacer que el público se fije en ustedes. Mi misión es la de ganarles la confianza de la gente, para lo cual es fundamental que sepan ustedes ser merecedores de ella. Tienen que convertirse en una empresa modelo, en un grupo de personas honradas, en una institución que inspire respeto. Pero esa tarea les compete a ustedes. Lo que yo debo hacer es ayudarles a conseguirlo, y luego demostrar al público que lo han logrado.

—Un camino muy largo —gruñó Rummel.

—El único posible —dijo Stephen.

Con esto terminaban muchas horas de conferencia. Stephen conocía el terreno que pisaba. No era la primera vez que se enfrentaba con el mismo problema. Los Mendel, los Rummel, y hasta los Rudlow, le pedían un truco con que engañar al público, un cebo para el anzuelo, algo fácil y milagroso, un juguete que les permitiera ganar millones con engaño. Él no estaba dispuesto a ceder a sus pretensiones, entre otras razones porque sabía que lo único que daba resultado era la honradez y la seriedad.

Alargó su mano.

—Nuestra conversación ha sido muy satisfactoria, señor Rummel —dijo con afabilidad—. Si piensa usted detenidamente lo que le he dicho, estoy seguro de que comprenderá que me asiste la razón. Se ha creído con demasiada frecuencia que el público es fácil de engañar. Ahora ya sabemos que, lejos de eso, el público es inteligente, sencillo e implacable. Ya no cree en los magos.

El señor Rummel tomó la mano que le ofrecían, con aire de contento.

—Supongo que sabrá usted lo que se dice —gruñó.

—Puede estar seguro de ello.

Stephen sonrió, cogió su cartera y se dirigió a la puerta.

Era octubre y el aire estaba muy frío. Miró su reloj y vio que ya debería estar en el consultorio del doctor, donde Mary le esperaba con Steve.

Tomó un taxi y llegó al despacho del médico con diez minutos de retraso. En la sala de espera, Steve hojeaba una revista, y Mary parecía absorta en sus pensamientos. Al verlo, levantó los ojos. Stephen fue a sentarse a su lado. Steve le tomó una mano sin dejar de leer.

—¿Lleváis mucho rato esperando? —preguntó Stephen.

—Menos de media hora —contestó Mary.

No hubiera tenido necesidad de acudir, pero consideraba su deber compartir el destino de Steve en todos sus pormenores.

—Puedes irte de compras —dijo a Mary—. Ya nos encontraremos en el club a la hora de comer.

Ella se levantó, obediente, y salió, dejándolo con Steve. El muchacho continuó leyendo, tranquilo al parecer, pero Stephen notó que su mano estaba crispada. Steve temía aquellas visitas al especialista. No quería hacerse ilusiones, pero se las hacía, a pesar de todo.

Minutos después apareció la enfermera.

—¿El señor Worth?

—Sí —contestó Stephen.

Se levantó, y llevando a Steve de la mano, pasó al consultorio. Un hombre de bata blanca y rostro cansado se levantó a saludarlos.

—¿Qué hay, Steve?

—Buenos días, doctor Graves —contestó el pequeño.

Se ofreció mansamente al detenido examen clínico, con su inevitable dolor y su infructuosa conclusión. No había ocurrido nada nuevo. Cuando, por fin, bajó de la mesa, estaba muy pálido. Sin decir palabra se volvió de espaldas y empezó a vestirse.

—Espera fuera, Steve, por favor —dijo el médico.

El niño salió y volvió a coger la revista, intentando leer. Pero aquel relato de un vuelo sobre el Himalaya ya no le entretenía. Nunca podría volar sobre el Himalaya.

Detrás de la puerta cerrada los dos hombres se miraron un momento.

—¿Quisiera poder decirle que el segundo tumor no crece, pero desgraciadamente lo hace —dijo el doctor—. Un día u otro habrá que eliminarlo. Son fenómenos casi incomprensibles. Hay que extirpar los tumores una y otra vez. Es una lástima... un chico tan agradable... tan inteligente.

—¿Cuándo cree usted que habría que hacerlo? —preguntó Stephen.

El doctor vaciló.

—Tal vez después de Navidad.

—¿Quedaré peor?

—¿Quiere decir más jorobado? Sí, eso temo.

Stephen se acercó a la ventana y se detuvo allí, con las manos a la espalda.

—¿No puede hacerse nada por evitarlo?

—Nada en absoluto —contestó el médico—. ¡Qué poco sabemos todavía!

—Está bien... —Stephen se irguió con un esfuerzo—. Gracias de todos modos. Tendré que decirselo a Steve, pero no antes de Navidad.

—Me parece una buena idea. Les deseo unas felices Navidades —dijo el doctor.

Con la mano sobre el timbre, ya estaba pensando en su próximo paciente.

Stephen fue a reunirse con su hijo.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Steve, sin dejar de mirar la revista—. ¿Lo de siempre?

—Más o menos —contestó Stephen, procurando adoptar un tono alegre—. Anda, vamos a reunimos con mamá. A lo mejor te lleva al teatro.

El rostro de Steve se iluminó inmediatamente. El teatro era su deleite, su afición máxima, su constante diversión. En su cuarto tenía un pequeño escenario, adornado con infinidad de detalles. Muchos domingos, Stephen pasaba largas horas con él, ayudando a su hijo a forjarse una vida distante de la realidad.

Comió frugalmente, esforzándose por no aparecer abstraído a los ojos de su mujer y de su hijo. Luego se despidió, pero en lugar de volver a la oficina, se fue a dar un paseo por el parque. Allí, entre las hojas caídas que revoloteaban a impulsos del viento, se sumió en sus atribulados pensamientos. Comparados con la vida atormentada de Steve, le parecía que todos los problemas de su propia existencia no tenían apenas realidad.

\* \* \*

En la semioscuridad del teatro, Mary contemplaba pensativa la escena. La obra era inadecuada para la edad de Steve. Pero, ¿cuál era la edad de Steve? Indudablemente, muy superior a la que decían sus años. La protagonista le hacía pensar en Jane. Una desesperación injustificada, una angustia profunda e indefinida, con atisbos de terror cósmico, como el que invadía al mundo en aquellos momentos. No había escapatoria. Sólo los fuertes podían resistir a su influjo. Sintió ligeros remordimientos por haber dado el ser a John.

Ya tenía bastante consuelo cuidando de los hijos de Jane. ¿Para qué más?

—Mamá —susurró Steve—. Yo sé por qué esa mujer no quiere vivir.

—Chist —dijo ella—. Ya hablaremos después.

Pero no hablaron hasta la noche, porque ella retrasó la ocasión cuanto pudo, deseosa de que Stephen se hallara presente. Temía la claridad de juicio de Steve.

—Sube, Stephen —pidió a éste cuando los niños se hubieron despedido para irse a dormir—. Sube a hablar con Steve. Tiene la cabeza llena de ideas raras provocadas por la comedia. No me he atrevido a enfrentarme con ellas. Soy cobarde... lo confieso.

—¿Tú cobarde?

Stephen se levantó, sonriendo, y subió. Los niños ya no necesitaban ayuda para acostarse. El propio Steve sabía introducirse solo en la bañera. No obstante, se había destinado a él un cuarto de baño individual, a fin de que no se viera forzado a establecer una constante comparación entre su cuerpo deforme y el cuerpo vigoroso y esbelto de su hermano.

Esperó en el dormitorio de Steve, sentado en una butaca, pensando una vez más, como hacía en cuanto estaba solo, en su extraño descontento consigo mismo. Entró Steve, envuelto en un albornoz azul. El muchacho era muy sensible y aún no había podido habituarse a que lo vieran tal como era.

—Me ha dicho tu madre que querías hablarme de la comedia —dijo Stephen con brusquedad.

En aquel momento se le ocurrió que trataba a Steve como si fuera una persona mayor.

Pero no estaba preparado para la pregunta de Steve.

—Papá, ¿mi madre murió porque nació yo?

—¿Cielo santo, nada de eso! —exclamó Stephen— ¿Cómo se te ha ocurrido pensarlo?

—Jan nació bien —dijo Steve—, Pensé que tal vez yo...

—No, no —protestó Stephen—. Los dos nacisteis bien, como tú dices. Ella murió después.

—¿Y por qué? —preguntó Steve.

Se había sentado en la cama, húmedo el pelo todavía, con los ojos muy luminosos.

—Nadie lo sabe —dijo Stephen—. ¿Cuánto tiempo hace que piensas eso?

—Siempre lo he pensado —dijo Steve—. Pero esta tarde, en el teatro, cuando la mujer no quería tener un hijo, yo...

—No era más que una obra de teatro —le interrumpió Stephen.

—Para mí era como si fuese la realidad —dijo Steve—. Encajaba perfectamente con lo que yo había estado pensando de que tal vez mi madre...

—No —negó Stephen.

—Yo no se lo echaría en cara —dijo Steve—. Es probable que al verme...

—Nunca llegó a verte —atajó Stephen.

—¿Nunca llegó a verme?

—No. —Stephen se sentía muy violento—. Mira, de nada sirve hablar de esto. Es imposible arreglar lo que pasó hace mucho tiempo.

—¿Qué fue lo que pasó, papá? ¡Aquel chiquillo era implacable!

—Quiero decir que ninguno de nosotros puede evitar lo que ya pasó.

—Pero, ¿qué pasó, papá?

—¡La muerte de tu madre! Murió poco después de que nacierais vosotros, sin llegar a veros. —¿Habría podido salvarse?

—Tal vez... de haber sabido a tiempo lo que le ocurría.

—¿Qué le ocurría?

—Que... que no quería seguir viviendo.

Acababa de pronunciar las palabras que nunca hubiera querido decir.

—¿Murió voluntariamente, papá... como la mujer de la comedia?

—Steve, me has obligado a decir lo que no quería —murmuró Stephen.

Se miraron un momento, en silencio.

—¿Por qué no era feliz, papá?

—No lo sé. Llevaba en sí misma la infelicidad como una enfermedad. Era incurable.

—¿Tú la querías?

—Muchísimo.

—¿No te quería ella a ti?

—No era capaz de amar a nadie lo bastante para curarse. Ésa era su enfermedad.

—¿Qué nombre tiene su enfermedad, papá?

—No lo sé. Pero mucha gente la padece.

—¿Por qué?

—Porque hay algo que no marcha bien en el mundo, Steve. Vivimos una época tenebrosa, hijo mío. Quisiera saber la razón. Hay demasiada gente mala, y me pregunto por qué han de ser malos. Algo falla en algún sitio.

—¿Por qué no intentas arreglarlo tú, papá?

—Tal vez lo intente, hijo mío. No hago más que preguntarme qué podría hacerse.

—Algo que convirtiera en buenas a las personas.

Luego el muchacho guardó silencio. Stephen le oyó suspirar.

—Ven —dijo Stephen—. Tienes que acostarte, Steve. Estás cansado.

Le ayudó a cubrirse con las sábanas y contempló su rostro pensativo sobre la almohada.

—Buenas noches, hijo. Olvidate del mundo. En casa estás a salvo.

Steve no sonrió.

—Me alegro de una cosa, papá.

—¿De qué, Steve?

—De que mi madre no llegase a verme. No supo qué contestar. Inclínandose, besó la mejilla de su hijo.

\*\*\*

Durante la noche intentó repetir a Mary la conversación que había sostenido con Steve. Ella escuchaba en la obscuridad.

—¿Cómo podríamos consolarle? —preguntó—. ¿Dónde encontraremos el consuelo que necesita?

Stephen recordó las palabras de su padre: «Consolar... luego inspirar».

Mary reconoció el axioma.

—Estás citando a tu propio padre.

—En efecto, ¿cómo lo sabes?

—Se lo he oído repetir muchas veces. Había llegado el momento, pensaba ella, el momento más apropiado para lo que tenía que decir.

—Stephen.

- ¿Qué, vida mía?

—Tú podrías, si quisieras...

—¿Qué, Mary?

—Consolar e inspirar.

—No sé qué quieres decir.

—Sí, Stephen, lo sabes. Naciste para eso. La gente confía en ti. Eres fuerte, no sabes siquiera lo fuerte que eres. Continuamente repites que no te gusta el trabajo que haces. ¿Por qué no empleas toda la fuerza que posees? ¿Por qué no te dedicas a consolar a la gente como hace tu padre y a... inspirarlos, Stephen? ¡Haz que quieran ser buenos!

—¿No pretenderás que me convierta en predicador, verdad? —exclamó él horrorizado.

Ella guardó silencio. Había ido todo lo lejos que podía ir.

—Sabes que no soy religioso —añadió él.

Ella tampoco contestó a esto.

—Mary, dime algo —pidió Stephen.

—Ya he dicho cuanto tenía que decir —contestó ella—. Ahora eres tú quien tiene que hablar.

Se negó a añadir nada más, y él se quedó a solas con

sus pensamientos todo el resto de la noche.

\*\*\*

—En cuanto me levante iré a ver a mi padre —dijo Stephen al despuntar la mañana—. Mary, voy a pasar un par de días en su casa... solo.

—Hazlo —convino ella.

Como siempre, se negaba a influir directamente en sus decisiones importantes. Él la abrazó como buscando refugio en ella.

—No tienes que preocuparte por nosotros —contestó ella—. Los niños están bien y hace muy buen tiempo. Hoy mismo me encargaré de organizar las clases de música para Kristin.

La mañana era tan limpia y el rostro de Mary se veía tan tranquilo y apacible, que tuvo que preguntarse si no habría tenido alucinaciones.

Después de desayunar telefonó a su despacho para avisar que no iría y preparó una pequeña maleta. Los niños, advertidos sin duda por Mary, se abstuvieron de pedirle que los llevara con él.

Todos juntos salieron a despedirlo. ¿Qué derecho tenía a cambiar sus vidas ya organizadas? Sin embargo, siguió su camino, impulsado por una necesidad interior que él mismo no acertaba a comprender.

Recorrió el camino familiar a la velocidad acostumbrada, pero excitado por nuevas energías y por una curiosidad que no había experimentado hasta entonces. Hablaría sin rodeos a su padre, sin intentar ocultarle nada, sin evadir ninguna conclusión. Tenía que ser entonces o nunca.

Su madre se mostró sorprendida y encantada al verlo, pero su padre no estaba en casa.

—No estarás enfermo, ¿verdad? —le preguntó.

—No, mamá. Vengo a pedir consejo a papá.

Ella estaba tan habituada a que acudieran hombres y mujeres en busca del consejo de su esposo que no mostró sorpresa.

—¿No puedes esperar a que regrese? Ha ido a pasar todo el día en casa de los Rausch. La familia lo llamó esta mañana para decirle que no creen que el señor Rausch viva muchas horas.

—Iré hasta allí.

No estaba dispuesto a soportar las preguntas de su madre. Nunca había aceptado sus opiniones sobre religión, y se había dicho muchas veces que si su padre fuera como su madre, nunca habría regresado a aquella casa.

En su coche recorrió las callejuelas por las que había correteado siendo niño. Más allá del puente vio el viejo *Ford* de su padre. Se echó a un lado y esperó. Su padre iba a pasar junto a él cuando descubrió el rostro de su hijo.

—¡Stephen! —gritó, frenando con estrépito.

Stephen se apeó y se acercó al *Ford*.

—Mamá me ha dicho que estabas con los Rausch.

—Sí. Ya ha muerto el pobre. Deja esposa y cinco hijos. La vida es terrible.

—No podrías consolarlo... si estaba consciente.

—Lo estaba. Nunca había pensado en la muerte. Sólo podía hablarle algunos momentos, cuando se le pasaba el dolor.

—¿Para prepararle la entrada en el Cielo?

—No; para ayudarlo a enfrentarse con lo desconocido.

El rostro de su padre estaba tenso y sus ojos miraban a lo lejos. Aún no había regresado a este mundo. Tardaría unos minutos en darse cuenta de dónde se hallaba, en ver el puente, los álamos, su mismo hijo. Lo único que podía despertarle era la idea de que alguien lo necesitaba.

—Papá, quiero hablar contigo.

—¿Aquí, Stephen?

—Es muy tarde, ¿verdad?

—No, hijo mío.

—Se está muy bien aquí. Podemos hablar mejor que en casa... si no estás demasiado cansado.

—No estoy cansado. Al contrario, me siento muy fuerte. Ven a sentarte junto a mí. Me echaré a un lado del camino, aunque raras veces pasa nadie por aquí.

Así, a última hora de la tarde de aquel día, Stephen se sentó junto a su padre a abrirle su corazón. El viejo le escuchaba, sin perderse una sola sílaba, y sin hacerle en ningún momento preguntas importunas.

—...lo más extraño es —dijo Stephen por último— que siento deseos de convertirme en lo que tú eres... un ministro, un hermano de los demás hombres. Y sin embargo, pocos hombres son menos aptos que yo para esa tarea. Carezco de religión, papá. No conozco a Dios. Te he oído rezar cientos de veces, pero nunca he tenido la convicción de que un oído divino estaba escuchándote.

Su padre levantó la cabeza y lo miró con serenidad.

—Yo tampoco, Stephen.

Miró a su padre, incrédulo.

—¿Quieres decir que nunca has sabido si Dios existe?

—Nadie lo sabe —fue la respuesta—. El que lo asegure es un hipócrita o pretende engañarse a sí mismo.

—Entonces, ¿dónde está tu fe? —exclamó Stephen.

Su padre se llevó una mano al pecho.

—En el corazón, Stephen. Mi corazón llama a Dios. Y aquí, Stephen —añadió tocándose la frente—. Mi cerebro exige una razón de mi existencia.

—¿Pero nunca has tenido una prueba palpable de la existencia de Dios?

—Nunca —contestó su padre.

—Es decir, que no tienes más que una esperanza —terminó Stephen.

—La esperanza constituye toda mi fe —dijo su padre. Hizo una larga pausa, para añadir luego—: Ésta es, hijo mío, la verdadera historia de la fe a lo largo de los siglos. La fe es la substancia de las cosas en que se espera, la evidencia de lo que no puede verse. He dedicado toda mi vida a esa fe —añadió—. A nadie he mentido deliberadamente. Nunca he pretendido haber visto a Dios, pero he repetido siempre que creo en Él.

Se volvió a mirar a su hijo con ojos brillantes.

—¿Te basta? —le preguntó.

—Me basta —repuso Stephen.

—Quiero bautizarla como «Fundación Adela Mendel» —dijo Adolph Mendel—. No será la mayor fundación del mundo, pero deseo que sea la mejor. Sin embargo, Stephen, no sé qué es lo que puedo hacer con mi dinero.

—Por mi parte, no veo la utilidad de gastar tanto dinero —contestó Stephen.

Cuando Adolph le envió un telegrama urgente un par de días antes, llamándolo a California, su contestación había sido que si Adolph quería verle, lo encontraría en su casa.

Estaba pasando unas tranquilas vacaciones veraniegas, y refugiado en su hogar, se entregaba a profundas reflexiones. Mary no le hacía preguntas, pero no apartaba de él sus ojos azules y profundos en sus continuas idas y venidas por la casa. Sabía que un hombre normal no renunciaba a sus negocios cuando éstos marchaban inmejorablemente si no era para lanzarse a empresas de mayor envergadura. Pero, se preguntaba intrigada, ¿qué empresas?

—No sigas mi ejemplo, Stephen —le había dicho su padre—. En mis tiempos la carrera eclesiástica ofrecía amplios horizontes, pero ahora me temo que no. La humanidad ha esperado demasiado tiempo a la puerta de la Iglesia, y finalmente se ha decidido a entrar en otras mansiones. Ahora es necesario buscarla dondequiera que se encuentre.

«¿Dónde puede irse —se preguntaba Stephen— en busca de la humanidad?» Olvidando todo su pasado, su espíritu se sentía libre de ataduras. El velo que había existido entre él y los demás seres humanos se había descorrido por fin.

Era perfectamente capaz de dirigir la palabra a cualquier desconocido, aunque se daba cuenta de que aún debía buscar su camino. Su libertad debía ser dirigida por la razón y el buen juicio, como lo había sido la de su padre. Pero los caminos habían cambiado y aparecían ante sus ojos completamente distintos.

Adolph interrumpió sus días de meditación. Los remordimientos eran cada día más fuertes para Adolph Mendel. Después de la muerte de su esposa, no había sido capaz de interesarse por ninguna mujer, y su espíritu estaba atribulado. Buscaba un medio de expiación que tranquilizara su conciencia de una vez para siempre. Por eso se había puesto a pensar en su dinero, en su inmensa fortuna, acumulada por los Mendel durante tres generaciones. Era una riqueza fabulosa. A los cincuenta millones que Adela le había dejado, debía añadir otros cincuenta que ya le pertenecían, y no dudaba de que cien millones de dólares podían perfectamente bastarle para comprar el perdón de sus faltas pasadas. Deseaba erigir un perdurable monumento a la memoria de aquella santa mujer que tanto había hecho por él.

La idea se le había ocurrido en un soleado patio de la Baja California, un día en que estaba completamente borracho. La respuesta de Stephen a su telegrama había bastado para serenarlo, e inmediatamente había tomado un avión para Nueva York. Se dirigió directamente a casa de Stephen y ahora se hallaba en el jardín de éste.

Como siempre, Adolph fue al grano sin rodeos de ninguna clase.

—Stephen, eres el único hombre del mundo que me inspira confianza. ¿Qué otro hombre haría algo tan extraordinario como renunciar inesperadamente a un estúpido negocio como el tuyo, en busca de algo que...? ¿Qué diablo es lo que andas buscando? ¿Puedes decírmelo de una vez, Stephen?

—¿Qué quieres? ¿Que me des algo de lo que tienes escondido? ¿Te acuerdas de la vez, Stephen?

—No lo sé —contestó Stephen—. Lo sabré cuando lo encuentre, supongo.

—Yo lo tengo —exclamó Adolph—. Te lo ofrezco en bandeja de plata y no lo ves. Podrías hacer muchísimo bien con cien millones de dólares.

Stephen contestó:

—Cualquiera puede hacer el bien. No es necesario disponer de cien millones.

—Tienes que aceptar —insistió Adolph—. Eres el único hombre bueno que conozco. No me fiaría de nadie más.

—Tonterías —protestó Stephen—. Hombres buenos los hay a millares. Sólo falta encontrarlos.

—Pues ve a buscarlos —replicó Adolph—. Toma mi dinero y búscalos.

Stephen miró a su amigo. Hacía mucho calor, y los dos estaban sudando copiosamente. El mar se veía aceitoso e inmóvil bajo los rayos del sol. Muy lejos, los niños se encaramaban en una balsa.

Kristin, alta y delgada, sacudía sus cabellos negros empapados de agua. El pequeño John jugaba en la arena. No habían tenido más hijos, pero no lo lamentaban porque había amenaza de guerra.

—Me has dado una idea —dijo Stephen por fin.

Continuó mirando el grueso rostro de su amigo, que se secaba el sudor con un gran pañuelo.

—¿Por amor de Dios, bebamos algo frío! ¿Cómo puedes quedarte ahí tan tranquilo y tan tieso con este calor?

—Entremos en la casa —sugirió Stephen.

Condujo a su invitado a través del jardín. Cuando se instalaron allí por vez primera, había sido un desierto páramo, pero ahora, habiendo aplicado Mary sus conocimientos de jardinería, estaba invadido por una masa multicolor de flores y plantas. En las sombras de unos porches que Stephen había hecho añadir a la parte sur del edificio estaba Steve, leyendo, sentado en una butaca construida especialmente para él. La operación del segundo tumor había tenido éxito, pero su espalda tenía ahora una curva más acentuada. Cuando Steve se dio cuenta de esto, se dedicó al estudio de la música, buscando consuelo en el arte. Stephen le hizo construir también una banqueta especial de pianista, a fin de que pudiera ejercitarse largas horas sin excesiva fatiga.

Su cabeza, hundida entre los hombros, tenía un perfil noble y clásico, suficientemente hermoso para que las miradas de hombres y mujeres se detuvieran en él olvidando su contrahecha espalda. Su voz era profunda y rica.

—¿Ése es Steve? —preguntó Adolph.

—Sí.

—¿Qué tal está?

—Si te refieres a su desarrollo mental, a la cabeza de su clase. Si quieres decir físicamente, es muy frágil. Y espiritualmente, está más adelantado que yo.

—¿Qué quiere ser?

—No tengo idea.

—¿Y el otro chico?

—¿Jan? Habla mucho de física nuclear. Espero que no pase de ahí.

—¿Por qué? —gruñó Adolph, sorprendido, dejándose caer en una butaca.

—Jan no es bastante bueno para ser un científico del átomo. Es egoísta y se coloca a sí mismo por encima de los demás. Yo opino que sólo debería permitirse trabajar en esos peligrosos experimentos a las personas que posean una absoluta integridad moral.

—¿Cómo es posible que tengas dos hijos tan diferentes?

—Es una pregunta que me hago muchas veces. Steve nació bueno. Jan no.

Stephen estaba al otro lado de un pequeño bar, preparando unas bebidas.

—Podrías asociarte con Steve en la Fundación Adela Mendel —sugirió Adolph. Luego recordó las últimas palabras de su interlocutor—. Dime, ¿qué idea es la que te he dado?

—Rechazaría de plano tu proposición, si no fuera que... —Stephen agitó lentamente el contenido de la coctelera. Llevaba unos minutos de intensa reflexión. La idea había dejado de ser una nebulosa para convertirse en una posible realidad... si no fuera que estoy seguro de que hay muchas personas que, como Steve, nacieron buenas. Si pudiera encontrarlas, ayudarlas, animarlas, hacer que se conocieran, podríamos evitar la carrera hacia el abismo del mal y la muerte.

—Me parece muy bien —dijo Adolph, simulando aplaudir—. Eso es lo que le gustaría más a la pobre Adela. ¡A trabajar, Stephen!

—Te advierto —le interrumpió éste— que no estoy dispuesto a hacer las cosas que hacen todas las fundaciones. Nada de investigación... los archivos están llenos de costosos proyectos a los que nadie dedica la menor atención.

—Al diablo la investigación —dijo Adolph con alegría, bebiendo largos tragos de *cocktail* de lima, lleno de cubitos de hielo y aromatizado con ginebra.

—Nada de recoger informes sobre lo que otros hayan hecho —siguió Stephen—. Éste es el segundo pecado en que no quiero caer.

—Nada de informes —convino Adolph con entusiasmo, bailándole el vientre con una risa ahogada.

—Y por encima de todo —declaró Stephen—, nada de declaraciones altisonantes de que lo haremos todo por nuestra cuenta, prescindiendo de todo lo bueno que pueda haber en las causas justas de los demás. No quiero jugar a ser Dios, Adolph.

—No jugaremos a ser Dios —repitió Adolph.

—No podemos impedir la caída en el abismo —continuó Stephen— hasta que encontremos a todos los hombres buenos y los unamos para impedir la loca carrera de los cerdos inmundos.

—A propósito, ¿quiénes son los cerdos inmundos? —preguntó Adolph.

—Los hombres a quienes no les importa la destrucción de la humanidad si con ello les es posible escalar la cumbre —contestó Stephen—. Los hombres que no experimentan compasión ni simpatía al ver morir a los demás, los que se rien de los sufrimientos del prójimo.

—¿Hitler? —sugirió Adolph, poniéndose súbitamente serio.

—Hitler no fue más que uno de tantos —dijo Stephen—. Sigue habiéndolos en todas partes. No tienen nación ni patria, pero sueñan con dominar el mundo. Adolph pareció alarmarse.

—Puedes disponer de todo mi dinero. Tienes que aceptarlo.

—Puede que lo haga —dijo Stephen—, si encuentro hombres buenos que me ayuden. —Dejó su vaso, sin haberlo tocado, en una mesita baja—. Necesito ordenar mis ideas y darles forma práctica.

—Está bien —dijo Adolph, enormemente aliviado—,

Vuelve a llenarme el vaso, ¿quieres?

\*\*\*

—Amor mío —dijo a Mary por la noche—, ¿qué harías si alguien te diera cien millones de dólares para emplearlos en obras buenas?

Miró a su esposa. Su matrimonio se había convertido en el elemento purificador y principal de toda su vida. Su pasión por Jane le parecía ahora una enfermedad, algo directamente asociado con el dolor y el error. Había intentado identificarse con ella, pero no había podido romper su castillo de egoísmo e individualidad impenetrable. La palabra «egoísta» acudía a su mente en cuanto pensaba en ella. No había sido un auténtico matrimonio.

Mary era completamente distinta. Stephen había quedado sorprendido al descubrir bajo su tranquilo exterior un calor y una pasión insospechados. A la vez, podía ser delicadamente tierna. En las cosas insignificantes de la vida siempre estaba dispuesta a ceder, pero era inflexible en lo fundamental. No vacilaba en manifestar claramente sus afectos o sus desafectos por las personas, y era capaz de revolverse con violencia contra él si no coincidían en algo.

—¡Oh, tú y tu eterna tolerancia! —le gritó un día—. ¡Tú y tu ilimitada comprensión!

Pero luego se arrepentía prontamente de haberse enfadado y sus ojos azules se dulcificaban llenos de remordimiento. Lo amaba apasionadamente, y Stephen se sentía a veces avergonzado de no saber amarla en el mismo grado. Había amado a Jane con toda la pasión de la juventud, y aunque ahora quería mucho a Mary, se sentía incapaz de concentrar todo su cariño en una sola persona. Ella era su hogar, el centro de su vida, pero su corazón ya no le pertenecía por entero. La humanidad lo reclamaba.

¿Había notado Mary el cambio? Estaba tumbada en una hamaca, en la terraza que daba al mar. Steve estaba sentado al piano, en la sala de música. Kristin se había ido a bailar con un muchacho y Jan había salido con urgencia. John, el único pequeño, estaba acostado. Mary volvió la cabeza para mirar a su marido. Su belleza se había acrecentado con los años. Sus cabellos, algo grises, cuadraban perfectamente con el límpido azul de sus ojos. Llevaba una bata larga, de color azul neblina, muy descotada, revelando la imaculada blancura de su garganta.

—¿Es que alguien te ha dado cien millones de dólares? —preguntó.

—No exactamente —contestó él—, aunque en cierto modo, sí. Adolph quiere fundar algo en recuerdo de su esposa. ¡No tiene la conciencia tranquila!

Mary se echó a reír.

—Su conciencia debe atormentarle de modo monstruoso.

—Todo en Adolph es monstruoso —dijo Stephen—. Al principio la idea me pareció ridícula. Ya sabes lo que opino de las fundaciones.

Ella lo sabía bien. La Fundación Hartley había sido uno de los clientes de Stephen durante algún tiempo. Era una entidad fundada por tres señoras ancianas en recuerdo de sus padres y su principal objetivo era dar de comer a unos cuantos parásitos que no hacían nada de provecho.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Mary al verlo meditabundo.

Se daba cuenta de sus luchas interiores, y sabía ya que

no se decidiría nunca a convertirse en pastor o predicador.

—No quiero entrar a formar parte de una gran organización montada jerárquicamente —había dicho—. Quiero ser libre.

—Tu padre es libre —le recordó ella.

—Vive fuera de su tiempo —había contestado Stephen.

—¿En qué piensas, Stephen? —repetió.

—Estoy intentando dar forma a mis pensamientos. La idea es grandiosa, lo reconozco. ¿No te parece un poco absurdo que sueñe con una empresa cuyo objetivo sería el fomento de todas las causas justas?

—Nada de cuanto digas puede parecerme absurdo.

—¿Recuerdas que la Fundación Hartley declaraba que nunca ayudaría a las demás causas? Pretendían que su trabajo fuese siempre original. Pero la organización interna devoraba tanto dinero que nunca llegaron a hacer nada. ¡Miles de informes sobre lo que hacían otros, proyectos, correspondencia, celos entre unos y otros, despilfarro inútil y palabrería absurda!

Ella lo interrumpió con calor.

—No tienes necesidad de amargarte recordando esas cosas. Piensa en lo que tú puedes hacer.

—Encontraré a las personas buenas. Las ayudaré a relacionarse, porque están esparcidas y aisladas. Eso las hace sentirse solas. Es preciso que comprendan que hay millones de seres como ellos, en todos los países, entre todas las razas.

—Sigue —le animó ella, mirándolo fijamente.

Steve, entretanto, había dejado a Bach para refugiarse en el romanticismo de una sonata de Beethoven.

Stephen se sintió invadido de amor por su esposa.

—Tienes la rara habilidad de hacerme creer que cada uno de mis pensamientos es un hallazgo maravilloso.

Su voz temblaba de ternura. Ella había sido siempre la primera en descubrir las puertas que se abrían ante él, y en animarlo a traspasarlas.

—Estoy segura de que esta vez tu idea es inmensa —dijo ella—. Y además, de que puedes hacerlo. ¡Parece mentira que Adolph haya tenido suficiente visión para darse cuenta de eso!

—Entonces, ¿no te parece una tontería?

—Es lo más grande que he oído nunca —dijo ella con seriedad. Se incorporó alisándose el cabello—. ¡Piensa en el alivio que proporcionarás a los que son buenos, en la alegría que sentirán al saberse unidos por vez primera! Creo que será suficiente para hacer que el mundo cambie, Stephen.

—Ésa es mi intención —dijo él—. Estoy decidido.

\*\*\*

Como había hecho tantas veces, volvió junto a su padre en busca de consejo y apoyo. Su padre era ya muy viejo. Los fieles que asistían a la pequeña iglesia eran cada vez menos. Los jóvenes habían ido a la guerra, y muchos no habían vuelto, y ahora sus hermanos menores se preparaban a emprender el mismo sendero. Las mujeres se sentían cada vez más solas. Sus cuerpos no podían dar fruto y sus corazones se secaban como las fuentes en estío. Los viejos seguían asistiendo a los servicios religiosos, pero su número era cada vez más reducido.

Su padre les atendía lo mejor que podía. Se sentaba a la cabecera de sus lechos a la hora de la muerte, convencido aún de que la vida podía vivirse en paz y bondad, y que el mal no era inevitable.

—Puede existir un paraíso terrenal —repetía—. Y algún día lo habrá.

Los domingos predicaba a la comunidad, tras ímprobos esfuerzos por encaramarse al púlpito.

—Hemos de creer que todo es posible —proclamaba—. En esa convicción radica la esencia de nuestra fe cristiana. Con la ayuda de Dios, todo es posible para los hombres de buena voluntad. Es posible que no vivamos para asistir al advenimiento del Señor, porque la existencia del mal retrasa su llegada. Pero si persistimos en la bondad, un día vendrá El que todo lo puede.

Stephen se sentaba en el banco de madera que siempre había ocupado en compañía de su madre. Se acordaba muy bien de cuando su cabeza quedaba más baja que el respaldo y sus pies no llegaban al suelo. Ahora podía mirar sin esfuerzo por encima de la cabeza de su madre, cubierta con un velo. En sus manos estaban los guantes blancos de siempre, y en su rostro se leía un profundo respeto y admiración hacia el hombre que ocupaba el púlpito. Además de su esposo, había sido siempre su sacerdote, su confesor, su mediador con un mundo que ella no acertaba a comprender en su sencilla humildad de campesina.

Mientras su padre predicaba, la imaginación de Stephen, siempre inquieta, daba forma a sus proyectos ambiciosos. Buscaría unos cuantos colaboradores semejantes a él en convicciones y en carácter, reuniría un personal compuesto de hombres y mujeres inteligentes y trabajadores, que tuvieran algo del genio de la bondad. Les explicaría que su tarea consistía en descubrir personas buenas en cualquier comunidad o nación, hombres y mujeres que fuesen respetados, admirados y considerados por todos como benefactores del prójimo. Sus personalidades podían ser variadísimas. Lo único que debían tener en común era la bondad, el espíritu de sacrificio desinteresado. Ya proyectaba mentalmente el posible cuestionario que se utilizaría, las pruebas que deberían realizarse, el cálculo de tantos imponderables como habrían de tenerse en cuenta al efectuar una valoración de la bondad de los seres humanos.

El cuestionario empezaría con esta sencilla pregunta: «¿Quién es la persona más querida de su localidad?» No le daba miedo emplear la palabra «querida». Opinaba que su significado era el más universal y poderoso. Deseaba que sus colaboradores sintieran, como él, la necesidad de emplear términos tan sencillos y claros como el de «amor». También incluiría en sus huestes al viejo Eustis, pues bajo su sequedad mental atiborada de ciencia psiquiátrica adivinaba profundas raíces introducidas en las más puras fuentes del sentimiento y el desinterés.

—Más alegría —estaba diciendo su padre—, más optimismo es lo que necesita el mundo. «Vengo a daros mi alegría», dijo una vez Jesús, y con ello se refería a la alegría sencilla del vivir cotidiano.

Todos hemos de ser amigos y convecinos, aunque uno viva en la India y el otro en Francia, por ejemplo. Algún día será así, amigos míos. Estos días de tribulaciones pasarán para no volver. Vendrá un tiempo en que vuestros hijos no tendrán que ir a la guerra y en que el concepto de «enemigo» se olvidará. Acabaremos comprendiendo que el odio es una locura injustificada y que es muy fácil vivir en paz. Todos podríamos ser felices si antepusiéramos a toda otra consideración el deseo vivo de hacer feliz al prójimo.

Stephen se dijo que aquél era el Evangelio más sencillo del mundo, y también el más verdadero a causa de su misma simplicidad.

Luego el pastor pidió a sus fieles que cantaran con él los himnos de ritual, y la iglesia se llenó de voces vacilantes que entonaban con unción las plegarias familiares.

Stephen siguió a su madre al exterior, recordando claramente su infancia y comprendiendo por un instante la manera de ser y actuar de su hijo Jan, siempre dispuesto a emplear violentamente sus músculos y su organismo entero. Pero también sabía que Jan no experimentaría jamás nostalgia ni añoranzas del espíritu.

Aguardaron a que saliera su padre. El viejo predicador parecía muy cansado.

—Buen sermón, papá —dijo Stephen.

—El mismo de siempre —contestó el anciano sonriendo—. Yo no predico nada nuevo. Me limito a pedir fraternidad entre los hombres. ¿Cómo puede pretenderse amar a Dios si no se ama primero al prójimo?

Por la tarde se sentaron en el interior de la casa, con las persianas bajadas, porque el calor era sofocante y los automóviles que pasaban por el camino levantaban grandes polvaredas. Su madre había preparado limonada y había dejado el jarro en una mesita.

En aquella tranquila habitación de la casa en que había nacido y había pasado buena parte de su vida, Stephen describió a su padre su ambicioso proyecto. El anciano, convertido por los años en una sombra de sí mismo, escuchaba con gran interés todas sus palabras. Su pálido rostro, en el que destacaban unos grandes ojos oscuros y penetrantes, le daba un aire sobrenatural. No interrumpió a su hijo ni una sola vez mientras le iba siendo explicado el proyecto trazado por el cerebro inteligente y práctico de Stephen.

—Espero que no lo considerarás demasiado fantástico —dijo Stephen al terminar.

—Creo que te has expresado con el mayor realismo y sentido común —contestó su padre—. Precisamente lo que no comprenden los hombres sin espíritu es que el verdadero realismo no consiste en cálculos de dólares y centavos. Miles de millones se gastan en guerras y en descubrir todo cuanto se ha edificado laboriosamente a lo largo de siglos. Lo que tú te propones llevar a cabo de reunir en una sola la energía dispersa de todos los cerebros dedicados al bien, a fin de detener la corriente abrumadora del mal, me parece muy acertado y una magnífica prueba de fe llena de sentido práctico. Me recuerdas al director de una gran orquesta que sale en busca de sus músicos.

—Me parece que estás expresando mis propios pensamientos —dijo Stephen con gratitud.

Se miraron unos momentos, y su padre dijo por último:

—Oremos pidiendo la bendición divina.

Stephen inclinó la cabeza.



## CAPÍTULO V

—No es tu padre auténtico —dijo Jan malévolamente.

Kristin apartó la mirada de él.

—Tienes mal corazón.

—¿Por qué «mal corazón»? —quiso saber Jan.

Le encantaba burlarse de Kristin. Ella era mucho mayor que él, pero Jan no temía a nadie. Sería capaz de burlarse de ella hasta hacerla llorar, sintiéndose luego orgulloso de sí mismo y extrañamente excitado.

—Sabes muy bien lo que es tener mal corazón —le dijo Kristin—. No eres tonto. Y tienes mal corazón porque quieres.

Inclinó la cabeza sobre su paleta de pintora. Había bajado a la playa a pintar una marina, y allí la había encontrado Jan. La espiaba siempre y en cuanto la veía sola iba a buscarla.

—Supongo que nunca podrás casarte —continuó Jan—. Los hombres no quieren casarse con las chicas que no tienen padre.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Kristin, alarmada.

Jan era listo. Generalmente sabía cosas que los demás ignoraban. Había sido el primero en averiguar lo del padre misterioso de Kristin. Escuchando una vez una conversación de su padre con los abuelos Haverhill, había oído exclamar a Stephen: «¡No, no quiero saber su nombre!» Pero no había dicho nada a Kristin por el momento. Había preferido guardar el secreto hasta una ocasión propicia en que pudiera obligarla a hacer algo contra su voluntad.

Ella fue inmediatamente en busca de Mary.

—Mamá, ¿quién es mi padre?

—Querida, ¿por qué haces preguntas tan estúpidas? —había exclamado Mary.

—Ya sé que tú no eres mi madre verdadera, pero siempre había creído que papá era mi padre, como lo es de Jan y Steve.

Mary tuvo que hacer un gran esfuerzo para controlarse.

—Tú, Steve y Jan tenéis la misma madre —dijo por fin—. Ya has visto su retrato... era muy guapa. Vas pareciéndote a ella a medida que creces... excepto en la nariz, que la tenía muy recta.

—¿Y mi padre? —insistió Kristin.

—No lo sabemos, querida —contestó Mary.

—Entonces no soy hija de nadie —gimió Kristin—. Tú no eres mi madre y papá tampoco es mi padre.

—Eres nuestra hija, porque te hemos hecho nuestra. La ley nos respalda... ¿querrás tenerlo siempre bien presente?

Kristin no contestó. Dirigió una larga mirada a Mary y se alejó.

No era lo mismo. Jan no le había dejado nunca creer que fuese lo mismo. Siempre que por algo se enfadaba con ella, como aquella mañana, cuando lo había descubierto torturando al pobre perro, la seguía implacablemente, recordándole su condición de hija de padre desconocido. De nada serviría quejarse a alguien. Nadie podría hacer que Jan cambiase. Era inmovible en su manera de ser. Kristin empezó a recoger sus cuadros apresuradamente. Plegó su silla de lona y guardó la tela todavía húmeda en la carpeta. Sin decir nada más al muchacho burlón y risueño que la miraba, se apartó de él y se dirigió a la casa.

Subió hasta su cuarto en el tercer piso y cerró con llave. Una amplia ventana se abría sobre el mar. Hasta el año anterior había ocupado un dormitorio en el segundo piso, pero últimamente había pedido para ella un cuarto más grande en el ático.

—Ahora necesito más espacio —había explicado.

Inmediatamente le habían concedido lo que pedía, pues aquellas dos personas que no eran sus padres auténticos no le negaban nada. Eran tan buenos con ella que a veces le dolía saber que no eran sus padres. Nunca se enfadaban con ella tanto como con Jan o incluso con el pequeño John. La trataban casi igual que a Steve. Pero no era jorobada, y por tanto, ¿qué motivo tenían para tratarla así? Tal vez conocían a su padre y le tenían compasión.

Se sentó en el ancho alféizar de la ventana mirando al mar, como hacía siempre que se quedaba allí a solas. Bueno o malo, necesitaba saber quién era su padre. Entonces podría decir a Jan: «Sé quién es. Ya no puedes molestarme más porque sé todo lo que hay que saber».

Si podía decirle eso, sería más fuerte que él y ya no seguiría hiriéndola. «Tú no lo conoces —le diría—, pero yo sí.»

Se levantó llena de súbita determinación. El pequeño reloj plateado en la mesilla de noche marcaba las diez, iría a ver a sus abuelos Haverhill como hacía muchas veces y se invitaría ella misma a comer.

Luego les preguntaría lo que quería saber. Eran tan viejos y tan amables que no podían negárselo, si lo sabían. Les rogaría, les diría que ya era bastante mayor para saber toda la verdad.

Se quitó el vestido de algodón y se puso otro amarillo de hilo y un sombrero de paja. Luego bajó las escaleras.

¡Mamá! —llamó—. ¡Mamá!

—¡Estoy aquí fuera! —contestó Mary.

Salió y la encontró regando las petunias de la terraza.

—Mamá, me voy a la ciudad a comer con la abuelita. Se van de viaje la semana que viene y no los veré en mucho tiempo.

—¿Sabes que vas a ir, querida? —preguntó Mary.

—Les telefonaré antes de coger el tren. Pero siempre están en casa a la hora de comer, mamá.

—Desde luego —convino Mary—. Bueno, la verdad es que no sabría encontrar una razón para que no fueras. Que lo pases muy bien.

—¡Oh, sí! —exclamó Kristin.

Le echó un beso con las puntas de los dedos y se encaminó por la carretera hacia la estación. Al año siguiente iban a regalarle un coche por su cumpleaños. Le daban todos sus caprichos. Pero a ella no le incomodaba tomar el tren. Era agradable sentarse junto a la ventanilla y ver pasar el paisaje, la gente y las casas. Sobre todo era agradable estar lejos de Jan, aunque reconocía que no debía pensar así porque se trataba de su hermano, o por lo menos de su hermanastro.

Cuando llegó a Nueva York tomó un taxi y se dirigió al lujoso piso en que siempre habían vivido los Haverhill. También allí había vivido su madre. Su cuarto lo conservaba la abuelita tal y como había estado siempre, y ella misma había dormido allí muchas veces.

—Eres más alta que tu madre —decía su abuela—. Los pies te llegan hasta el final de la cama.

Dio una generosa propina al taxista, para penetrar luego en la lujosa portería y en el ascensor de caoba. No había telefonado porque el tren había llegado en seguida y no le había dado tiempo de entretenerse en hacerlo.

Estaban en casa, como había supuesto. Nunca salían como no fuera para emprender un largo viaje, a Inglaterra o a Francia. Cuando estaban en los Estados Unidos permanecían invariablemente reclusos en sus cómodos salones, felices entre sus recuerdos.

—Buenos días., abuelito —gritó cuando la doncella le hubo abierto la puerta.

No le gustaba decir «Hola». Le parecía vulgar.

—¡Vaya, vaya! —exclamó cariñosamente el señor Haverhill al verla.

Estaba sentado en la biblioteca, con la puerta abierta, y Kristin lo veía desde el vestíbulo. Se pasaba la vida leyendo. Levantó una mejilla para que la besara y le tomó la mano entre las suyas, arrugadas y amarillentas.

—Estás muy guapa, pequeña. ¿Avisaste a la abuelita que venías hoy?

—No.

—¿Te pasa algo, pequeña? —preguntó él, preocupado.

—No, no —protestó Kristin, evadiendo su mirada.

Sabía que la abuelita tenía más carácter y por eso prefería no decirle las cosas primero a él.

—Creo que está en su cuarto. Puedes llamar a la puerta antes de entrar.

—Sí, abuelito.

Se separó de él, que inmediatamente volvió a enfascarse en la lectura. Llamó suavemente a la gruesa puerta de roble.

—Adelante —le contestó una voz aguda.

Entró y encontró a su abuela sentada en una butaca de terciopelo granate, sin hacer nada. Escuchaba con arrobamiento los trinos de un canario encerrado en una jaula dorada junto a la ventana llena de tientos con flores.

—¡Kristin, querida! —exclamó—. ¿Cómo no me has avisado?

—Verás, abuelita; de pronto me entraron ganas de venir.

Se inclinó a besar la marchita mejilla, que olía fuertemente a perfume de lilas.

—Quítate el sombrero. ¿Vas a quedarte a comer?

—Sí, si no te importa, abuelita.

Se quitó el sombrero y se sentó en un diván.

—¿Escuchabas al pájaro?

—Sí. Se ha interrumpido para ver quién eres. Sigue, *Thomas*: no te preocupes por Kristin. Ya has cantado para ella otras veces. ¡Canta, canta, *Thomas*!

La señora Haverhill se puso a entonar una melodía y el canario la imitó.

—Muy bien —aprobó—. Siempre canta si se lo pido.

Kristin sonrió tomando la mano de su abuela, cubierta de anillos de diamantes y un ópalo gigantesco rodeado de perlas.

—Es muy bonito —dijo.

—¿El ópalo? Puedes quedártelo, si te gusta.

—No, gracias, abuelita. No quería decir eso.

—Te lo dejaré. Pienso dejarte muchas de mis joyas, todas las que habría heredado tu madre, que fue mi única hija.

—Háblame de ella, abuelita.

—¿Qué quieres que te diga? Creo que ya lo sabes todo.

—Háblame de cuando tenía mi edad.

—Era muy bonita, como tú.

—¿Tenía muchos amigos?

—Muchísimos. Tenía un pelo rubio dorado que llamaba la atención.

—¿Por qué tengo yo un pelo tan negro y ojos oscuros?

La señora Haverhill se movió incómoda.

—¿Quién sabe?

—Tú y el abuelo tenéis ojos azules...

—Te equivocas... tu abuelito los tiene castaños.

—Pero no negros. ¿Era moreno mi padre?

—Sí, sí —balbució la señora Haverhill—. Muy moreno.

Kristin levantó la mirada, clavándola en el rostro de la anciana.

—Abuelita, ¿quién era mi padre?

La señora Haverhill apartó su mano de las de Kristin.

—¡Oh, querida, no me preguntes eso...!

—Tengo que preguntártelo, abuelita. Hace mucho tiempo que necesito saberlo.

—Es que no puedo. Tengo que consultar primero con tu abuelo.

Se levantó, agitada, y el pájaro cantó con fuerza en la jaula.

—Perdóname, *Thomas* —gimió la señora Haverhill—. No creas que me olvido de ti.

—¿Quieres que vaya a buscar al abuelito? —preguntó Kristin ansiosamente.

—Si quieres...

Se dirigió, precipitadamente a la biblioteca y lo tomó del brazo, sin explicarle para qué lo necesitaba.

—¿Es que se encuentra mal, Kristin?

—Me ha pedido que viniera a buscarte. —Pero no decía la verdad y se creyó obligada a rectificar—. Está muy preocupada, abuelito, porque le he preguntado quién era mi padre.

—¡Dios mío! —le oyó suspirar.

Entró en el dormitorio y el canario dejó de cantar, inmediatamente.

—*Thomas* es muy listo —exclamó la señora Haverhill—| Sabe que no le tienes simpatía Harold.

—No me gusta el ruido que hace —gruñó el señor Haverhill.

—Mira cómo quiere hacemos creer que tiene hambre —dijo su esposa, muy divertida.

*Thomas* estaba tomando con el pico y velozmente, grandes cantidades de alpiste, mirando de reojo a sus dueños entretanto.

—Tiene cerebro de pájaro —dijo el señor Haverhill.

—Muy despierto —dijo su esposa.

—Para un pájaro, sí —terminó él.

Se levantó y las miró a las dos.

—¿Y ahora, qué? —preguntó.

—Abuelito, quiero saber quién fue mi padre —dijo Kristin con calor.

Los dos viejos se miraron un momento.

—No creo que haya inconveniente —dijo él al cabo de un rato.

—¿No se enfadará Stephen? —preguntó con ansiedad la señora Haverhill.

—Le diré que yo insistí —dijo Kristin—. Nunca se enfada conmigo.

Los dos ancianos volvieron a mirarse.

—Saca el álbum, por favor, Harold —dijo la abuela.

Esperaron. El corazón de Kristin latía apresuradamente. Tal vez lo odiaría en cuanto viera su rostro. Y si lo odiaba, ya no podría olvidarlo nunca.

—Aquí lo tienes —dijo el señor Haverhill.

Entregó el libro de retratos a su esposa. Ella abrió sus páginas y dijo:

—Aquí está.

Kristin contempló el retrato de un hombre arrogante y moreno vestido con el uniforme de capitán del ejército. Sintió inmediata repulsión, aunque sin saber por qué. El hombre se parecía a Jan. Aunque no había ningún parentesco entre los dos y nunca se habían visto, tenían un aspecto análogo. Estudió detenidamente sus facciones. Comprendió que no había en realidad un parecido tan grande como había creído apreciar a primera vista. Aquel hombre tenía labios finos y curvados, mientras que la boca de Jan era gruesa y sensual. La nariz de Jan era recta y la de aquel desconocido pronunciadamente aquilina... eso explicaba la protuberancia en el puente de su propia nariz, pensó Kristin. Era su padre, aunque le hiciera pensar en Jan.

—¿Está muerto? —preguntó en un susurro.

—No —contestó la señora Haverhill—. No. ¿No has oído hablar del general Bothwell?

—Sí —dijo Kristin con voz ahogada.

Todo el mundo conocía al general Bothwell. En la guerra había inventado una nueva esgrima de la bayoneta.

Kristin creyó que iba a ponerse mala. Se levantó.

—Me parece que me iré a casa.

—Te has puesto muy pálida —exclamó el señor Haverhill.

—Yo creía que mi padre había muerto —balbució Kristin.

—Siéntate. Voy a traerte un poco de vino.

—No, gracias, abuelito. —Respiró profundamente, procurando tranquilizarse—. Estoy bien. Pero primero tengo que acostumbrarme.

Estaba decidida a regresar inmediatamente a su casa.

—¿Quieres quedarte la fotografía? —le preguntó su abuela—. La guardaba para ti. Es la única que tenemos.

—No —se apresuró a decir Kristin. Luego añadió—: ¿Se divorciaron mi madre y... él?

El señor Haverhill se recostó en la butaca y cerró los ojos. La señora Haverhill bajó la cabeza, abrumada.

—Tu madre y él se pelearon poco antes de que tú nacieras. No sé exactamente por qué. Nunca quiso decírnoslo.

Kristin no comprendía nada.

—Pero, ¿cómo nació yo?

La señora Haverhill estaba desesperada. Su marido, sin abrir los ojos, movió la cabeza negativamente.

—No, no —murmuró.

La señora Haverhill hizo un esfuerzo por sonreír.

—Será mejor no hablar de eso, querida. Tu madre no quería. Creo que él la obligó, porque llegó a casa una noche en un estado de desesperación... después de una fiesta. Él era un hombre alto y fuerte, muy vicioso... sus padres eran muy ricos y él su único hijo, acostumbrado a hacer siempre su gusto.

—¡Basta! —gritó el señor Haverhill.

—Ella no quiso casarse con él —continuó su esposa—. Nosotros intentamos obligarla, pero en vano.

El señor Haverhill, incapaz de soportar más, se levantó y salió de la habitación sin mirarla.

—¿Sabe... sabe él que yo existo? —preguntó Kristin.

—No —contestó su abuela.

\*\*\*

Aquella tarde de verano, Stephen se vio interrumpido en su trabajo por una débil llamada a la puerta de su despacho. Levantó la vista y vio entrar a Kristin, muy guapa con su traje amarillo de hilo.

—Kristin —exclamó sorprendido. Era la primera vez que ella lo visitaba en la oficina—. Adelante. ¿Has venido de compras? ¿Necesitas dinero?

—No, gracias, papá.

Kristin se sentó con su elegancia natural. Él se levantó para acercarse a ella. Algo extraño ocurría. Se adivinaban lágrimas bajo la sombra del amplio sombrero de paja.

—Ya sé que estás muy ocupado —dijo Kristin—, pero no he podido resistir la tentación de venir a visitarte.

—Mi nuevo trabajo exigirá tantos años de esfuerzos, que siempre me quedará tiempo para escucharte.

Encendió la pipa y le ofreció a ella un vaso de agua helada. Vio que sus manos temblaban y pensó que tal vez se había enamorado de alguno de los muchachos que la cortejaban. Ella era muy joven, pero la juventud maduraba rápidamente en aquellos tiempos turbulentos.

Se sentó muy cerca de ella.

—Ya sabes que puedes decírmelo todo, Kristin.

—He hecho algo que debo confesarte cuanto antes —dijo ella con nerviosismo.

—¿Sí?

A Kristin le temblaban los labios. Tenía una boca adorable, no tan grande como la de Jane, y de trazo más delicado.

—De pronto quise saber quién era mi padre y fui a ver a mis abuelos. La abuelita me lo dijo, aunque no quería, al principio.

Las palabras lo cogieron por sorpresa. Siempre la había considerado una niña y no había previsto que aquello sucedería algún día.

—¿Tú también lo sabes? —preguntó, mirándole con fijeza.

—No; nunca he querido saberlo. Siempre te he considerado hija mía.

—Hubiera podido serlo... —dijo Kristin—, si Jan lo hubiese permitido.

—¿Jan?

No comprendía lo que ella quería decir.

—Sí. Siempre que se enfada por algo tiene que descargar su furia contra los demás. Por eso me repite constantemente que tú y mamá no sois mis verdaderos padres.

Stephen dejó la pipa sobre la mesa.

—Kristin, ¿por qué diablos no me lo has dicho antes?

—No lo sé —confesó ella—. Supongo que porque sabía que era cierto. No se puede hacer nada cuando una cosa es cierta.

—Habría podido castigar a Jan.

—Entonces se habría mostrado más cruel todavía conmigo, o con' Steve... o tal vez con el pequeño John.

—Olvidate de Jan —dijo de pronto Stephen—. Ya me encargaré yo de él. Háblame de ti misma. ¿Te dijo la señora Haverhill...?

—Sí; me lo dijo.

Kristin le mostraba aquel perfil que no guardaba ningún parecido con el de Jane, con una nariz delicadamente curvada, un labio superior levantado y muy acentuado, una barbilla decidida... el perfil de alguien desconocido para él, pero alguien que debía haber poseído gran belleza. Interiormente seguía deseando no saber quién había sido el padre de aquella muchacha. Jane, muerta hacía tanto tiempo, y a la que creía olvidada para siempre, volvía a inmiscuirse en su vida. Sintió la punzada de los celos. No podía siquiera imaginar sentirlos por Mary, pero tampoco era posible imaginar que Mary le diera el menor motivo para tenerlos. Era siempre tan leal, tan pura, hasta el punto de parecerle que formaba parte de su propio cuerpo.

Kristin lo miraba de un modo extraño. Sin duda quería preguntarle qué le sucedía.

Tenía los labios resecos, pero se esforzó por esbozar una sonrisa.

—¿Y bien?

—¿Estás enfadado?

—¿Cómo voy a estarlo? Tienes derecho a saberlo todo.

—¿Quieres saberlo tú también?

Sus ojos negros lo miraban con atención.

La miró con decisión. Tenía que impedir que Jane volviera a inmiscuirse en su vida. Había muerto y deseaba ahuyentar su fantasma. Su amor habíase extinguido para siempre. Cuanto tenía pertenecía ahora a su esposa, más querida para él de lo que Jane había sido nunca. En Mary había encontrado la plenitud de sus ansias amorosas.

—Dime lo que quieras.

Ella perdió súbitamente la falsa tranquilidad que aparentaba y asomaron lágrimas a sus ojos. Se quitó el sombrero y se arrojó ante él, como había hecho tantas veces siendo niña cada vez que quería pedirle algo. Él apoyó las manos en sus redondeados hombros.

—Tranquilízate —le dijo con voz dulce—. Tranquilízate y tómate todo el tiempo que quieras. Nada cambiará, bien lo sabes. Nos perteneces, hija mía. Fuimos a buscarte y te recogimos para siempre.

Nadie puede reclamarte, a no ser que quieras irte tú misma.

Su voz serena y firme llenó unos momentos la habitación. Ella guardó silencio hasta que, haciendo un esfuerzo, pudo levantar la cabeza.

—Es alguien a quien conoces... alguien a quien conoce todo el mundo.

—¿Quién? —preguntó él con voz ahogada.

—El general Bothwell.

—¡Kristin, no!

¡Bothwell, a quien tanto despreciaba, aquel arrogante militar que se jactaba de sus hazañas por el mundo entero, y era, sin lugar a dudas, un estúpido ignorante!

—¿Es malo? —preguntó ella con timidez.

Se había levantado y lo miraba asustada.

Él no supo contestar inmediatamente. A cualquier otra persona hubiera dicho: «Sí, es malo. No hay nada bueno en él. Por eso es malo».

Pero no podía hablar así a Kristin, a la que había hecho suya para toda la vida. No habría tenido inconveniente en emplear palabras duras para acusar a Jane, pero sabía que Kristin era inocente.

—Querida —dijo por fin—. Siéntate. No me es posible contestar a tu pregunta. No soy yo quien ha de decir si un hombre es malo o no lo es. Sólo diré que no lo creo bueno. Pero, ¡hay tantas cosas que nunca comprenderé! ¿Por qué, por ejemplo, no quiso tu madre casarse con él?

—¿Nunca te lo dijo? ¡Me lo he preguntado tantas veces!

—¿Tantas veces, y nunca nos dijiste nada? Tu madre nunca me confió ninguno de sus secretos —añadió con voz dolorida—. También es cierto que nunca le hice preguntas. Creía que podríamos vivir nuestra vida, olvidando cuanto hubiera podido suceder con anterioridad.

Kristin volvió a dejar caer la cabeza, abrumada.

—¡Y así hubiera podido ser, si yo no hubiese nacido!

—No puedo pensar de esa forma, Kristin. Nunca se me ha ocurrido pensar así. No es posible controlar el destino de los seres amados. Yo amé mucho a tu madre, pero nunca supe hacerla feliz.

—¿No fue feliz?

—No, nunca.

—Si lo hubieses sabido, tal vez te hubiera sido posible prestarle ayuda.

¡Y aquello lo decía la hija de Jane!

Stephen se apresuró a contestar:

—Cada uno hace lo que puede, según sean las circunstancias.

—¿No querrías ahora...?

—No. Si quisiera haber obrado de modo distinto, ese? deseo sería suficiente para destruir nuestra vida actual. Además, volver atrás no tiene ningún objeto. Hay que aceptar las cosas de cada día tal como se presentan. Acabada la jornada, ya no se puede hacer nada más.

Ella volvió a arrodillarse a sus pies.

—¿Qué crees que debo hacer?

Stephen buscó su mirada implorante.

—Ya es bastante por hoy, Kristin. Vete a casa, querida. Mamá estará preocupada si llegas tarde. Dile que esta noche no me será posible ir a cenar, porque tengo mucho trabajo atrasado.

—¿Debo decirle todo lo demás?

Stephen rechazó su primer impulso de proteger a Mary. Luego pensó que tenía suficiente valor para resistir cualquier sorpresa.

—Haz lo que te parezca más oportuno, hija mía.

—Tendré que pensarlo —dijo ésta.

Volvió a estar tranquila. Levemente, acarició una mejilla de Stephen. Luego se levantó, cogió el sombrero y se lo puso, ocultando sus rebeldes rizos.

—Te he hecho perder demasiado tiempo. Lo siento.

—Me alegra mucho que hayas venido a mí antes que a nadie —contestó él—. Hazlo siempre y estaré satisfecho de ti.

—¡Oh, papá! —murmuró ella, conmovida. Se inclinó a besarle la cabeza. Luego se incorporó, añorando los primeros tiempos de su niñez, deseando no haber sabido nunca nada de lo que ahora sabía

—. Quisiera que... que comprendieses que para mí no habría nadie digno de... de ocupar tu lugar como padre, ni lo habrá nunca.

El comprendió lo que ella no acertaba a expresar.

—Lo sé, pequeña, lo sé.

Kristin se volvió y salió del despacho, sin levantar la cabeza.

Cuando esperaba el ascensor, un joven impetuoso, de rubios cabellos y elevada estatura, tropezó con ella.

—Perdón —exclamó—. ¿Me permite que me presente? Soy Christopher Rudlow... mi padre es uno de los clientes más antiguos del suyo; no de la Fundación Mendel, sino de su otro negocio. Yo trabajo en lo de Mendel. Es una locura, me parece a mí, pero una locura maravillosa. Sólo un genio como su padre sabría llevarla adelante. Y lo hace estupendamente.

Aquel torrente de palabras venía envuelto en una agradable voz de barítono, y Kristin se sintió curiosamente emocionada. Su mano fue sacudida con energía dos o tres veces, pero el joven no se decidió a soltarla. Ella la retiró por fin, procurando no hacerlo, con excesiva violencia para no herir la susceptibilidad de su interlocutor. Adivinaba en sus ojos intensamente azules que tenía un temperamento impresionable.

—Yo me llamo Kristin —contestó sonriendo.

—No la había visto nunca antes de ahora —exclamó él.

—Es que nunca había venido aquí —explicó.

—¿No le interesa nuestro trabajo? —preguntó él con cierta ansiedad en la voz.

—No lo sé —dijo ella, y al fijarse en su rostro franco y agradable, añadió—: Parece algo muy fantástico, ¿no cree? Algo así como el sueño de un santo.

—No, no; nada de eso —se apresuró a protestar el joven—. Es algo muy real y muy práctico, se lo aseguro. Es curioso lo fácilmente que llega a creer la gente que sólo lo malo puede ser real.

—Puede que tenga usted razón —admitió ella.

—Me gustaría que viniera a tomar el té conmigo —exclamó el muchacho—. Así podría explicárselo todo con detalle. Yo soy un convencido, ¿sabe usted?

Ella vaciló. ¿Por qué no aceptar, ya que no tenía nada más que hacer?

—De acuerdo —dijo por fin. Y añadió—: Me parece que tengo apetito.

—Magnífico —exclamó el joven—. Yo siempre estoy hambriento.

Stephen había cerrado la puerta después de salir Kristin. Puso sus papeles en orden, guardándolos en los cajones de su escritorio y descolgó el teléfono para no ser molestado. Luego fue a sentarse en su gastado sillón de cuero, cerró los ojos y se puso a pensar.

Las oficinas del edificio iban quedándose desiertas. Dos o tres personas forcejearon con el pestillo de su puerta y, al no poder abrirla, se alejaron.

Caía la noche y en la ventana iban apareciendo los reflejos multicolores de los anuncios luminosos. ¿Sabría Bothwell que había nacido la niña? Si no lo sabía, ¿era preciso hacérselo saber? La propia Kristin debía decidir. Pero, ¿qué hubiera querido Jane? Jane seguía siendo la madre. ¡Ah, Jane no había querido que la niña quedara con él! La había ocultado a la vista de todos.

Se incorporó con presteza. Iría a ver a los Haverhill y les preguntaría todo lo que nunca había querido saber. Reflexionando aún, cogió el teléfono. Luego, lentamente, volvió a dejarlo en su sitio. No, no les preguntaría nada. ¿Qué podían decirle? Ellos estaban de parte de Jane.

\* \* \*

Cuando llegó a su casa, los niños ya estaban acostados. Todo el edificio estaba iluminado y, en la salita, Mary había abandonado su labor en mitad de la alfombra. Sin duda alguien la había llamado con urgencia, y ¿quién podía ser sino Kristin? Subió la escalera y oyó sus voces. La de Mary sonaba tranquila, y la de Kristin llorosa. Se dirigió a su dormitorio. Estaba cansado, con el mismo cansancio inexplicable que le causaba Jane en otro tiempo. Sus manos de difunta llegaban aún hasta él.

En el lecho, media hora más tarde, seguía despierto, esperando oír los pasos de Mary. Ella era su consuelo, el manantial inagotable de donde extraía las energías necesarias para seguir viviendo. Gracias a ella comprendía que existen personas que irradian vida, así como Jane llevaba en sí los gérmenes de la destrucción.

Volvió a meditar, como tantas veces, en la extraña división que existía en la especie humana. ¿Dónde empezaba aquella división? ¿Procedía de los cromosomas, de tal modo que cada uno nacía con un destino marcado de antemano? ¿O era todo producto de las circunstancias y del ambiente? La vida entera le parecía un enigma indesciftable.

Estaba sumido en estas reflexiones cuando apareció Mary, que se mostró sorprendida al verlo allí.

—No sabía que habías vuelto, querido.

Se inclinó a besarlo y él la abrazó con fuerza.

—Oí que hablabas con Kristin y supuse que te contaba su visita a mi oficina.

—Sí; me lo ha contado todo.

—¿Qué crees que debemos hacer?

—Nada.

—¿Continuará sintiéndose feliz aquí?

—Sí. Ahora que lo sabe todo, Jan no puede seguir torturándola.

—Tenemos que hacer algo con Jan.

Ella vaciló.

—Tal vez podríamos enviarlo a alguna parte donde se viera obligado a compararse con otros muchachos de su edad.

Steve es tan bueno, Kristin tan sensible y John tan pequeño, que Jan se siente desplazado.

Se había sentado en el borde de la cama y le tenía cogidas las manos. La luz de la lamparilla iluminaba su rostro bondadoso y bello, arrancando reflejos amarillentos a sus cabellos cada día más grises.

Stephen suspiró.

—El eterno problema de los que son buenos es cómo tratar a los que no lo son.

—Desde luego —convino ella.

Mary sabía por instinto todo lo que él iba aprendiendo lenta y dolorosamente tras mucho trabajo y prolongada meditación.

—Quiero dormir —dijo—. Buenas noches, amor mío.

\* \* \*

A los buenos los encontraba con facilidad. Sus jóvenes emisarios iban de un lado para otro, visitando pequeñas poblaciones y caseríos, ciudades y aldeas, en busca de personas que gozaran fama de bondadosas. Había confiado aquella tarea a la juventud, porque sabía que ésta estaba necesitada de optimismo. Los periódicos y la radio no contenían más que las falsas voces de los hipócritas y los ignorantes. Era difícil respirar aire puro, y en aquella atmósfera de corrupción los jóvenes se marchitaban y morían.

En los sitios más remotos e insospechados encontraba hombres y mujeres que, dedicados a tareas meritorias, no pedían recompensa por ellas. Se contaban a miles, pero aquellos miles se convertirían pronto en decenas de miles, y tal vez en millones. Había personas buenas en todas las naciones, entre todos los pueblos. Stephen soñaba con una vasta asociación en la que todos se animaran mutuamente a proseguir en sus tareas benéficas, hasta que la suma total de las buenas acciones bastara para compensar la montaña de maldad acumulada por los siglos. Su proyecto incluía una voz que debía hablar a todos aquellos jóvenes justos, una voz que diera a conocer a todos la esperanza de un futuro mejor.

Un día fue a ver a Adolph.

—Adolph, quiero que compres una buena emisora de radiodifusión, capaz de alcanzar a todas partes. También necesito un espacio en la televisión.

Adolph, que continuaba viviendo regiamente de los beneficios acumulados durante la guerra, se echó a reír con regocijo.

—¿Cuándo vas a pedirme la luna?

Estaba muy satisfecho de Stephen porque todo el mundo hablaba de la Fundación Adela Mendel, y le gustaba oírlo. Servía para consolarlo y a la vez para liberarlo de la carga de sus remordimientos. Ahora podía comportarse exactamente igual que cuando vivía su mujer, porque la Fundación era la señal externa de su arrepentimiento.

No obstante, estaba convencido de la grandeza de Stephen. Había tenido ocasión de visitar las oficinas de otras muchas fundaciones benéficas organizadas por millonarios arrepentidos, y no había dejado de observar que abundaban en ellas las rencillas, los celos y el orgullo. Nada enfurecía más a Adolph que el dinero inactivo. Cualquiera imbecil, repetía, era capaz de ahorrar dinero. En cambio, hacía falta ser genial para gastarlo bien. Y a Stephen lo consideraba uno de tales genios. Le complacía y le interesaba aquella idea de ir a buscar a los justos, como un científico buscaría uranio. Todo podía esperarse de una acumulación de seres justos, porque la prueba no se había intentado hasta entonces. La misma bomba atómica no tenía nada de nuevo. Lo único nuevo era la densidad de sus elementos destructores. Una análoga densidad de santos, decía, sería tal vez capaz de producir efectos aún más devastadores. Arrastrando de nuevo una vida pecadora, le complacía saber que sus ganancias ilegítimas se destinaban a un proyecto fantástico y a la vez el más noble que había conocido la historia del mundo.

—¿A qué viene eso? —preguntó a Stephen.

—Quiero que todos se enteren de lo que estoy consiguiendo —declaró Stephen—. Buenas noticias que compensarán en parte la masa de crímenes que los periódicos nos ofrecen a diario. ¿A quién se le ocurriría por primera vez esta estúpida idea de que sólo vale la pena enterarse de accidentes y asesinatos?

—Me gustaría que todo esto se te hubiera ocurrido mientras aún vivía la pobre Adela —exclamó Adolph—. Ella disfrutaría extraordinariamente. ¿Has visto a Stella últimamente?

—Nadie puede verla —contestó Stephen.

Stella había tomado los hábitos de una Orden de clausura.

Adolph se encogió de hombros con indiferencia.

—Aquella chica habría podido asesinarme. Lo llevaba en la sangre. ¡Un caso verdaderamente curioso! ¿Cómo la clasificarías tú, Stephen?

—No sabría —contestó éste—. Es una mujer corriente, ¿no crees? La mayoría de las personas ocupan una posición intermedia. Son sólo unos pocos los que resultan incorregibles para el bien o para el mal. Los malos llevan dominando el mundo desde hace tiempo, y me propongo conseguir un cambio.

—Empleando los métodos más modernos, ¿eh? —sonrió Adolph, mordisqueando su habano—. ¿Y por qué no? Tendrás tu emisora, amigo mío.

La emisora Buenas Noticias se dirigía al país una vez por semana. Stephen tuvo que contratar cuatro secretarios para que atendieran a su correspondencia, cada vez mayor, y un par de semanas más tarde se vio obligado a tomar dos más. Dirigía personalmente los programas, entrevistando a hombres y mujeres, a los que preguntaba cómo y por qué hacían sus benéficas labores. Había tal variedad de personas que resultaba casi imposible clasificarlas, desde las mujeres en una gran ciudad que recogían a los niños que nadie quería, hasta el hombre que se dedicaba a vigilar los juegos callejeros de los niños, pasando por los que arriesgaban sus vidas por eliminar la corrupción de sus ciudades, los abogados que defendían gratuitamente las causas de los pobres, los que dedicaban buena parte de su tiempo en defensa de las libertades cívicas, y los que luchaban con todas sus fuerzas contra los prejuicios raciales. Stephen, a medida que iba conociendo a todas aquellas personas, iba adquiriendo una inmovible fe en la humanidad. En los rostros de aquellos justos adivinaba un solo Rostro, una sola mirada bondadosa y recta, y algunos días sentía deseos de llorar pidiendo perdón humildemente por haber dudado de la existencia del bien sobre la tierra. Todos ellos parecían pedir disculpas por ser como eran, y cuando les preguntaba los motivos que tenían, la invariable respuesta era «que no podían remediarlo». Los impulsaba un espíritu interior que ellos mismos no acertaban a definir, un poderoso amor hacia el prójimo, puesto por Dios en sus corazones.

El Amor, se decía, era una palabra maravillosa, una fuerza inmensa e invencible, la única que podía curar los males que aquejaban a la humanidad enferma.

Pero, ¿por qué unos poseían el genio del Amor y otros carecían de él por entero? ¿Dónde se hallaba la fórmula mágica, la combinación química que daba origen al bien? No era suficiente con hallar a los que lo poseían. Era preciso saber cómo se originaba el bien. Mientras no lograra descubrir el secreto de su origen en el espíritu humano, no podía ayudar al mundo a salvarse. Mientras el mal dominara al bien, la humanidad seguiría condenada al fracaso. Pero este fracaso no era inevitable. Él había encontrado a los justos, sabía que existían, que no eran un sueño fantástico, y que constituían un inagotable tesoro, esperanza para el futuro.

\*\*\*

—¡Jan, deberías avergonzarte!

Mary se dirigía a él en tono duro, pero Jan reía complacido. Volvía a maltratar a *Migi*, el perro de aguas, que lo miraba sorprendido, con expresión dolorida en sus ojos ambarinos.

—No hago nada —protestó Jan—. Me divierto... eso es todo.

—¿Te has preguntado alguna vez si lo que a ti te divierte resulta agradable para los demás? —le preguntó Mary.

Hacia tiempo que había descubierto que a Jan era necesario hablarle en forma directa y sin rodeos. También había averiguado que los arrogantes acostumbraban a disimular bajo su orgullo un extraño temor inconfesado.

—No me hagas —un sermón, mamáita —protestó él.

Pero aflojó el cordel con que sujetaba fuertemente el morro del animal, que se alejó de allí rápidamente, dolorido y asustado, pero sin atreverse a expresar su descontento, porque Jan formaba parte de aquella familia a la que tanto quería.

Mary contempló el hermoso rostro rebelde del muchacho y miró sus ojos azules y audaces... era un guapo mozo, se dijo, pero hubiera preferido descubrir menos dureza en él.

—¿Por qué te sientes desgraciado, Jan? —preguntó de súbito.

—No me siento desgraciado.

—Sí, estoy segura. Los que son felices no buscan el sufrimiento de los demás.

—Papá y tú os complicáis la vida haciendo montañas de granitos de arena.

—¡Repróchame lo que quieras, pero no hables así de tu padre! —gritó ella. Luego añadió—: ¿Es que no estás a gusto en casa?

—No —contestó Jan con expresión sombría.

—¿Adonde quieres ir?

—A una academia militar.

—¿Para qué, Jan?

El se apoyó en una de las columnas de los porches, metiendo las manos en los bolsillos.

—¿Por qué no? —murmuró.

—Jan, eso no. es una respuesta —le reprochó Mary.

—¿Por qué no he de ir preparándome para la próxima guerra? —añadió el muchacho.

A pesar de que le desagradan tantas cosas de él, Mary no podía dejar de admirar su energía y su espléndida juventud. En realidad, ¿qué otra cosa podía esperar Jan de su época turbulenta y difícil más que barro de trincheras, destallido de granadas y fuego de lanzallamas? Le estaban vedados los sueños de paz. Era un hombre que empezaba a vivir y que descubría una vida sin horizontes. Steve estaba a salvo gracias a su deformidad, y John era aún demasiado pequeño. Pero Jan se sentía solo y abandonado en un mundo cruel y amenazador.

—¡Oh, Jan! —exclamó sin poder contenerse—. Quisiera poder mejorar el mundo. Tal como es me resulta odioso. Cuando pienso que los muchachos de tu edad no ven ante ellos más que guerras y muerte, se me hace imposible soportarlo.

Hacia un gran esfuerzo por no echarse a llorar.

—Nadie puede remediarlo —dijo Jan en voz baja.

Tiene que haber alguien capaz de conseguirlo —insistió ella. Luego añadió lo imposible según dominando los labios por un tiempo, contestó resignado de pronto en la voz

—Tiene que haber alguien capaz de conseguirlo —insistió ella. Luego, siendo consciente de seguir dominando las rigidas por mas tiempo, penetró precipitadamente en la casa.

En cuanto estuvo en el vestíbulo rompió a llorar en silencio. ¿Cómo podía esperarse que Jan fuese bueno? Su cuerpo era joven y fuerte, pero su mente sabía que debía vivir su vida poco tiempo, que debía morir pronto. Era preferible dejarle vivir su vida, buscando satisfacción en cosas incomprensibles, como la carrera militar. Si había nacido para destructor de vidas humanas, lo mejor era permitir que su destino se cumpliera sin trabas.

Pero eso era lo que Stephen no podía comprender. La división de los espíritus, la confusión babélica, la lucha entre el bien y el mal. En aquel dilema, Jan debía escoger por sí mismo.

Mary había escondido el periódico de aquella mañana antes de que Kristin pudiese verlo. La primera plana la ocupaba un retrato del general Bothwell. «Hemos de acostumbrar a la guerra a una generación entera», eran las palabras del famoso militar. Cogió el periódico de donde lo había escondido y estudió el rostro arrogante y cruel, su perfil de ave de presa acostumbrada al fragor de las batallas. Buena parte de la juventud del país se hallaba a sus órdenes. Se le habían confiado millones de muchachos que en aquellos momentos se arrastrarían por suelo asiático, buscando la muerte de otros hombres, calificadlos oficialmente como «enemigos». Aquél era el mundo extraño al que pertenecía Jan, un mundo que lo llamaba a su seno a todas horas. Si ella protestaba, en nombre de la mujer que dio el ser a aquel muchacho, muchos se reirían de ella considerándola ridícula y sentimental. «Cuanto antes arranquemos a los muchachos de las faldas de sus madres, mejor será para ellos mismos», había declarado el general Bothwell. También a John aguardaba el mismo destino. Le alegraba no haber tenido más hijos. Volvió a esconder el periódico y se asomó a la ventana. Jan se había tumbado sobre el césped bajo un sauce y el perro había vuelto junto a él para lamerle las manos. Jan no le pegó. Atrajo al animal hacia sí, y apoyando en él su cabeza, se dispuso a dormir. El perro agitó la cola sintiéndose feliz.

En aquel momento brotó la música del cuarto contiguo. Steve se había puesto a tocar, como hacía siempre a aquella hora. Mary fue a su lado, buscando consuelo. Él la vio y le dedicó una sonrisa sin interrumpir su ejecución. Su pálido y hermoso rostro tenía una expresión distante. Había aprendido la renunciación y sabía lo que era la paciencia. Estaba interpretando acertadamente una fuga de Bach, pero la interrumpió inesperadamente y se volvió hacia Mary sonriendo con dulzura.

—¿Qué ocurre, mamá?

Ella tenía costumbre de hablar a Steve sin ocultarle nada, y por eso contestó:

—Estoy preocupada por Jan. ¿Sabes que no piensa en otra cosa que en la guerra?

—¿Y quién no lo hace? —replicó Steve, volviéndose en la banqueta para situarse frente a ella.

—¿Cómo podemos ayudarle, Steve?

Él la miró con ojos tristes.

—No podemos ayudar a Jan. Tampoco puedes tú ayudarme a mí. No te es posible quitarme esto que tengo en la espalda... por mucho que lo desees.

—¿Y cuánto lo deseo! —exclamó ella sin poder contenerse.

—Lo sé —dijo él.

Inmediatamente sus ojos se perdieron en el vacío. ¿Qué pensaría?

—¿Tienes algún consuelo, Steve? —le preguntó con timidez.

—Oh, sí —se apresuró a contestar él—. Tengo mi música, y además todo el mundo es muy amable conmigo. En realidad, tengo que endurecerme contra tanta amabilidad, porque muchas veces sólo sirve para recordarme cómo soy, incluso cuando yo mismo lo he olvidado. Pero comprendo que su amabilidad no es más que el resultado de sus deseos de ayudarme, sabiendo que es imposible.

—¿Has visto ese horrible retrato del general Bothwell que trae el periódico? —le preguntó ella de pronto.

Steve era quien bajaba primero a desayunar y leía el periódico antes que nadie.

—¿Por qué horrible, mamá?

—¡Tan cruel!

—Tiene que serlo, mujer. ¿Cómo quieres que sea, teniendo el oficio que tiene?

—Pero quisiera saber si es cruel por naturaleza o porque el mundo le ha obligado a serlo...

Steve la interrumpió.

—Mamá, he aprendido ya que no debemos hacer preguntas de tanta trascendencia. No hay que preguntar el porqué de las cosas, porque no existe respuesta.

Mary se incorporó.

—Sigue tocando, Steve. Tu música me hace compañía mientras hago las faenas de la casa.

Su interés se despertó al instante.

—Bach es un sedante, ¿no te parece? He renunciado a

Beethoven. ¿Te has fijado en que ya no interpreto más que a Bach y a Mozart?

Ella no se había fijado y no contestó.

—También he dejado a los modernos —siguió diciendo Steve—. No son tan tempestuosos como Beethoven, pero están llenos de desesperación. El coloso de Bonn se revolvió contra los dioses, pero hoy ya no quedan dioses contra quienes rebelarse.

Mientras hablaba se había puesto a tocar y sus finos dedos recorrían el teclado despertando melodías dulces y tranquilas, en las que nada se preguntaba, nada se pedía, donde no latían pasiones desbocadas.

\* \* \*

Kristin había encontrado el periódico. Entre sus obligaciones diarias se hallaba la limpieza de la salita. Desde que conocía su verdadero origen, se sentía más ligada a aquella casa y hacía sus tareas con mayor entusiasmo. Al limpiar quitó todos los cojines de la sala y así fue como encontró el periódico escondido por Mary. Inmediatamente vio el retrato y reconoció el rostro. La casa estaba silenciosa. Ni siquiera se escuchaba la música de Steve, y por la ventana podía verse a Jan, tumbado bajo el sauce. Se sentó en una butaca y contempló el retrato de aquel hombre que no conocía. Su pecho aparecía cubierto de condecoraciones, y en su expresión orgullosa creyó descubrir algo familiar. ¡Se parecía a ella misma! Cualquiera que los viese juntos notaría inmediatamente el parecido. Tenía que evitar que eso ocurriera. Luego leyó el texto que acompañaba a la fotografía y se estremeció de terror y de asco. Aquel hombre había dado muerte a muchos seres humanos, y además había enseñado a matar a muchos muchachos fuertes y jóvenes como Jan. Si Jan tenía que irse a la guerra y en ella derramar sangre de otras personas, Kristin sabía que no le sería posible tocar su mano manchada. Las bayonetas le parecían lo más horrible. Por la radio había oído que en Corea se había atacado a la bayoneta en «la mayor matanza al arma blanca registrada en los anales militares desde la Guerra de Secesión». Estaba sola en su cuarto cuando el locutor leyó aquel reportaje, y aunque nunca había visto chinos ni hablado con ninguno de ellos, se vio obligada a exclamar: «¡Pobrecillos!», mientras rodaban lágrimas por sus mejillas.

Ahora, contemplando aquel rostro desafiante, sentía ganas de llorar otra vez, pero principalmente por Jan, ya que comprendía por vez primera que los que se veían obligados a matar eran los más dignos de lástima. Era mucho más fácil dejarse matar, infinitamente más sencillo que blandir el frío acero y perforar con él las entrañas de otro hombre.

—¡Oh, yo no podría! —gimió.

En aquel momento entró Mary en la salita.

—¡Kristin! —exclamó—. No quería que encontraras eso.

—Yo tampoco hubiese querido encontrarlo —contestó Kristin. Luego arrojó el periódico al suelo y dijo apasionada— mente—: ¡Oh, mamá, mamá! —abrazándose a Mary mientras lloraba desconsoladamente.

\* \* \*

—Cada generación encuentra su propia fe —dijo el padre de Stephen.

Los años lo habían hecho frágil como una porcelana, pálido como una nebulosa, transparente como un rayo de luna. Hacía unos meses que había renunciado a predicar, alegando que se sentía viejo y cansado, y vivía recluso en la casa rectoral. En una casa cercana se alojaba el joven ministro que atendía en su lugar a los servicios de la capilla. Era un hombre enérgico y violento cuyos sermones estaban llenos de vida y alusiones prácticas. Los feligreses echaban de menos a su viejo pastor, y aunque reconocían la buena disposición de su sustituto, iban en busca del antiguo en cuanto se veían necesitados de consuelo y consejo.

El viejo pastor de almas se sentaba largas horas ante la ventana de la salita, y la mayoría de los habitantes procuraban pasar ante ella para saludarle cariñosamente. A veces estaba tan cansado que ni siquiera podía agitar una mano en respuesta, limitándose a contestarles con una dulce sonrisa. Su esposa se hallaba siempre cerca de él, atenta a sus menores necesidades. También ella había envejecido notablemente, perdiendo el sano color de sus mejillas y el alegre brillo de sus ojos. Entre los dos ancianos se había establecido una compenetración casi perfecta. Ya no había pasión en su cariño, pero el lazo que los unía era más fuerte que nunca, tanto que a veces Stephen creía observar que ella no tenía más preocupación que su marido, olvidada momentáneamente de la existencia de su hijo y sus nietos.

Había vuelto junto a su padre porque sabía que ya no tendría ocasión de verlo muchas más veces. El motivo de su visita eran sus hijos, ya que el haber encontrado su sendero y no precisaba más de los acertados consejos del viejo sacerdote. Le gustaba explicar a su padre los progresos de su labor.

—La semana pasada vino a verme un hombre que había tenido un sueño. A primera vista lo calificaría de fantástico, pero ahora ya sé que nada es fantástico. Sueña con montar un centro de adiestramiento de jóvenes de ambos sexos dispuestos a irse a los países más atrasados con objeto de trabajar con sus habitantes y enseñarles nuevos métodos de cultivo, modernos sistemas de enseñanza para la infancia y prácticas de higiene individual y social. Es un proyecto que exige mucho dinero, pero que vale la pena estudiar. El hombre dice que así la juventud hallará un escape para sus impulsos contenidos de idealismo y solidaridad. Ya ha reunido la mitad del dinero necesario para empezar. Ya no es un mero proyecto, sino que empieza a convertirse en realidad. Desea ingresar en nuestra Compañía de los Justos, como nos llaman todos ahora. Nadie inventó el nombre; nació de modo espontáneo. Eustis me decía el otro día que cuando alguien tiene la audacia de emplear palabras sencillas y fundamentales como «amor», «verdad» y «bondad», no hay quien pueda impedir sentirse atraído irresistiblemente. El solo sonido de tales palabras sirve para levantar la fe en los que estaban descorazonados. Mucha gente ha tenido miedo de emplearlas, esperando que los cínicos se burlasen de ellos, pero valía la pena arriesgarse a probarlo.

Entonces fue cuando su padre dijo:

—Cada generación debe encontrar su propia fe.

Al oír aquellas palabras en boca de su padre, recordó a sus hijos y lamentó haber sido incapaz de transmitirles la fe que estaba empezando a conocer. Su fe se renovaba de día en día cada vez que miraba el rostro de un ser bondadoso, fuese hombre o mujer, oía un relato de sacrificio o se enteraba de los sufrimientos padecidos por todos cuantos caminaban en busca de la verdad.

Pero, ¿cómo explicar sus experiencias a sus hijos? Tampoco él lo habría comprendido nunca si no hubiese perdido a Jane, o no tuviera un hijo como Steve. Sabía que de todos ellos, Steve sería el primero en hallar la fe que necesitaba, pues la buscaba con paciencia. Benditos sean los pacientes, pensaba, porque hallarán a su padre.

—¿Dónde podrá encontrar Jan consuelo e inspiración? —preguntó a su padre.

La mente del viejo pastor se conservaba muy clara. Había olvidado muchas cosas al envejecer, pero a medida que se aproximaba al sepulcro, renunciaba voluntariamente a todo lo que no fuera fundamental para su viaje a la eternidad. Así, lo que le interesaba lo recordaba con toda claridad. Recordaba muy bien el carácter y manera de ser de cada uno de los hijos de Stephen, y basándose en este recuerdo, pudo contestar con firmeza.

—Kristin hallará su fe en la misma vida. Es mujer y las mujeres llevan dentro de ellas mismas una fuente creadora y vivificante. Saben que la vida nace de sus propios cuerpos. Cuando Kristin quiera a un hombre y se una a él en matrimonio, se olvidará de todo lo demás, hasta de su origen, para convertirse en parte integrante del manantial de vida que ha de ser su fe. Steve también se halla muy cerca de la meta, y John es aún demasiado niño. Por las noches, cuando me despierto, rezo por Jan. Le queda poco tiempo.

—Cada día se distancia más de mí —contestó Stephen—. Se ríe de lo que hago. El trabajo que a mí me entusiasma a él le causa risa. Steve se muestra respetuoso, aunque no ha deseado nunca participar en mis esfuerzos, y Kristin cree sinceramente en mí. Pero Jan se burla abiertamente. Me considera un ridículo sentimental.

Hacia pocos días que Jan había dicho en tono de mofa:

—¿Dónde se esconderá tu Compañía de Justos cuando caiga la bomba atómica?

Stephen le había contestado utilizando palabras bíblicas que nunca había usado hasta entonces.

—Dios ha enviado siempre la lluvia sobre los justos y los injustos, sin hacer distinciones.

Entonces había sido cuando Jan se había echado a reír.

—¿Dónde podría encontrar Jan la fe que necesita? —musitó el anciano—. No veo el camino despejado para él. ¡En mis tiempos era todo tan claro! «¡Salid al mundo y predicad mi evangelio!» Pero entonces el mundo podía ser muy pequeño, no mayor que esta aldea al borde de un camino.

Parecía muy turbado y Stephen se asustó.

—No te preocupes demasiado, papá. Descansa viendo pasar a la gente al otro lado de la ventana, y con el tiempo Jan encontrará su fe.

—Sí, Stephen, tienes razón. Con el tiempo encontrará su fe.

Pronto se sintió soñoliento, y Stephen lo dejó reposar tranquilo. Su madre estaba en la cocina, preparando la sopa, y lo miró con ojos distraídos.

—Me voy, mamá —le dijo, besándola.

—¿Cuándo piensas volver, Stephen? —preguntó ella con voz temblorosa.

—Si me necesitas, llámame en seguida —le dijo Stephen, sabiendo que sólo volvería si le llamaban.

Ya no podían hacer nada por él. Una generación se extinguía y la que venía detrás debía ocupar el primer puesto.

Abandonó la casa que tan bien conocía, con una extraña convicción de que el río de la vida avanzaba inexorablemente, empujando ante sí a las generaciones, sordo a toda rebelión. A cada uno le correspondía un turno establecido de antemano, y no quedaba otra opción que la de vivir el breve período en paz y tranquilidad, en lugar de vana y miserablemente. ¿Cómo podía inculcar tan sencillo principio a su hijo Jan? La fe debía hallarse en la propia vida, tras adquirir la convicción de que con buena voluntad todo era posible.

—La única cosa segura es la bomba atómica —había dicho Jan.

—Pones toda tu confianza en una explosión —le había reprochado Stephen—. Y después de la explosión, ¿qué?

—¡Nada! —había exclamado de modo salvaje aquel muchacho impetuoso.

\*\*\*

El mismo mes en que Steve ingresó en el conservatorio, Kristin se enamoró y Jan se escapó de casa, el pequeño John se cayó por un acantilado al borde del Sound y se rompió una pierna. Sus huesos podían soldarse rápidamente, gracias a los muchos cuidados y sana alimentación de que había disfrutado durante toda su niñez.

—Es un gran alivio —declaró Mary— saber que John está a salvo en la cama en estos momentos en que suceden tantas cosas.

Porque Kristin había escogido el mismo domingo en que ocurrió el accidente para hablar a sus padres de su amor, y aquel momento lo había aprovechado John para escalar el acantilado. Cuando unos bañistas lo descubrieron al pie del muro rocoso, Kristin no había terminado aún su relato. Tuvo que interrumpirlo mientras iban a buscar a John y lo llevaban al hospital para que le entablillaran la pierna.

—Bueno —dijo Stephen a última hora de aquel día tan agitado—. Sepamos de una vez de quién estás enamorada.

Kristin sonrió marcándosele claramente los hoyuelos de las mejillas. Era un rasgo que había heredado de Jane, y que unido a su simpatía natural, hacía que su sonrisa resultara irresistible.

—Aún no ha terminado la historia —dijo—. Pero tendrás un final feliz, podrás estar seguros.

—Eso dependerá del hombre —dijo Stephen con cierta sequedad.

—Dependerá de mí —contestó Kristin con firmeza—. Lo tengo decidido.

—Primero me gustaría conocer al caballero en cuestión —dijo Stephen sin abandonar su seriedad.

—Vendrá esta noche, después de cenar, en visita de inspección —dijo Kristin volviendo a sonreír.

—Esto sí que es sorprendente —protestó Stephen volviéndose a Mary—. ¡Vaya manera de presentarnos a ese joven desconocido que ha de entablar las relaciones más íntimas con nuestra única hija! ¡Visita de inspección!

—Eso se llama vida moderna —explicó Mary sonriendo divertida.

Tratándose de Kristin, Stephen sabía muy bien de parte de quién estaba la simpatía de Mary. Era complaciente y sentimental, dispuesta siempre a identificarse con aquella muchacha que no tenía una sola gota de su sangre.

—Me complace que Kristin vaya a casarse joven —añadió Mary—. Yo hubiese querido, pero no fue posible. He recomendado a Kristin que no lo deje escapar ahora que está a tiempo.

—Es demasiado joven para pensar en casarse —arguyó Stephen.

—Tonterías —se apresuró a decir Mary.

Stephen calló, sorprendido al oír aquella expresión en labios de su mujer.

Kristin reveló de pronto su secreto.

—Le conoces, papá. Por lo menos lo ves muy a menudo. Trabaja contigo. Es Christopher Rudlow.

¡Rudlow! El hijo menor del viejo Rudlow, contratado por él el año anterior a petición del señor Rudlow, que le había escrito expresamente desde Inglaterra. El muchacho quería hacer carrera en América. Frunciendo el entrecejo, Stephen recordó al joven rubio que trabajaba para él en la oficina exterior, un muchacho de voz agradable, que en cierta ocasión había actuado como locutor y había demostrado poseer un acento no demasiado británico para el gusto del público.

—¿Cómo os habéis conocido el joven Rudlow y tú? —preguntó, sorprendido.

—Me vio aquel día que fui a tu oficina —contestó Kristin—. Me llevó a tomar el té y me avergüenzo de confesar que tenía tanta hambre que el pobre tuvo que pagar una cuenta muy crecida. Me prometí que la próxima vez pediría una tortilla y ya comería alguna cosa cuando volviese a casa.

—Ahora comprendo el motivo de que me haya pedido aumento de sueldo —exclamó Stephen—. Me acuerdo perfectamente de él. Pero no pretenderás casarte con un hombre al que sólo conoces desde hace unas semanas.

—¿Por qué no? —intervino Mary—. Es más fácil casarse con un hombre al cabo de unas semanas que después de un montón de años.

—Por favor, mujer... —rogó Stephen, comprendiendo la ironía.

—No puedes hacer nada por evitarlo, papá —dijo Kristin alegremente—. Christopher es un tipo anticuado, de modo que vendrá a pedirte mi mano. Debes recordar que yo ya se la he concedido. Sólo te pido que seas complaciente.

—¡Complaciente! —gritó Stephen exasperado.

—Tendrías que tenerle simpatía —siguió diciendo Kristin—. Te adora, está convencido de que se te ha ocurrido la idea más genial y extraordinaria de la historia. Dice que no hay nada tan revolucionario como una gran concentración de personas buenas.

Sabía que estaba intentando halagarlo, pero no podía negar que resultaba agradable. No sería mala cosa introducir en su círculo familiar a aquel muchacho que sentía adoración por él.

—Me gustaría que Jan pudiese oír eso —dijo.

—¡Jan! —murmuró Kristin con amargura.

Todos perdieron el buen humor al pronunciarse aquel nombre, y no volvieron a sonreír hasta que hizo su aparición el rubio Christopher, de tez rojiza y manos gigantescas.

La carta del viejo Rudlow recomendando a su hijo la recordaba Stephen con gran claridad.

Creo que Christopher le resultará útil. La gente de este país no es tan pesimista como la de América. Eso se debe quizás a que somos una nación más vieja y hasta los jóvenes nacen aquí un poco viejos. O tal vez que los americanos, al ser un pueblo de joven historia, se toman las cosas demasiado en serio, creyendo definitivo lo que en modo alguno puede serlo. De tan viejos que somos, tenemos tendencia natural al optimismo. Si nada en el mundo es tan bueno como quisiéramos, al menos comprendemos que nada es tan malo como ustedes suponen.

Aquel incorregible optimismo racial podía adivinarse en el pelo corto y dorado de Christopher, en sus mejillas sonrosadas y en su sonora voz. Stephen no pudo impedir que una sonrisa se dibujara en sus labios.

—Creo que es usted el hombre que Kristin necesita —dijo, sin poder contenerse.

—Muchas gracias, señor, por opinar así —exclamó el joven, radiante de satisfacción.

Era cierto, y a medida que transcurría la tarde, Stephen fue convenciéndose de ello. Kristin podía sentirse segura en compañía de aquel joven, cuya personalidad se apoyaba sólidamente en una tradición de siglos, lo que le hacía mirar con confianza el futuro. La duda parecía completamente ajena a la naturaleza de Christopher. Era un hermoso tributo el que podía rendirse a Inglaterra reconociendo que, a pesar de las terribles pruebas de la última guerra, su juventud seguía desconociendo el miedo o el cinismo, porque conservaba la fe en sí misma. Gracias al optimismo y a la alegría que emanaban de Christopher, Kristin volvería a nacer de nuevo. Contemplando a la pareja de enamorados se sintió lleno de inmenso alivio. Era lo mejor que podía haberle sucedido a Kristin, pensó.

Cuando Mary le hizo señas de que debían retirarse, lo hizo a regañadientes. No le gustaba la idea de verse expulsado de su propio cuarto de estar. No tenía nada que objetar en realidad, pero le hacía darse cuenta de que estaba envejeciendo. Sus cabellos seguían siendo bastante negros y conservaba todas sus energías, pero en su casa acababa de introducirse un joven, ¡que quería arrebatarle a Kristin! Nunca como entonces le había parecido que la muchacha era tan auténticamente hija suya. Se sintió leno de temura, e inclinándose sobre el sofá la besó en la frente.

—Buenas noches, pequeña —le dijo, añadiendo en su susurro—. ¡Puedes contar con mi aprobación! Te autorizo a que se lo digas como mejor te parezca.

Sonriendo, salió de la salita, dejándolos solos.

Durmio muy bien aquella noche, y a la mañana siguiente, en cuanto llegó a la oficina, llamó a Christopher y estuvo hablándole, no de Kristin, sino de su trabajo. Le agradaba poder contar con un joven que creía en él. Escuchó los respetuosos comentarios de Christopher, y se sintió algo avergonzado al oír elogiar su labor.

—Me halaga oírle decir esas cosas —confesó al muchacho—. La única disculpa que tiene mi orgullo es la de que son pocas las personas que me comprenden.

—Quisiera saber decirle cuáles son mis sentimientos —exclamó con calor—. Estoy completamente seguro de que tiene razón y de que no debe usted abandonar su empresa, porque el mundo está lleno de gente dispuesta a seguirle. Desde luego, hay también muchos sinvergüenzas, pero no debemos preocuparnos demasiado por ellos. Mucha gente preferiría quedarse cruzada de brazos sin hacer nada, pero yo opino que hay que tener sentido práctico y sacar partido de las personas que son buenas y quieren cooperar.

—Estoy de acuerdo —dijo Stephen.

Necesitaba aquel consuelo porque pocos días después Jan lo sorprendió abandonando la casa. Durante el verano el muchacho había crecido de un modo increíble, superando en estatura a todos los demás miembros de la familia. Stephen había estado mucho tiempo ausente de su domicilio y no había tenido ocasión de vigilar estrechamente a su hijo. Había viajado por el país, reuniéndose con grupos de colaboradores a los que era necesario reeducar según sus nuevos principios. Como la mayoría de los americanos, estaban demasiado apegados a sus ambientes locales y sabían poco o nada del mundo exterior. Por ejemplo, ignoraban las formas de vivir de otros pueblos, y las costumbres extranjeras les eran totalmente extrañas. No podían comprender por qué la China se había echado en brazos del comunismo, o por qué Indochina se rebelaba contra los franceses, que le habían dado cultura y bienestar.

Sus corazones eran perfectamente capaces de comprenderlo todo, pero sus cerebros estaban tarados por la incomprensión.

Al volver a su casa a última hora de aquel día otoñal, Stephen se enteró de que Jan había huido.

—Fue ayer —explicó Mary, muy pálida—. Durante el desayuno leí tu carta en voz alta. Se produjo una discusión. En ella todos nos pusimos en contra de Jan: Steve, Kristin, yo misma, e incluso John, a su modo infantil. No te había dicho hasta ahora que Kristin se pelea con gran frecuencia con Jan, sobre todo desde que está comprometida. Ya no le tiene miedo. Y a Jan le duele. También Steve ha estado muy preocupado por su hermano.

Entregó a su marido la nota que Jan había dejado en su escritorio. Iba a ingresar inmediatamente en el ejército... no valía la pena esperar a tener dieciocho años. Era preferible alistarse cuanto antes. Ya les escribiría cuando supiera adonde le destinaban.

—¡Está loco! —gritó Stephen.

«Digno hijo de Jane», estuvo a punto de añadir, pero se mordió la lengua antes de hacerlo. Jane había ido al encuentro del desastre. Convencida de su negro destino, lo había atraído sobre sí, exactamente igual que Jan estaba había atraído sobre sí, exactamente igual que Jan estaba haciendo.

—Haré que regrese a casa inmediatamente —declaró—. Le obligaré.

—¿Cómo vas a obligarle? —le preguntó Mary.

Sus palabras querían decir: «Jan ya es un hombre. Es más alto que tú, y más joven. No te sería posible dominarlo. Nadie podría».

—No permitiré que vaya a su propia destrucción —dijo Stephen.

Entre ellos se introdujo por un momento el fantasma de Jane.

—Lo salvaré, aunque tenga que ir a ver al propio Bothwell.

\*\*\*

Bothwell era exactamente igual que su retrato. ¿Sabía el famoso general que Jane Haverhill se había convertido en la esposa de Stephen Worth? Si lo sabía, no daba muestras de ello.

—Buenos días, señor Worth —saludó el general—. He oído hablar mucho de usted, y añadiré que elogiosamente. Siéntese. ¿Quiere un cigarro?

Stephen se sentó.

—No, gracias.

Su interlocutor se sentaba tras un enorme escritorio. Stephen se preguntaba a qué podía deberse la exagerada cordialidad que el famoso personaje le dedicaba.

—Pues, sí, señor —añadió el general—. He oído hablar muy favorablemente de usted. Le conocemos muy bien en el ejército, señor Worth. Incluso hemos pensado en utilizar sus servicios.

—¿Es eso cierto? —preguntó Stephen, sorprendido.

Estaba mirando las numerosas condecoraciones que adornaban el uniforme del ilustre soldado. ¿Se las ponía a diario?

—Sí, señor —confirmó el general—. Lo hemos pensado en más de una ocasión. —Se inclinó hacia delante, apoyando los codos en la mesa, mientras sus manos bien cuidadas jugueteaban con una pequeña figurilla de porcelana que adornaba el escritorio. Añadió con voz profunda y rica—. El público tiene la impresión... la equivocada impresión, me permitiré añadir, de que los militares no siempre defendemos los intereses legítimos de la nación. Tanto usted como yo sabemos lo injusto de esa suposición y lo peligroso de la misma, ahora que estamos rodeados de enemigos. Es preciso que la gente crea en nosotros, señor Worth, pues merecemos su confianza. Yo personalmente, me considero el guardián de las libertades del pueblo americano.

Stephen lo miraba atentamente. De joven debía haber sido un hombre muy guapo. Seguía siéndolo, a pesar de sus sesenta años cumplidos, ya que se conservaba delgado y fuerte. En otro tiempo había sido mucho mayor que Jane, aquella criatura preciosa y apasionada, enamorada de un hombre por primera vez, encontrando en él mayor atractivo precisamente por el hecho de que le llevaba bastantes años. Probablemente había tenido fe en él, había buscado refugio en una voluntad superior a la suya. Porque Bothwell era indudablemente un hombre de carácter, lleno de confianza en sí mismo e incapaz de imaginar que podía cometer un error o una injusticia.

—¿Qué es lo que puedo hacer por usted, señor Worth? —preguntó por fin el general.

—He venido por mi hijo —se apresuró a responder Stephen—. Se ha escapado de casa... dejando la noticia de rigor, naturalmente. —Stephen se esforzó por sonreír—. En su nota nos dice que piensa alistarse en el ejército y que ya nos escribirá. No lo ha hecho y hemos esperado todo lo que razonablemente podíamos esperar.

El general se echó a reír



—¿Será un buen soldado, sin duda! Tenemos muchos como él. El hecho de que haya muchachos de ese temple me confirma en mi convicción de que no hay quien pueda con nosotros.

—Mi hijo no tiene más que quince años —dijo Stephen.

El general se mostró sorprendido.

—Vaya, vaya... en ese caso, naturalmente, no nos es posible retenerlo en el ejército. No, señor; eso podría crear complicaciones. De modo que mintió sobre su edad, ¿eh? Le felicito, amigo mío, por tener un hijo así.

—Hace unas semanas escribí a las autoridades competentes —dijo Stephen—. Me contestaron que no saben nada de él. Por eso acudo a usted, general, a pedirle que me oriente sobre lo que debo hacer.

El general se acarició la barbilla con aire pensativo.

—Me ocuparé del caso personalmente —aseguró—. He de dar con ese hijo suyo. Si está en el ejército, tanto si es aquí como en Corea o en el Japón, daré con él. Además, deseo verlo personalmente. Ordenaré que se presente a mí, para conocer a mi sucesor. Sé muy bien que los muchachos de ese carácter son los que escalan la cumbre. Y cuando llegue, le avisaré, señor Worth, para que todos podamos celebrar el retorno del hijo pródigo. ¡Un hijo excepcional, si me permite decirse! Debe estar muy orgulloso de él.

—Muchísimas gracias. —Stephen se puso en pie—. ¿Debo mantenerme en contacto con usted, general, o ya me lo comunicará?

—Se lo haré saber, señor Worth. No pasarán muchos días. Y después, usted y yo podremos dedicarnos a la necesaria tarea de educar al público. Su nombre me ha sido recomendado más de una vez, y tengo entendido que ocupa usted el primer lugar en su interesante profesión. Cuenta entre sus clientes a los Mendel, ¿no es cierto?

Stephen inclinó la cabeza, asintiendo.

—Mi esposa tendrá sumo gusto en darle las gracias personalmente, general Bothwell.

—Traígala, traígala —rogó el general—. También la señora Bothwell se alegrará de conocerles. Hemos de cenar juntos con el muchacho. Siempre he lamentado no haber tenido hijos, señor Worth. Daría cualquier cosa por tener un hijo como el suyo que pudiera llevar el apellido Bothwell y continuar la tradición de la familia. Ha habido un general Bothwell en todas las guerras en que ha intervenido la nación americana, incluyendo la de la Independencia.

—Pasaré su amable invitación a la señora Worth —dijo Stephen.

Hizo una reverencia al militar, que continuaba parapetado tras de su mesa, y salió del despacho. Por amor a Jan había contenido su ira y su rencor. Reconocía que no era culpa del muchacho que aquel hombre hubiese mancillado la carne de Jane antes de su matrimonio.

De pronto un pensamiento consolador acudió a su mente. Kristin seguía siendo suya. Ella no le había abandonado para correr tras aquel hombre que le había dado el ser. Gracias a Christopher, el inglés, nunca se alejaría de Mary ni de él. Todas sus ansias quedaban satisfechas con el amor de Christopher. Kristin estaba ya fuera de peligro.

Estaba muy cansado cuando llegó a su casa. Mary, al verlo, adivinó su cansancio, que no era solamente físico.

—¿No se sabe nada de Jan? —preguntó.

—No, pero Bothwell me ha prometido que nos lo hará saber en cuanto dé con él.

Mary sabía que no debía hacer preguntas acerca de Bothwell.

—Tú ya no puedes hacer nada más, Stephen. Jan es fuerte, como un hombre. No le ocurrirá nada. Tal vez cuando vuelva su carácter habrá mejorado.

—Tal vez —repitió Stephen. Luego preguntó: ¿Está Kristin en casa?

—Se ha ido al teatro con Christopher. Han estado peleándose antes de salir. Pero ha sido una pelea muy cariñosa.

—¿Qué motivos tenían esos dos para pelearse? —preguntó Stephen, divertido.

—Christopher sólo tenía dinero para pagar dos localidades del segundo piso, pero Kristin quería sentarse en la platea y pagar la mitad.

—Me apuesto cualquier cosa a que ganó Christopher —dijo Stephen.

—Efectivamente; en estos momentos se hallan en el segundo piso, pero o mucho me equivoco o tienen los mejores asientos posibles.

Stephen suspiró, complacido, y relajó todos sus músculos. Tenía un hogar, un verdadero hogar, refugio contra todas las tempestades de la vida.

\* \* \*

En las mejores localidades del segundo piso, Christopher y Kristin estaban sentados, muy juntos. La obra era una opereta de Gilbert y Sullivan, y Christopher estaba educando a su amada en el arte musical y teatral.

—Tiene que gustarte —insistía—. Cuando nos casemos irás a ver muchísimas obras de Gilbert y Sullivan.

—No entiendo lo que dicen —protestó Kristin.

—Te haré aprender la letra de memoria —dijo él con firmeza.

Ella adoraba su energía de carácter, tanto si le obedecía como si no. Por el momento le divertía mostrarse obediente, pero era lo bastante mujer como para saber que la obediencia sólo tiene valor cuando resulta agradable.

—¿Es así Inglaterra? —murmuró al oído del muchacho durante el primer acto.

—Como se vería en un espejo —dijo él riendo.

Su risa era hermosa, franca, incontrolable. ¿Dónde habría aprendido a reír así?

—Pero es un espejo muy gastado —añadió Christopher—. Lleno de grietas, aunque si conocieras Inglaterra, comprenderías que la imagen sigue estando clara y resulta adorable.

—Sin embargo, te ries —objetó ella.

Christopher le sostenía una mano con fuerza.

—Cuando se quiere mucho a alguien o a algo, es posible reírse de ello —contestó él.

Luego, despertando la indignación del público que los rodeaba, se puso a cantar a media voz.

—¡Christopher! —le reprochó Kristin. Él se interrumpió.

—¿Qué?

—¡La gente está mirándote!

—¿Y qué?

Pero guardó silencio, y en lugar de seguir cantando empezó a dar golpecitos rítmicos en la mano de Kristin, siguiendo el compás. Ésta se sentía muy feliz. Ya no le importaba cuál era su origen. Pero se preguntaba si debía confesárselo a Christopher. Ya le había dicho, desde luego, que no era hija de Stephen Worth y que no se sabía la identidad de su padre.

—¿Debo decirselo todo, mamá? —había preguntado.

Mary estaba cosiendo el cuello de un jersey y no levantó la vista para contestar.

—Yo no soy de las que creen que debe decirse todo. Sobre todo lo que se desea olvidar para siempre.

En la penumbra del teatro, Kristin recostó la cabeza sobre un hombro de Christopher.

—¿Cuánto te quiero! —murmuró.

Lo dijo en voz muy baja, pero él la oyó y oprimió una mejilla contra su negro pelo.

\* \* \*

El silencio de Jan fue haciéndose insoportable a medida que pasaban las semanas. Stephen no podía continuar inactivo. El general debía haberse olvidado de su promesa, pensaba. Pero antes de Navidad recibieron un telegrama de Bothwell, redactado en términos oficiales.

Lamento informarles activa búsqueda su hijo no ingresó algunas fuerzas armadas punto sinceramente confío regresará iniciativa propia punto a mi regreso Europa le visitaré discutir importantes asuntos seguridad nacional punto Boswell

El telegrama llegó a la oficina de Stephen un viernes por la mañana. Inmediatamente cogió el teléfono y llamó a Mary.

—¿Eres tú, querida?

—¿Sucedo algo, Stephen?

—¿Qué pasa, Stephen?

—He tenido noticias de Bothwell. Dice que Jan no está en las fuerzas armadas.

—¡Oh, Stephen!

—Como es lógico, Jan está en el ejército, sin duda alguna —dijo Stephen con amargura—. Que Bothwell no haya sabido encontrarle sólo significa que se alistó bajo un nombre falso. El general carece de imaginación.

—Stephen, ¿qué vamos a hacer?

—Iré yo mismo a buscarlo, y lo encontraré.

—¿Qué haremos si no vuelve a casa?

—Ya te digo que lo encontraremos.

—¿No puedes venir en seguida?

—No, Mary. Tengo demasiado trabajo.

Dejó el teléfono y permaneció inmóvil unos momentos, sumido en intensas reflexiones. Cada vez que estaba atribulado, buscaba la inmovilidad y, sin palabras, oraba en silencio. Le parecía que así detenía por un momento el fluir incesante del universo. En el vasto e ignoto mundo sideral reinaban el orden, la paz, la serenidad, y tras todo ello se ocultaba un Ser que todo lo sabía. También Jan tenía su puesto en aquel universo creado. No se había perdido, porque Alguien velaba por él.

Lentamente, Stephen abrió los ojos y volvió a absorberse en su trabajo. Su Compañía de los Justos continuaba haciendo una labor callada y constructiva, intentando frenar la corrupción imperante en el atribulado mundo.

Los habitantes de Asia iban comprendiendo gradualmente que los de América, África, Europa y Oceanía eran como ellos, y ya no se sentían tan solos ni tan abandonados. Stephen, más que un jefe de una vasta comunidad, se veía a sí mismo como el operario de una centralita telefónica, estableciendo contacto entre mundos opuestos. Entretanto, no dejaba de pensar en Jan.

\* \* \*

Por Semana Santa murió el padre de Stephen. El Viernes Santo, dejando a John al cuidado de Kristin, Stephen se fue con Mary a la pequeña población rural. A lo largo del camino florecían las margaritas y las campanulas y todos los sauces estaban amarillentos con los primeros calores. El aire cálido de la primavera agitaba las flores y la hierba de los campos.

Era imposible sentirse apenado. Su padre había vivido tan ligado a su fe, que era fácil creer que había muerto voluntariamente en aquellos días santos. Desde la última Navidad se había hecho evidente que su fin estaba muy próximo. Y su último suspiro había sido exhalado por fin.

—Estoy segura de que ahora es muy feliz —murmuró Mary.

Stephen también lo creía así. Todos los que lo habían conocido opinaban lo mismo. Su cadáver yacía en la vieja cama en que había reposado tantas veces. Su esposa lo había peinado cuidadosamente y le había cerrado los ojos con unción. Ahora aguardaba, quieta y callada, sin llorar.

—Quería morirse esta primavera —dijo a Stephen—. Me anunció que iba a morirse, y añadió que no debía entristecerme. Él me esperará en el cielo.

—¡Pobre mamá! —murmuró Stephen, conmovido.

Insistió para que fuese a vivir con ellos. La casa parroquial correspondía ahora al nuevo ministro.

Al día siguiente todos los fieles se congregaron en la capilla y entonaron los himnos de la resurrección en presencia de su amado pastor. Las muchachas lo cubrieron de flores y luego cuatro formidos campesinos lo llevaron hasta la zanja abierta en el suelo del cementerio. Al día siguiente era Pascua, el día de la Resurrección, cuando todo florecía, en las almas y en la tierra.

—Hubiese querido encontrar a Jan antes de que muriese **mi** padre —dijo Stephen.

Habían vuelto a su casa. El joven sacerdote había acudido a ellos con una súplica.

—No se lleven todavía a su pobre madre —les pidió—. Déjenla que se quede aquí hasta que vaya acostumbrándose a la ausencia de su esposo. Luego, poco a poco, a medida que vaya comprendiendo que su lugar no está aquí, se hará más fácil convencerla de que vaya a vivir con ustedes.

Y si no quería abandonar nunca aquel lugar, Stephen se dijo que no veía inconveniente alguno en que su madre continuara viviendo en compañía de la familia del nuevo pastor. Los lazos que unen a los justos son más fuertes que los de la sangre.

—Tal vez Jan aún no puede volver —dijo Mary—. ¿Recuerdas lo que dijo tu padre?

Se refería a las palabras pronunciadas por el viejo sacerdote durante las últimas Navidades.

—Hemos echado mucho de menos al pobre Jan. Pero volverá, Stephen, volverá cuando deba hacerlo.

—Iré a buscarlo —había contestado Stephen.

—Volverá cuando deba hacerlo —repitió su padre.

Fue la última vez que hizo referencia a Jan.

Las palabras «cuando deba hacerlo» estaban profundamente impresas en el corazón de Stephen mientras conducía el automóvil hacia la ciudad el domingo de Pascua. El gran automóvil había escalado la colina de Bethlehem y se lanzaba velozmente hacia el valle. Disminuyendo la marcha, se volvió a mirar la torre metálica que de noche se convertiría en estrella luminosa. Pero a la luz del día parecía una gigantesca cruz de hierro, una cruz que nadie sería capaz de sostener sobre sus hombros, como hizo un hombre, siglos atrás, camino del Calvario.

«¡Oh, Jan, hijo mío!», dijo para sí, pensando en el ausente.

Tenía que encontrarlo, tenía que hacerle regresar. No bastaba con encontrar a los justos. Había que ir en busca de los que no lo eran, para poder alegrarse de su regreso, del regreso de la oveja perdida y vuelta a encontrar.

Dándose cuenta de que Mary le miraba, sonrió levemente, volviendo a absorberse en su tarea de conductor. Mary nunca le preguntaba en qué pensaba. Probablemente porque lo sabía muy bien.

Era un día soleado, cálido y tranquilo. En cada población tenía que disminuir la marcha para dejar paso a las multitudes dedicadas al alegre desfile de Pascua. Formaban una interminable procesión de hombres y mujeres, luciendo alegres sus mejores galas. Pero no todo en ellos era vanidad. El espectáculo tenía mucho de santa y limpia inocencia, era una prueba de fe y confianza en las cosas sencillas y buenas. Los jóvenes marchaban cogidos de las manos, y los mayores del brazo. Era como si de pronto se vislumbrase una breve visión de lo que el mundo podía llegar a ser. Era sorprendente descubrir con qué facilidad los seres humanos podían ser felices. Bastaba con que se les enseñara el camino.

*This file was created*

*with BookDesigner program*

*bookdesigner@the-ebook.org*

*25/05/2012*